

GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA

luchas y resistencias

Ramón Fernández Durán

Miren Etxezarreta

Manolo Sáez Bayona

L.P.R. (La Polla)



Índice

Título:

**Globalización capitalista
Luchas y resistencias**

Diseño de la cubierta:

Montserrat Aumatell

Maquetación:

Virus editorial

Primera edición: abril de 2001

Segunda edición: junio de 2001

Tercera edición: diciembre de 2001

Copyright © L@s autor@s

Copyright © de la presente edición:

Lallevir S.L.

VIRUS editorial

Aurora, 23 baixos

08001 Barcelona

T./fax: 934413814

e-mail: virus@pangea.org

http: www.comalter.net/virus

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2º izq.

48003 Bilbo

T.: 94 416 75 18

Fax: 94 415 32 98

e-mail: luna-im@teleline.es

I.S.B.N.: 84-88455-90-9

Depósito Legal: BI-930-01

<i>Hoy es el futuro</i> (L.P.R.).....	6
Presentación (Mesaba).....	7
<i>Monopoly</i> (L.P.R.).....	11
<i>Miren Etxezarreta</i>	
Algunos rasgos de la globalización	13
La globalización.....	13
La dinámica de expansión del capitalismo.....	14
El capitalismo siempre ha sido internacional.....	15
Crisis y expansión mundial.....	16
La internacionalización financiera.....	19
La expansión en profundidad.....	21
Globalización, Estado, instituciones internacionales..	24
La política económica de la globalización.....	26
Definición.....	28
Globalización y regionalización.....	29
La Unión Europea.....	31
Y frente a la globalización/regionalización, ¿qué?.....	38

<i>Manolo Sáez Bayona</i>	
Y ahora toca la globalización.....	43
Hoy más que nunca: apoyo mutuo	
desde la comunicación.....	47
Romper el espectáculo: salgamos a la calle.....	48
Ahora y siempre contra la Europa del capital.....	50
Visualización de los conflictos.....	51
Un fin de semana en la cárcel.....	52
Unir experiencias y esfuerzos.....	57
 <i>Analizando (L.P.R.).....</i>	 59
 <i>Ramón Fernández Durán</i>	
CAPITALISMO GLOBAL, RESISTENCIAS	
SOCIALES Y ESTRATEGIAS DEL PODER.....	61
A modo de presentación de los dos textos.....	61
 I. Un recorrido histórico por los procesos	
antagonistas del siglo XX y perspectivas	
para el XXI.....	
A modo de introducción.....	65
El impacto de la globalización económica.....	66
Auge, integración-degradación y crisis de los movi-	
mientos antisistémicos a lo largo del siglo XX.....	70
A pesar de todo, la resistencia al neoliberalismo	
se organiza y se extiende a escala mundial.....	82
Seattle, marca un antes y un después.....	93
La estupefacción y reacción del poder.....	105
Las nuevas estrategias políticas y militares.....	114
Más allá del mercado, del Estado y del desarrollo.....	124
Bibliografía.....	139
 II. El emperador entra desnudo	
en el nuevo milenio.....	
La kafkiana reunión del FMI y del BM en Praga.....	145
Llega George Bush, «El Elegido».....	152
Las Naciones Unidas, un enfermo terminal.....	157

El rapto de Europa por el capital.....	167
Niza define una superpotencia «Europa»	
crecientemente desequilibrada y desigual.....	176
Los países del Este, un bocado apetitoso	
que se le puede atragantar a la UE.....	186
Fin de la Europa Social:	
¡Viva la «Europa, S.A.», viva el euro!.....	188
Un poderoso viento fresco que va	
de Niza a Porto Alegre, pasando por Davos.....	194
Encarando el previsible fin del crecimiento,	
del progreso y del desarrollo.....	206
Bibliografía	217
Notas.....	222
 Incomunicado (<i>L.P.R.</i>).....	 233
 Directorio del MAM.....	 234
 <i>Fin de siglo (L.P.R.).....</i>	 237
 Epílogo a la tercera edición.....	 238
 Glosario.....	 271

Hoy es el futuro

La vida sigue su curso a un tiempo cruel
y extraña implacable y hermosa,
alargando el pasado,
encogiendo el presente,
repartiendo futuros inevitables,
juntando y separando gente.

Hoy es el futuro.
Ahora es el futuro.
Por eso la vida es agonía
y la vivimos agónicamente
hasta el momento incomparable de la muerte.
Sólo tienes el presente.
¡Cúidate!

L.P.R. (La Polla) *Hoy es el futuro*

PRESENTACIÓN

Mesaba

El presente libro nace dentro de un proyecto de las gentes de Baladre que consiste en sacar a la luz, a través de diferentes textos, nuestras prácticas militantes de los últimos veinte años. Al parecer tenemos cosas que contar que pueden ser de interés para personas y grupos que andan, como nosotras, buscando una salida al mundo enloquecido en el que vivimos.

Este vaciar nuestra práctica militante, con sus consiguientes reflexiones, comenzó con nuestra colaboración en el texto de *Los/as parado/as felices*, para seguir con el *Viaje al corazón de la bestia* (que hubo que reeditar), y hace unos meses sacamos el libro *Ante la falta de derechos: ¡Renta Básica Ya!* Tenemos en elaboración nuevos proyectos: un recorrido por nuestros veinte años de existencia, las historias de gentes que luchan en grupitos pequeños para erradicar el paro, la pobreza y la exclusión.

Pero el libro al que aquí me refiero (*Capitalismo global, resistencias sociales y estrategias del poder*) tiene su historia particular, la cual se remonta a 1998, cuando le pedimos a Ramón un artículo corto para incluirlo en el libro *Viaje al corazón de la bestia*. Lo que él nos entregó fue el origen de lo que hoy son cerca de doscientas páginas, en las que nuestro amigo va describiendo cómo se desarrollan las respuestas ante tanto caos y desorden impuesto. En un principio no teníamos idea de que fueran tantas páginas; pero Ramón nos la volvió a jugar y de las sesenta iniciales como tope hemos llegado a las cien. Así sobre la marcha preparábamos un texto cortito y, al final, tenemos un librito al uso. Desde el principio vimos que era importante incluir un artículo explicativo, digamos que básico, que aclarara qué es esto de la

globalización capitalista, qué es lo que hay detrás de cada una de las instituciones globales, cuándo y para qué nacieron y qué es lo que hacen a diario.

Pedimos su colaboración a Miren, y ésta con todo su entusiasmo se puso manos a la obra. Quiero decir que contar con el trabajo de Ramón y de Miren en un texto sobre la globalización es contar con dos personas militantes que conjugan, como pocas, el participar en la base y el desarrollar finos y elaborados análisis de nuestra realidad. Contar con ambos es, en definitiva, disfrutar de dos buenas plumas que incorporan al análisis su incansable militancia cotidiana por un mundo basado en la justicia social. Son dos personas que se hacen querer y que quieren a la gente.

Pero a ambos textos teníamos que meterles una salsilla complementaria, subjetiva donde las haya, y por eso se ha contado con un tercer texto de otro miembro de Baladre que ya ha puesto su bolígrafo al servicio de distintos proyectos editoriales. El artículo de Manolo es una expresión escrita de sentimientos, intuiciones y dudas que ponemos en común en nuestras reuniones y encuentros.

Así se cocinó la pócima que sirvió de pasta para este libro que deseamos sirva para animaros a luchar y resistir contra la globalización capitalista. En un momento donde el dinero lo es todo, el consumo nos da una felicidad patológica, donde la realidad virtual de sus televisiones se impone como la única existente y no acabamos de ver la cara oculta del dolor, de la muerte, la carencia, la exclusión sistemática... estas letras pasan a ser una llamada de atención para repensar nuestras vidas, para modificar nuestras actitudes e iniciar un camino de encuentro entre diferentes y diversas voluntades, todas ellas con un mismo objetivo: parir un mundo nuevo y diferente.

Para nosotras hablar de la globalización capitalista es hablar de moneda única, de falta de libertades, de cárceles, de muertes en el Estrecho, de precariedad, de carencia de lo más básico, de animales enfermos, de tierras destruidas, de ciudades inhabitables; es hablar del suelo que se han apropiado, de las viviendas vacías y de las gentes sin vivienda.

Para nosotras luchar contra la globalización capitalista es construir, día a día, redes de apoyo mutuo; es fomentar iniciativas de trueque (intercambiando recursos y servicios sin pago alguno); es montar en cada barrio y pueblo grupos de consumo responsable, de apoyo al ferrocarril y al uso masivo de la bicicleta; es crear iniciativas económicas de apoyo mutuo en forma de cooperativas de producción...

Las gentes de Baladre conocimos de cerca en 1994 al BM (Banco Mundial) y al FMI (Fondo Monetario Internacional). Al año siguiente volvimos a decir un NO rotundo a la Europa del capital. Y desde entonces procuramos incorporar a nuestras prácticas militantes, en barrios y pueblos, la lucha para erradicar las instituciones globales que hacen posible la actual globalización capitalista.

Llevamos siete años discutiendo muchos textos, pero sobre todo el «Libro Gordo de Petete» de Ramón (*La explosión del desorden*), que así fue bautizado por las personas de «El Parke» en un encuentro de Baladre. El estudio y lectura no sólo de *La explosión del desorden*, sino también de infinidad de escritos del CAES y de muchas otras gentes, nos han servido para comprender mejor los interiores de esas instituciones, sus prácticas y consecuencias directas. Lo que en todo caso podemos afirmar las personas y grupos de Baladre es que llevamos veinte años oponiéndonos a la globalización capitalista a través de distintas luchas y resistencias en las que participamos desde entonces; y que siempre se han orientado hacia la erradicación de las causas que generaban el paro, la pobreza y la exclusión social.

Una vez más hemos de agradecer a Rocío (revisando textos) y a las personas de nuestro Virus editorial tan querido, el trabajo tan guapo que han realizado, ya que sin ellas no tendríais en vuestras manos estas letras. Ojalá que consigamos nuestro objetivo, que no es otro que cuando leáis este texto os animéis a incorporaros como personas militantes activas contra la globalización capitalista. Lo de menos es en qué grupo o colectivo vais a participar, como si lo hacéis en solitario, lo fundamental es que todas nos encontremos

para conseguir la fuerza suficiente para alcanzar tan deseable objetivo: un mundo diverso, basado en la libertad de las personas y los pueblos, con verdadera autonomía para decidir libremente un modelo social sin explotación ni opresiones, respetuoso con la naturaleza, un mundo sin el caos y la locura en el que nos vemos inmersas todas.

Que cada cual elija cómo y dónde luchar y resistir, pero que sepamos que sin dismantelar el Centro, nuestros países ricos será difícil, por no decir imposible, que se liberen las personas y pueblos de la Periferia (África, Centroamérica y Sudamérica, Asia, el este de Europa...). Ya sabemos que la lucha aquí y ahora es dura y poco reconocida, pero no por ello menos urgente y necesaria: aquí no sobra nadie para trabajar y luchar.

Como viene siendo habitual en nuestros libros cerramos el texto con una hoja de directorios de grupos de contacto a los que os podéis dirigir para ampliar información o concretar vuestra incorporación.

Por último agradecer a la gente de L.P.R. (La Polla) sus poemas urbanos que tanto nos ayudan a diario para seguir dando sentido a nuestra permanente búsqueda; en esta ocasión son letras que salieron tras lecturas de distintos materiales sobre la globalización capitalista, destacándose aquellas que surgieron de la lectura del libro de *La explosión del desorden*. A Miren y a Ramón un montón de gracias por sus textos y análisis.

Mesaba, marzo del 2001

Monopoly

Te dejaré dinero, te ayudaré a salir.

Tu crisis engorda mis intereses.

Un país favorecido por mi ayuda comercial
préstamos para pillar lo que queda por chupar.

¿Cómo me lo hago?

Pues me asocio algún paisano con orgullo en la cartera
y con mi ayuda militar yo lo pongo a gobernar mi finca
[particular.

Colaborando al desarrollo de los pueblos...

si se atreven a piar yo puedo garantizar la puta estabilidad.

¿Cómo me lo hago?

Pues jubilo a mi muñeco, pongo otro orgulloso
y con mi ayuda militar yo lo pongo a gobernar mi finca
[particular.

Relaciones sexuales entre nuestros dos gobiernos.

Las medidas oportunas si venís de buena fe.

Un pique de campanas cuando yo te conocí.

L.P.R. (LA Polla) *Bajo Presión*

ALGUNOS RASGOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Miren Etxezarreta*

Este es un libro sobre las resistencias a la globalización, en el que se explican las razones que han llevado a bastantes personas y algunos movimientos sociales a denunciar los peligros que supone la globalización, los problemas que genera, el dolor que causa; y cómo se está iniciando, manifestando y —es de esperar que— creciendo, en el futuro, la resistencia global frente a esta globalización, la lucha por sociedades más humanas.

Para entender en toda su dimensión las razones para esta resistencia es necesario conocer a qué se resiste; necesitamos tener una idea, aunque sea breve, clara y precisa de qué es lo que hoy llamamos globalización. Es lo que vamos a intentar hacer en las líneas que siguen.

La globalización

La globalización no es más que el nombre que se da a la etapa actual del capitalismo. Nada más que esto. Ni nada menos. No cambia nada esencial en las sociedades capitalistas que llevan ya existiendo más de dos siglos. Siempre han sido —y la globalización sigue siéndolo— sociedades basadas en la explotación de unas personas por otras. Sólo las formas van cambiando, se van adaptando a las necesidades y las oportunidades de

* Seminario de Economía Crítica Taifa, febrero de 2001

cada época. De la misma manera que el ser humano evoluciona continuamente desde su nacimiento hasta la muerte, el sistema capitalista va adoptando formas distintas en su evolución. Pero el sistema es el mismo. La globalización es el nombre de la etapa actual del capitalismo que estamos viviendo.

La dinámica de expansión del capitalismo

El capitalismo es un sistema que no puede existir sin crecer. Necesita crecer, como el ser humano necesita respirar. Tiene que crecer porque cada año obtiene unos beneficios que necesita reinvertir. El beneficio del capitalismo no tiene como objetivo cubrir las necesidades de consumo del capitalista. Las cubre y con creces. Pero el objetivo principal del capitalismo es obtener un beneficio que le obliga y, a la vez, le permite seguir creciendo, ser cada vez un capitalista más grande. Y eso exige invertir permanentemente. «Acumulad, acumulad, es la ley y los profetas» (del capitalismo), señalaba Marx. Si el capitalismo deja de acumular, de invertir, de crecer, entra en una crisis que incluso podría llevar a su desaparición.

Pero, además, los capitalistas compiten entre sí. Luchan entre ellos por obtener una parte mayor de los beneficios totales. La competencia es el otro elemento que obliga al capitalismo a ser dinámico. Y para eso tienen que invertir. Si un capitalista concreto deja de invertir, de crecer, de integrar nuevas tecnologías, los beneficios disminuyen y al final dejará de ser capitalista. Otros lo absorberán o le hundirán. El capitalismo no tiene piedad ni con sus propios capitalistas.

Por eso el capitalismo se expande siempre. Se ha expandido desde sus orígenes y continuará expandiéndose mientras sea capitalismo. Cuando el capitalismo no crece entra en crisis. Las crisis suponen para el capitalismo obtener menos beneficios y no poder crecer (mientras que para la población la crisis supone que aumenta el paro, la incertidumbre y la pobreza). Por eso, en tiempos de crisis el capi-

talismo busca con más intensidad todavía todos aquellos lugares que le pueden proporcionar un beneficio.

En su crecimiento los capitales mayores absorben a los menores; los destruyen o los compran. Poco a poco, va habiendo menos industrias o empresas en cada sector. Éstas tienen más beneficios, pero cada vez menos posibilidades de ampliar dentro de su propio sector. Unas pocas empresas controlan un sector (en la jerga de los economistas a esto se le llama «oligopolio»), o una sola (monopolio). Esto le da cada vez mayores beneficios, pero menos sitios donde invertir y el «exceso» de beneficios se convierte en un problema. El capitalismo es siempre paradójico: tiene demasiados beneficios y le faltan lugares donde invertir, o tiene demasiados pocos y busca desesperadamente aumentarlos. Anula la competencia de los pequeños y se tiene que enfrentar con la enorme competencia de los grandes.

El capitalismo siempre ha sido internacional

La expansión capitalista siempre ha integrado el ámbito internacional. Incluso en sus orígenes, el capitalismo se nutrió de fondos que venían del exterior. Primero, la explotación colonial le permitió obtener grandes beneficios que facilitaron la financiación del capitalismo industrial; con la industrialización organizó un comercio internacional brutalmente desigual y que le proporcionaba grandes ganancias; cuando obtuvo grandes beneficios con sus capitales en sus países de origen y ya eran demasiados para seguir obteniéndolos (no para cubrir las necesidades de la población, aspecto que nunca ha preocupado a los capitalistas), empezó a invertir en otros países. De esta forma, no sólo obtenía grandes beneficios en aquellos países, sino que iba expandiendo también formas distintas de explotación capitalista en los países no industrializados.

La expansión de los capitales monopolistas en el mundo entero fue muy importante entre finales del siglo XIX y 1920. En esta época, el capital que se colocó en el exterior

consistía en capital financiero, principalmente en forma de préstamos en dinero, y estos flujos de capital alcanzaron un gran volumen. Hasta tal punto, que en relación con la capacidad de producción del mundo entonces, los flujos de capital financiero que se colocaban en el exterior fueron casi tan elevados como ahora. A la internacionalización del capital financiero se le denominó imperialismo.

Los años sesenta fueron de prosperidad para el capitalismo. La internacionalización se intensificó y empezó a tomar otra forma. Las grandes empresas de Estados Unidos empezaron a invertir y montar filiales en muchos países, gestionadas desde la empresa matriz. Cada matriz era propietaria y controlaba empresas filiales en varios países. Son lo que conocemos como empresas multinacionales o transnacionales. En los años sesenta la internacionalización del capital se había completado: el comercio de mercancías es internacional, los préstamos y las inversiones en dinero (flujos de capital) cada vez eran mayores entre países, y la producción era también internacional a través de las empresas transnacionales. Se había completado la internacionalización del capital en sus distintas formas.

Crisis y expansión mundial

Todos sabemos que durante los setenta el capitalismo experimentó una crisis grave, y ya hemos dicho que crisis, para el capital, quiere decir disminución de beneficios. Menos beneficios llevan a intensificar la competencia por los beneficios que hay, y eso supone que los capitales van a buscar con gran intensidad cualquier ámbito en el que se puedan obtener beneficios.

Las empresas van a intentar vender más, y se van a expandir allí donde están los mercados. Los mercados están allí donde está el dinero, así que las grandes empresas transnacionales van a invertir mayoritariamente en los países más ricos. Las inversiones entre las tres áreas más ricas del mun-

do —Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, que forman la tríada que domina el mundo— van a aumentar fuertemente y todas las empresas importantes van a estar presentes en las tres áreas. Es donde más se va a invertir a nivel internacional: de los países ricos de la tríada a los otros países ricos de la tríada. No hay que olvidar esto.

Por otra parte, las empresas van a intentar reducir costes para aumentar los beneficios. Algunas empresas han ido generando muchas nuevas tecnologías (la tecnología es un producto similar a otros, producido y vendido por las empresas), en particular las que facilitan la comunicación: telecomunicaciones y especialmente la informática; lo que va a hacer posible que las decisiones tomadas en un punto del mundo se transmitan instantáneamente a cualquier otro punto y que se pueda controlar bien lo que se hace en cualquier territorio. Por ello, las grandes empresas transnacionales invertirán también, aunque en cantidades mucho menores, en los países pobres, para aprovechar los salarios más bajos de estos países y las facilidades que les dan los gobiernos para que se instalen allí, entre las cuales hay que destacar las ventajas fiscales y la menor exigencia de las regulaciones ambientales. Invierten allí pero para producir para los países centrales. A esto le llaman la deslocalización (desde los países centrales a los más pobres). Convierten a estos países en talleres donde producen sólo partes de productos que se combinarán con otras partes fabricadas en otros países y se ensamblarán finalmente en otros. Se internacionalizan no ya los productos, sino el propio proceso de producir, que se divide en partes distintas, cada una de las cuales puede tener lugar en un país diferente.

Nótese que las inversiones en los países pobres tienen una naturaleza muy distinta de las que se hacen en los países ricos. Aunque en los primeros también se trata de absorber los mercados que pueden proporcionar los grupos de gente más rica, las inversiones se hacen principalmente para reducir costes, lo que supone que los salarios se tienen que mantener bajos. Es decir, que las empresas transnacionales

(ET) inviertan en el mundo entero no quiere decir que las condiciones del mundo entero se igualen. Al contrario, se trata de aprovecharse de la diferencia. Y los países pobres siguen siendo pobres (con algunas pocas excepciones que crecen) y los ricos mucho más ricos. Y en todos los países los propietarios de los grandes capitales son cada día más ricos y hay cada día más pobres.

Esos salarios bajos van a servir a las ETs también para dominar a los trabajadores de los países ricos. Las empresas transnacionales ahora utilizan la amenaza de que pueden dejar un país para instalarse en otro (aunque no es tan fácil que se trasladen) para que los trabajadores del mundo entero se hagan la competencia entre sí, para exigir a sus trabajadores que acepten salarios bajos y condiciones de trabajo precarias (a las que llaman flexibilidad: trabajos temporales, despido libre, turnos y horarios de trabajo inhumanos). Es decir, la internacionalización de la producción les permite aprovecharse de los bajos salarios de la periferia y forzar salarios y condiciones de trabajo mucho más precarias en los países del centro.

Las ETs, con sus inversiones combinadas en el mundo entero, van a tomar sus decisiones considerando el mundo como su terreno de actuación. Van a producir para el mundo entero. Ello les lleva también a intentar influir en el consumo de todo el mundo. Si quieren producir para el mundo, las formas de consumo tienen que ser parecidas para todos los países. Todos tomamos Coca Cola, comemos hamburguesas y pizza, escuchamos los mismos discos en inglés, compramos los mismos automóviles. La internacionalización de la producción lleva a la internacionalización del consumo (aunque ahora incluso ya han descubierto sistemas tecnológicos para adecuarse a las diferencias de gustos con poco gasto). Las ETs hacen planes globales de producción, de consumo, de organización.

Su propia forma de organización cambia. Antes las matrices montaban filiales en distintos países. Ahora han descubierto que no necesitan ni siquiera esto. En unos casos, cada vez menos, montan filiales; en otros, establecen acuerdos

de aprovisionamiento de productos, subcontratas, contratos de transmisión de tecnología, etc., de forma que controlan sin necesidad de ser propietarios. Han sustituido las empresas transnacionales anteriores por elaboradísimas redes de empresas que extienden sus tentáculos por el mundo entero. Todas ellas actúan en múltiples países, pero diseñan su actuación con el objetivo de obtener beneficios para el conjunto de su organización. El paisaje mundial que emerge es el de una serie de estructuras oligopolísticas marcadas por fuertes tendencias a la concentración de los mercados. Los especialistas esperan la aparición de fenómenos de concentración industrial a escala mundial en la mayor parte de los sectores económicos. Ya en 1989 se vaticinaba que dentro de algunos años, menos de 10 redes de empresas industriales y financieras controlarían más del 80% de la producción mundial y, a juzgar por las fusiones y concentraciones existentes, esta predicción parece caminar a su cumplimiento.

A toda esta dinámica se le llama *la internacionalización de la producción*, es una de las características importantes del capitalismo actual y constituye uno de los elementos identificadores de la globalización.

La internacionalización financiera

Otro de los elementos claves de la globalización. Surge de la confluencia de dos elementos. El primero consiste en lo que se denomina la desregulación financiera: todos los sistemas financieros de los distintos Estados estaban regulados y supervisados por un conjunto de leyes y controlados por sus respectivos bancos centrales. Pero este control limita los créditos que los bancos comerciales pueden conceder y, por lo tanto, los negocios bancarios. Por lo que permanente hay una tensión entre los bancos privados que quieren expandir sus negocios de crédito y los bancos centrales que quieren controlarlos. En los años sesenta los bancos de Estados Unidos situados en Europa descubrieron una mane-

ra de disminuir ese control por medio de unos créditos especiales llamados «eurodólares» e iniciaron un proceso de «desregulación financiera». Esta desregulación financiera experimentó un paso decisivo cuando en 1971 y 1973 se puso fin al sistema monetario de cambios fijos de monedas que se había establecido en 1944, dando paso al sistema de cambios flotantes que facilita y favorece la desregulación. La cual se amplió todavía más con la política de Thatcher y Reagan y continúa todavía en esta etapa en que el control de los bancos comerciales por el banco central ha disminuido casi totalmente. En este período también han ido penetrando crecientemente en el mercado financiero otras empresas, principalmente las empresas de seguros. Entre estas nuevas instituciones hay que destacar las empresas que aseguran las pensiones privadas —los planes de pensiones— que disponen de sumas enormes para invertir. Todo ello permite a todas estas instituciones jugar con los fondos que disponen en los mercados de todo el mundo.

El segundo elemento está relacionado con la crisis económica. Al disminuir los beneficios con la crisis, quienes tienen que invertir (sobre todo si son instituciones financieras) se encuentran con que tienen muchos fondos para invertir y pocos sitios de producción real donde el beneficio está asegurado. Para poder obtener un beneficio tienen entonces que recurrir a las inversiones financieras —es decir, prestar dinero—. Así surgieron los créditos al Tercer Mundo que luego llevaron a la deuda externa (aunque no vamos a tratar este tema aquí); además, los bancos y demás instituciones financieras mostraron una gran ingeniosidad para generar nuevos productos financieros que aumentaron el número de inversores y les llevaron a comprar este tipo de productos. Más todavía, los avances tecnológicos en comunicaciones que ya hemos señalado antes permitieron a los agentes financieros operar en tiempo real en todo el mundo, dando lugar a gigantescas operaciones financieras y especulativas. De esta forma, las operaciones financieras se desarrollaron mucho más que la producción real y hoy se

calcula que el volumen total de operaciones financieras que se realiza en un año en el mundo multiplica por varias veces la producción total del mundo en ese mismo año. Las operaciones financieras que teóricamente tenían como función proporcionar el dinero necesario para financiar los negocios reales, multiplican la magnitud de estos y generan una esfera financiera mucho mayor. En cierto modo, la esfera financiera crece independientemente y se «autonomiza» parcialmente de la esfera de lo real; «autonomía» sólo parcial, de todos modos, ya que los beneficios financieros en última instancia provienen del mundo real.

Los grandes agentes financieros internacionales pasan así a controlar la moneda de los diversos países (no explicaré ahora cómo, porque serían demasiadas cosas de una vez) y eso les permite ser los agentes que dominan la economía mundial, incluso por encima del poder de las grandes transnacionales productivas. Aunque algunos grandes conglomerados empresariales mantienen ambos aspectos, los productivos y los financieros, son los aspectos financieros los dominantes. Es decir, *la etapa de la globalización tiene lugar bajo la hegemonía del capital financiero.*

La expansión en profundidad

Al capital no le basta con absorber territorialmente el mundo entero ni con expandir hasta límites inimaginables las operaciones financieras. Sigue buscando beneficios y para ello intentará convertir en negocios todos los aspectos de la vida, todos los ámbitos que puedan ofrecer un beneficio. El capitalismo ha hecho esto desde su origen. Ha ido convirtiendo gradualmente todos los productos, los bienes que pueden cubrir las necesidades o los deseos de las personas, en mercancías que se venden y compran, y por ello pueden proporcionar un beneficio. Antes las personas y familias cubrían directamente sus propias necesidades: producían sus alimentos en los campos, hilaban los tejidos para su ropa

que cosían en casa, construían sus viviendas y tallaban sus muebles. Poco a poco, la industrialización capitalista convirtió en productos manufacturados todos estos productos, que las personas solo podían comprar si vendían su fuerza de trabajo al capitalista que los contrataba para que ellos los produjeran. La producción, el consumo y el trabajo humano son atravesados por el capital, se convierten en mercancía, y en este proceso proporcionan más productos a los consumidores, convierten al trabajador en asalariado y permiten que el capitalista obtenga beneficios. Este sistema proporciona muchas más mercancías y aumenta las posibilidades de consumo de la mayor parte de la población. Es el capitalismo moderno, productivo y consumidor que vivimos.

Poco a poco las actividades mercantiles van absorbiendo más partes de la vida social y van quedando menos actividades que no son mercancías. Y son las que van quedando las que va a intentar absorber también el capital, porque necesita cada vez más ámbitos que le proporcionen beneficios. Veamos algunos ejemplos: la diversión se convierte en negocio —no hace falta pensar mucho para percibir los grandes negocios que se hacen con la diversión, el turismo, el ocio de la gente—; pero lo que es más importante, el capital privado va abordando y absorbiendo también, cada vez más directamente a través de la investigación, todas aquellas actividades relacionadas con la vida: no hablamos ya de las medicinas, sino de la reproducción asistida, de la generación dirigida, de los productos alimenticios o farmacéuticos transgénicos, además del ADN de las personas y las posibilidades de clonación... Cada vez más la vida de las personas, que en todo caso debiera estar en manos de instituciones sociales que la consideraran como algo sagrado, y la forma de esta vida pasa a residir en manos de los capitales privados, mientras las sociedades asisten atónitas a este grave juego de transmutación y escamoteo.

En esta absorción permanente de las diversas facetas de la vida humana por el mundo de los negocios queda todavía una esfera que es muy tentadora para aquellos; un ámbi-

to donde se podrían hacer negocios si no estuviera ocupado por los Estados: las empresas de propiedad pública y, sobre todo, los servicios sociales que proporciona el Estado mediante el pago de unas cuotas, pero que no corresponden a los criterios de mercado. Y aquí está librando el capital una de sus actuales batallas: por un lado, hay que privatizar las empresas públicas y, por el otro, los servicios sociales, la seguridad social. Dejar sólo unos servicios sociales raquíticos para los muy, muy pobres, que nunca podrían comprar esos servicios en el mercado. Para todos los demás, que contraten servicios privados: escuelas privadas, mutuas para sanidad, y sobre todo pensiones para la vejez, ya que estas últimas pueden suponer estupendos negocios para el capital financiero. Por esto y no por otra razón se trata de desmantelar las empresas públicas y la Seguridad Social: no es que no hay dinero para financiarla. Cómo no va a haberlo, si en los países se produce más riqueza que nunca; de lo que se trata es de acaparar la parte de beneficios que puedan generar. El beneficio ha sido siempre y continúa siendo su objetivo primordial, y en el mismo se empeña y a su consecución va a dirigir todo su poder, que es mucho.

La expansión territorial y financiera, junto con la tecnología moderna permite a las transnacionales hacer negocios en el mundo entero y aprovecharse como hemos visto antes de las riquezas de los diversos países. El capital ya no es nacional o extranjero, los capitales principales están transnacionalizados y tienen un gran poder. Se organizan en grupos de presión de inmensa influencia: la Trilateral, en Davos, la UNICE (la patronal europea), la ERT (en inglés Mesa de Industriales Europeos), etc.; constituyen la primera línea de poder económico del mundo. Van a manejar la economía de los países, y también a las organizaciones políticas, a los Estados, a los gobiernos, para lograr sus fines. Es curioso que, actualmente, a menudo se dirigen las luchas sociales más contra las instituciones públicas, especialmente los gobiernos, que a las empresas que muy hábilmente consiguen desviar hacia los organismos públicos los conflictos sociales.

Globalización, Estado, instituciones internacionales

Los Estados ya no se van a dedicar tanto a gestionar los países para potenciar el capital nacional, sino que van a convertirse en instrumentos del capital transnacional que abarca, además, a los capitales más fuertes de cada país.

Hay autores que consideran que los Estados ya no tienen ningún poder, que el poder de los Estados desaparece frente a las transnacionales. Pero no todos los estudiosos opinan igual. Los Estados siguen siendo necesarios porque hay partes de la vida social que los capitales privados todavía no pueden controlar directamente —leyes, política económica, controles sociales— y necesitan de los Estados para asegurarse de que funcionan sin crear problemas; y también porque todavía los Estados sirven de gran correa de transmisión para pasar muchos fondos de los impuestos que paga toda la comunidad a algunos negocios privados. Los grandes capitales tienen todavía muchas vinculaciones con los Estados nacionales y no dudan en apoyarse en ellos para potenciar su poderío mundial.

Los Estados en el capitalismo tienen un carácter contradictorio: prioritariamente son instrumentos importantes de apoyo al capital, pero, al mismo tiempo, en las democracias parlamentarias tienen que contentar parcialmente a las poblaciones. Tienen que apoyar la acumulación de los negocios (ahora transnacionales) y, al mismo tiempo, tienen que justificar y legitimar la sociedad capitalista ante las poblaciones que la sufren. En el capitalismo parlamentario, el Estado es la única instancia colectiva donde los ciudadanos/as podemos tener un poder que no está basado estrictamente en nuestra capacidad económica. Y los Estados modernos se convierten en arenas de liza entre las diversas clases sociales. Mientras los capitales no se vean en grave peligro tratarán de combinar ambas funciones. Sólo si el peligro para aquellos es grave se verá claramente por quién toman partido (República española, Chile de Allende...). Antes —durante la República española— defendía a las burguesías nacionales,

en el derrocamiento de Chile se pudo apreciar con claridad el papel que ahora jugaban las transnacionales y a quién se subordinaba el Estado. El apoyo del Estado cambia de forma, el Estado se reestructura, pero por ahora no desaparece. Ni tampoco hay que creer que disminuye su papel. Como siempre el Estado sigue siendo un mecanismo de apoyo al capital y, al mismo tiempo y contradictoriamente, casi el único instrumento colectivo de defensa de las clases no capitalistas. De aquí que con frecuencia los pueblos han de exigir el apoyo de los Estados, pero la lucha por conseguir los derechos populares es ardua.

Los Estados no son las únicas instituciones públicas en liza. Hay también otras instituciones públicas que sólo podemos mencionar brevemente. Nos referimos a los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC), convertidas en mensajeros de las políticas que interesan al gran capital transnacionalizado y también a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Es bien conocido que toda ellas se establecieron nominalmente para ayudar a que los distintos países tuvieran economías equilibradas y potenciar sus desarrollos respectivos, pero que en realidad son instrumentos de control de las economías y de imposición de los grandes intereses económicos del mundo, liderados por Estados Unidos. Desde su establecimiento a partir de 1944 (la OMC es un desarrollo del GATT, que se estableció en 1948, y la OCDE es posterior) han cumplido este papel, pero desde los primeros años ochenta han sido instrumentos extremadamente potentes para potenciar la globalización e imponer el neoliberalismo en el mundo entero. Potente refuerzo a la autoridad de los Estados —con frecuencia éstos se refugian en las imposiciones de las instituciones internacionales para imponer medidas que deterioran fuertemente los niveles de vida de la población—, muestran con claridad la importancia de las instituciones políticas para reforzar los intereses eco-

nómicos dominantes. Instituciones políticas pero con un enorme déficit democrático, ya que sus ejecutivos son elegidos a través de un opaco y complejo proceso de cooptación y no dan cuenta a nadie de su gestión, al mismo tiempo que alejan cada vez más las decisiones de los ámbitos políticos a los que tienen acceso las poblaciones.

La política económica de la globalización

Con su poder, los grandes negocios internacionales van a intentar que las políticas económicas que hagan los Estados y los organismos internacionales se ajusten a sus intereses actuales. Han sido capaces de resucitar un modelo económico que sirvió hace siglo y medio en otras circunstancias para justificar ahora una política económica y social que les conviene. Han convertido el liberalismo del siglo XIX en el neoliberalismo actual. Economistas y otros científicos sociales muy prestigiosos han elaborado la doctrina económica que les conviene. El capital privado la ha hecho suya; en la parte pública políticos como Thatcher y Reagan la impulsaron y fueron adoptadas con entusiasmo por la mayoría de gobiernos del mundo entero, apoyados por los organismos internacionales. En España, la UCD primero, pero sobre todo el PSOE luego, lo instauraron. El PP esta profundizando en la misma estrategia con frenesí. No es que no haya otra alternativa —«haberlas haylas»—, lo que pasa es que ésta se ajusta a sus objetivos.

Su estrategia consiste en el fundamentalismo de mercado. Plantea que son los negocios la fuerza activa de la economía y que éstos operan con la máxima eficiencia y en condiciones óptimas si no existen trabas a su actuación. Si los negocios obtienen los beneficios que ellos desean, a través del funcionamiento del mercado, estos beneficios se desparraman a todos los demás agentes de la economía y todos disfrutaremos de condiciones óptimas. Si los negocios ganan mucho dinero, lo invertirán y la competencia les

forzará a producir muchos productos baratos que podremos comprar; al mismo tiempo al haber mucha actividad económica generarán empleos y todos tendremos trabajo; los salarios corresponderán a la productividad de cada persona y quien quiera mejorar no tendrá más que invertir más en sí mismo y podrá mejorar de clase social. Los que están más arriba es debido a que son los más capaces, mejores y los que más saben, y los que no sacan partido del sistema es porque son vagos, tontos o no se esfuerzan lo suficiente. Y los empresarios sólo obtienen lo que merecen por el esfuerzo que hacen en organizar todo esto; mientras que los propietarios del capital, que muchas veces son también empresarios, reciben los beneficios por arriesgar su capital. Y así continúa la rueda, que crece y todos somos cada vez un poco más ricos.

La política neoliberal es sencilla: liberalizar el comercio y los flujos de capitales, de tal manera que se pueda comerciar con ellos sin ningún control, en todo el mundo, que nadie pueda ponerles condiciones; privatizar, porque afirman decididos —claro que sin ninguna prueba— que todo lo público es poco eficiente, flexibilizar el mercado de trabajo —es decir convertir a los trabajadores en un coste variable pudiendo contratarlos a los salarios que a la empresa le parezcan adecuados y despedirlos cuando les convenga—; y, finalmente, desregular, es decir, eliminar todas las regulaciones públicas de la vida económica y social para que ellos puedan establecer sus propias reglas. Añádidle a ello una obsesión con la inflación, que no haya déficit público y que bajen los impuestos. El control de la inflación es su objetivo prioritario, debido a que las inmensas masas de dinero (capital financiero) que operan en todo el globo no pueden tolerar que las distintas monedas en que invierten su capital pierdan valor. A este fin están dispuestos a sacrificar cualquier otro objetivo, especialmente aquellos relacionados con el bienestar social. Observad que las palabras que se utilizan son atractivas: «liberalizar», «desregular», «flexibilizar». ¿Quién puede estar en contra de estas políticas?

Es bonito, ¿verdad? Con la inapreciable ayuda de los medios de comunicación han conseguido convencer a muchos trabajadores y a una gran parte de la población de que esto es así. En el fondo de la política de estos últimos veinticinco años hay una revolución ideológica de gran calado. Nos han convencido de que el sistema podría funcionar muy bien si no le pusiéramos trabas, que cada uno tiene que preocuparse sólo de sí mismo, que si eres pobre o desempleado la culpa es tuya, de que no hay nada que hacer para mejorar esta situación... La contrarrevolución conservadora le llaman algunos. Sin ella, si una gran parte de la población y muchos dirigentes populares no la hubieran aceptado, no hubiera sido tan fácil llevarla a cabo. Porque algunos trabajadores han conseguido comprar unas pocas acciones, incluso especular con ellas, aceptan la idea de Thatcher del capitalismo popular. Ya somos todos capitalistas ahora y en las noticias de la tele no solo nos interesa el fútbol y el tiempo, sino también las cotizaciones de la Bolsa.

Definición

Todos estos elementos juntos: la expansión territorial, financiera y en profundidad, impulsada y controlada por las empresas transnacionales, apoyada por los ámbitos políticos nacionales e internacionales, y potenciando una política económica que refuerce la operación de los mercados sin los obstáculos que supone la intervención pública, todo ello conjuntamente es lo que constituye la globalización. Si queremos una definición algo más formal podemos decir: *la globalización es la expresión de la expansión de las fuerzas del mercado, espacialmente a nivel mundial y profundizando en el dominio de la mercancía, operando sin los obstáculos que supone la intervención pública.* Supone que la sociedad olvide toda idea de orientar, dominar, controlar, dirigir las fuerzas y la acti-

vidad económica. Supone el gobierno de las empresas, hoy transnacionales, y que su beneficio alcance la preponderancia absoluta.

Esto es la globalización. No es un fenómeno completo y terminado sino que hay que contemplarla como un largo proceso inacabado en el que el capital lucha por ampliar su dominio; y en el que se encuentra con apoyos y complicidades y también con oposición y resistencias.

Globalización y regionalización

Hay otros aspectos en la dinámica de la globalización que hay también que considerar. Uno de bastante importancia lo constituye lo que se denomina regionalización. En este caso no se trata de la regionalización dentro de un Estado —el caso del federalismo o de las comunidades autónomas en España—, sino de una regionalización supraestatal, es decir, de la formación de una región principalmente económica por diversos Estados y el establecimiento de una institución regional supraestatal. La formación de una región de estas características supone una unión de algunos aspectos de la economía de los países de la región — en unas regiones más en otras menos— y de algunas normas que tienden a favorecer más las transacciones mutuas entre estos países que las que se realizan con todos los demás. En algunos casos, no en todos, de los fondos comunes de la institución supranacional se ayuda a los países más pobres de la región.

Aparentemente este fenómeno es contradictorio con el de la globalización. De alguna forma la regionalización supone establecer ahora unas nuevas fronteras, tratos especiales y normas, cuando la globalización pretende destruir todo tipo de control y preferencias. ¿Cómo se puede entender el desarrollo simultáneo de ambos procesos?

Sucede que, frente al aumento de competencia entre los grandes negocios del mundo que supone la globalización y

los países del sureste asiático que se van convirtiendo en importantes exportadores, las grandes empresas de los países ricos van experimentando la necesidad de disponer de espacios económicos cada vez mayores en los que se aseguren que pueden invertir, con los que pueden comerciar en buenas condiciones y en los que tienen preferencia sobre los capitales y los productos de las empresas de los otros bloques económicos y del resto del mundo. La regionalización asegura *preferentemente* el espacio regional para las empresas y los capitales de la región. De esta forma, disponen de un ámbito privilegiado en el que fortalecerse para luchar con más competitividad y mayor fuerza frente a los otros espacios. La regionalización refuerza la competencia de las empresas de cada bloque para ser más eficientes en la globalización; de modo que no son dinámicas contradictorias sino complementarias. Ambas buscan la expansión de los capitales en el mundo entero.

Por esto la regionalización de esta época está potenciada principalmente por los países más ricos del planeta (los países pobres habían intentado muchas veces este tipo de fórmulas, pero a ellos no les dieron mucho resultado). Por primera vez en la historia, a finales de los años ochenta, Estados Unidos propuso a Canadá primero y a México, después, firmar un Tratado de Libre Comercio por el cual facilitarían un tipo de integración limitada de sus economías. Es también en los años ochenta cuando la Comunidad Europea que se estableció en 1957, va a dar un salto cualitativo en su integración firmando primero el Acta Única, por el cual desaparecerían las fronteras y preparando después el Tratado de Maastricht que llevaría a la Unión Económica y Monetaria. Los japoneses establecerán otro tipo de lazos entre los países de su área, pero la integración va también reforzándose. E incluso en América Latina será el gigante del Sur, Brasil, el que se unirá a Argentina y otros dos pequeños países para formar el Mercosur, con la esperanza de poder convertirse en el líder del Sur y/o negociar más adelante con mayor fuerza para su integración con la gran potencia del

Norte (EEUU). El mundo se conforma en tres grandes regiones con un doble movimiento complementario: reestructuración en la región para fortalecerse y poder ser más competitivas en el globo.

Toda esta dinámica aumenta la rivalidad entre los grandes negocios. Los capitales de los tres grandes bloques compiten entre sí aunque por ahora tienen claro que es mejor para sus estrategias no enfrentarse agresivamente. Pero las instancias de luchas más o menos soterradas o abiertas son frecuentes. Por otra parte, son cada vez mayores las inversiones cruzadas entre estos grandes negocios, de modo que se va formando una densa red de relaciones económicas que incluye comercio, inversiones, contratos de aspectos muy variados (de tecnología, asistencia técnica, subcontratas...), participaciones conjuntas, etc., que envuelven el mundo y hacen cada vez más difícil identificar quiénes son realmente los poderes que están tras las decisiones económicas cruciales. El poder real se concentra, pero la apariencia de poder se diluye en múltiples redes.

Globalización y regionalización son los ejes de la dinámica del capitalismo de nuestra época, con una evolución rápida, muy variada y compleja, que se plasma de forma distinta en cada circunstancia y cada parte del mundo. En nuestro continente se ha plasmado en lo que hoy llamamos la Unión Europea, que no es nada más que la concreción de toda esta dinámica en el territorio en el que nosotros vivimos.

La Unión Europea

Al analizar la Unión Europea hay que considerar dos ámbitos distintos: el poder de los capitales privados, principalmente económico, y el poder público, principalmente político. Con mucha frecuencia nos olvidamos del primero y nos enredamos en los vericuetos de la política (pública) comunitaria, ignorando la línea principal de poder que con-

forma la economía y la sociedad, la de los capitales privados, principalmente las grandes empresas transnacionales.

La Unión Europea permite principalmente a los grandes capitales europeos, pero también a los del resto del mundo, penetrar con más facilidad y mucha más seguridad —ya que gradualmente se irá impidiendo que los países puedan tomar decisiones económicas o políticas que perjudiquen a los capitales— en los diversos países europeos. A los capitales productivos les permite reestructurar su organización empresarial a nivel de casi toda Europa sin ningún problema, y las empresas más poderosas pueden ocupar los mercados europeos, lo que les permite beneficiarse fuertemente de las economías de dimensión y, al mismo tiempo, ir gradualmente eliminando los pequeños negocios; mientras, los capitales financieros disponen de todo el territorio de la Comunidad para operar sin trabas. Todos estos grandes negocios se aprovecharán de la competencia de los gobiernos por atraerles a sus países o regiones, y estimularán la competencia entre los trabajadores, a los que impondrán sus condiciones de trabajo y salariales bajo la amenaza de irse a otro país. Además, se organizarán en poderosos grupos de presión que utilizarán para diseñar sus propios planes e imponerlos a las autoridades comunitarias y a las de los diversos Estados. Puede ser útil aprender nombres como el de UNICE, que corresponde en cierta manera a la patronal europea, y el de ERT, que ejercen una gran influencia en las decisiones de las autoridades comunitarias.

En cuanto a la organización política, las instituciones de la Unión Europea constituyen las instancias formales por las que se impone en todo el territorio comunitario una política económica, desde los años ochenta, dirigida a potenciar el modelo de política económica neoliberal y a justificarlo. Aquí tenemos un ejemplo claro de por qué la organización política —en este caso supranacional— es necesaria para hacer aquello que el capital no puede hacer en su propio interés. Aunque lo intentan, es prácticamente imposible para los capitales privados dar normas de política económica. Sólo el ámbito público tiene poder para dar normas de

obligado cumplimiento, y es lo que las instancias de la Unión Europea van a hacer.

Desde los últimos setenta, la Unión Europea va a adoptar con entusiasmo el modelo de política económica neoliberal (antes, aunque era también una iniciativa económica se movía con otros parámetros), y desde entonces todas sus orientaciones de política económica y todas sus exigencias han ido en esta dirección: el Acta Única firmada en 1986 por la que se «liberalizó» el comercio en todo el territorio comunitario; la normativa de 1989 por la que se dictó la libre movilidad de capitales (también la de trabajadores europeos, que son desde luego libres de trasladarse dentro de los países comunitarios... pero no hay empleos a donde ir), y después el Tratado de Maastricht, por el que se establecieron las condiciones para integrarse en la moneda única. Reforzadas por un durísimo Pacto de Estabilidad y Crecimiento y, desde entonces, permanentemente revalidadas en cada cumbre —Amsterdam, Lisboa, Niza...—, que cada seis meses se celebran para que los jefes de Estado de todos los países acepten las líneas principales de la política comunitaria.

Pero no nos perdamos en nombres y fechas de normativas comunitarias. Todas las normas conjuntamente conducen a una política económica dirigida a impulsar los beneficios empresariales y que consiste en:

—Liberalizar la economía, lo que significa que las empresas puedan hacer sus compras, ventas, reestructuraciones y negocios sin ninguna limitación; y favorece a los grandes negocios transnacionales, que van absorbiendo más y más parcelas de la vida económica, frente a los negocios más pequeños que no pueden resistir su competencia.

—Desregularizar las normas públicas: eliminar controles de movimientos de mercancías y capitales, desregular el mercado de trabajo —«flexibilizar» el empleo, facilitar el despido, el empleo temporal, los empleos autónomos—, eliminar controles en las condiciones de trabajo, en las condiciones sanitarias (¿verdad que suena lo de las vacas locas?)... Al mismo tiempo el sector privado va imponiendo

sus propias normas (por ejemplo, la normativa para el correo electrónico, las patentes a la producción de bienes que cualquiera podría producir o la imposibilidad de sindicarse en algunas empresas).

—Privatizar lo que es público: privatizar las empresas públicas bajo la excusa del aumento de la competencia, cuando realmente lo que se ha logrado es que se faciliten inmensos negocios para los que compran las empresas públicas y fusiones empresariales con las que disminuye la competencia (piénsese en Telefónica, Campsa, Repsol y tantas otras).

—Implantar una política económica cuyo objetivo principal es controlar la inflación y que subordinará a este fin cualquier otro objetivo como el del empleo o el bienestar de la población. Para ello impulsará una política de austeridad y equilibrio presupuestario —es decir, que el Estado no gaste más de lo que ingrese—y, al mismo tiempo, disminuirá los impuestos —más a los más ricos—; con lo que el gasto social, para generar empleo, disminuye, mientras aumentan las ayudas al ámbito empresarial.

—Alejar la política económica cada vez más de las fuerzas sociales de cada país. No sólo el Parlamento Europeo —representación política de las poblaciones de la Unión— no tiene prácticamente poder real (hasta los propios impulsores de la Unión aceptan su déficit democrático), sino que se intenta que las decisiones económicas de las instituciones de la Unión estén sometidas al mínimo control político: por ejemplo, se establece que el Banco Central Europeo, la institución que controla la moneda (el publicitado euro) y todo el sistema financiero, no tenga ningún control político —ni del Parlamento Europeo, ni de los parlamentos nacionales, ni del Consejo (máximo órgano político ejecutivo de la Unión)—, sino que tenga sólo como misión hacer que los precios no suban, sin otro control. De esta manera, los controles democráticos y las presiones que la población puede ejercer no existen. Además, la lejanía física de los centros de poder, la complejidad y los numerosos niveles

en que se desenvuelven éstos hacen mucho más difícil la presión por parte de la población a sus correspondientes representantes políticos.

—Debilitar el Estado del bienestar. Todas las orientaciones de la Unión se dirigen a debilitar el Estado del bienestar y a que las prestaciones sociales se privaticen. Quien tiene y pague obtendrá servicios, quien no, sólo recibirá ayudas de miseria y en muchos casos a cambio de trabajos obligatorios. Sostienen que los subsidios de desempleo y las ayudas a la pobreza son demasiado generosos y desmotivan a la población a buscar trabajo. Por tanto, copiando a Estados Unidos e Inglaterra intentan establecer la obligatoriedad de aceptar cualquier tipo de trabajo a cambio de prestaciones de desempleo o ayudas de pobreza, y a eso le llaman «el Estado del bienestar dinamizador». Ello hace que se deterioren las ayudas a las personas más pobres y débiles (trabajadores de poca cualificación, parados de larga duración, madres solteras...), y que muchas de ellas se vean obligadas a rechazar las ayudas sociales (en Estados Unidos, por ejemplo, han disminuido mucho las personas que reciben subsidios, pero no porque hay a menos pobres, sino porque no pueden o no quieren aceptar las condiciones que se les imponen).

—Plantear normas que hacen que aumente la desigualdad. Por un lado, lo que acabamos de señalar para los servicios sociales; por otro, se recomienda que los salarios aumenten menos que la productividad (que quiere decir que los beneficios aumenten más), lo que significa que los ricos sean más ricos —dicen que para poder invertir y crear empleo— y los pobres sean cada vez más en número y más pobres.

Todo ello, como ya se ha señalado, envuelto en una revolución conservadora en términos y valores: por un lado, palabras que suenan bien pero que son tramposas —liberalizar, flexibilizar, dinamizar—; le llaman empleado a quien trabaja una hora a la semana y dicen que disminuye el paro —flexibilizan a los trabajadores cuando los echan, dinami-

zan a los pobres cuando les eliminan el subsidio—. Hasta dicen que les preocupa la cohesión social y hablan de una Carta de Derechos Sociales: Como las poblaciones se resisten cada vez más a las prácticas de esta Europa, pensaron que sería interesante establecer una Carta de Derechos Sociales Europeos, donde muy tímidamente señalaban algunos derechos sociales que los países de la Unión Europea se deberían comprometer a cumplir. Ni siquiera han aceptado esto y en la Cumbre de Niza del 2000 la Carta de Derechos Sociales ha quedado relegada a un Anexo porque no han querido aprobarla e incluirla en el Tratado... Ni siquiera llegan a cumplir ciertas formas.

Por otro lado, han convencido a las poblaciones de que contra la globalización y la Unión Europea no hay nada que hacer. Lo importante es que las empresas estén contentas y entonces todo funcionará bien, si se les presionan nos dicen que se irán. Lo único útil es intentar encontrar un rincón para ti, sin preocuparte de nada más, de nadie, tú a lo tuyo, vive y deja vivir. Preocúpate de defender tu rincón, al que llaman «nicho de mercado». Y si a pesar de todo, hasta éste te falla, alguna culpa tendrás: no te habrás preparado lo suficiente, no estás al día de la tecnología moderna, tienes más de cuarenta y cinco años, no sabes inglés, no eres suficientemente dócil, no pones suficiente entusiasmo en tu trabajo... nadie más que tú tiene la culpa de lo que te pasa. El sistema funciona bien, eres tú el que no estás adaptado. Si fueras más dinámico y moderno todo iría bien

En conjunto, crecen las economías, aunque no mucho y a costa del esfuerzo creciente de los trabajadores y el agotamiento del medio ambiente. En los países ricos, a la mayoría de la población «le va bien»: puede consumir más, las empresas nos necesitan como consumidores y nos enseñan que consumir es la felicidad. Comemos, vestimos, nuestras viviendas mejoran, tenemos ya varias teles en casa, un ordenador, salimos una vez a la semana, a veces nos divertimos. Tenemos coche y viajamos en vacaciones. Hasta

nos hacen creer que ya somos todos capitalistas porque bastantes trabajadores compran acciones en Bolsa y a veces ganan algún dinero con ellas...

Pero vivimos cada vez con mas competencia y tensión, nuestras sociedades son agresivas. Nos angustia la inseguridad: no solo la inseguridad en la calle que también crece (el aumento de desigualdades lleva a la delincuencia), sino la de toda nuestra forma de vida —las empresas en las que trabajamos pueden cerrar en cualquier momento sin que sepamos por qué, no vale empeñarse en trabajar bien, quieren reestructurarse o se venden en bolsa y el nuevo propietario las cierra—, estamos inseguros acerca de lo que comemos o de nuestra salud, los empleos no responden a nuestra formación profesional, trabajamos con horarios absurdos y a ritmos inhumanos. Las mujeres, los jóvenes, los trabajadores maduros tienen enormes dificultades para encontrar un empleo y son discriminados en múltiples aspectos. La competencia entre los trabajadores aumenta y el individualismo se convierte en la norma de las relaciones humanas. Los límites de las libertades públicas son cada día más estrechos y cada vez es mayor la sensación de vivir en libertad vigilada, se criminaliza la disidencia... Además, en esta Europa rica hay mucha gente a la que ni siquiera le va «tan bien»: hay un 10% de parados y un 20% de pobres. Y cada día se margina y excluye más a la pobreza, cuando no se la criminaliza. Sin mencionar a los inmigrantes que son tratados como si fuesen escoria humana.

La Unión Europea y la globalización y regionalización que ella representa no nos han aportado una sociedad más equilibrada y justa. Una forma de vida más serena, más armónica con nosotros mismos, más justa, más solidaria con los demás, más satisfactoria. En el mejor de los casos nos está permitiendo consumir algo más y ello a costa de la irracionalidad en la utilización de los recursos y un enorme esfuerzo personal, cuando no la competencia y agresividad con los que nos rodean. La Unión Europea, la regionalización supraestatal que ella supone, no es mas que un instrumento del neoliberalismo

global para dominarnos. Oponerse a uno supone también resistir la otra. Luchar contra el neoliberalismo global implica oponerse igualmente a uno de sus instrumentos principales.

Y frente a la globalización/regionalización, ¿qué?

Frente a la globalización hay dos posiciones frecuentes: la primera, a la que podríamos llamar propagandística, es aquella que tiene grandes esperanzas en la globalización. La globalización va a proporcionar oportunidades de desarrollo sin cuento. A los países y a las personas. Esta posición es la mantenida por el mundo de los negocios —la palabra globalización fue acuñada en las escuelas de negocios de las grandes universidades estadounidenses y japonesas— y consiste en plantear la globalización como un mundo de nuevas oportunidades en un espacio global abierto a todos. Por lo que se ha dicho hasta ahora es obvio que no es la posición mantenida en este trabajo. Pero hay también personas de buena voluntad que tienen esperanzas con la globalización (el bombardeo mediático al respecto es fortísimo), que ven más sus posibilidades que sus limitaciones, que no han profundizado en su verdadero carácter. Pero si la globalización es la internacionalización del capital del siglo XXI, como hemos dicho al principio, no puede existir una globalización con rostro humano. Al contrario, la globalización es el resultado del intento del capital de profundizar en su dominio del mundo.

La otra posición es la que podríamos llamar paralizante: la globalización es tan poderosa que no hay nada que se puede hacer nada contra ella. Estamos condenados a la globalización y lo mejor es encontrar un rincón, un nicho para poder sobrevivir en la misma.. No Hay Otra Alternativa (en inglés TINA), decía Thatcher, y se han hecho grandes esfuerzos para que la población del mundo entero se lo crea. Frente al caos del mundo que nos rodea, volvamos al seno materno y quedémonos en nuestro espacio individual que-

tecitos, contentos de sobrevivir y algunos hasta de triunfar.

Por una vez creo que hay que preconizar una tercera vía: luchemos contra la globalización para convertir este sistema en otro más humano. Para ello, en primer lugar, hay que convencerse de que es posible cambiar, transformar esta sociedad. Rechazar la idea de que no hay otras alternativas. La sociedad tiene que regular su vida económica y obligar a los mercados a que operen en ese marco, y no al contrario.

No es verdad que hay sólo una opción. El problema no es técnico, es político. Hay muchas alternativas posibles desde el punto de vista técnico, pero las opciones que se seleccionan corresponden a los intereses de quien tiene el poder real. Por ello, sin subvalorar el poder de los grandes agentes de la economía mundial, las alternativas dependen también de la composición de fuerzas políticas y sociales en cada territorio (interpretadas más ampliamente que los meros mecanismos de los partidos). Hay que construir la base social, la fuerza política necesaria para impulsar las estrategias transformadoras.

Hay que iniciar aquí y ahora las actuaciones transformadoras. Se trata de avanzar en un largo proceso de cambio social, día a día, paso a paso, tratando de que cada una amplíe los espacios que conducen a una sociedad diferente, permita la adquisición de nuevos grados de libertad y la consolidación paulatina de las fuerzas transformadoras. Además, la mejor forma de percibir las limitaciones de este sistema y trabajar hacia la conciencia de la necesidad de un cambio total es, precisamente, intentar incidir en la situación actual. Es necesario plantearse el cambio social como parte de un proceso permanentemente inacabado.

Nos dicen que si la sociedad establece exigencias que limiten en parte el poder de los capitales, éstos abandonarán aquellos territorios, ya que la globalización les permite operar en el ámbito mundial. Parece una posición bastante realista, pero tampoco es la respuesta definitiva. Hay que tener en cuenta, por un lado, que los capitales han operado con muchas regulaciones durante muchos

años y han seguido operando. Los capitales van, sin duda, a intentar aprovechar las oportunidades para invertir donde menos regulaciones existan, pero éste no es el único criterio. Todavía hoy operan principalmente en los países ricos que son los que todavía tienen mayores regulaciones y niveles salariales altos, porque es donde están los mercados y las oportunidades de crecer y realizar beneficios. Los capitales intentan imponer sus reglas de juego; pero si los agentes sociales establecen con firmeza otras reglas de juego, no es tan fácil que cedan los territorios donde obtienen muchos beneficios.

Se podrían añadir otros argumentos. Pero concluimos señalando la necesidad de poner en cuestión el significado de frases como «la economía va bien» (por cierto acuñada mucho antes de Aznar). Actualmente sabemos que el mero crecimiento no supone una mejora social. Por un lado, el crecimiento puede suponer la reducción del patrimonio futuro de la humanidad en recursos naturales o aumentando la contaminación; por el otro, sabemos que en la actualidad está aumentando el número de pobres en el mundo, e incluso en los países ricos, mientras que la precariedad y la incertidumbre se instalan en muchas vidas. Si resulta que el crecimiento de un país requiere un empeoramiento de la situación de la gente, ¿qué sentido tiene? El modelo actual es radicalmente inviable para proporcionar el bienestar a la sociedad. No queda más remedio que revisar profundamente el modelo de sociedad hacia el que queremos avanzar.

¿Pero tienen alguna viabilidad las propuestas alternativas? ¿Por qué las propuestas alternativas han de ser viables para que sean válidas? Evidentemente, impulsar un modelo de política económica a lo largo de estas líneas no es tarea sencilla. Pero ya hemos señalado que el problema de una política alternativa es más político que técnico y que un programa económico verdaderamente alternativo sólo podrá establecerse a partir de una composición de fuerzas sociales y políticas que apoye tal opción; con una importante presencia de quienes pretenden una sociedad y una forma de

vida diferente, no sólo moderadas reformas en los márgenes del modelo actual. Esto requerirá replanteamientos, debates y movilizaciones permanentes.

La maduración de una estrategia y el respaldo que la convierta en una opción real no es automática. Ha de abrirse paso con un intenso esfuerzo ideológico para incidir en esa correlación de fuerzas, lo que obliga a definir con el mayor rigor la naturaleza esencial de la alternativa, sus contenidos básicos, sus lineamientos a largo plazo y sus propuestas de políticas alternativas. Si somos capaces de caminar en esa dirección y plantearla con energía, a pesar de las dificultades que plantea la globalización, será posible encontrar espacios alternativos. Además, aceptar que la globalización actual impide todo cambio de modelo supone renunciar a cualquier posibilidad de iniciar una senda autónoma de desarrollo, resignarse a que las cosas son como son ahora y que nunca será posible modificarlas; supone renunciar a la capacidad del ser humano de incidir sobre el destino de la humanidad.

Jodiana

Busca la senda y busca el camino y acabarás mareao,
que vida perra será tu destino,
quién ha escrito tu guión
la libertad vive en una estatua en medio de Nueva York
y todo el mundo ha cedido a su pánico interior.
Veo la gente que va por la calle,
veo tu tristeza
creen que es cosa de mala suerte y no comprenden.
Oigo que mueren millares de seres a causa del hambre,
pero no es cierto,
quieren que envidies un lujo imposible,
que consiguieron timando a tus padres.
Veo a la policía mirando con arrogancia
y creo que hay asesinos que saben cómo matarnos.
Dime por qué no sacar la cabeza de tanta mediocridad,
dime quién vive en el piso de arriba,
pudiera ser la razón,
parece ser lo de menos quién causa tanto dolor
y la verdad va descalza pidiendo para comer.
Quién tiene tiempo para pensar,
con esta paranoia nadie decide qué puede hacer con su
[maldito tiempo.
dime qué más deberemos hacer para mantener este puto
sistema,
dime a quién conviene que vivas en la locura.

L.P.R. (La Polla) *Carne para la picadora*

Y AHORA TOCA LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA

Manolo Sáez Bayona*

Fue tras la resaca de 1992, a lo largo de un año 93 revuelti-
llo, cuando nos enteramos de que el FMI y el BM habían
decidido celebrar su 50 aniversario: sería en octubre del año
siguiente y nada menos que en Madrid. Las mismas perso-
nas que activaron la coordinación que llevó por nombre
«Desenmascaremos el 92», ahora nos convocaban para dar-
nos la buena nueva. Con mucha paciencia y delicadeza se
sucedieron múltiples reuniones y entrevistas con todas las
gentes y grupos que se decían hartos del FMI y del BM. Así
nacieron dos iniciativas: por un lado el foro alternativo lla-
mado «Las otras voces del Planeta» y, por otro, la campaña
«50 años bastan».

Hasta entonces, aquí nadie se había querido enterar del
importante papel de estas instituciones con relación a la
muerte, a la carencia de aquí y de allá, ... al terrorismo del
mercado y sus consecuencias. Deprisita todas nos pusimos
al día y nos largamos a la calle a gritar aquello de «FMI y BM
asesinos», a exigir que desaparecieran tan nefastas institu-
ciones. Aquello fue lindo, se puede decir que abrió las puer-
tas a la comunicación entre gentes y grupos que hasta
entonces nos habíamos dado la espalda, negándonos las
unas a las otras para reafirmarnos nosotras mismas, para
sentirnos algo, por nuestra autenticidad, no por nuestro
hacer diario.

* Miembro de Baladre, Zambra y el MAM.

Así las cosas, en el año 1995 decidimos repetir la experiencia. En esta ocasión concretando la lucha contra la globalización en su proyecto regional. Tras diez días de marchas contra el paro y un foro alternativo, vimos que había condiciones/necesidad de construir una coordinación horizontal, un paraguas que sirviese de lugar de encuentro a todas las personas y grupos que luchábamos contra la Europa del capital y la globalización económica. Aquel movimiento lo bautizamos con el nombre de Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica (MAM).

Durante estos cinco añitos, el MAM ha venido animando la participación en las contracumbres europeas e internacionales (Amsterdam, Colonia, Ginebra, etc.), ya fuesen del G-7, del BM, de la OMC o del FMI... Por otro lado, es difícil enumerar el sinfín de charlas, seminarios y cientos de escritos que se pusieron en circulación incidiendo siempre en la importancia de luchar contra la Europa del capital como expresión cercana y concretita de la globalización económica puesto que la UE toma todos los días decisiones que influyen directamente sobre nuestras vidas y sobre la vida de millones de personas de países periféricos (Centroamérica y Sudamérica, África, Europa del este...).

De repente en el escenario mediático, de la mano de los medios del Grupo Prisa, apareció Seattle. Muchas personas inquietillas conocieron la revuelta de Seattle en contra de la cumbre de la OMC: leyeron y escucharon que decenas de miles de personas se manifestaban en aquella ciudad de canales y aviones. De repente se asumía en el mundo real (o mejor, en el virtual, que es el único que se convierte en real a corto plazo); pues eso, se asumía que había llegado el momento de luchar contra la globalización económica. Se inauguraba un nuevo escenario en la lucha contra el mercado, y así lo definen rápidamente los gestores de las grandes instituciones globales y regionales. Comienzan a hablar de que hay que «humanizar» la globalización económica; de sus labios salen frases pidiendo la colaboración de ONGs en el nuevo papel de las instituciones globales (FMI, BM, OMC,

ONU). A su vez, a nivel europeo, se produce una acelerada incorporación de los llamados agentes sociales (los grandes sindicatos integrados en la CES) a las últimas contracumbres (Lisboa y Niza). El discurso de hacer humana y/o social la Europa del capital toma carta de recambio a otros discursos en el mundo de las instituciones europeas.

Muchas de nosotras hemos sido parte de esas gentes que hemos ido de contracumbre en contracumbre, participando en foros alternativos, seminarios y encuentro paralelos como respuesta a cada espectáculo circense que ofrece el poder en forma de «cumbre». Ahora la realidad no ha cambiado como para dejar de acudir a cada una de sus escenificaciones para decir «NO AL MERCADO: SÍ A LAS PERSONAS Y A LOS PUEBLOS». Pero hemos de tener en cuenta los nuevos acompañantes en cada ocasión: no es cuestión de volver a los tiempos del miedo al contagio o del purismo paralizante. A mi entender se trata de no reforzar el papel de mediadores, a nuestra costa y con nuestro esfuerzo militante, para los que piensan que la globalización y la Europa del capital son humanizables. Más bien de lo que se trata es de que quienes así lo crean se lo curren y se pongan a trabajar por ello; pero que no lo hagan tapan-do nuestros discursos, interpretaciones e intuiciones sobre la inviabilidad de la reforma de las instituciones globales y/o de la Europa del capital.

Por otro lado, hemos de aprender a convivir en este nuevo escenario con gentes que desearían un mundo similar al que nosotras deseamos o necesitamos, pero que lo ven como resultado de un proceso a largo plazo y por ello se lanzan a dar pasitos/reformas de aquí y ahora. Yo me borro de esa posible práctica, aunque haya que reconocer que toda mi vida he participado en luchas que nos conducen a reformas aisladas, no válidas para los fines que nos proponíamos. Pero, como muy bien suele decir Agustín, «no podemos hacer de la necesidad virtud».

Como en otros muchísimos temas, en la lucha contra la globalización existen personas de buena fe convencidas

de la importancia y viabilidad de las reformas, pero también gentuza que merece nuestro mayor desprecio y desconsideración. Las actuales direcciones de los grandes sindicatos y las orientaciones de muchas asociaciones y colectivos que están por humanizar la globalización económica y la Europa del capital son gentes manchadas de sangre, de responsabilidad ante el terror generalizado que impone el actual modelo social dependiente e hijo natural del mercado único.

Lo que es unánime es el miedo que todas hemos ido interiorizando ante esa sociedad de mercado que lo condiciona todo, o mejor, que lo es todo. La sensación de estar ante un monstruo gigantesco nos lleva a sentirnos diminutos e insignificantes, y el miedo nos invade provocando una parálisis total, acompañada de sensaciones de enorme soledad y desamparo.

Hace unos días, en Compostela, encontré en una pared de una casa amiga un escrito de un tal Eduardo, de apellido Galeano. El texto en gallego describe muy bien lo que él llama «*O medo global*». Dice así:

As que traballan teñen medo de perder o traballo. As que non traballan teñen medo de non atopar nunca traballo. Quem non tem medo á fame, tem medo á comida. As automobilistas teñen medo de camiñar e as peatóns teñen medo de ser atropelladas. A democracia ten medo de lembrar e a linguaxe ten medo de dicir. As civeles teñen medo aos militares, os militares teñen medo á falta de armas, as armas teñen medo á falta de guerras. É o tempo do medo. Medo da mulber a violencia do home e medo do home á mulber sem medo. Medo aos ladróns, medo da policía. Medo á porta sem pechadura, ao tempo sem reloxas, ao meno sem televisión, medo á noite sem pastillas para durmir e medo ao día sem pastillas para espertar. Medo á multitude, medo á soidade, medo ao que foi e ao que pode ser, medo de morrer, medo de vivir.

Hoy más que nunca:

apoyo mutuo desde la comunicación

Al margen de debates genéricos y de denuncias globales tenemos un enorme déficit en concretar aquí y ahora nuestras luchas contra la globalización económica. Como diría el referido Agustín: «hemos de poner nombres a las cosas», definiendo así cómo actuar ante ellas.

Ya sabemos que la globalización y la actual UE son malísimas. La cuestión, entonces, es pasar de las tertulias a incorporar en nuestro quehacer diario algún tipo de orientación que encauce nuestras prácticas para dismantelar este mundo tan caótico y enloquecido. No vale solamente con negarlo, aunque también se deba seguir haciendo, ni tampoco se trata de sobredimensionar nuestras prácticas cotidianas y locales: se trata, más bien, de conjugar acertadamente esa visión y actuación global con esas actuaciones y análisis localistas y del día a día. éste es nuestro reto, hoy más que nunca.

Posiblemente muchas os creáis que esto ya lo estamos haciendo desde hace tiempo, pero una como persona que lleva añitos procurando dar forma a proyectos locales y buscando la manera de concretar el apoyo mutuo a todos los niveles... pues eso, que una no lo tiene tan claro. Que no nos falte voluntad no quiere decir que estemos consiguiendo definir relaciones entre grupos y personas en nuestros barrios, pueblos, ciudades en contra de la actual UE y la globalización económica. A mi entender, no se trata de construir el «grupo paraguas» que recoja todo tipo de luchas a nivel local o territorial. Según mi entender, la cuestión es comenzar a comunicarnos todas esas gentes y grupos que ya existimos con nuestras actuaciones específicas y/o sectoriales: dicha comunicación debe basarse en un conocimiento mayor y más profundo de quiénes somos cada cual, qué pretendemos (lo común y lo diferente) para ir dándonos un uso mutuo, participando unas en las acciones de las otras y viceversa. Desde ese conocimiento y apoyo en acciones con-

cretas se pueden plantear en el tiempo objetivos que nadie, aisladamente (persona individual o grupo/colectivo) podría plantearse. Esto, naturalmente, llevará su tiempo, y por eso es bueno que hagamos las cosas a conciencia, con la firme y verdadera voluntad de querer definir actuaciones conjuntas y no de utilizarnos para nuestros objetivos e intereses respectivos. Es bueno recordar que nuestros grupos son meros medios y no fines en sí mismos: los objetivos se suponen que están encaminados a dismantelar la sociedad de mercado, la globalización económica y la Europa del capital y todo lo que ello conlleva.

No debemos eludir la necesidad de formarnos permanentemente y de debatir entre nosotras con el fin de ir avanzando en el desarrollo posterior de proyectos colectivos entre grupos de un lugar o un territorio. El apoyo mutuo no puede existir en un solo sentido: todas hemos de beneficiarnos de él y juntas articular lo común. Para ello tenemos que evitar entrar en las constantes descalificaciones al uso sobre quién posee las verdades y dar tiempo a que la realidad nos ponga a cada cual en nuestro sitio. El no uniformar el pensamiento no quiere decir que nos sigamos negando las unas a las otras cada día: tras conocernos y saber de nuestras diferencias, hemos de tener la cintura para tirar adelante con esos proyectos conjuntos, evaluándolos en el tiempo las veces que sea necesario y redefiniéndolos cuantas ocasiones sean precisas. Actualmente, la falta de una actitud abierta a la comunicación y el conocimiento mutuo nos cierra las puertas de cara a dar un solo pasito en una orientación transformadora.

Romper el espectáculo: salgamos a la calle

Si hasta ahora las luchas contra la globalización económica y la Europa del capital han procurado romper el circo de sus cumbres y efemérides saliendo a la calle, haciéndonos presentes,

ahora estas prácticas tienen más sentido que nunca. No se trata de desarrollar acciones que mueran en sí mismas, sino de dotarlas de esa orientación adecuada que ayude a ir desvelando el mundo terrorista que nos están imponiendo a sangre y fuego. Hemos de saber encadenar nuestras acciones para que respondan a esta lógica y ayuden al conocimiento de la CARA OCULTA DE LAS SOCIEDADES DE MERCADO.

Posiblemente llega el momento de decir que no estoy diciendo nada nuevo. Está casi todo dicho. La cuestión es recordarlo y darle la forma adecuada a nuestras acciones para que aquí y ahora tengan el sentido transformador/revolucionario que deseamos. Somos muchas las gentes que desde hace tiempo procuramos romper el espectáculo a través de semanas de lucha social o de acciones puntuales ante situaciones sumamente injustas (desalojos, desahucios, exceso de consumo, TAV, situación en las cárceles, reducción de prestaciones y derechos, privatización de lo público,...); pero nos falta darle una continuidad lógica y necesaria a nuestras actuales acciones, encadenarlas para alcanzar objetivos a corto y medio plazo y, sobre todo, para que nos ayuden a ver el camino de la ruptura total con este sistema terrorista, donde las personas somos meras mercancías para sacrificar en el sacrosanto mercado; que asegure el máximo beneficio al mínimo coste a una minoría asesina que se parapeta tras el accionariado invisible, siempre sin mezclarse con los pueblos y las gentes, poniendo gestores aguerridos al frente de sus empresas, dotándolas de enormes ejércitos de policías y militares de todos los colores y estilos.

Mucha gente recuerda aquellos cinco días de Córdoba donde convivimos cerca de mil quinientas personas militantes de familias y procedencias dispares en todos los sentidos. Durante cinco días practicamos la acción directa no violenta y pudimos gritar aquello de «cinco a cero» delante de cerca de mil maderos rabiosos y deseosos de matarnos a palos. Pero «compas», aquello se lo llevó el viento: aquello que fue fruto del voluntarismo y de una enorme espontaneidad no ha generado una continuidad ni local ni territori-

al ni a nivel estatal. Seguramente sirvió para cargar las pilas a muchas personas y grupos, para abrir otras posibilidades de actuación en cada respectivo barrio o pueblo. Pero, en conjunto, no hemos sido capaces de mantener lazos elementales de comunicación y menos de acción o intercambio. En mi opinión, aquellos cinco días, mágicos para algunas, nos dieron una clara visión de nuestras potencialidades y también de los obstáculos que existen aún para convertir lo potencial en real.

Hemos de encontrar la manera de sumarnos a las acciones que se dan en nuestros barrios y pueblos por parte de otros grupos o sectores; y no sólo eso, sobre todo debemos emplazar en nuestras realidades a quienes tienen voluntad de lucha, de búsqueda, de transformación, para definir juntas una acción anual global, como mínimo, que no sea patrimonio de nadie y en la que todas nos sintamos agustito desarrollándola. De esa primera acción, de su preparación, desarrollo y evaluación pueden salir calendarios futuros de acciones directas en la calle, rompiendo el espectáculo del poder, que se hace nuestro al hacer visible el enorme fracaso del mercado, la inviabilidad del mismo, su terror paralizante y asesino, el empobrecimiento masivo, la muerte en vida que pretenden imponernos. Desde esa visibilidad del dolor, de la muerte y el sufrimiento que evidencia la falta de libertad, desde ahí, es desde donde se puede ir fraguando en nuestros barrios y pueblos un movimiento que se puede llamar contra la globalización económica y contra la Europa del capital.

Ahora y siempre contra la Europa del capital

Al margen del Grupo Prisa, de los sindicatos mayoritarios y ONGs colaboracionistas, estamos desarrollando nuestros propios espacios de lucha y búsqueda, que ya vienen de largos caminos, repletos de fracasos, pero cargadísimos de deseos de transformación personal y colectiva.

Ahora más que nunca hemos de participar en el consumo responsable que fomentan las gentes de Debajo del Asfalto está la Huerta o los grupos de Consumo de la Breba, del CAES, etc. Aún más: hemos de seguir ocupando inmuebles deshabitados tal y como lo hacen tantos colectivos en tan diversos lugares, sin excluir llegar a alquilarlos para dar estabilidad a nuestro proyecto; aumentar nuestra oposición al TAV (Tren de Alta Velocidad) y desarrollar o, más bien, dar inicio a una lucha sin cuartel por la implantación del ferrocarril como medio básico de comunicación o el uso urbano de bicicletas; debemos incrementar nuestras luchas contra las cárceles y la represión en su conjunto, abriendo camino a sociedades desmilitarizadas; y cruzar estas luchas con los intereses de millones de personas empobrecidas que carecemos de verdaderos DERECHOS DE CIUDADANÍA (papeles para todas, renta básica, movilidad cultural, vivienda, etc...).

Visualización de los conflictos

A menudo pensamos que la gente militante tenemos conciencia real de todas o casi todas las cosas y situaciones que nos rodean, pero no es así. Aunque tengamos que vivir todo tipo de circunstancias para conocer el dolor y el sufrimiento que existe tras ellas, somos tendentes a dar por sabidas muchas cosas, sólo por haberlas leído o haberlas oído de otras personas. Hace unos días, de manera «casual», terminé en la cárcel de Nanclares de la Oca y entonces comprendí lo diferente que es vivir las cosas desde la distancia (pensarlas y sentir las desde lejos) a vivirlas de cerca. Sin que esto signifique, evidentemente, que podamos vivir constantemente de manera directa todas las circunstancias y situaciones que nos rodean, sí que hemos de esforzarnos en comunicarnos, relacionarnos, fundirnos con quienes sí las viven.

De aquellos tres días surgieron unas hojas escritas llenas de impresiones y sensaciones y pensamientos acerca de lo

que es y supone una cárcel en sí y acerca de la necesidad ya mencionada anteriormente de acercarse y palpar la realidad físicamente para llegar a un conocimiento más completo y real de las cosas. Me pareció importante incluir parte de esas líneas en estas páginas como forma de ejemplificar lo mucho que tenemos que trabajar para darle nombre a las cosas y para combatir la carencia y el dolor que produce día a día la Europa del capital. Podría haber escogido algún texto sobre vivienda, o sobre los constantes desahucios, o sobre las muertes en el Estrecho, o sobre los llamados accidentes laborales, o las agresiones diarias a mujeres, o la gente que malvive en la calle o en chabolas, o sobre los planes agrícolas que impone Bruselas... pero he elegido la cárcel como ejemplo y concreción por ser, si cabe, expresión extrema y evidente de toda esta locura. Como dice Sara, la cárcel es el último lugar en nuestras sociedades, nadie quiere saber nada de ellas ni de sus «habitantes». Partiendo de las luchas contra las consecuencias de la Europa del capital (lo sectorial y lo concreto) también podemos y debemos llegar a exigir la destrucción de sus instituciones globales.

Un fin de semana en la cárcel

[...] Como persona inquieta que busca el cambio personal y colectivo, nunca había pensado que podría tener cierta utilidad social, nunca antes me había planteado la idea de que no estaría mal que la gente visitara como interno o recluso, aunque sólo fuese por un fin de semana, una cárcel. Parece que sabemos suficiente sobre lo que son y lo que sucede en ellas... pero las personas nos equivocamos, y mucho, día a día. Yo reconozco que estaba muy confundido: ahora lo veo, tras pasar un fin de semana en la cárcel de Nanclares de la Oca. Ahora definiendo la importancia de que el máximo de personas pasen por esos establecimientos del terror, que muy bien definía Sara Nieto como «los basureros humanos de nuestra hipócrita sociedad».

Soy consciente de que la cárcel no es deseable para nadie, pero nuestras actuales formas de vida nos van alejando más y más de la realidad carcelaria, y todo aquello que hacemos consciente y que almacenamos en el recuerdo se convierte en lejano y distante, tendiendo a olvidarnos de su existencia.

En mi caso, hacía veinte años que no pisaba una cárcel como persona interna o reclusa y eso hizo que en cada momento, en ese fin de semana en Nanclares de la Oca, estuviera comparando situaciones y observando cambios. El balance es desolador por no decir terrorífico. Lo primero es que las actuales cárceles no se ubican en núcleos urbanos o rurales, están alejadas de todo, distantes al máximo de cualquier comunidad. Con la distancia se incorpora la incomunicación, pues no existen servicios de transporte hasta ellas o, en el caso de tenerlos, son insuficientes, lo que obliga a la gente a conectar favores con amigas que tengan automóvil.

Ya una vez ante unas instalaciones militarizadas como las de Nanclares de la Oca, lo primero que ven los ojos de uno son los muros, alambres de espino, seres uniformados y armados en garitas modernas. Después otros uniformados te invitan a pasar, a cruzar una puerta metálica que se abre a través de dispositivos automáticos. Aunque quiera, no puedo acordarme del número de portalones y puertas automáticas que tuve que pasar hasta que cerraron a mano la de la celda, Pienso que fueron nueve, incluyendo los detectores de metales: me sometieron a un cacheo profundo, a otro superficial y al «métese en la habitación» para separarnos a hombres y a mujeres. Hubo algo que me chocó enormemente desde el principio: todo el llamado funcionariado carcelario llevaba guantes en sus manos y procuraban evitar el contacto con nosotras por miedo a no sé qué desconocido contagio que no llegué a entender.

Desde que pasas el rastrillo de recepción hasta el primer portalón, de por lo menos ocho metros de ancho por casi cuatro de alto, tuvimos que andar por una carretera o una calle que tenía a ambos lados las casas de los funcionarios y

otros uniformados. La apariencia que dan es la de ser pisos de calidad. Antes de pasar el primer portalón se veían múltiples furgonetas y coches de los cuerpos armados y uniformados.

Al llegar al módulo (pequeña galería de unas veinte celdas) las voces de los carceleros son más autoritarias aún. Se percibe claramente un desprecio hacia nuestras personas, cuando no se mostró un evidente odio hacia algunas personas presas que ya conocían y distinguían. Una a una nos fueron llevando a cada una de las tres personas que ingresamos ese viernes 26 de enero a las celdas que nos correspondían (habitáculos que parecían cuadras).

La celda está partida por un muro de un metro y medio larguito de altura que separa el lavabo y la taza del wáter. Por supuesto, no existe puerta ni espejo; por no haber no tienen ni masilla los cristales plastificados de metacrilato de la ventana, permitiéndose que el aire frío entre sin problemas en la celda. Por si no hubiera ventilación suficiente, uno de los cristales tiene un buen agujero para que el frío sea mayor aún en la chabola (en aquellas noches del viernes 26 y sábado 27 de enero en Nanclares las temperaturas llegaron a bajar por debajo de los cero grados, y con constante lluvia: el frío y la humedad calaban todos los poros del cuerpo; una pequeña chapa de calefacción parecía estar de artículo decorativo). Enfrente del lavabo y del wáter está la litera, con un colchón mugriento que se acerca a un color negro grisáceo; como mesa tienes una balda de cemento y a modo de estantería otras dos baldas del mismo material. Las paredes tienen sangre seca, huella del dolor y de la locura que han vivido otras personas que antes estuvieron allí. Se diría que te sientes encajonado en un espacio de 3 x 2 metros, ocupado por una cama y un lavabo.

Aparte están los ruidos constantes de puertas metálicas que se abren y se cierran a golpes de algunas personas presas que están pasando el mono de alguna sustancia a la que son adictos. Por los altavoces del patio, a través de los pasillos, se oyen cómo van distribuyendo la metadona a quienes le ha sido concedida como tratamiento tera-

péutico. Por momentos llegas a pensar que estás en un hospital penitenciario.

Cuando repaso las horas vividas y las distintas sensaciones que se me venían de golpe a la cabeza, intento traer a la memoria la vista que tenía desde la ventana de mi celda: la mayoría de las ventanas de las celdas carecían de cristales y tenían simples plásticos cubriendo los huecos de las hojas de las ventanas. Pensaba que si yo estaba congelado, cómo deberían estar esas otras personas en sus celdas. No puedo olvidar la sensación que me produjo ver a las catorce personas de aquel pasillo/módulo andando de lado a lado sin parar. Esas personas no tienen ningún contacto con gente de otros módulos o pasillos: su submundo se reduce a las veinte personas con las que comparten dicho módulo. Pensaba en los conflictos que se dejaban entrever: cuando los nervios ya no aguantasen la ansiedad de no tener la sustancia que el cuerpo demanda como necesaria, cuando el vivir y convivir allí día a día se hiciera insostenible. Todo en un espacio reducido y en un submundo limitadísimo en el que te obligan a estar durante días, semanas, meses y años.

Cuando paseaban por aquel patio, alguno se acercaba a mi ventana dando inicio a una conversación cargada de necesidad urgente de comunicación. Así las charlas eran trueques: yo hablaba sobre la calle, la ciudad, el mundo de afuera, y ellos no paraban de contarme todo tipo de situaciones diarias. De esos labios salían palabras cargadas de dolor, de hondo sufrimiento: palizas recibidas por los llamados funcionarios de prisiones, vejaciones de todo tipo, privaciones y un sin fin de humillaciones. Me impresionó soberanamente el relato de una paliza que había recibido uno de ellos, no hacía más de tres semanas, a manos de ocho funcionarios que, tras esposarlo, le dieron de golpes hasta dejarlo inconsciente. Me contaba que utilizaban la fascinante táctica de ir todos los funcionarios a presenciar la paliza para que después, siendo unos ejecutores y otros testigos cómplices, nadie pudiera denunciar.

Otra muestra más del trato humillante e inhumano que se recibe dentro de esas paredes es el hecho de que tanto por la mañana (durante tres horas) como por la tarde (durante dos horas), al volver del patio a las celdas, acuden a limpiar el patio dos personas presas que continúan su trabajo de limpieza por pasillos y rastrillos. Lo curioso es que son dos personas de raza negra las que, sin guantes, tienen que recoger toda la mierda de esa reducida «colectividad».

El domingo por la mañana (28 de enero) salí de aquella cárcel convencido de que todas las personas inquietillas y que buscan un mundo basado en la justicia social debemos pasar algún fin de semana al año en la cárcel, para que se puedan retener en nuestras retinas todas esas imágenes de dolor y de carencia o, sencillamente, para que en nuestra lucha y búsqueda cotidiana no nos olvidemos de quienes sobreviven como mal pueden a tanto sadismo y crueldad. Es fácil gritar «Abajo los muros de las prisiones», lo complicado es asumir la destrucción cotidiana de tan anchas paredes y de tan largas alambradas.

Muchas personas insumisas a los ejércitos durante años han sido la voz de las gentes presas. ¿A partir de ahora quiénes van a coger el relevo de la denuncia día a día, desde el estar allí, desde el compartir? Os propongo que de aquí en adelante nos neguemos a pagar alguna de esas multas que nos pone el poder para someternos a sus normas y leyes, neguémonos a pagar alguna vez una de esas multas «vía administrativa» que se acogen a la famosa Ley Corcuera. Cada vez a más personas nos criminalizan por tener conductas al margen de la norma, por querer cambiar el orden impuesto, por practicar la solidaridad y demandar cumplimiento de la verdadera justicia... Si sólo pagamos esas multas, si no rompemos la baraja una vez al año, tendremos muy difícil poder mostrar al conjunto de la sociedad las permanentes agresiones y criminalizaciones que el poder ejerce a través de sus diversas instituciones para con las personas disidentes y para con las gentes empobrecidas.

Unir experiencias y esfuerzos

Nosotras, las gentes de Baladre, nos hemos centrado durante estos últimos 20 años en hacer frente a nuestras vidas rotas, basadas fundamentalmente en la carencia de recursos o la insuficiencia de los mismos. Así, durante años hemos exigido derechos sociales a la vez que intentábamos articular pequeñas iniciativas de economía de apoyo mutuo: ambas prácticas regadas de denuncias casi diarias del dolor humano de nuestras compañeras vecinas.

Pero sólo en los últimos cinco añitos hemos comenzado a plantearnos hacer visibles las relaciones entre nuestros problemas, nuestras necesidades y la globalización capitalista. Nos hemos perdido en frases genéricas, de librito de divulgación básico de personas inquietas. Ahora el reto es conseguir avanzar en el camino de hacer visible el dolor y la carencia, partiendo de situaciones concretas y acompañando cada una de nuestras actuaciones de una explicación suficiente y evidente de las responsabilidades que tienen no sólo el Ayuntamiento, la Comunidad Autónoma o nuestro Estado actual impuesto, sino también la Unión Europea, verdadera artífice de todas las decisiones que están condicionando realmente nuestras vidas.

Seguro que en tu ciudad o pueblo ya existen personas y/o grupos que trabajan estos y otros muchísimos temas, que nos van ayudando a orientar nuestras vidas desde unas verdaderos valores liberadores que nos hagan posible convivir de manera respetuosa entre nosotras y respetar el medio ambiente. Queda mucho por hacer, dígame por vivir, pues al fin y al cabo de lo que hablo es de la búsqueda de una forma de vida que asegure la continuidad de todas las especies, basada en la justicia social, en las personas y no en el beneficio de unos pocos.

Ahora corren tiempos de actualización y adecuación en la lucha contra la globalización económica y la Europa del capital. Nos encontramos en un proceso constituyente o reconstituyente de lo que deseamos que sea un potente

paraguas, donde todas las personas y grupos que andemos en estas búsquedas tengamos cabida.

El MAM puede convertirse dentro de no mucho tiempo en el Movimiento Contra la globalización económica y la Europa del capital. Lo importante es que en nuestras ciudades, pueblos y territorios ya seamos capaces de comunicarnos, conocernos, actuar juntos rompiendo el silencio, mostrando lo oculto. Aquí, nadie que se autodefina anticapitalista sobra, todas las personas somos necesarias.

Analizando

Estudiaremos formas de evitar la emigración,
indagaremos en las cifras de la población,
penetraremos en el punto g de la inflación,
veremos que la culpa, negra o blanca, no es de aquí.
Hipnotizando a los mendigos y mareándoles nunca se
[enteran.

Analizándoles...

Y vacilando pasa la vida.

Estudiaremos pobre cuánto puedes soportar,
indagaremos nunca la bendita corrupción,
penetraremos en tu alma, queremos bailar,
veremos si matarla o aún nos puede divertir.

Hipnotizando...

Estamos retrasando el estallido social,
estamos sujetando con la boca este ratón
y somos unos necios.

Pa-pa-pa-pa-parabá-pa-pa

L.P.R. (La Polla) *Bajo Presión*

CAPITALISMO GLOBAL, RESISTENCIAS SOCIALES Y ESTRATEGIAS DEL PODER

Ramón Fernández Durán*

A modo de presentación de los dos textos

Los textos que a continuación se incluyen son en realidad independientes, aunque estén muy relacionados. Es por ello por lo que se ha optado por estructurarlos y plasmarlos en esta publicación de forma separada. Además, su gestación se ha producido en lapsos de tiempo distintos: el primero en verano de 2000, y el segundo en enero-febrero de 2001. La razón de ello ha sido la propia concreción de la idea de este libro. Una vez que estaba redactado el primero, conversando con mi buen amigo, y compañero de muy diversas movidas, y en especial del movimiento antiMaastricht, Manolo Sáez, se planteó la posibilidad de poder sacarlo en Virus, retocado y ampliado, en una colección que quería impulsar Baladre dentro de la actividad de dicha editorial. A partir de ahí, Manolo apuntó la conveniencia de que a mi texto definitivo se le incorporasen otras aportaciones, con el fin de situarlo mejor y de poder introducir otros contrastes. Fue entonces cuando surgió la idea de la estructura definitiva del libro. Manolo haría un texto propio, que sería una reflexión personal en torno a las movilizaciones «antiglobalización». Y Miren Etxezarreta, una muy querida

* Miembro de Ecologistas en Acción y del Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica.

amiga, desde hace tiempo, y a la que Manolo le vendió la moto, haría una especie de introducción sobre el tema de la «globalización». Para mí es un placer poder contar con sus aportaciones y que Virus haya accedido, muy gustosamente, a publicar todo este material.

En relación con mis dos aportaciones, cabe decir que la primera («Un recorrido histórico por los procesos antagonistas del siglo XX y perspectivas para el XXI») se empieza a desarrollar a partir de una charla que di en Murcia en mayo de 2000, en unas jornadas que organizó el Foro Ignacio Ellacuría, que pretendía situar los movimientos y movilizaciones «antiglobalización» a escala mundial (Seattle, Washington...) en un contexto histórico;¹ es decir, dentro de la evolución de los movimientos antisistémicos a lo largo del siglo XX, señalando los rasgos nuevos que los caracterizaban, y sus posibles enlaces con dinámicas del pasado, así como analizando su proceso de gestación a lo largo de los noventa. Dicho texto está elaborado antes de que se empezara a plasmar la recesión de la economía estadounidense (y su probable repercusión mundial), cuestión que ya se apuntaba como posibilidad en el mismo, y que he preferido dejar en dichos términos, para señalar los cambios que ello puede producir en la segunda parte del texto.

Respecto a esta segunda entrega, su objetivo era completar el análisis de los movimientos «antiglobalización» a lo largo del año 2000 (Praga y Niza, principalmente), con el fin de resaltar, como ha señalado Walden Bello, que el año 2000 ha sido el de la revuelta mundial contra la «globalización». Pero, también, intentando apuntar la creciente crisis de legitimidad que experimentan las instituciones que gestionan (e impulsan) los procesos de globalización económica y financiera (FMI, BM, OMC, NNUU, EEUU, UE...); de ahí el título elegido para esta parte: «El emperador entra desnudo en el nuevo milenio». En este sentido, se ha hecho un especial hincapié en profundizar en las dinámicas por las que en la actualidad atraviesa el llamado «proyecto europeo». La razón de ello es procurar superar el desconoci-

miento que en torno a estos procesos, y en concreto respecto a sus dinámicas actuales, se da, en gran medida, entre la movida «antiglobalización» (por llamarla de alguna forma) aquí dentro del Estado español. Si bien ésta es una tarea que ya lleva realizándose desde hace años por distintos colectivos (CAES, Baladre, Ecologistas en Acción, Asamblea contra el TAV, Madres contra la Droga, Mugarik Gabe, La Colectiva...) que participan en el movimiento antiMaastricht, o por otros que actúan en muchas otras dinámicas de contestación a distintas expresiones del «proyecto europeo»; abordar estas cuestiones parecía importante para estar preparados de cara a la próxima presidencia española de la UE, que se dará en el primer semestre de 2002, en paralelo con el inicio de la circulación física del euro, que empezará en enero del próximo año.

El libro se ha pensado también para que estuviera listo para semana santa de este año, con el fin de tenerlo en la calle cuando tuviese lugar el encuentro estatal que estaba preparando el MRG (Movimiento de Resistencia Global) de Cataluña, abierto a las distintas redes estatales que trabajan el tema de la «globalización» (otros MRGs del resto del Estado, Movimiento AntiMaastricht, RCADE, Hemen Eta Mundua, ATTAC...). Esta exigencia que nos habíamos autoimpuesto ha sido un condicionante de cara al producto final. La razón de ello es que los compañeros de Virus eran los que nos fijaban los plazos mínimos para que esto fuera posible. A pesar de ello los plazos finales se flexibilizaron, sin ningún problema por parte de Virus, pero al autor siempre le parece poco, pues le hubiera gustado disponer de algo más de tiempo para completar y pulir más los textos. En fin, no ha sido posible estirar aún más los plazos, y el resultado es el que es.

Queda pendiente el abordar un análisis sobre la evolución de los procesos antagonistas «antiglobalización» aquí en el Estado español. No era éste en principio el objetivo del presente texto, pero es una tarea pendiente sobre la que ya existen distintas elaboraciones, de carácter parcial o general, que esperemos se vayan completando en un futuro

próximo. Este texto, que en un primer momento pensaba (ilusamente) que iba a ser más corto, ha sido una digresión dentro una actividad que me ocupa ya desde hace algún tiempo, que es una reflexión sobre el dinero, cuestión cuya comprensión me parece trascendental para orientar nuestra actividad futura. A ella vuelvo una vez terminada con sumo gusto (pero también tensión) este texto.

Finalmente, me gustaría dar las gracias a las compañeras y los compañeros de la Comisión de Internacional de Ecológicos en Acción por los comentarios aportados al borrador de este texto (Luis, Marisa, Stefan, Tom, Juan Carlos y Belén), también a Goyo de transgénicos, y en especial a Chusa, a la que siempre le doy la brasa para que me eche una mano en las cuestiones de estilo, aparte de por supuesto de en los temas de contenido, y en las meteduras de pata informática en las que suelo incurrir con rabiosa frecuencia. Así como a Isabel Bermejo, que desde Cantabria, y en sus visitas a Madrid, siempre me apoya con sus observaciones y envío de material. E igualmente a Miren y Manolo por sus comentarios de carácter general sobre ambos textos. Y como no, a la Anita que me ha animado a terminar este «rollo macareno», dándome mucho cariño a lo largo de todo el parto, y cuyos comentarios al texto, y reflexiones conjuntas también en las largas noches de amor, que dan para todo, me han ayudado enormemente a dar el modelado final al mismo. Mucha otra gente asimismo ha contribuido con sus apuntes al enriquecimiento de este texto, y de hecho algunos, como Tate, hasta han redactado reflexiones críticas a la primera parte. Por último, querría dar las gracias a Patric, de Virus, que ha tenido la paciencia de atender mis sucesivos requerimientos de ampliaciones de plazos, tratándose con comprensión, afecto y sin perder la compostura. A todas ellas y ellos un besote muy fuerte.

I. Un recorrido histórico por los procesos antagonistas del siglo XX y perspectivas para el XXI

*«Se cierra el paréntesis de la euforia mercantil,
de la felicidad asegurada y de integración para todos.
Y se extiende la idea de que el capitalismo,
tras destruir todo lo que hasta hoy daba sentido a la vida humana,
nos ha conducido al borde del abismo,
aunque sin parar a invitarnos a dar un "gran salto hacia delante".»*
Encyclopedie des Nuisances

*«El colapso del mercado global será un suceso traumático
con consecuencias inimaginables.
De cualquier forma, encuentro más fácil de imaginar
ese escenario que la continuación del presente sistema.»*
George Soros

«Nuestra resistencia será tan global como el capital.»
Llamamiento de Reclaim the Streets
para la acción del 18 de junio de 1999
contra los centros financieros

A modo de introducción

El cambio de siglo y milenio está alumbrando un escenario mundial de profundos cambios, no sólo por las nuevas formas que adopta el despliegue del capitalismo global, y la creciente insostenibilidad que ello comporta, sino por las nuevas dinámicas que se configuran en los procesos de resistencia y transformación, por la redefinición de las estrategias del poder para hacer frente a estos nuevos antagonismos, y por la puesta a punto de nuevos instrumentos para lidiar con la creciente ingobernabilidad (y deslegitimación política) que la intensificación de la globalización económica y financiera provoca. El objetivo del presente texto es

poder situar algunos de los rasgos principales de estas transformaciones, enmarcándolos en una perspectiva histórica.

El impacto de la globalización económica

En los últimos años el dominio del capital se ha ido haciendo cada vez más global. Su proyección mundial se intensifica, y muy pocos territorios y poblaciones escapan ya a su lógica depredadora. La mercantilización creciente de las distintas facetas de la vida afecta ya prácticamente a todos los ámbitos de nuestra existencia, en especial en los países del Centro. Y la capacidad por parte de las estructuras del poder para heterodeterminar la subjetividad humana, nuestras conciencias, a través de los *mass media* y la realidad virtual, alcanza cotas difíciles de imaginar. El capital transnacional productivo y, en concreto, el financiero especulativo son los nuevos señores que operan, íntimamente relacionados y casi sin restricciones, en todo el planeta, diseñando un entorno institucional supraestatal (FMI, BM, OMC, OCDE, G-7, UE, NNUU, TLC, APEC, Mercosur...) acorde con sus necesidades de acumulación y beneficio.

En este contexto, el papel del Estado se reestructura y se supedita a las nuevas lógicas del capital, perdiendo capacidad (y soberanía) para definir autónomamente su actividad. Esto es especialmente cierto en los países de la Periferia, y lo es cada vez más en los países de Centro, aunque algunos poderes estatales (EEUU, y en mucha menor medida Japón) o supraestatales (UE, p.e.) conserven todavía un considerable margen de maniobra, que no obstante se pone cada vez más al servicio del capital transnacional, pues es en estos espacios donde se concentra el poder económico y financiero, y desde dónde se proyecta su capacidad de dominio sobre el mundo entero. Lo económico (el poder del dinero) se impone sobre lo político, de forma cada vez más clara. Este nuevo marco de funcionamiento está impregnado por las políticas neoliberales, y en él no

tienen cabida las consideraciones humanas, sociales o ambientales. Todo se supedita a la lógica del mercado, la competitividad y el beneficio. Las víctimas de este «nuevo orden» son legión.

En la Periferia, del orden de mil quinientos millones de personas, setenta por ciento de ellas mujeres (de acuerdo con el BM), se encuentra en la pobreza y exclusión más absolutas (Wolfensohn, 1999), almacenándose principalmente en las megaciudades del Sur y en las metrópolis del Este. El resto de sus poblaciones urbanas (salvo una reducidísima minoría) sufre los programas de ajuste estructural que les imponen las instituciones financieras globales para hacer frente a una deuda externa en constante aumento o lidiar con las crisis financieras que incentiva la libre circulación mundial de capitales. Por otro lado, las poblaciones rurales de importantes espacios del Sur ven desarticuladas sus estructuras sociales, sus tradiciones y sus formas de producción y consumo (de bajo impacto ambiental), viéndose obligadas a emigrar de sus territorios, como resultado de la expansión del dominio del *agrobusiness* en el campo, que orienta su agricultura hacia la exportación y la penetración paulatina en estas áreas de los productos de las transnacionales.

Mientras tanto, en los países de Centro las conquistas sociales y laborales, conseguidas tras más de cien años de lucha del movimiento obrero y de los distintos movimientos sociales, se desmantelan a través de la desregulación del mercado de trabajo y el desmontaje paralelo de la protección social que brindaba el Estado del Bienestar. Crecen, pues, el paro y, en concreto, la precariedad y la exclusión social, en especial en las grandes conurbaciones, al tiempo que los bienes y servicios públicos (vivienda, sanidad, educación, transporte...) se privatizan, haciendo depender su acceso, o disfrute, de la lógica del mercado y del beneficio privado, es decir, del poder adquisitivo, perdiendo su carácter más o menos universal.

La disparidad en la distribución de la riqueza es cada día más extrema, tanto en el Centro como, fundamentalmente,

en las Periferias Sur y Este. Y el creciente endeudamiento de personas, pequeña actividad productiva e incluso de las sociedades en su conjunto, conforma un mecanismo perverso que bombea la riqueza de abajo a arriba, lo que beneficia a una minoría progresivamente exigua a nivel mundial: en concreto, las élites del Centro y la Periferia, unas clases medias en retroceso en el Norte y sectores similares en proceso de práctica desaparición en el Sur y Este. En estas condiciones la democracia formal se convierte en una mascarada, pues se vacían de contenido los derechos civiles, políticos y sociales; al tiempo que se desarrollan los instrumentos militares, policiales y represivos de todo tipo para hacer frente a los comportamientos desordenados en ascenso, y que proliferan las mafias y el crimen organizado.

En un clima donde crece la vulnerabilidad a todos los niveles y donde se acentúan las salidas violentas como forma de resolución de conflictos, las mujeres ven cómo se vuelven a reforzar los mecanismos de opresión patriarcal (tranhistóricos) y cómo se profundiza su debilidad estructural. Asimismo, la degradación del mercado laboral y el recorte de la protección social que brindaba el Estado del Bienestar incide especialmente sobre las mujeres, agudizando la feminización de la pobreza y haciendo retroceder los avances ganados en las últimas décadas en los países de Centro (en especial) en cuanto a la relación de géneros. En la Periferia, los programas de ajuste estructural del FMI y BM tienen igualmente una acusada repercusión sobre las mujeres, entre otras medidas, al recortar bruscamente el gasto social. «La globalización es en sí misma androcéntrica. Sus valores son la competencia, el egoísmo, el individualismo, la compraventa, el beneficio por encima de todo, la razón instrumental y la ausencia de ética. La globalización obedece a la lógica de un solo género, e induce a pensar, sentir y funcionar en clave típicamente masculina» (Lamarca, 2000). Además, «la globalización cabalga sobre unas estructuras sociales que las mujeres mantienen desde la “economía invisible”, por medio de millones de horas de

trabajo doméstico y de cuidados [...] [Propiciando] una estructura familiar [que aunque en crisis] es utilitaria para el sistema, y está fundamentada en una lógica cualitativamente distinta [a la del mercado]» (Del Río, 2000).

Avanza, pues, la «corrosión del carácter» (Sennet, 1999), el sálvese quien pueda y el consumismo más atroz, mientras que, en paralelo, proliferan las crisis personales² y la infelicidad colectiva. En la «sociedad del espectáculo» (Debord, 1990), los individuos se relacionan entre sí a través del espectáculo, y en función de éste, configurándose una sociedad de masas, crecientemente desestructurada, atomizada y pasiva. La banalidad, el narcisismo y el hedonismo insolidario de la sociedad del «entretenimiento» se consolidan, al mismo tiempo que progresa la decrepitud moral individual y colectiva. Lo cual crea el caldo de cultivo idóneo para la proliferación de toda suerte de comportamientos asociales, individuales y colectivos.

Todo ello va acompañado de unos impactos ecológicos en aumento. Pues no sólo el predominio de la actividad productiva en gran escala implica un consumo de recursos (no renovables) creciente y una imparable producción de residuos, con la consiguiente degradación-contaminación de los ecosistemas, sino que los procesos de globalización económica y la búsqueda ciega de competitividad están incentivando también una progresiva desregulación ambiental a escala mundial. Paradójicamente, en un momento en que los desequilibrios ecológicos adquieren una dimensión planetaria, la lógica de la mundialización impone un desmantelamiento de los tímidos instrumentos que intentaban paliar los impactos ambientales en ascenso, establecidos en los países de Centro en gran medida como resultado de la presión social de las últimas décadas. El «desarrollo sostenible», acuñado en la Cumbre de Río, no es sino un intento de maquillaje «verde» de la necesidad de crecimiento continuo que experimenta el actual modelo económico. Y está claro que no es viable la expansión irrefrenable en un ecosistema finito como es la biosfera.

Además, la globalización económica acelera los procesos de urbanización (y el consiguiente consumo de espacio y recursos) a escala planetaria, cuya intensificación se inició con la revolución industrial y que alcanza ya a la mitad de una población mundial (de seis mil millones de personas) en pleno proceso de explosión demográfica (en el Sur);³ dispara las necesidades de movilidad motorizada a todos los niveles, que aumentan a un ritmo sustancialmente superior al del crecimiento económico (GT 2000+, 1993); y, en suma, precipita la demanda de consumo energético no renovable (combustibles fósiles). Estas dinámicas, que no son sino la otra cara de la globalización económica, constituyen el núcleo duro de la insostenibilidad global del actual modelo económico y productivo.

Auge, integración-degradación y crisis de los movimientos antisistémicos a lo largo del siglo XX

A mediados del siglo XIX, en plena Revolución Industrial, y tras las revoluciones fallidas que se dan en el espacio europeo en torno a 1848 («Un fantasma recorre Europa...», *Manifiesto Comunista*), el movimiento obrero se plantea la necesidad, en unas condiciones brutales de explotación económica, de dotarse de organizaciones propias más estables para luchar por sus intereses, una vez que queda clara la confrontación entre el proletariado y la burguesía, que hasta entonces había permanecido diluida en la lucha (hegemónizada por ésta) contra las estructuras del Antiguo Régimen. Ello iba a dar lugar, más tarde, a la creación de la Primera Internacional (1863-1870),⁴ en cuya evolución se configuran dos grandes tendencias: la marxista, que iba a poner de forma creciente el énfasis en la necesidad de acceder al poder del Estado-nación (en esa etapa en proceso final de consolidación), para desde ahí modificar las relaciones de poder a favor del proletariado —«incluso el proletariado que (en principio) no tenía ni patria ni nación, debía, en primer

lugar, librar una lucha nacional por la supremacía política» (Arrighi y otr., 1999)—; y la anarquista-libertaria, que resalta la necesidad de luchar al mismo tiempo contra la burguesía y su Estado como vía de emancipación.

La primera corriente, expresaba una valoración positiva del desarrollo del industrialismo, es decir de las fuerzas productivas, que sentaría las bases para la revolución mundial, pues ello permitiría la expansión de un sujeto social, el proletariado industrial, con una misión histórica que cumplir: el advenimiento del socialismo, o la sociedad sin clases, mediante la lucha de clases; hecho que acabaría, según sus postulados, con todo tipo de explotación. Esta corriente era una lógica consecuencia de la fe en el progreso y en la evolución positiva de la historia, hijas de la Ilustración, y del afán por impulsar soluciones de tipo universal (de carácter eurocéntrico) que se derivaba del siglo de las luces. En la segunda corriente latían de forma confusa otros anhelos: desde la profunda desconfianza ante las estructuras de poder del Estado para cualquier cambio social, hasta una visión crítica del progreso y el industrialismo, pasando por la necesidad de defender estructuras comunitarias para la emancipación social, y el escepticismo ante soluciones de emancipación válidas de manera universal. Pero también otros aspectos importantes diferenciarían ambas corrientes: la minusvaloración del mundo rural por parte de la rama marxista (Douthwaite, 1996), paralela a su fe en el industrialismo y el desarrollo urbano, y su énfasis en la necesidad de creación de estructuras centralizadas del movimiento obrero; en contraste con las posturas a favor del campesinado y de una organización de corte federalista y descentralizada de la corriente anarquista.

La dinámica histórica de fuerte crecimiento y expansión del capitalismo a nivel mundial durante casi todo el siglo XIX, con el auge del imperialismo, junto con la reafirmación y desarrollo de las estructuras estatales de los países centrales —y el marco de dominio mundial político-militar y cultural eurocéntrico que propició— sentaron quizás las

condiciones para que prosperara la primera de las corrientes, que tendría como lógico desarrollo la creación de la Segunda Internacional (1889) y, posteriormente, de la Tercera Internacional (1919-1943).⁵ Por otra parte, hacia 1880 se empiezan a legalizar los sindicatos, en paralelo más o menos con la extensión del sufragio universal (masculino), y el sindicalismo revolucionario tendría su época dorada en las primeras décadas del siglo XX. Mientras tanto, las otras tendencias iban a entrar históricamente en una especie de vía muerta, con rebrotes ocasionales que no llegaron a cuajar de forma amplia y estable.⁶ Se anunciaba pues un siglo XX que iba a estar en general dominado, hasta casi su crepúsculo, por las corrientes estatistas de la izquierda. En el caso de la Segunda Internacional (partidos socialdemócratas), se pondría el énfasis en la necesidad de acceder a la administración estatal por vías electorales, para desde allí llevar a cabo la política de reformas. Y en lo referente a la Tercera Internacional (partidos comunistas), marcada por la impronta del marxismo-leninismo, bajo la égida de Moscú, se reafirmaría, en una primera etapa, la vía insurreccional para la toma del poder del Estado; y posteriormente se supeditaría a la política exterior de la URSS, teorizada por la necesidad de defender el «socialismo en un solo país». Paralelamente, los movimientos de liberación nacional en la Periferia pugnaban por emanciparse de la dependencia colonial. Éstos ya se habían manifestado en América Latina desde finales del XVIII, y a lo largo del XIX, con una fuerte hegemonía criolla, y habían tenido asimismo una carga cultural eurocéntrica; y en general tan sólo buscaban una independencia de la metrópoli para una mejor defensa de sus propios intereses.

El siglo XX se inaugura con fuertes tensiones entre los principales poderes estatales europeos que derivarían en la Gran Guerra, que dejaría más de ocho millones de muertos en el escenario europeo (DTV, 1995). Las políticas liberales impulsadas a lo largo del XIX, especialmente por Gran Bretaña, entran en una profunda crisis en las primeras décadas

del siglo XX, ante el auge de los procesos revolucionarios y las crisis políticas y sociales que se producen entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Los principales procesos revolucionarios se dan, en un primer momento, en países más o menos «atrasados» en la dinámica capitalista (Rusia —1917—, México —1910—). Como respuesta, en gran medida, a estos procesos surge la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en 1919. En el periodo de entreguerras, se produce también un cambio importante de predominio del poder político («new deal», políticas keynesianas; y en otro orden, fascismo) sobre el poder económico-financiero, con el fin de hacer frente a la crisis social (y política) que propicia el fin de la Primera Guerra Mundial y más tarde la gran depresión en los años treinta, que sobreviene tras el *crack* de Wall Street en 1929 y la quiebra del patrón oro, que a su vez afecta el comercio internacional.

La profunda crisis social y política de los años treinta supondría el ascenso del nazismo en Alemania, que arrastraría a las potencias del Norte a la Segunda Guerra Mundial, con un balance aterrador: 55 millones de muertos en la contienda y más de 5 millones como resultado del Holocausto (DTV, 1995). El fin de la Segunda Guerra Mundial iba a alumbrar un escenario planetario absolutamente nuevo, dominado por dos nuevas superpotencias EEUU y la URSS. En los países centrales del autodenominado «mundo libre» (en Europa occidental, principalmente) se desarrolla un pacto entre el capital y el trabajo, de la mano del acceso al gobierno de los partidos socialdemócratas, que iba a derivar en la creación del Estado del Bienestar, impulsando considerables reformas sociales. Ésta era la vía aceptada por las élites económicas para hacer viable la gestión del capitalismo postbélico, en una situación de aguda crisis política y social. En el Este, la URSS amplía su área de influencia, proyectando su modelo de economía estatal planificada sobre Europa oriental. En China, en 1949, triunfa la revolución comunista y se inicia un camino propio en la misma dirección; más tarde, en 1967, se plasma la ruptura chino-soviética, que crearía

importantes divisiones en los partidos comunistas (creación de partidos maoístas). Y en la Periferia africana y asiática, todavía sujeta en gran medida a relaciones coloniales con las potencias europeas, el fin de la guerra supone la irrupción con fuerza de los movimientos de liberación nacional. A lo largo de los años cincuenta y sesenta se asiste a la creación de gran número de Estados en esta Periferia, que intentan copiar las estructuras del Estado-nación occidental, al tiempo que irrumpe la revolución cubana (1959) y se extiende la lucha guerrillera por América Latina. Se produce, por consiguiente, un gran auge de la estatalidad, y de influencia del poder político, en el transcurso del siglo, en especial hasta el último tercio del mismo (hasta los años setenta). En este periodo, el número de Estados en el mundo pasa de unos cuarenta, a primeros de siglo, a unos ciento ochenta, en dicha época (Arrighi y otr., 1999).

Los años sesenta iban a traer consigo un cambio importante en la dinámica de los movimientos antisistémicos, resultado de distintos factores: los límites de las transformaciones impulsadas por la socialdemocracia, la aceptación de la lógica capitalista que supone su acción de gobierno en los países centrales, y los cambios en las estructuras sociales y, en general, la progresiva integración de la clase obrera en el Norte vía consumo (Henry Ford ya lo había avanzado años antes al decir: «Nosotros no sólo producimos coches, también producimos personas»); la burocratización y represión de los modelos de capitalismo de Estado en los países del Este y en China; y las limitaciones, degradación y burocratización de los movimientos de liberación nacional en la Periferia. Este contexto iba a crear las condiciones para la irrupción de nuevas dinámicas de contestación, cuyo ejemplo más paradigmático serían los acontecimientos que se desarrollan en muchas partes del mundo en torno a la fecha simbólica de 1968.

En Occidente la irrupción de los llamados nuevos movimientos sociales (feminista, ecologista, antiimperialista — contra la guerra de Vietnam— y antimilitarista, ciudadano,

de derechos civiles, etc.) iba a significar el desplazamiento, en general (otoño caliente italiano —1969— y otros importantes estallidos del «obrero masa» de la fábrica fordista), de la centralidad obrera en las formas de contestación social, así como la progresiva puesta en cuestión del papel que jugaban los sindicatos y partidos socialdemócratas y comunistas. Ello se ve acentuado por los acontecimientos en el Este. La invasión de Checoslovaquia por la URSS, que pone un fin traumático a la llamada «Primavera de Praga», significa un duro golpe para la imagen de la «patria del socialismo» como faro guía de la «revolución mundial»; imagen que ya se había ido deteriorando paulatinamente desde las brutalidades del periodo estalinista y la ocupación de Hungría (1956). Más tarde, los acontecimientos en Polonia incidirían en la misma dirección. Al mismo tiempo, en China la llamada «revolución cultural» intenta combatir los procesos de degeneración y burocratización del partido comunista, cayendo en excesos de distinto signo. Y por otro lado, los acontecimientos del 68 llegan a afectar igualmente a algunos países de la Periferia, como en el caso de México (matanza estudiantil en la plaza de Tlatelolco), y empiezan a irrumpir poco a poco nuevos movimientos (campesinos e indígenas, principalmente, y obreros, en menor medida) que ponen en cuestión las pretendidas conquistas desarrolladas por los movimientos de liberación nacional. A la vez que las esperanzas depositadas en el movimiento de los «no alineados», iniciado en Bandung (1955),⁷ se van evaporando paulatinamente ante las dificultades de establecer una vía de «desarrollo» propia, en el marco de un capitalismo progresivamente mundializado, y de la creciente rivalidad Este-Oeste en la Periferia.

Pero el 68 significaría mucho más que todo eso. Sobre todo sus posos de cara al futuro. El 68 es el inicio de: la puesta en cuestión del proletariado como único sujeto social revolucionario; la crítica antiautoritaria a las estructuras burocráticas, monolíticas y jerarquizadas de partidos y sindicatos, y del poder en general; la quiebra de la tradición revo-

lucionaria moderna, jacobina y leninista —partido, vanguardia, estrategia—; el rechazo de la alienación, colonización y miseria de la vida cotidiana (y del espacio interior) en el capitalismo maduro; la impugnación del trabajo asalariado; la irrupción del cuestionamiento abierto de las relaciones de género y de dominio patriarcal («lo privado también es político»), hasta entonces en gran medida ausente en la corriente dominante de la izquierda,⁸ la necesidad de tener en cuenta la explosión de los sentimientos, las diferentes subjetividades y el deseo; la revolución sexual y contracultural («haz el amor y no la guerra»); el comienzo de la puesta en tela de juicio del dominio del capital sobre la naturaleza, es decir el cuestionamiento del desarrollo capitalista desde la perspectiva ambiental; la reafirmación de la subjetividad contra el pretendido objetivismo científico y positivista, y la crítica al desarrollo tecnológico; la explosión de lo social como nueva expresión de la actividad política al margen de «lo político»; el desplazamiento del conflicto del espacio de la producción al territorio en su conjunto; el predominio de lo micro sobre lo macro, y la puesta en cuestión de la Revolución (con mayúscula) como momento puntual, incapaz de transformar las estructuras de poder ante las que sucumbe a corto o medio plazo; el énfasis en la acción directa y en la transformación de la realidad, aquí y ahora; la reivindicación de la utopía («sed realistas, pedid lo imposible»), contra el pragmatismo legitimador del discurso modernizador; la crítica a la militancia tradicional y a los «revolucionarios profesionales», etc. En definitiva, el 68, que supone una fuerte ruptura generacional, enlaza con ciertas componentes de la tradición consejista y libertaria,⁹ desarrollando nuevas componentes (p.e., la autonomía, en Italia y Alemania, principalmente) que tratan de sintetizar las ideas anarquistas y marxistas, intentando al mismo tiempo superar a ambas.

Una vez que se va sedimentando poco a poco el polvo de la explosión del 68, y que remite la movilización social, los restos pasan a ser administrados en el Centro, en general, en un primer momento, por distintos grupos de la

izquierda radical (trozkistas, maoístas, etc.), y las corrientes más innovadoras parece que ceden terreno. Surgen, asimismo, en algunos países del Norte, distintos grupos de lucha armada (RAF, Brigadas Rojas, Panteras Negras, IRA, ETA...), algunos de los cuales son ahogados por la fuerte represión estatal de los llamados «años de plomo». Sin embargo, en los setenta, y primeros años de los ochenta, los movimientos sociales todavía mantienen una considerable tensión en los países centrales. En la Periferia van adquiriendo cuerpo los movimientos campesinos e indígenas, que luego irrumpirán con más fuerza, al tiempo que empieza a perder terreno de forma pausada la izquierda tradicional. Y en los países del Este crece la contestación interna, de forma subterránea, y sobre todo la desafección hacia las estructuras de poder, bajo una superficie social en la que parece que nada se mueve y todo se acepta.

Pero quizás uno de los aspectos más importantes (y nunca suficientemente resaltados) de la resaca del 68, fue la diversidad de dinámicas de transformación al margen del sistema, es decir, no sólo directamente de resistencia (aunque también, por supuesto, de resistencia), que empiezan a proliferar de manera más o menos subterránea a partir de entonces: movimientos de okupación, creación de comunas rurales y urbanas, nuevas experiencias de educación popular y alternativa, prácticas colectivas de agricultura ecológica, radios libres y formas de comunicación alternativas, establecimiento de bancos alternativos, formas de trueque (LET) y monedas locales (Douthwaite, 1996), formas de producción y consumo que intentan salirse de la lógica del mercado, etc. Esto significa que la enorme potencia transformadora que significó el 68, una vez constatada la dificultad de cambio inmediato del sistema vigente, se orientó, en una importante medida, hacia la creación de experiencias alternativas fuera de la lógica dominante, que la izquierda tradicional, en general, menospreció.

En los años ochenta se producen importantes cambios en las correlaciones de fuerzas entre el poder político y eco-

nómico, entre los países del Centro y de la Periferia Sur, y entre las estructuras de poder y los movimientos antisistémicos. La paulatina imposición de las políticas neoliberales y la intensificación de los procesos de globalización económica y financiera¹⁰ suponen la progresiva emancipación del gran capital productivo y especulativo respecto del control político; una operación que no se produce por generación espontánea, sino que es preparada y organizada desde los principales centros del poder económico y financiero y desde sus principales centros de difusión ideológica: la «rebelión de las élites» (Lasch, 1996; George, 1999). La brusca elevación de los tipos de interés en EEUU a finales de los setenta (1979) desata la crisis de la deuda externa en los países del Sur, como resultado del abultado endeudamiento en que éstos habían incurrido en los setenta. Este endeudamiento fue incentivado, aparte de por las políticas del BM y del FMI, por el reciclaje de los llamados «petrodólares» hacia este espacio a lo largo de dicha década; «petrodólares» amasados por los países productores de petróleo como resultado de la fuerte subida de los precios del crudo en los setenta (crisis energéticas de 1973 —guerra árabe-israelí— y de 1979-80 —Revolución iraní y guerra Irak-Irán—), y que fueron inyectados por los países de la OPEP, para revalorizarlos, en el sistema financiero internacional. La amenaza generalizada de impago de la deuda externa crea una situación enormemente delicada, de fuerte crisis, al sistema financiero internacional. Esta situación es aprovechada por los centros de poder económico y financiero del Norte para salir de ella reforzados, imponiendo unos durísimos Programas de Ajuste Estructural (PAEs) a los países de la Periferia sur a través del FMI y el BM. La imposición de estos programas acaban derivando en las llamadas «revueltas del hambre», que son reprimidas provocando centenares de muertos en muchos casos (en el caso del llamado «Caracazo» se habló de más de mil muertos).

Los PAEs se aplican no sólo con el objetivo de que los países del Sur satisfagan el servicio de la deuda, con el fin

de que no se colapsara el sistema financiero internacional, sino que su diseño responde también a objetivos más ambiciosos. Por un lado, conseguir una mayor apertura a la economía global de las economías del Sur, obligando a orientar sus estructuras productivas hacia la exportación (acabando con la política de «sustitución de importaciones»), abaratando además el coste de su fuerza de trabajo como consecuencia de la devaluación de las monedas respectivas que acompaña a los PAEs.¹¹ Por otro, lograr un desmantelamiento y privatización de las empresas públicas que estos países habían ido desarrollando en las décadas de la postguerra, en la que muchos de los Estados del Sur habían intentado una vía propia de «desarrollo». Paralelamente, se propicia una reestructuración de sus aparatos estatales para que éstos respondieran a las nuevas demandas de una economía globalizada. Se trataba en definitiva de, aprovechando las circunstancias, apuntalar la hegemonía del Centro (erosionada tras las crisis de los setenta, la debacle de EEUU en Vietnam, la caída del Sha de Persia, la «Revolución de los claveles» en Portugal y la independencia de sus colonias — algunas de las cuales caen en el campo de influencia de la URSS: Angola, Mozambique—, el triunfo de la Revolución sandinista —1979—...) y conseguir doblegar la capacidad de diseño autónomo de las políticas de los gobiernos del Sur, poniéndolos de rodillas como resultado del yugo de la deuda. Este proceso se iba a llevar a cabo por las instituciones de Bretton Woods, en colaboración con los llamados Club de Londres (que aglutina a los deudores privados) y el Club de París (que agrupa a los deudores públicos). Y se podría afirmar, que es un ataque en toda regla del Norte sobre el Sur, con el fin de yugular el creciente peso político internacional que había ido ganando el «Tercer Mundo».

Todo ello va acompañado de estrategias para el desmontaje de la capacidad de antagonismo de los movimientos antisistémicos en el Sur y en el Norte. En el Sur, estas estrategias van desde el uso de la potencia de los *mass media*, para proyectar los valores de la Aldea Global sobre

el conjunto del planeta, valga la redundancia; hasta la promoción de democracias formales en los países periféricos,¹² en las que se apoyan descaradamente las opciones políticas más favorables con el capitalismo global y se desincentivan y condicionan las opciones políticas más alejadas de los intereses de éste (bajo el lema «No Hay Alternativa»); al tiempo que se promueve la irrupción de un batallón de ONGs que, a través de las políticas de «cooperación» y «desarrollo», logra aglutinar bajo su actividad a parte del activismo social antagonista, disminuyendo la potencia de confrontación y consiguiendo una cierta capacidad de legitimación de las políticas de los organismos financieros internacionales (en especial, del BM).

En el Norte, el creciente individualismo y desestructuración social que promueven las políticas neoliberales, el cambio de las estructuras sociales (composición de clase) y productivas que conlleva el capitalismo global, la capacidad de integración de importantes sectores de la población vía consumo, la potencia del mensaje mediático para desmontar la capacidad de resistencia antagonista, la dificultad de organización del conflicto social de los sectores precarios y excluidos generados por el neoliberalismo, la integración de la izquierda tradicional en las estructuras de poder y el endurecimiento de sus estructuras democráticas estatales para poder lidiar, si llega el caso, impunemente, con aquella parte de lo social refractaria a las políticas neoliberales, consigue —conjuntamente— erosionar de forma sensible la capacidad de resistencia social ante las políticas hegemónicas.

Este panorama parece, en principio, que debería agudizarse en los años noventa con el colapso del llamado «socialismo real», que propicia la caída del muro de Berlín en 1989, y el triunfo ya planetario del capitalismo global —máxime tras la brutal represión en ese mismo año de la revuelta de Tiannamen—¹³, lo que hizo llegar a sentenciar a algún ideólogo de éste (Fukuyama, 1992) que la Historia se había acabado. «En 1989, no sólo el leninismo,

sino también los movimientos de liberación nacional, la socialdemocracia y todos los demás herederos del liberalismo revolucionario pos-1789 (fecha de la Revolución Francesa) colapsaron ideológicamente, es decir como estrategias para una *acción eficaz* para la transformación del mundo» (Arrighi y otr., 1999) (el subrayado es nuestro). A partir de entonces, nos dicta Fukuyama, ya sólo había un sistema mundial, el capitalismo liberal, una forma política, el modelo de democracia occidental; y el futuro se presentaba brillante ante la ausencia de capacidad de contestación (y de alternativa) a este modelo, pues las que habían surgido históricamente se habían desmoronado o sucumbido, sin más.

Sin embargo, a pesar de este aparente triunfo planetario del capitalismo global, y de la pretendida capacidad de instauración del pensamiento único a escala planetaria, se detectan también nuevas e importantes dinámicas sociales de contestación a este «Nuevo (des)Orden Mundial» (como lo llegó a bautizar George Bush, tras la finalización de la Guerra del Golfo —1991—), con nuevos paradigmas emancipadores: de contenidos y valores, de formas de acción y organización, de nuevos sujetos sociales de resistencia y transformación, etc. Estas dinámicas que, en un primer momento (finales de los ochenta y gran parte de los noventa), se podría decir que tienen un cierto carácter subterráneo, o invisible, porque están en estado embrionario y no llegan todavía a quebrar la imagen especular (mediática) de victoria del capitalismo global, van a irrumpir abiertamente en escena con la noche del milenio (en especial, a partir de Seattle), desbaratando la naturaleza ficticia de dicho éxito. El simulacro de dominio sin replica está siendo crecientemente erosionado, igualmente, por el auge de los comportamientos desordenados (delictivos, patológicos, desviados) y la consiguiente ingobernabilidad a todos los niveles (la «explosión del desorden») que promueve la expansión incontrolada de la globalización económica y financiera. Sobre todo ello intentaremos profundizar a continuación.

A pesar de todo, la resistencia al neoliberalismo se organiza y se extiende a escala mundial

Desde finales de los ochenta se viene asistiendo a una progresiva confluencia de los nuevos procesos de antagonismo a la lógica del despliegue de la globalización económica. Estos procesos se han venido plasmando a través de distintas vías, de las que sólo se señalarán aquí algunos hitos principales. En 1988, las actividades de contestación a la Asamblea General del FMI y el BM, en Berlín, permiten aglutinar a diferentes movimientos de oposición a las políticas de estas instituciones financieras supraestatales, al tiempo que posibilitan la puesta en común de la reflexión crítica contra las políticas neoliberales del capitalismo global. Se produce una primera convergencia, todavía embrionaria, de organizaciones que tanto en el Centro como en la Periferia (Sur) luchan contra las consecuencias de un modelo que se intenta imponer a sangre y fuego en todo el mundo. Como parte de dichas actividades se denuncia también la progresión imparable de los impactos ecológicos planetarios. De esta forma, p.e., cobra un especial relieve la campaña de concienciación contra la destrucción de la selva del Amazonas; a consecuencia principalmente de las estrategias del capital transnacional en dicho territorio, que opera con el apoyo del BM. Al enriquecimiento de esta reflexión crítica contribuye también la realización de las contracumbres a las reuniones del G-7 que impulsa el TOES (*The Other Economic Summit* —La Otra Cumbre Económica—).

Más tarde, en torno a 1992, la preparación de actos de denuncia del quinto centenario del llamado «descubrimiento» de América, que inauguró en su día (junto con la circunnavegación de África) la expansión y el dominio del Centro sobre la Periferia, permite avanzar en la profundización de un discurso crítico sobre las nuevas formas que adopta en la actualidad el dominio del capital a nivel mundial; esto es, la globalización económica y financiera y el triunfo del neoliberalismo en todos los ámbitos. El desarro-

llo de estas actividades permite asimismo el contacto entre organizaciones del Centro y la Periferia (Sur), especialmente entre organizaciones de Europa occidental, EEUU y América Latina. Es de resaltar la coordinación que estos eventos suscitan entre las organizaciones indígenas americanas (bajo el lema: «Quinientos Años de Resistencia»). Al calor también de este proceso de confluencia tiene lugar en Nicaragua una reunión, en 1991, de movimientos campesinos de diferentes partes del mundo que impulsan un espacio de encuentro, Vía Campesina, como instrumento de coordinación para oponerse al progresivo dominio del sector del *agrobussines* en el mundo rural.

Asimismo, la preparación de las actividades paralelas a la Cumbre de Río (1992) posibilita que, poco a poco, florezca el pensamiento crítico contra el «progreso» científico y tecnológico, contra la bondad del desarrollo imparable de las fuerzas productivas y, en definitiva, contra el mito del «desarrollo». Esta magna conferencia mundial, que había sido preparada minuciosamente por las Naciones Unidas desde hacía años, tomando como base el informe Brundtland («Nuestro Futuro Común»), para lograr elaborar nuevos mecanismos de consenso colectivo en torno al concepto de desarrollo y crecimiento, acuñando el término «desarrollo sostenible», marca también un punto de inflexión en la crítica a los procesos de globalización en marcha. Desde las instituciones financieras y políticas supraestatales (en especial, el BM y Naciones Unidas) y desde ciertas instancias promovidas, dentro de las NNUU, por las propias transnacionales (el Consejo Mundial Empresarial para el Desarrollo Sostenible)¹⁴ se impulsa una verdadera operación global de marketing respecto al «nuevo» paradigma del «desarrollo sostenible» (Finger y Kylcoyne, 1996); al tiempo que se promueven nuevos instrumentos de intervención social (las ONGs de Desarrollo) como vía para apuntalar un nuevo consenso social en torno al mito del «desarrollo», actualizado, eso sí, bajo el calificativo de «sostenible». Pero las actividades de reflexión crítica y contestación paralelas a la

Cumbre de Río significan también, en parte, la cristalización de nuevas formas organizativas de oposición a la globalización. La red internacional A SEED (Action for Solidarity, Ecology, Equity and Development), una de las voces de denuncia más preclaras respecto de las consecuencias de la globalización económica, surge de estos procesos y logra adquirir proyección en distintos lugares del Centro y la Periferia (Sur, pero también, por primera vez, Este).

En este sentido, la desaparición del muro de Berlín, no solo trae consigo el colapso de los regímenes del «socialismo real», la crisis de los partidos comunistas (y sindicatos) tradicionales y el desfundamiento de los movimientos guerrilleros en la Periferia (Sur; en especial en América Latina), sino también la quiebra del paradigma «emancipador» (de corte occidental) que había impregnado a la mayor parte de la izquierda a lo largo del siglo XX; esto es, que el desarrollo imparable de las fuerzas productivas traería consigo el socialismo, junto con la dinámica de la lucha de clases que impulsaría el proletariado industrial único sujeto social con capacidad transformadora y con una «misión histórica» que cumplir: el alumbramiento de la sociedad sin clases. Todo ello ahonda la crisis de las viejas formas organizativas y el naufragio del mensaje «liberador» en torno al que se sustentaban, lo que permite, no sin fuertes traumas, el paulatino afloramiento de nuevos discursos críticos, nuevos actores sociales de resistencia y transformación y nuevas estructuras organizativas. Y ello, a pesar de tener que nadar contra la corriente dominante de progresiva hegemonía del pensamiento único, de importante desactivación de la capacidad de antagonismo que posibilita a las instancias de poder el manejo de los *mass media*, y del deterioro y fragmentación del tejido social de resistencia que comporta el propio despliegue de los procesos de globalización económica.

Posteriormente, la oposición a la firma (1993) del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre EEUU, Canadá y México permite ir tejiendo nuevas solidaridades entre muy distintas organizaciones y movimientos sociales de los tres países

mencionados, y va reforzando las argumentaciones críticas contra la pretendida bondad del «libre comercio mundial». De ahí surgiría, en EEUU, la campaña «50 Años Bastan» contra el medio siglo de existencia de las instituciones financieras globales (FMI y BM), que tuvo diferentes manifestaciones en distintos países del mundo y que culminaría en el Foro Alternativo «Las Otras Voces del Planeta», que se desarrolló en Madrid, en el otoño de 1994, en contestación a la asamblea general de las organizaciones de Bretton Woods en esta ciudad. Todo lo cual contribuyó a que, más tarde, la oposición a la firma (1994) de la Ronda Uruguay del GATT (que daría lugar a la creación de la Organización Mundial del Comercio —OMC—) tuviese diferentes momentos de coordinación internacional. La oposición a la Ronda Uruguay se plasmó principalmente en determinados países de la Periferia (India, Malasia, Filipinas...), pero también tuvo su reflejo en algunos países del Centro (en especial en Francia y, en menor medida, en EEUU). La Ronda Uruguay, junto con la creación de la OMC, iba a dotar a las transnacionales de un renovado poder en sus relaciones con los Estados.

El 1 de enero de 1994, cuando entra en funcionamiento el TLC, estalla la rebelión zapatista de componente indígena en Chiapas, la periferia de la Periferia. Este hecho, de enorme importancia, va a significar un verdadero acicate en la convergencia y coordinación de los movimientos que cuestionan la globalización económica y el neoliberalismo a nivel mundial, así como en la progresiva consolidación de un nuevo discurso antagonista (antidesarrollista) que tenga en cuenta la enorme diversidad de sujetos, territorios, recursos, tradiciones, realidades... que componen el complejísimo mundo de finales del siglo XX, sobre el que el «pensamiento único» pretende diseñar una única receta de aplicación universal: el credo neoliberal del capitalismo global. Desde la selva Lacandona el EZLN hace un llamamiento para celebrar, en el verano de 1996, el primer Encuentro Intergaláctico contra el Neoliberalismo y por la Humanidad. Dicho encuentro, y el segundo, que se celebra en el Estado

español, en el verano de 1997, aceleran los procesos de confluencia a escala internacional y permiten organizar la convocatoria, a principios de 1998, en Ginebra, de la llamada Acción Global de los Pueblos (AGP) contra el «libre comercio». La primera coordinación mundial, propiamente dicha, contra la globalización económica y el neoliberalismo.

Esta primera reunión constituyente de la AGP, a la que acuden unos trescientos activistas de todo el mundo, es un buen exponente de la gran variedad de sujetos y movimientos que a escala planetaria se oponen al capitalismo global. En ella estaban representados, en lo que se refiere a la Periferia Sur, desde los pueblos indígenas que habitan en los lugares más recónditos del globo y que ven amenazados sus hábitats y territorios como resultado de la expansión imparable de la globalización (maoríes de Nueva Zelanda, la CONAIE del Ecuador, los indios mayas, los ogonis de Nigeria...); hasta los movimientos campesinos de aquellos lugares del planeta donde todavía permanecen muy importantes contingentes de población en el mundo rural tradicional (Nepal, India...); o bien aquellos nuevos movimientos campesinos que luchan por el acceso a la propiedad comunitaria de la tierra (p.e., el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil); pasando por aquellos movimientos metropolitanos de lucha contra las consecuencias que los llamados Programas de Ajuste Estructural del FMI y BM están teniendo sobre las poblaciones urbanas (p.e., el movimiento de enseñantes en Buenos Aires, o los movimientos en las barriadas de México D.F.); o las nuevas organizaciones de trabajadores (en muchos casos clandestinas, debido a la represión) en las nuevas industrias de maquila en los países centroamericanos, y sindicatos combativos de países de industrialización periférica (Corea, Turquía, India...); o hasta organizaciones de poblaciones con problemática muy específica como es el caso de ciertas comunidades afroamericanas de países caribeños.

En lo que respecta al Norte, o Centro del sistema, la diversidad de lo allí presente también era manifiesta. En Ginebra se dieron cita el movimiento de parados franceses,

así como ciertas organizaciones de la red europea contra el paro, la precariedad y la exclusión social. Organizaciones estadounidenses que trabajan con los «sin techo», como Food not Bombs, que está presente en la mayoría de las ciudades de EEUU y que está sufriendo una fuerte represión por parte de las autoridades; nuevas organizaciones de defensa de los trabajadores precarios o amenazados por los procesos de privatización y desregulación (carteros canadienses, algunos sectores de las nuevas organizaciones sindicales francesas —los SUD: Solidaires Unitaires Democratiques—, que surgen a partir de las huelgas de diciembre de 1995...); el movimiento okupa y los centros sociales autogestionados de distintos países europeos —de hecho el encuentro en Ginebra fue organizado, en gran medida, gracias a la participación activa del movimiento okupa de esta ciudad helvética—; algunas organizaciones de acción directa provenientes del ámbito ecologista radical, entre las que destacaba por sus características particulares el movimiento Reclaim the Streets,¹⁵ de Gran Bretaña, que con sus acciones espectaculares festivas reivindicativas y de lucha en la calle (*street parties*) ha llegado a ser conocido (y emulado) en muchas partes del mundo; y diferentes grupos y redes que tratan de desenmascarar las consecuencias del Tratado de Maastricht (el reflejo de la globalización económica y el neoliberalismo en nuestro continente) sobre las poblaciones de los países de la Unión Europea.

Y también al borde del lago Léman, en la ciudad de Rousseau, se dieron cita grupos de los países del Este que denuncian las consecuencias que se están derivando, para sus poblaciones y territorios, del tránsito hacia el libre mercado y su integración en la economía global capitalista. Llamaba la atención la presencia de grupos ecologistas radicales como los Rainbow Keepers o de colectivos anarquistas, que luchan contra las políticas que el Banco Europeo para la Reconstrucción y Desarrollo (BERD), el Banco Europeo de Inversiones (BEI) y el BM están impulsando en los países del Este, tales como la financiación de importantes redes

viarias de gran capacidad para conectar estos espacios con el macromercado de la UE, la construcción de nuevas centrales nucleares, la extracción de nuevos recursos minerales y energéticos, etc. Es preciso resaltar que en los discursos de los diferentes grupos y organizaciones, del Centro, del Sur y del Este, urbanos, campesinos e indígenas, estaban presentes en mayor o menor medida los temas de género, lo que quedó resaltado en el manifiesto final que se aprobó en Ginebra. Ello no es sino el resultado de que la cuestión de género ha estado presente en gran parte de las luchas a lo largo de los ochenta y noventa.

En un primer momento, la AGP se perfiló como un instrumento de coordinación internacional contra la OMC, con sede en Ginebra, y contra el «libre comercio». De hecho, en la reunión de la AGP, en febrero de 1998, se programaron movilizaciones en distintas partes del mundo en paralelo con la reunión oficial de la OMC, que tuvo lugar en mayo de 1998 en la ciudad suiza. Muchas de ellas bajo el diseño de movilizaciones-fiestas reivindicativas en la calle, en línea con las propuestas que partieron de Reclaim the Streets de organizar una *Global Street Party* para esa fecha. Pero más tarde, la AGP se ha ido configurando, poco a poco, como una verdadera red de coordinación internacional (con diferentes expresiones regionales o continentales) contra la globalización económica y el neoliberalismo.

Aparte de este proceso de confluencia, la convergencia de los movimientos de oposición internacional a la firma del llamado Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), en el seno de la OCDE, que hubiera posibilitado (caso de aprobarse) una nueva vuelta de tuerca adicional de consecuencias nefastas en los procesos de globalización económica y financiera, permitió asimismo la creación de nuevos espacios plurales de coordinación mundial contra el neoliberalismo. La lucha contra el AMI adquirió un relieve especial en Canadá, Francia, EEUU y países nórdicos, en el Centro, y en países como Malasia, Filipinas, India, Brasil... en la Periferia. En la reunión celebrada en octubre del 98

en París, en paralelo a la cita de la OCDE para abordar la posible aprobación del AMI, resaltaba la diversidad de movimientos y organizaciones de oposición al mismo. Ya se sabe que la firma del AMI quedó finalmente postergada, debido en gran medida a la oposición desarrollada, así como a las tensiones en el seno de la OCDE, y remitida su aprobación a otros foros (OMC, TEP —Transatlantic Economic Partnership— y FMI).¹⁶ Además, la infraestructura de aquel encuentro (impulsado desde París por Ecoropa, uno de los grupos pioneros en la denuncia de los efectos de la globalización) gravitó en la organización francesa *Droits Devant*, una especie de organización paraguas que acoge en su seno a grupos que trabajan con los «sin trabajo», los «sin techo», los «sin papeles»..., que utilizó espacios cedidos por grupos contraculturales (de teatro, performance...) comprometidos socialmente, hecho que le confirió un ambiente muy especial y emotivo.

En este encuentro se difundió, entre otras, una propuesta de Reclaim the Streets (y por extensión de la AGP) de organizar para el 18 de junio de 1999, en paralelo con la cumbre del G-7 en Colonia, una jornada mundial de protesta, acción y carnaval contra los centros e instituciones relacionados con el capitalismo financiero (bolsas, centros bancarios, organizaciones financieras globales...), es decir, contra el corazón del capitalismo global. La propuesta tuvo una muy buena acogida, máxime en un momento en que las crisis financieras se habían manifestado con especial virulencia en gran parte de los espacios de la Periferia (sudeste asiático, Rusia, Brasil... y sus áreas de influencia). Como se decía en el llamamiento, nuestra resistencia tiene que llegar a ser tan global como el capital. Esta jornada de acción tuvo una considerable repercusión mundial, pues se llevó a cabo en 122 ciudades de 43 países (PGA, 2000).

A finales de la primavera de 1999, la organización de las distintas actividades de contestación en torno a la cumbre europea (3 y 4 de junio) y la cumbre del G-7 (19 y 20 de junio), ambas en Colonia, llegaron a significar un salto ade-

lante, adicional, en los procesos de coordinación de las resistencias y la reflexión crítica contra la globalización económica y el neoliberalismo, sobre todo en lo que a la confluencia de la contestación contra la UE y contra la globalización económica se refiere. Las marchas europeas contra el paro, la precariedad y la exclusión convergieron desde toda Europa el 29 de mayo en Colonia (al igual que ya lo habían hecho en junio de 1997 en Amsterdam). Asimismo, la iniciativa Caravana Intercontinental 99 —impulsada por la AGP— trajo a más de 400 campesinos indios (principalmente de la organización KRRS) y a cerca de 100 miembros de distintos movimientos campesinos e indígenas de América Latina (entre ellos representantes del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil), para llevar a cabo una gira por distintos países europeos de acciones y debates, que acabó el 19 de junio en Colonia, adhiriéndose a las movilizaciones contra la cumbre del G-7. Por último, también se sumó una gran cadena humana que organizó en la ciudad del Rin la Campaña Jubileo 2000 (por la condonación de la deuda externa de los países de la Periferia altamente endeudados).

Contra la libre circulación mundial de capitales se está desarrollando también una red: ATTAC (que surge de los rescoldos —los SUD— de las movilizaciones de diciembre de 1995), con epicentro en Francia, que se expande a partir del llamamiento lanzado en su día a través de *Le Monde Diplomatique*. Planteada, en sus inicios, como una red para exigir la aplicación de controles al capital financiero especulativo (a través de la llamada Tasa Tobin), su actividad ha ido desarrollándose, desbordando ampliamente este primer objetivo. De hecho, una reunión mundial de la red, en París, en julio de 1999, que aglutinó a unos 2.000 representantes de todo el mundo, hizo un llamamiento explícito a denunciar la Ronda del Milenio de la OMC, que estaba previsto que se iniciara en Seattle a finales de 1999. Planteaba, además, la necesidad de lanzar una campaña mundial por la cancelación de la deuda externa de todos los países de la Periferia, que fuese más allá de los limitados objetivos y contenidos de la Cam-

paña Jubileo 2000, denunciando, al mismo tiempo, los Programas de Ajuste Estructural del FMI y el BM.

Aparte de estos procesos de coordinación de las dinámicas de resistencia a la globalización económica, se están desarrollando también, desde hace años, normalmente en conjunción mayor o menor con los mismos, centros o nodos de elaboración y reflexión crítica contra el neoliberalismo planetario: desde la Red del Tercer Mundo, con sede en Penang o Montevideo, y la plataforma Redes, en Uruguay también, hasta el Internacional Forum on Globalization de San Francisco (con contactos y miembros en muchas partes del mundo), el Citizen Watch de Washington o la Fundación Ibon de Filipinas; pasando por revistas como Corporate Watch en Gran Bretaña, Le Monde Diplomatique en Francia (así como sus diversas ediciones en distintas lenguas) y Third World Resurgence en Malasia, o centros de reflexión como CEO (Corporate Europe Observatory) de Amsterdam, el Transnational Institute que se ubica también en la misma ciudad, The Cornerhouse en Gran Bretaña, o el Observatorio de la Mundialización y los amigos de Francois Partant (Ligne d'Horizont) en Francia; así como la importante red de contactos y pensamiento crítico contra la globalización económica que ha posibilitado la organización de los dos encuentros por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, y por supuesto la propia AGP, todos ellos de contenido claramente anticapitalista. Eso por citar tan sólo los ejemplos más relevantes, pero ni mucho menos únicos, sobre todo en la Periferia.

Indudablemente, en todos estos movimientos y centros de reflexión anidan distintas concepciones políticas, un amplio espectro: desde aquellas, cada vez con menos peso, que denuncian la globalización económica y reclaman un mayor poder para los Estados con el fin de controlar al capital transnacional; a aquellas otras que en mayor o menor medida impugnan el capitalismo global, económico y financiero, el nuevo papel de los Estados en esta etapa y, en definitiva, el «progreso» y el «desarrollo». A pesar de estas

diferencias, llama la atención las potencialidades de confluencia y de trabajo en común, respetando la autonomía respectiva y superando las lógicas tensiones de concepciones políticas distintas. Parece que, poco a poco, se van superando sectarismos y dogmatismos característicos del pasado, de los que nunca se está a salvo.¹⁷

A todo ello habría que añadir la creciente denuncia contra el papel y el cada día mayor poder de las grandes empresas transnacionales, que desde hace ya varios años están llevando a cabo diferentes organizaciones y centros de reflexión crítica (Corporate Europe Observatory —CEO—, Corporate Watch de Reino Unido y EEUU, Polaris Institute de Canadá, Oil Watch de Ecuador...). En la década de los noventa la influencia de estas grandes empresas ha alcanzado nuevos niveles, amenazando las luchas por las libertades y los derechos sociales y ambientales. La liberalización del comercio y las inversiones han hecho que las megacorporaciones que operan a escala mundial dominen cada vez más las distintas economías. Esta denuncia se expresa también en relación con los grupos de presión (*lobbys*) o plataformas de influencia política que estas corporaciones han creado (la European Roundtable of Industrialists —ERT—, la Cámara de Comercio Internacional, el Trans-Atlantic Business Dialogue...). Estas alianzas reflejan una realidad escalofriante de cómo las políticas de gran alcance se formulan para favorecer los intereses de las empresas transnacionales y al capital financiero. La actividad de denuncia se extiende también a las empresas multimillonarias de relaciones públicas y de medios de comunicación que trabajan estrechamente con las grandes industrias para manipular (y mejorar) la percepción pública acerca de su funcionamiento.

Como plantea la llamada Declaración de Córdoba («Enfrentando el Poder de las Transnacionales») (CEO, 2000 a): «Algunos ejemplos esperanzadores de cómo diversos movimientos sociales están confrontando el poder de las transnacionales son las campañas en temas como el cambio climático (denunciando el papel de la gran industria y las

empresas petroleras en la elaboración de los acuerdos multilaterales) y en relación con los tratados internacionales de comercio e inversiones —AMI, OMC—, así como las crecientes protestas contra los alimentos manipulados genéticamente, las patentes sobre la vida y los movimientos contra la privatización y desregulación en el Sur» (que permiten a las grandes empresas del Centro hacerse con la propiedad de sectores clave de las economías periféricas). Algunas de las mayores empresas del mundo han llegado a sentirse verdaderamente acosadas por las campañas contra ellas (Shell, Nestlé, Monsanto, Bayer, Nike...).

Todo este complejo entramado de redes, grupos y movimientos, que fue intensificando su trabajo y coordinación internacional a lo largo de los noventa, desarrollando un discurso crítico contra los procesos de globalización económica y financiera, desde la toma en consideración de la enorme diversidad de las realidades locales, sería el que permitiría entender y situar los acontecimientos de Seattle, y el cambio de escenario que éstos han propiciado, al que forzosamente se tienen que enfrentar las estrategias del poder.

Seattle, marca un antes y un después

La OMC era un organismo supraestatal, multilateral, en gran medida desconocido, hasta que tuvo lugar la cumbre de Seattle. Su actividad, hasta entonces, con tan sólo cinco años escasos de existencia, había pasado desapercibida en general para el gran público. El FMI y el BM habían sido, hasta ese momento, las instituciones que habían concitado el grueso del rechazo internacional. La tercera pata de Bretton Woods, el GATT, aquella encargada de la liberalización del comercio mundial, y precedente de la OMC, no había suscitado la atención y el repudio que habían conseguido, a pulso, sus dos hermanos mayores. Por así decir, la puesta de largo de la OMC en Seattle, donde estaba previsto abrir una nueva ronda de negociaciones de liberalización y desregula-

ción comercial y de inversiones, de cara al siglo XXI, la llamada Ronda del Milenio, no pudo resultar más desafortunada (un «desastre global», como la caracterizó *The Economist* —11-12-1999—, una de las biblias del pensamiento neoliberal). El mundo entero pudo presenciar en directo la revuelta de Seattle, que logró impedir el inicio de la cumbre, alterando también por completo su desarrollo posterior, lo que contribuyó de manera decisiva al fracaso de la misma. La imagen de la OMC, y del «libre comercio mundial», salió absolutamente deteriorada a partir de entonces. ¿Cómo se pudo llegar a esta situación?

La cumbre de Seattle había sido preparada minuciosamente por los principales centros de poder político (el llamado Quad —EEUU, EU, Japón y Canadá—), en íntima interrelación con el poder económico y financiero transnacional, que había definido la agenda de la cumbre. Se habían establecido mecanismos de cooptación (creación de mesas de «diálogo» con los principales sindicatos y ONGs) para lograr simular la participación de la denominada «sociedad civil» en los preparativos de la misma, de cara a legitimar sus resultados. Las principales transnacionales y grandes grupos financieros (Microsoft, Boeing, UPS, Chase Manhattan, Bank of America, IBM...) se habían hecho cargo de los costes de organización del encuentro, actuando como patrocinadores de la cumbre (CEO, 2000 b). Y se había invertido un considerable esfuerzo mediático e institucional para resaltar los enormes beneficios que se iban a derivar para las sociedades del mundo entero de la Ronda del Milenio, una profunda liberalización adicional sobre la ya conseguida en la Ronda Uruguay.¹⁸ Sin embargo, el fracaso fue estrepitoso. La imagen pública del capitalismo global se empezó a desmoronar en Seattle.

Durante la larga existencia del GATT, como ya se ha apuntado, prácticamente no hubo contestación social al papel de este organismo. La reacción se inicia en diferentes lugares del planeta (ver más arriba) como resultado de la negociación y firma de los acuerdos de la Ronda Uruguay. Desde

entonces, la actividad de denuncia contra lo que significa la OMC no hace sino acrecentarse a marchas forzadas, principalmente en países de la Periferia (Sur), aunque también, en menor medida, en el Centro; eso sí, sin capacidad de irrumpir abiertamente en el escenario controlado de la sociedad del espectáculo, la Aldea Global. Sin embargo, a lo largo de 1999, como se ha visto, en paralelo a la preparación oficial de la cumbre de Seattle, las diferentes redes y grupos que venían trabajando contra las consecuencias de la globalización orientan la proa contra la Ronda del Milenio. Además, un texto de denuncia de lo que ésta significaba («Parar la Ronda del Milenio») es suscrito, en poco tiempo (Internet ayuda a ello), por más de 1.500 organizaciones a escala planetaria, contribuyendo a extender la oposición al «libre comercio mundial», que ejemplifica la OMC. Y se establece, igualmente, un día de acción mundial contra la OMC, el 30 de noviembre de 1999.

Los acontecimientos de Seattle, pues, iban a estar arropados por una actividad de contestación que tendría una importante dimensión global, con acciones y movilizaciones de distinto calado, entre las que resaltaría, una vez más, la realizada por Reclaim the Streets en Londres. En París, también, el rechazo a la OMC adquiere un importante relieve; no en vano Francia había sido uno de los países en donde la oposición a la Ronda Uruguay del GATT había sido más intensa (movilizaciones campesinas y de los sectores culturales). En más de setenta ciudades de más de treinta países, del Centro, del Sur y también, en menor medida, del Este, se tiene constancia que tuvo lugar la protesta; y asimismo, aquí, en distintas ciudades del Estado español, se desarrollaron actividades de denuncia de alcance bastante limitado. Y en lo que se refiere a EEUU, la movilización no se redujo a Seattle, sino que diferentes ciudades (Washington, Baltimore, Nashville, Salt Lake City...) se sumaron a la misma (PGA, 2000).

Entre 50.000 y 100.000 personas, de acuerdo con las informaciones de la prensa, participaron en las acciones de Seattle. Como señaló Ralph Nader, «nunca ha habido en la

historia americana un acontecimiento que aglutinara a tantos y tan diferentes grupos» (Elliot, 1999). Desde las movilizaciones contra la guerra del Vietnam no se había visto una capacidad de movilización igual; sólo que en este caso coincidían en las calles, p.e., sindicalistas y organizaciones ecologistas, dentro de una miríada de grupos, luchando en común contra el «libre comercio». ¹⁹ Esto no había ocurrido nunca, pues hasta entonces (o mejor dicho, hasta la oposición que se desarrolló pocos años antes contra el TLC y, más tarde, contra la llamada *Fast Track*²⁰) se consideraba que la defensa de los intereses ecológicos iba contra los puestos de trabajo, y viceversa. Multiplicidad de subjetividades y tendencias políticas se dieron cita en la impugnación común, bajo el lema «el mundo no es una mercancía».

Pero entre todas ellas la prensa oficial resaltó especialmente la presencia de grupos «anarquistas» y las acciones violentas que protagonizaron algunos de ellos contra instalaciones de empresas transnacionales en la ciudad de Seattle.²¹ El objetivo, quizás, era desprestigiar la protesta general y resaltar los ataques a la propiedad privada, tachando, al mismo tiempo, a los manifestantes de ignorantes, de falta de representación, de estar contra los pobres del planeta (ya que éstos no se iban a poder «aprovechar» la riqueza que se iba a derivar del incremento del comercio internacional), de ir contra el progreso (y la globalización) y de no querer reglas en el comercio internacional (las de la OMC), sino la anarquía y la jungla (George, 2000). El editorial de la revista *The Economist* (11-12-1999) transmitía este mensaje, resaltando que los verdaderos perdedores del fracaso de la cumbre iban a ser los «pobres de los países más pobres». La foto de una niña india, inserta en el editorial, intentaba ejemplificar esta interesada aseveración.

Sin embargo, como la misma revista reconocía más tarde (15-4-2000), las encuestas de opinión en EEUU reflejaban un importante apoyo de la población estadounidense a los manifestantes de Seattle, un rechazo paralelo a la dura represión policial (se llegó a implantar el toque de queda) y

un creciente escepticismo ante las pretendidas bondades del «libre comercio mundial». Esto, junto con el apoyo a las movilizaciones del principal sindicato AFL-CIO, uno de los pilares del voto al Partido Demócrata de EEUU, a menos de un año de las elecciones presidenciales estadounidenses, permite entender que el presidente Clinton manifestara su comprensión hacia las inquietudes expresadas por los manifestantes, a su llegada a Seattle, el día después del inicio de las protestas. La actitud vacilante de la Administración Clinton (denunciada hasta por la propia UE), y la «rebelión» de los representantes de los gobiernos del Sur, auspiciadas en parte por las propias protestas, contribuyeron decisivamente a la ruina sin paliativos de la cumbre.

The Economist (11-12-1999) llegaba a afirmar, también, que se estaba empezando a crear una «reacción violenta» (*backlash*) contra la globalización, fomentada quizás por las consecuencias del *crack* financiero en el sudeste asiático en 1997 y el impacto de las turbulencias monetarias en la Europa del Este y en Latinoamérica; denunciaba la actitud de EEUU y que los «problemas» de política interior hubieran condicionado los resultados de la cumbre; es decir, que las consideraciones políticas se hubieran impuesto sobre la lógica económica; deploraba la actuación de la policía que no había sabido prever y controlar la protesta; llamaba la atención sobre las «profundas divisiones [...] entre los países ricos y pobres acerca de la liberalización futura del comercio mundial»; alertaba contra los movimientos sociales que pueden desbaratar la gobernabilidad mundial (*global governance*); señalaba a internet como uno de los vehículos que habían posibilitado la realización de la protesta, y su rápida y barata difusión, *on line*, a nivel mundial; sentenciaba que la credibilidad de la OMC había quedado por los suelos, y que los organismos multilaterales tenían una pobre imagen y legitimación pública, por su carácter tecnocrático y de burocracias sin rostro; y apuntaba la dificultad creciente para cooptar adecuadamente a las ONGs, como había demostrado el éxito de la

coalición mundial (de las más de 1.500 organizaciones ya mencionadas) contra la OMC. El balance de Seattle, pues, no podía ser más descorazonador.

Justo después de Seattle, los principales grupos y redes que habían contribuido a la movilización en EEUU, y entre ellas la Red de Acción Directa (que promueve la desobediencia civil), convocan a continuar con el espíritu de Seattle en Washington, con ocasión de la cumbre de primavera del FMI y el BM, aglutinándose bajo un paraguas común: Movilización por la Justicia Global, que acaba teniendo también una dimensión internacional. Las acciones de protesta lograron asimismo una muy considerable repercusión mundial. Los titulares de algunos de los principales periódicos españoles de esos días lo reflejaban adecuadamente: «los manifestantes cercan la reunión [de los ministros del G-7 (del FMI)]» (*El País*, 14-4-2000), «miles de activistas piden en Washington el cierre del FMI y el BM» (*El País*, 16-4-2000), «la asamblea del FMI y el BM termina en una batalla campal» (*El Mundo*, 16-4-2000)... En esta ocasión las movilizaciones no lograron impedir el inicio de la cumbre, pues la preparación y represión policial, previa y durante la cumbre, habían logrado desbaratar en parte el bloqueo previsto. No en vano hubo 1300 detenidos, cuando en Seattle «tan sólo» se produjeron 700 (*El País*, 17-4-2000). Washington era una ciudad tomada, se había dado vacaciones a los funcionarios, para facilitar la labor de la policía, el BM había recomendado a sus empleados vestir con ropa informal para no llamar la atención, algunos delegados habían dormido en las dependencias del BM y del FMI la noche previa, y representaciones enteras habían llegado al lugar de las reuniones de madrugada, escoltadas por policías, para sortear a los manifestantes (más de 50.000, en algunos momentos, como recogió la prensa). Aun así, muchos de los representantes gubernamentales no pudieron asistir a tiempo al inicio de la asamblea general.

La desolación de James Wolfensohn, presidente del BM, era manifiesta, tal y como denotan sus declaraciones: «es

desmoralizador que haya una movilización como ésta por la justicia social, cuando esto es precisamente lo que hacemos nosotros» (Estefanía, 2000). Y eso que había conseguido que veintidós de las grandes ONGs mundiales hubieran sacado un comunicado de prensa previo apoyando la labor del BM y el FMI (*Le Monde*, 18-4-2000). Si bien, días antes, el peculiar economista jefe del BM, Joseph Stiglitz, había manifestado, con ocasión de su dimisión, que: «si no se cambian las instituciones (financieras internacionales), las cosas irán mal, muy mal» (*El País*, 16-4-2000). Por otro lado, Gordon Brown, ministro de Economía y Finanzas británico, en unas declaraciones de cara a la galería señalaba circunspecto: «tenemos que combatir las desigualdades de la economía mundial, pero de ningún modo podemos detener el proceso de globalización» (*El Mundo*, 18-4-2000). Y el *Herald Tribune* (18-4-2000) resaltaba asombrado que, una vez más: «los sindicatos se están manifestando junto con aquellos que quieren destrozarse la economía mundial abierta, que anteriormente el “mundo del trabajo” solía apoyar». Y todo ello se producía en el mismísimo centro del imperio, Washington, y protagonizado por grupos estadounidenses.

Es curioso que en EEUU se hayan podido producir dos movilizaciones (Seattle y Washington) de tal dimensión, diversidad, contenidos y repercusión que las han caracterizado; y todo esto destaca tanto más, cuando no había habido en el pasado un movimiento obrero importante, cuando es una sociedad enormemente desestructurada e individualista, penetrada más que ninguna otra por los valores dominantes, y cuando existe un amplísimo desconocimiento de la realidad internacional, fomentado activamente desde los *mass media*, que ocultan y distorsionan el papel de EEUU en el escenario mundial y promueven un desconocimiento profundo de las instituciones financieras internacionales (FMI y BM) con sede en Washington. Pero quizás existan una serie de dinámicas de fondo, que se han producido en la sociedad estadounidense en el último periodo, que permiten situar y, en parte, explicar la irrupción de estas diná-

micas antagonistas y el apoyo, o comprensión, que han gozado por parte de sectores muy considerables de la población estadounidense.

La existencia, en primer lugar, de una actividad latente de los rescoldos de los movimientos contraculturales estadounidenses de los años sesenta y setenta, que han permanecido activos a lo largo de todo este tiempo, «refugiados» en experiencias alternativas de resistencia y transformación social, colectiva y local, en gran medida al margen del mercado, y con una cada vez más nítida reflexión política acerca del devenir del capitalismo global. Este movimiento tiene presencia dispersa en todo EEUU (Baladre, 1999), pero quizás tenga más peso específico en la costa Oeste, con algunos nodos más importantes, uno de los cuales podría situarse en Eugene, Oregon. Muchos de estos grupos más activos se reclaman anarquistas, y sus militantes «dicen haber pasado antes por el marxismo, maoísmo, pacifismo, y hasta taoísmo y budismo» (Roma, 2000). Parece que estos grupos cumplieron un papel muy importante en la dinamización de la protesta de Seattle. Y se da también, en paralelo, un movimiento estudiantil que ha cobrado fuerza en los últimos años en las distintas universidades, elaborando una reflexión crítica sobre las consecuencias de la globalización económica.

No es ajeno a ello la profunda quiebra del «sueño americano», en gran parte de la sociedad de EEUU, como resultado de la intensa precariedad laboral y social que han propiciado más de veinte años de políticas neoliberales, que han creado una realidad social caracterizada por más de 40 millones de pobres, 14 millones de población «sin techo» (*homeless*) —que pululan sin rumbo por sus metrópolis—, más de dos millones de presos (la proporción más alta respecto al total de la población de toda la OCDE) y un deterioro constante del poder adquisitivo de casi la mitad de la población a lo largo de las dos últimas décadas, originando un fenómeno nuevo: los llamados *working poors* (personas que no logran salir de la pobreza, a pesar de disponer de un

«empleo») (Roma, 2000). Detrás del simulacro hipertecnológico de la llamada Nueva Economía, con la «exuberancia irracional» de los mercados financieros que la acompaña, donde se juegan sus ahorros la mitad de la población de EEUU, que se beneficia de la absorción de la riqueza monetaria mundial a través del ciberespacio, se adivina una sociedad rota y desquiciada que camina hacia el Estado militarista, represivo y carcelario.

En EEUU, donde el «Estado social» nunca llegó a adquirir el grado de desarrollo del Estado del Bienestar europeo occidental y donde se procedió a su progresivo desmantelamiento mucho antes que en el espacio de la UE, se están empezando a producir conflictos laborales impensables hace no mucho tiempo (huelgas de UPS, Boeing, General Motors...), debido al alto grado de inseguridad y precariedad que provoca el turbocapitalismo reinante. Aquel dicho que rezaba que «lo que es bueno para la General Motors, es bueno para EEUU» ha dejado de ser creído y aceptado como verdad indiscutible por gran parte de su población laboral. La hegemonía del llamado *Corporate Governance*, esto es, el predominio de la dictadura del accionariado en la gestión de las grandes corporaciones, dominado por los grandes fondos de pensiones e inversión que demandan una alta rentabilidad inmediata, se traduce en despidos masivos, caída de los salarios y fragilidad creciente de la fuerza de trabajo. Este proceso se ve incentivado aún más por los procesos de megafusiones, por la ampliación de los mercados (TLC) y por la globalización económica. No es pues de extrañar el repudio creciente que provocan las llamadas a una profundización del «libre mercado mundial» y quizás la progresiva confluencia de los sectores que lo cuestionan desde campos muy diversos. Y eso que, de acuerdo con la mayoría de los analistas oficiales, EEUU es la sociedad que más se beneficia de la globalización económica y financiera, y que ha estado experimentando altas tasas de crecimiento de forma ininterrumpida a lo largo de los noventa. ¡Qué será cuando deje de crecer!

Pero este cuestionamiento creciente del capitalismo global se está expandiendo a gran velocidad por distintos lugares del mundo, como han evidenciado distintas movilizaciones a lo largo de los últimos tiempos, que han irrumpido con especial fuerza después de Seattle. Se puede afirmar que todos los grandes encuentros de las instituciones internacionales que se han convocado en este último periodo han gozado de la presencia de una importante contestación, que ha ido dañando de una manera cada vez más intensa la imagen, que hasta no hace mucho parecía incontestada, del nuevo orden económico mundial. Se podría afirmar que se ha agotado la capacidad de espectáculo del capitalismo global, y que hoy en día el propio espectáculo se ha vuelto un verdadero boomerang contra la percepción pública de la globalización económica. Además, las luchas contra las manifestaciones del capitalismo global, antes en gran medida dispersas, se han aglutinado, y ahora se unen, a pesar de su diversidad, formando un caudal nuevo de una potencia muy superior, pues se refuerzan unas a otras al actuar coordinadamente contra un enemigo común.

Tan sólo en lo que va del año 2000 se pueden contabilizar las movilizaciones contra el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza (donde se reúne la flor y nata del capital mundial), contra la conferencia sobre «libre comercio» de la UNCTAD y el BM en Bangkok, contra el encuentro de la OCDE en Bolonia, contra la conferencia de las Naciones Unidas «Copenhague más 5» en Ginebra, contra las cumbres europeas de Lisboa y Oporto, contra la cumbre de la patronal europea UNICE y de la ERT en Bruselas, contra la Cámara de Comercio Internacional (CCI) en Budapest, el 1º de mayo contra el capitalismo global convocado por la AGP (con fuerte incidencia, una vez más, en Londres), etc. Y para la segunda mitad de este año existe una apretada agenda de contestación, cuyo momento clave quizás será la jornada de acción mundial contra el FMI y el BM, convocada para el 26 de septiembre, el día que se inicia la asamblea general de ambas instituciones en Praga; en lo que concierne al territo-

rio de la UE, se espera asimismo una importante movilización contra la cumbre europea de Niza, donde se pretende aprobar el tratado (de Niza) que culminará el edificio institucional de la Europa neoliberal, empezado a construir en Maastricht. Por primera vez, pues, han estado en el punto de mira de contestación, de manera más o menos masiva, instituciones como la OCDE o las NNUU, que hasta ahora habían pasado absolutamente desapercibidas o habían disfrutado, en general, de buena imagen; o las propias organizaciones y grupos de presión del capital transnacional (Davos, UNICE, ERT, CCI), que hasta el presente habían podido reunirse públicamente sin llamar la atención y suscitar el rechazo.

Mención especial requiere, por su trascendencia, resaltar la denuncia y las luchas sociales contra la ingeniería genética, los alimentos transgénicos y las patentes sobre la vida. Expertos oficiales, y hasta las propias transnacionales (Monsanto, Novartis...) que operan en este terreno, reconocen que están perdiendo la batalla de cara a la llamada opinión pública, a pesar de la campaña mediática masiva que están desarrollando. Aun así, están intentando crear la sensación de que es un proceso en marcha que ya no se puede parar ni controlar, para que la gente se rinda ante la evidencia. Han conseguido introducir, con gran presión sobre los gobiernos, y no sin importantes tensiones políticas (en algunos países europeos, p.e.) y sociales, regulaciones (y desregulaciones) que favorecen la paulatina introducción de los productos transgénicos y las patentes sobre la vida (en el Norte). Pero la victoria que han conseguido de hecho (todavía incompleta, en la UE), es una victoria pírrica pues han generado una profunda desconfianza y rechazo social, sobre todo en Europa occidental, y han provocado una aguda división adicional Norte-Sur, pues los países de la Periferia temen un nuevo proceso de dominio y «colonización», sobre su agricultura y biodiversidad por parte de las empresas del *agrobusiness* y farmoquímicas.

Quizás, por eso, se han apresurado a lanzar con bombo y platillo, el poder económico y político al alimón,²² el des-

cubrimiento de la secuenciación del genoma humano, pues saben que la terapia génica para «combatir» enfermedades humanas tiene, en principio, una mayor aceptación social; al tiempo que van dando pasos institucionales para abrir el camino a la clonación humana, uno de los últimos reductos que les queda por conquistar. En este caso, también, la situación en EEUU se encuentra mucho más despejada que en Europa occidental, salvo en Gran Bretaña; es decir, prácticamente sin nubes que impidan a la ciencia y al capital actuar de aprendices de brujo.

Aun así, el deterioro de la imagen del desarrollo científico y tecnológico ha sufrido un severo varapalo, que se suma a muchos otros anteriores.²³ Cada vez crece más la desconfianza social hacia las pretendidas bondades de la ciencia y la tecnología, y en el campo alimentario esto es claramente patente, máxime cuando proliferan las «vacas locas», los «pollos con dioxinas», la carne hormonada, la Coca-Cola envenenada y, en suma, la «comida basura». Y eso que aún no se han producido «grandes» desastres alimentarios, o ambientales, por la introducción de los alimentos u organismos transgénicos. Ello permite entender el apoyo impresionante que ha tenido el agricultor francés José Bové, en el juicio que se ha celebrado recientemente contra él por haber atacado en su día un restaurante McDonald's (anteriormente había participado en la destrucción de un campo de maíz transgénico), una de las principales transnacionales de la «comida basura». El juicio oficial se convirtió en un arma contra sus instigadores, viéndose obligada McDonald's a retirar la acusación particular. Más de 50.000 personas, de acuerdo con la prensa, se manifestaron en Milleau (localidad donde se celebró el proceso) contra la multinacional estadounidense. Allí mismo organizaron su propio juicio popular (con representantes de Vía Campesina de todo el mundo) contra la globalización económica y la degradación de la calidad alimentaria que la industria del *agrobusiness* provoca, ante la mirada atónita de las autoridades que no tuvieron más remedio que permitir la protesta y la fiesta que la acompañó.

Por otro lado, las crisis económico-financieras y las políticas neoliberales que han caracterizado la década de los noventa están propiciando una profunda quiebra de gobernabilidad política en muchos países (Indonesia, Perú, Ecuador, Rusia, Colombia, Corea, México, Argentina, Venezuela, Bolivia...), provocando en algunos de ellos el mayor o menor colapso de la estructura institucional del Estado y en todos ellos una deslegitimación política insoslayable. Parece que la Historia no se ha acabado y que lo que se está poniendo en cuestión no es tal o cual opción política, por otra parte difícilmente distinguibles sus diferencias en la época del pensamiento y coro único, sino probablemente todo el entramado institucional planetario.

La estupefacción y reacción del poder

Por primera vez en muchos años las estructuras del poder económico y político están consternadas. Se encuentran en un *impasse* redefiniendo sus estrategias, dirimiendo sus conflictos internos y analizando cuál es la mejor forma de proceder para avanzar en la globalización económica, que exige sin contemplaciones la máquina de acumulación de capital y beneficio, y hacer frente al mismo tiempo a los procesos antagonistas descritos, a los comportamientos desordenados en ascenso y a la ingobernabilidad creciente que provoca la propia mundialización económica. Y el escenario se complica pues en esta dinámica se asiste a una pérdida de capacidad de actuación de los Estados, a una redefinición de su papel para que sean funcionales a los intereses de la globalización capitalista y, al mismo tiempo, puedan hacer frente al antagonismo en ascenso y a la ingobernabilidad desbocada. Indudablemente los escenarios de gestión del modelo no son los mismos en el Centro que en las Periferias Sur y Este, máxime cuando la falla que separa el Centro de sus Periferias se ahonda día tras día. Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación contribuyen adicional-

mente a profundizar en esta situación, animando así al auge del antioccidentalismo periférico.

Todo ello se complica aún más si se pretende que las estructuras del poder económico y, sobre todo, político mantengan su legitimidad, seriamente erosionada últimamente, pues ninguna estructura de poder se ha podido mantener a medio plazo en la Historia, sin gozar de una mínima legitimidad política y social. Y a ello se añade el que las fuerzas hegemónicas, el capital transnacional productivo y, en especial, el financiero especulativo, funcionan cada vez más en el corto o cortísimo plazo, siendo progresivamente incapaces de prever las consecuencias de su actuación más allá del tiempo real en el que operan. Y es principalmente el poder político (y militar) el que se ve obligado a tener en cuenta la gestión de los conflictos a corto-medio plazo (el largo plazo ni se menciona), en unas condiciones crecientemente complejas, presionado a ultranza por un poder económico transnacional que funciona prácticamente sin controles y con una capacidad de intervención de los Estados sobre la realidad cada vez más limitada. La continua concentración de poder en manos de los Estados que empezó en 1648 con la Paz de Westfalia se ha acabado, y hoy en día funcionan cada vez más como apéndices de una realidad que les trasciende, cuya propia dinámica hace que su función pase a ser continuamente reestructurada por el capital transnacional.

Se produce, en general, la obsolescencia de un poder estatal basado en la soberanía territorial, cuando las economías nacionales funcionan cada vez más volcadas hacia el mercado mundial y están crecientemente condicionadas por éste; y cuando los aparatos productivos nacionales articulan su relación con el exterior en base a redes y flujos que permean las fronteras estatales, que son potenciados por el desarrollo espectacular de las nuevas tecnologías de la información y comunicación y por la expansión irrefrenable de los sistemas de transporte. Todo ello hace que el capital sea cada vez más móvil (tanto el productivo como, en espe-

cial, el financiero especulativo, que puede llegar a viajar a la velocidad de la luz) y que vaya perdiendo el carácter que tenía antaño, de estar más bien vinculado a un territorio nacional concreto. Hoy en día se puede decir que el capital no tiene patria (el auge de los paraísos fiscales así lo manifiesta), lo cual no quiere decir que no aproveche sus vínculos más o menos estrechos con unos u otros Estados-nación. Más fuertes, normalmente, allí donde todavía se ubican sus sedes centrales que, en general, se localizan en los principales Estados del Norte.

Recientemente, en un magno encuentro en Budapest de la Cámara de Comercio Internacional (CCI), uno de los máximos altavoces de los intereses del capital global, un directivo de una transnacional afirmaba: «el entorno económico y político está todavía en manos de los gobiernos, tenemos que darles un mensaje claro, el tiempo es apremiante y tenemos que adaptarnos rápidamente. El objetivo es crear valor para el accionista (*shareholders value*), y la sociedad y los gobiernos tienen que entender este mensaje» (CEO, 2000 c). En éste y en otros encuentros de los principales responsables del poder económico y financiero se ha exigido a los gobiernos la urgente adopción de nuevas medidas de liberalización y desregulación (inicio de la Ronda del Milenio en la OMC, nueva arquitectura financiera internacional, con la consiguiente reforma del FMI y el BM, etc.), con el fin de crear un entorno institucional global que elimine cualquier tipo de restricción (política, social, medioambiental, de derechos humanos...) al funcionamiento del capital a escala transnacional. Pues, como dice Oskar Lafontaine, «el capital quiere (exige) tener un rédito mínimo de un 15% en todo el mundo» (Ramoneda, 2000), cuando la economía mundial, como mucho, crece entre el 4 y 5%. Y para eso es preciso no sólo impulsar el crecimiento global, sino, sobre todo, desregular absolutamente los mercados financieros (aunque, probablemente, esto no será posible por mucho tiempo), con las consecuencias que ya se han dejado entrever en los noventa.

En el mencionado encuentro de la CCI, se animaba también a los representantes del capital transnacional a implicarse directamente en la promoción de estas medidas, a salir a la palestra pública «para luchar por lo que creéis, y a no esperar que sea conseguido por los políticos que no están todavía listos para ello» (CEO, 2000 c), según manifestó uno de los participantes. Se comentó también la alianza recientemente establecida entre la CCI y las NNUU, el llamado *Global Compact*, esto es, considerar a las transnacionales como «ciudadanos globales», una gran operación de imagen del capital transnacional para, aprovechando lo que queda todavía de imagen positiva de las NNUU a escala planetaria, conseguir un lavado de cara de los intereses de éste y, al mismo tiempo, obtener un entorno institucional mundial más adaptado a sus exigencias.²⁴ Las NNUU consiguen a cambio fondos económicos para seguir operando como institución mundial, superando la crisis de financiación que le amenaza desde hace años, pues los Estados, en especial los del Norte, y muy en concreto EEUU, no aportan lo suficiente para mantener su burocracia. El mensaje de Kofi Annan en la conferencia no pudo ser más explícito: «Las NNUU es la institución global. La CCI es la asociación empresarial mundial. Continuemos juntos con esta dinámica de colaboración» (CEO, 2000 c). Se llegó a presentar el *Global Compact* como el mejor instrumento para ganar el debate (mediático) sobre las «bondades» de la globalización. Y se resaltó que ésta era la vía idónea para conseguir el tan ansiado «desarrollo sostenible». «Era embarazoso escuchar al director de la agencia de medio ambiente de las NNUU comentar cómo las grandes corporaciones participantes (en el *Global Compact*) estaban comprometidas con el futuro de nuestros hijos, llamarlas los “héroes verdes” de nuestro tiempo y apoyar de todo corazón su capacidad de autorregulación como la clave del desarrollo sostenible mundial [...] La Cámara de Comercio Internacional ha conseguido institucionalizar al nivel de las NNUU el lavado de imagen ambiental de las grandes corporaciones (*corporate “greenwash”*), esto es, la absurda

retórica que los mayores contaminadores a escala planetaria pueden voluntariamente resolver, ellos mismos, la crisis ecológica global» (CEO, 2000 c).

Pero en todas las intervenciones de este encuentro salía a relucir la enorme preocupación que suscitaba en la élite del capital mundial las movilizaciones contra la globalización (Seattle, Washington, Londres, Bangkok...) (CEO, 2000 c). Este auge de la «globalfobia», como la denominan, provoca divisiones en su seno acerca de la mejor forma de enfrentarla y gestionarla. Las estrategias de cooptación de ONGs y de algunos movimientos sociales para intentar legitimar las estrategias del capital transnacional se encuentran ya prácticamente agotadas después de Seattle y de lo que ha llovido desde entonces, que ha sido mucho. Además, incidir en esa vía, se dijo, haría que se retrasase innecesariamente la adopción de medidas que se estiman apremiantes para que puedan continuar los procesos de acumulación del capital a escala mundial. Parece, pues, que poco a poco se van imponiendo las posturas más duras, sin concesiones, dentro de la élite del capital mundial.

Aunque en ocasiones, como en el Foro Económico Mundial de este año en Davos (por el año 2000), se intenten ciertas medidas cosméticas, como incorporar a los debates de la superélite económica mundial a algunos de los más conocidos representantes de ONGs críticas con la globalización económica (Vandana Shiva, Martin Kohr...), con el fin de quitarse de encima el sambenito de «club privado exclusivo». Una vez que se saben observados, pues las protestas ya han llegado a sus puertas. El propio presidente del Foro, Klaus Schwab, ha propuesto una cooperación más estrecha entre gobiernos, empresas y «sociedad civil» con el fin de dotar de un rostro humano a la globalización económica (CEO, 2000 d). En el mismo sentido ha incidido recientemente el secretario general de las NNUU, Kofi Annan, pidiendo la colaboración del mundo empresarial y gobiernos con las ONGs, pues «por sí solo, el sector privado, aun siendo tan vital como es, no puede dar a los mercados una

cara humana, ni llegar a los millones de personas que se quedan al margen» (One Country, 2000). Y hasta el BM, en un intento adicional de ganar legitimidad, ha suscrito un acuerdo con las principales confesiones religiosas para impulsar las políticas de «desarrollo» (One Country, 1999).

Sin embargo, existen discrepancias entre las élites políticas y económicas que se reflejan en los propios organismos de carácter supraestatal (FMI, BM, OMC, NNUU, OCDE). Así, a principios de los noventa, el llamado «Washington Consensus» (las políticas neoliberales impulsadas por el FMI y el BM, inducidas por las élites económicas y financieras) impuso el concepto de «Estado mínimo» en la Periferia para propiciar la globalización económica. Más tarde, a finales de los noventa, y ante la ingobernabilidad creciente que propiciaba la intensificación de la globalización en estos espacios, se acuña el llamado «post-Washington Consensus». Nada nuevo bajo el sol, pero sí se hacía hincapié en que para que la globalización funcione es preciso garantizar la gobernabilidad («*good governance*») (WB, 1997). Sin gobernabilidad el mercado simplemente no puede existir, se venía a decir. Para ello, no sólo eran necesarias las reformas institucionales que adaptasen el funcionamiento de los Estados a las exigencias del capitalismo global y las garantías jurídicas correspondientes para proteger la propiedad transnacional, sino que era preciso reforzar el poder (policial, militar...) de los Estados, con el fin de poder gestionar los conflictos en ascenso, añadiéndole ciertas dosis de legitimación para garantizar la gobernabilidad (participación de las ONGs para lidiar con la pobreza más extrema, entramado democrático formal de baja intensidad...).

Las propias instituciones globales, BM y FMI, hacían una cierta revisión crítica de su funcionamiento y de los resultados de sus políticas y venían a señalar también determinados cambios necesarios, de carácter cosmético, para ganar legitimidad. Quizás estas reflexiones provinieran no sólo de sus burocracias, sino del peso que todavía tienen los Estados en el diseño de sus políticas, en especial los del Norte

(y en concreto el G-7), ya que por el momento son organismos multilaterales. Hasta el mismísimo FMI, cuyo discurso (y, por supuesto, actuación) nunca había hecho la más mínima concesión de cara a la galería, actualizaba su lenguaje en la última etapa de Camdessus (su anterior director gerente), tras la debacle que su intervención había provocado en medio mundo por la gestión de la crisis financiera que se inicia en 1997, introduciendo la necesidad de considerar determinadas medidas que pudieran «llegar a paliar» la expansión brutal de la pobreza y exclusión generada por la globalización financiera (Camdessus, 1999).

Sin embargo, una cosa es la retórica y otra las políticas concretas, máxime en un momento en que la relación entre el poder económico y político se decanta cada vez más claramente hacia el primero. En estos momentos se está debatiendo la llamada «nueva arquitectura financiera internacional», que pretende ser una nueva vuelta de tuerca adicional para supeditar la actuación del BM y el FMI a los intereses del capital transnacional productivo y financiero especulativo, sin mediación política o con la mínima posible. Se pretende subordinar la actuación de los Estados (especialmente del Centro) en el seno de estos organismos a los intereses del capital privado. Esto ya venía aconteciendo de forma cada vez más clara en los últimos veinte años, pero ahora se le quiere dar carta de naturaleza formal y supeditar el carácter multilateral de estos organismos a la creación de un Consejo Asesor del Sector Privado («Private Sector Advisory Council») (Chossudovsky, 1999). Esto es, que las políticas de estas instituciones, y las vías para la gestión de las crisis financieras, pasen a ser directamente definidas por los intereses del capital financiero transnacional.

Las primeras declaraciones del nuevo director gerente del FMI, Horst Koehler, tras su controvertida elección, lo han dejando meridianamente claro. «El FMI, vino a decir, necesita reformas, pero desde luego una de ellas no es ocuparse de aliviar la pobreza en el mundo. El organismo debe concentrarse en asuntos monetarios y financieros y abando-

nar cualquier otro tipo de veleidades. Koehler volvió al discurso duro [...] En los países subdesarrollados, comentó, lo que hace falta es mano dura con los precios [...] y reducción del número de funcionarios. Koehler no cree que haya que tener vergüenza. Y no está dispuesto a que las opiniones públicas de la sociedad civil socaven las decisiones de las instituciones» (Gallego-Díaz, 2000). Más claro, el agua.

La dinámica de la OMC va exactamente en la misma dirección. Su presión para que los distintos gobiernos decidan en un próximo encuentro el inicio de la llamada Ronda del Milenio le conferiría al capital transnacional un enorme poder sobre los Estados (adicional al que ya le otorgó la Ronda Uruguay), eliminando prácticamente cualquier restricción (política) al funcionamiento de un mercado verdaderamente global. Los contenidos del AMI,²⁵ que se quieren incorporar en un capítulo especial de la Ronda dedicado a inversiones, habían llegado a ser definidos por el anterior director de la OMC, Renato Ruggiero, como la redacción de una nueva constitución mundial (Wallach, 1998), que fijase, negro sobre blanco, los derechos de hierro del capital a escala transnacional; lo que obligaría, por supuesto, a adaptar las distintas constituciones nacionales a este nuevo marco global de obligado cumplimiento. La Ronda del Milenio, al ser aún más ambiciosa, va incluso más allá. Y en este intento, el capital privado se niega a que haya la más mínima normativa mundial que socave su capacidad de actuación. Las concesiones que de cara a la galería apuntan algunos Estados del Norte, en línea con lo reclamado por ONGs moderadas y los grandes sindicatos (CIOSL), esto es, unas mínimas restricciones sociales, laborales, medioambientales y de derechos humanos al funcionamiento del mercado global, son rechazadas de plano por los máximos representantes del capital privado. Y se urge al poder político para que en una próxima cumbre de la OMC en Qatar, en noviembre de 2001, al abrigo de movilizaciones (pues en los Emiratos Árabes Unidos está prohibido manifestarse), se inicien las negociaciones de la Ronda del Milenio que le dotará, finalmente, de una hegemonía planetaria.

El poder económico ya no necesita al poder político, como en el pasado, para ampliar su ámbito de actuación y su propio poder. Anteriormente el poder económico necesitaba del poder del Estado para conquistar territorios o ampliar su esfera de influencia territorial (la diplomacia de las cañoneras), para introducir dentro de la lógica del mercado a los diferentes factores productivos (tierra, trabajo...), para consolidar su propia dimensión y garantizar el funcionamiento del mercado (subvenciones a las grandes empresas, creación de infraestructuras...) y para gestionar el conflicto de clases, recurriendo a la fuerza si era necesario; pero hoy en día está a punto de conseguir los dos primeros de manera global. El mundo entero está a punto de convertirse en una mercancía. En todo caso continuará utilizando el poder estatal para promocionar su propia actuación y poder y, fundamentalmente, para lidiar con la ingobernabilidad, valiéndose de aparatos represivos (policiales, penales y militares), si falla la capacidad de seducción, entretenimiento, embrutecimiento y espectáculo de los *mass media* —y la realidad virtual— sobre la población mundial.

Pero esto le va a exponer de una manera más directa al «ojo público», pues hasta ahora, sobre todo en el siglo XX, el poder económico se había parapetado detrás del burladero que le proporcionaba un Estado crecientemente legitimado (principalmente en el Centro). Por otro lado, al propio Estado se le va a visualizar más como un simple apéndice de los intereses del capital, lo que va a redundar en una deslegitimación mayor de sus estructuras. Y la enorme capacidad de condicionar las mentes por parte de la Aldea Global, de promocionar una determinada subjetividad humana acorde con los intereses del capital transnacional, así como de desestructuración social y de desmontaje de la capacidad de antagonismo tiene también sus límites, como se ha demostrado en el centro del Imperio. Con lo cual será preciso recurrir cada vez más a mecanismos represivos para mantener un orden que en su propio despliegue genera cada vez más desorden. Y en esa dinámica la legiti-

mación de todo el modelo se irá disolviendo aún más, necesitando cada vez más la fuerza para mantenerse. Y todo ello sin que se quiebre la lógica de acumulación del capital. Intentemos detallar, aunque sea mínimamente, estas tendencias que se vislumbran.

Las nuevas estrategias políticas y militares

Es curiosa la diversidad de reuniones (Roma, Berlín, París...) que han tenido lugar en el último periodo, por parte de representantes gubernamentales y de partidos de distintos países, no sólo del Norte, sino también del Sur y Este, con el fin de analizar las perspectivas de la gobernabilidad política en la época de la globalización. En esta época caracterizada por el pensamiento único, la ausencia de alternativas y la privatización de la política se consagra el llamado centrismo. Puesto que no hay alternativa, y se niegan las ideologías, todo confluye en el «centro». El «centro» es el rey en la sociedad postpolítica. «El centro se define por ser un espacio vacío en el que las ideologías se neutralizan y desdibujan. El centro es el lugar ideal para pronunciar la disolución de la política. Si no hay nada que decir, sólo cabe administrar. El centro es el territorio sin ideología, el lugar en el que no se es ni de derechas ni de izquierdas, ni demócrata ni antidemócrata. Simplemente, partidario de que el movimiento continúe [...], las cosas andan tan deprisa que no queda margen de tiempo para replantearse las [...] El centro es la expresión del vaciado del espacio político. El centro es la expresión aséptica de una hegemonía ideológica a la que siempre ha estorbado la política democrática: el liberalismo económico» (Ramoneda, 1999).

La socialdemocracia se ha vuelto a poner al día en este proceso, acuñando un término: «la Tercera Vía», que supone su forma de aterrizar en el espacio del centro, para intentar apropiárselo y continuar gobernando en el mundo del capitalismo global. El Roto, en uno de sus chistes, resumía

magistralmente su contenido al señalar que: «Todas las Terceras Vías conducen a Wall Street». La Internacional Socialista en su nuevo documento programático, «Progreso Global» (*El País*, 9-11-1999), realza los efectos positivos del mercado y la globalización, para señalar a renglón seguido la necesidad de establecer la «primacía de la política», con el fin de corregir sus secuelas perniciosas y dotar de gobernabilidad y rostro humano a la globalización. La derecha y la «izquierda» confluyen, pues, en el espacio del «centro» (el romance entre Aznar y Blair es paradigmático), que no es otra cosa sino gobernar de acuerdo con los intereses y exigencias del capitalismo global, con el apoyo de las clases medias que se benefician de las migajas, y en algunos casos mendrugos, que caen de la mesa de los poderes económicos. La supeditación de la política respecto del poder económico y financiero ya es total en la época de la globalización; tanto como lo está siendo su financiación. Los partidos están dejando de ser financiados por el Estado y se orientan cada vez más a mantener sus estructuras en base a las aportaciones del capital privado, lo que condiciona, aún más, sus líneas de actuación. Sus «militantes», en el caso de la «izquierda», hace tiempo que sólo contribuyen de manera absolutamente marginal a su mantenimiento, caso de hacerlo.

Y ahora es esta «nueva izquierda», paradójicamente, la encargada del desmontaje del Estado del Bienestar que sus antecesores ayudaron a crear. La desaparición del «Estado social» en el Norte, y en especial en Europa occidental, no se produce sin un auge sustancial de autoritarismo. El paso del Estado del Bienestar al Estado Asistencial se está haciendo en la UE con la vista puesta en EEUU (el ejemplo a seguir), y se están empezando a utilizar las disminuidas ayudas sociales para impulsar el trabajo forzado con sueldos de miseria.²⁶ Al tiempo que se procede al desmontaje de las conquistas laborales (desregulación del mercado laboral) conseguidas tras décadas de lucha de la clase trabajadora y de sus sindicatos. Se pasa, pues, del *welfare* al *workfare*. Los sindicatos históricos hoy en día ya no tienen otra cosa

que vender salvo recortes, y el capital los utiliza, una vez desmantelada su antigua capacidad de antagonismo, para imponer esta amarga medicina a la población asalariada a cambio de que el Estado les aporte los fondos suficientes para mantener sus burocracias.

La «izquierda» y la derecha también coinciden en su receta de la defensa de «la ley y el orden», en la «tolerancia cero» para la criminalidad, pues saben que hemos pasado, en el Norte, del bienestar a la inseguridad y al miedo. El Estado se refuerza, policial y penalmente, para combatir la ingobernabilidad antagonista y no antagonista (auge de comportamientos desordenados, delictivos, desviados y patológicos). Además, sabe que el mensaje de «ley y orden» se vende bien entre las clases medias, que son su clientela electoral, pues el resto de sectores van dejando progresivamente de votar. Por otro lado, el desarrollo de partidos xenófobos, racistas, y neofascistas incide también en un paulatino endurecimiento de las estructuras democráticas. Poco a poco este «fascismo dulce» va avanzando en las sociedades del Centro y «no se construye contra la democracia como hace [casi setenta] años, sino en nombre de la misma» (Morán, 1995). Ello le permite al Estado articular, asimismo, con considerable apoyo social, la criminalización de la pobreza, la guerra contra los excluidos, los «sin techo» y los inmigrantes, que en muchos casos llevan a cabo directamente antimovimientos sociales de extrema derecha con la aquiescencia o creciente vista gorda del Estado. Tony Blair, abundando en la necesidad de esta guerra contra los pobres, ha llegado a manifestar que: «El principio básico aquí es decir que sí, que es justo ser intolerante con los “sin techo” en la calle» (Maira, 2000).

Dentro de este progresivo endurecimiento de los Estados democráticos está la preocupación en ascenso por el auge de la «globalofobia». No en vano los centros de poder económico y financiero están llamando a los Estados (tan denostados por las élites neoliberales) a actuar contra los grupos y organizaciones que ponen en cuestión los procesos de globalización; y, en concreto, a poner coto al uso

indiscriminado que estas organizaciones están haciendo de Internet para impulsar y difundir sus propuestas. Desde la Red Echelon, que han desarrollado los países anglosajones con EEUU a la cabeza, a estructuras y medidas similares que está poniendo en práctica la UE en conjunción con la Europa, pasando por políticas que van aún más allá en el control de la comunicación electrónica, como las que han decidido implantar recientemente el gobierno Blair y otros gobiernos europeos. Todo esto ha hecho exclamar al Subcomandante Marcos que la «Tercera Vía» está siendo la rampa de lanzamiento del neofascismo (Sub. Marcos, 2000)

Pero para que la gestión de la gobernabilidad social sea lo más suave posible, se confía en la capacidad de heterodeterminación de la subjetividad de la Aldea Global. El dominio del imaginario colectivo que inducen los *mass media*, y la penetración y asunción de los valores dominantes que su actuación conlleva, bajo la hegemonía simbólica de los productos culturales de EEUU, es una máquina potentísima de desmontaje de capacidad antagonista (hasta se ha conseguido que las masas veneren a los famosos, ricos y poderosos, y se preocupen diariamente por seguir su vida privada); pero, al mismo tiempo, también lo es de desintegración social, de alteración del equilibrio personal, de frustración, depresión y vacío existencial, de expansión de actitudes violentas, de guerra cultural contra las Periferias y las minorías culturales y étnicas y, en suma, de aceleración de comportamientos desordenados. Esto obliga al Estado a dedicar cantidades crecientes de recursos para hacer frente a esta ingobernabilidad en ascenso. En un momento, además, en que el Estado pierde base fiscal como resultado de la globalización económica y financiera (paraísos fiscales, reducción de impuestos a las grandes fortunas y empresas...), la reducción del gasto social acaba derivando en un incremento del gasto policial y penal. De cualquier forma, se intenta que este incremento del costo de la gestión de la gobernabilidad entre dentro de la lógica del capital: ampliación de policía privada, creación de cárceles privadas, trabajo forzado den-

tro de las cárceles para el mercado exterior, etc. Pero, aun así, éste es un costo en ascenso que acaba endeudando al Estado y repercutiendo sobre el funcionamiento del sistema en su conjunto.

Y si esta es la situación en los Estados del Centro, el panorama se ensombrece aún mucho más cuando se analiza la realidad a la que tienen que hacer frente los Estados de la Periferia. La progresiva desaparición de sus escuálidas clases medias, la polarización social extrema, la práctica ausencia de mecanismos asistenciales o redistributivos, su abultadísimo endeudamiento y la debilidad de sus monedas (y, en muchos casos, la dolarización de sus economías), la proliferación de la exclusión social a todos los niveles, su precaria legitimidad debido a su reciente creación sobre realidades «atrasadas» y en muchos casos enormemente fragmentadas (tribales, étnicas, religiosas, culturales...) y poco cohesionadas, etc., hacen que su funcionamiento sea, en general, seriamente cuestionado. En ocasiones, las tensiones y conflictos internos a los que tienen que hacer frente —máxime en el contexto de crisis financieras en ascenso del capitalismo global— están derivando en una verdadera quiebra de sus estructuras estatales y, por supuesto, de sus entramados de democracia formal de baja intensidad.

No es de extrañar que ello ocurra, pues en el mundo occidental el Estado-nación necesitó de varios siglos de transformaciones para legitimarse, a pesar de beneficiarse de su condición de estructura estatal de espacios centrales de la Economía Mundo capitalista. Esta indudablemente no es la situación de los Estados de la Periferias —máxime en el caso de los Estados-nación de la Periferia sur que en muchos casos tan sólo tienen unas décadas de existencia— ni de los del Este, donde la quiebra del «socialismo real» y la transición a la economía de mercado les ha llevado a la bancarrota. El desorden y la ingobernabilidad (antagonista y no antagonista) adquieren, pues, niveles sustancialmente superiores en las Periferias Sur y Este que en los espacios centrales. Y ello explica, junto con la confrontación en

ascenso entre los intereses del Centro y los de las Periferias, el diseño y plasmación de las nuevas estrategias militares a escala planetaria.

Así, los dos principales bloques del Centro, el espacio norteamericano (EEUU y Canadá) más el espacio europeo occidental (la UE y su área de influencia) han consolidado una nueva estructura y estrategia de la OTAN, bajo un firme y reforzado liderazgo estadounidense, para defender sus intereses e intervenir en el mundo del capitalismo global y de la postguerra fría;²⁷ y han vuelto a incrementar sus presupuestos militares, que bajaron en los años posteriores a la caída del Muro de Berlín. No hay que olvidar que en este amplio espacio geográfico se ubica el grueso del poder económico transnacional y financiero, cuyos agentes son los que más se benefician de los procesos de globalización en marcha, destacando en este sentido especialmente EEUU. Además, poseen las dos principales monedas del planeta —el dólar y el euro—, y una gran parte de sus poblaciones disfrutan de un nivel de consumo que sería impensable sin una tremenda aportación de recursos de todo tipo del resto del mundo. Estos dos bloques, y muy en concreto EEUU, son los que han salido más favorecidos de las crisis financieras de la segunda mitad de los noventa, pues aparte de la expansión de sus mercados financieros (los flujos de capital se han refugiado en este espacio, «huida hacia la calidad», provocando una fuerte alza de sus bolsas), la quiebra y devaluación de las monedas periféricas les ha concedido una reforzada capacidad de compra sobre el resto del planeta (un doble «efecto riqueza»). Sobre todo a los activos en dólares, pues esta divisa se ha revalorizado casi un 30% respecto del euro. Además, la gestión por parte del FMI de la crisis económico-financiera del sudeste asiático y de Japón les ha permitido acceder a la compra o control de gran parte de las grandes empresas e instituciones bancarias de dicha región.

No es de extrañar que intenten defender, conjuntamente, aunque con ciertas tensiones internas (ansias y prácticas de unilateralismo por parte de EEUU), esta posición de pri-

vilegio. Y para ello han reforzado una estructura militar, la OTAN, de carácter supraestatal, a la que han remozado considerablemente tras el colapso de la URSS. En la nueva estructura se contempla un pilar europeo de defensa, la UEO, que permitirá a los países europeos actuar, de forma autónoma en algunos casos, en su área de influencia, entendida ésta de forma flexible. La OTAN actualizó su estrategia el año pasado (1999) en su reunión de Washington, al tiempo que amplió su cobertura hacia el Este, con la incorporación de nuevos miembros que anteriormente estaban dentro del Pacto de Varsovia. Esta reunión estuvo patrocinada (es decir, financiada) por las principales industrias de armamento, consolidándose la concepción de la guerra como negocio. En la nueva estrategia se contempla, entre otras cosas, la posibilidad de intervenir prácticamente en cualquier lugar del globo, desbordando el espacio noratlántico previo, si están en peligro los intereses vitales de Occidente (para garantizar la gobernabilidad de zonas clave, o el acceso a materias primas básicas, p.e., los recursos energéticos). Y esta actuación puede llevarse a efecto al margen de lo que dictamine la, en teoría, máxima representación política mundial: las NNUU (véanse los ejemplos de Kosovo o de Irak), dejando en papel mojado el llamado Derecho Internacional. En paralelo, se acuñaba el llamado «intervencionismo humanitario», que intenta legitimar, en cierto supuestos, las nuevas ansias intervencionistas de Occidente tras el velo «humanitario» (González Reyes, 2000); y más recientemente tras el camuflaje de la lucha contra el narcotráfico (Plan Colombia, p.e.).

La reacción ante esta arrogancia de Occidente fue inmediata. Los Estados periféricos, que ya venían manifestando su creciente descontento contra los procesos de globalización económica y financiera, en especial sus élites —pues dichos procesos les marginan progresivamente, suponen una nueva «colonización» y dependencia, y socavan la legitimidad de su dominio—, manifestaron su rechazo a este nuevo paso de Occidente que significaba el inicio de la voladura controlada

de las NNUU y, por consiguiente, una marginación adicional. Encabezaron este rechazo especial los principales Estados fuera de la OCDE: Rusia (crecientemente aislada), China, India, Indonesia... Quizás, ésta fue una importante razón, junto con la marginación en las negociaciones previas a la Ronda del Milenio y lo que ésta suponía para ellos, de su actitud de rechazo que derivó en el fracaso de la cumbre de Seattle; y también de la posterior reunión, este año (2000) en la Habana, del G-77, que agrupa a más de 133 países de la Periferia, en los que habitan las cinco sextas partes de la población mundial, en la que éstos plantaron cara a la globalización neoliberal que diseña Occidente en su beneficio casi exclusivo (*El País*, 11-4-2000). No es que estuvieran en contra de la globalización, sino que pedían, ilusamente, una globalización que les favoreciera también a ellos, es decir, a las élites,²⁸ el único sector social que se ha beneficiado del «desarrollo» en los espacios periféricos.

Una vez desaparecido el «Imperio del Mal», muerto de muerte natural el «comunismo», el «viejo enemigo», las Periferias se perfilan como el espacio de donde pueden provenir los retos principales al dominio del Centro sobre el conjunto del planeta. Ello se intenta teorizar a través del «Choque de Civilizaciones» (Huntington, 1997), pues hay que delimitar los «nuevos enemigos»; y dentro de este enfoque se resalta el peligro que representa el auge del fundamentalismo islámico, sobre todo en el mundo árabe (y en concreto en Oriente Medio), el área del globo más refractaria a la penetración de los valores occidentales y donde se ubican las principales reservas de petróleo del mundo. Dentro de unos diez o quince años prácticamente todo lo que quede de petróleo en el planeta estará en esa región, pues el resto de las explotaciones se habrán ido agotando o dejará poco a poco de ser rentable su extracción (BP, 1999). La actual alza del crudo avanza ya escenarios de encarecimiento (y escasez) del petróleo,²⁹ con las tensiones sociales correspondientes que afectarán de lleno a una sociedad energívora y, sobre todo, a los sectores más dependientes

del «oro negro»: la agroindustria y la movilidad motorizada. Occidente, pues, prepara ya la retórica y los escenarios de intervención, si fallan los mecanismos de sumisión actuales, reforzados en la zona tras la Guerra del Golfo, cuando se garantiza una presencia continuada de las tropas occidentales, en especial de EEUU.

Fuera de las áreas clave para el funcionamiento del capitalismo global y de las rutas estratégicas del comercio mundial, la gobernabilidad, si quiebran los instrumentos de dominio «normales» que no permitan el *business as usual*, se intentará garantizar mediante intervenciones de las NNUU con «casco azul» de países de la Periferia; o bien, directamente, mediante fuerzas mercenarias privadas. Esto es lo que ya hacen en ocasiones muchas empresas transnacionales en territorios concretos de donde extraen recursos (energéticos, minerales, forestales...). En el resto de muchos de los espacios estatales donde se ubican dichos enclaves no importa que reine el caos o el desorden más absoluto — donde sólo cuenta la ley de los «señores de la guerra» —, mientras que se pueda asegurar la extracción, procesamiento y transporte de los productos imprescindibles para el funcionamiento de la Fábrica Global. En esta tesitura se halla ya prácticamente el conjunto del África subsahariana (con más de 800 millones de personas), ante la mirada cada vez más indiferente y distante de la Aldea Global.

Finalmente, en la gestión de la ingobernabilidad cobra cada día más importancia el control y manejo de los flujos migratorios a escala mundial. Los flujos migratorios se han disparado en las dos últimas décadas en todo el planeta, en paralelo con los procesos de globalización económica y financiera. Más de 120 millones de personas desarraigadas se desplazaban a finales de los noventa por el mundo (Nair y Lucas, 1997), a causa de guerras locales (muchas de ellas residuos de los enfrentamientos Oeste-Este en la Periferia Sur), grandes proyectos de infraestructuras (macropresas, sobre todo), crisis económicas y financieras (agudizadas por la actuación del BM y el FMI, que en ocasiones derivan en

conflictos civiles y bélicos), desarticulación de economías locales por el «desarrollo», actuaciones de grupos paramilitares para expulsar a campesinos de sus tierras, etc. Esta cifra se ha visto sustancialmente incrementada tras las crisis monetarias y financieras que sacuden las Periferias desde 1997. El grueso de estos flujos migratorios se produce entre los propios países periféricos, desestabilizando en muchos casos sus economías y estructuras estatales. Si bien una parte importante de éstos se orienta, cada vez más, a intentar penetrar en la «tierra prometida» del Centro para acceder a una «vida mejor».

Pero Occidente se blindó contra esta marea humana que llama a sus puertas. Se permite el tránsito del conjunto de mercancías, pero no de esa mercancía tan peculiar que es la fuerza de trabajo —o al menos no en la cuantía asombrosa que pugna por entrar—, simplemente porque no se necesita. Se permiten tan sólo aquellos volúmenes necesarios para desarrollar los trabajos más penosos, serviles (servicio doméstico y de cuidados) y degradantes (prostitución), o para quebrar la estructura salarial de determinados sectores que no se pueden deslocalizar (agricultura, construcción...) o bien para atender a la abultada demanda de técnicos especializados para la «Nueva Economía». Y cada día se dedican más recursos económicos, policiales, tecnológicos y hasta militares para intentar frenar, vanamente, esta presión migratoria. Berlusconi ha llegado a plantear, desde la oposición, que la marina de guerra italiana disparara en altamar contra las embarcaciones de inmigrantes. La nueva OTAN contempla también entre sus objetivos, llegado el caso, el control de los flujos migratorios. Y se intenta involucrar a los países limítrofes con Occidente en el control de los flujos migratorios («Estados tapón»), a cambio de «ayudas económicas». En este contexto proliferan las mafias que se dedican a traficar con esta mercancía humana, que hacen verdaderas fortunas con este nuevo «tráfico de esclavos». Y desde el Centro se bombea sin escrúpulos otra vez hacia las Periferias —desde las llamadas «zonas internacionales de retención», verdaderos espacios sin ley— a los

«ilegales afortunados» que lograron alcanzar la «tierra prometida» (ensalzada por la propia Aldea Global).

Este precario (des)orden mundial se mantiene en un frágil equilibrio porque todavía la economía crece, principalmente el ámbito de la gran actividad productiva y el comercio mundial (dominado por las transnacionales),³⁰ y porque los mercados financieros son capaces, por el momento, de dar una elevada rentabilidad al capital y, en menor medida, a los ahorros de las clases medias (altas) del Centro y a lo poco que queda de ellas en las Periferias.³¹ Este «efecto riqueza» es el que está tirando del crecimiento mundial. Se produce no para satisfacer las necesidades básicas de la población mundial, sino para la demanda siempre en ascenso, hasta ahora, de unos 500 millones de personas en el mundo (Ramonet, 1999). ¿Pero qué pasará si se desatan nuevas crisis financieras y, especialmente, si se produce una severa corrección de los mercados bursátiles en el Norte, es decir, un *crack* financiero en el Centro —y principalmente en Wall Street—, como ha alertado hasta el propio Greenspan, presidente de la Reserva Federal estadounidense? La consecuencia de ello sería una brusca interrupción del crecimiento, una probable depresión-deflación mundial de impacto muy superior a la de los años treinta, una volatilización de la riqueza de los sectores que son el sustento de la erosionada legitimidad de las estructuras estatales en los países de Centro y una quiebra de los débiles mimbres que aún apuntalan muchos Estados de la Periferia. Lo cual derivaría en una agudización sin precedentes de las tensiones y conflictos anteriormente mencionados y una muy probable incapacidad de las estructuras del poder económico, político e ideológico para gestionar la ingobernabilidad que todo ello acarrearía, al menos en su diseño actual.

Más allá del mercado, del Estado y del desarrollo

De cualquier forma, haya o no haya *crack*, opción seguramente más probable a corto plazo, los límites de todo tipo:

económicos, sociales, políticos y ecológicos, se perfilan cada vez más claramente en el medio y, por supuesto, largo plazo, como distintos frenos a la expansión irrefrenable del actual modelo económico y productivo. Se hace imperioso por tanto prepararse, resistir y enfrentar esos posibles escenarios de colapso, en los cuales se encuentran ya importantes sectores de la población mundial, principalmente en los países periféricos, pero también en numerosos barrios marginados de las metrópolis del Norte. Ni el mercado ni el Estado, ni el desarrollo son, hoy en día menos que nunca, una solución a este estado de cosas, pues la capacidad de reforma del capitalismo global (fuera de la lógica de la acumulación de «más madera») se podría llegar a afirmar que en la actualidad es nula.

El mercado, porque su propia dinámica no hace sino agudizar los desequilibrios y desigualdades a todos los niveles, y porque se acerca el momento en que sea imposible mantener el crecimiento económico continuo en que su funcionamiento se basa. De hecho, desde hace años, hay una tendencia a la baja del crecimiento de las economías nacionales y la economía mundial. No sólo porque ya quedan cada vez menos territorios y esferas de la actividad humana por someter a la lógica mercantil, con lo cual, se quiera o no, antes o después se frenará el crecimiento económico; sino porque, principalmente, ya estamos sobrepasando los límites ecológicos a escala planetaria, y ello está derivando en la destrucción (y alteración) de la base material en la que se asienta este modelo depredador. «La evidencia de esto puede observarse en las masas forestales que desaparecen, la expansión de la erosión y el deterioro de los suelos (y por consiguiente la disminución del suelo fértil), el agotamiento de los recursos hídricos, el colapso de los recursos pesqueros, las temperaturas en ascenso, la fusión de los glaciares, la muerte de los arrecifes de coral, y la creciente desaparición de las especies de plantas y animales [...] Conforme la economía global se expande, los ecosistemas locales están colapsando a un ritmo que se acelera»

(Brown, 2000). Mientras el índice Dow Jones, de Wall Street, subía de 3.000 a principios de los noventa a 11.000 en 1999, el deterioro ambiental alcanzaba máximos históricos en el umbral del milenio, haciéndose patentes los límites ecológicos planetarios.

El Estado, porque su propia esencia se basa en la imposición del orden y los intereses de una minoría sobre la mayoría social. Y si bien en un momento histórico determinado (durante los «treinta años gloriosos») la presión política y social, las características del capitalismo de la época, y el marco geoestratégico mundial hicieron factible que en los espacios centrales (solamente) se desarrollara el llamado «Estado social», esa situación se puede dar definitivamente por zanjada, sin vuelta atrás posible. Las pretendidas conquistas del Estado del Bienestar fueron posibles por el alto crecimiento económico en esa etapa, que profundizó los desequilibrios ecológicos, y por las relaciones de explotación Centro-Periferia, que se intensificaron también en dicho periodo. El Estado es una poderosa, costosa, compleja, burocrática, jerarquizada y antidemocrática estructura que necesita también del crecimiento económico continuo para mantenerse. Y, por consiguiente, la inviabilidad del crecimiento económico continuo en el futuro, socava también su propia capacidad de mantenimiento en el porvenir. Además, la reestructuración a que le somete el capitalismo globalizado actual hace aún mucho más difícil cualquier tipo de reforma que le haga caminar hacia la equidad y la sostenibilidad ambiental, máxime cuando las vías institucionales para llevar a cabo dichas reformas están quedando absolutamente esclerotizadas. A ello se añade que ni siquiera en el Centro el Estado «está en condiciones de ofrecer seguridad a cambio de pasividad» (Encyclopedie des Nuisances, 1989).

Y el Desarrollo, porque se ha demostrado como un tremendo espejismo, una trampa mortal, para los países periféricos. El «desarrollo», como apuntó Serge Latouche, no es sino la occidentalización del mundo (Latouche, 1993). Y en ese proceso hay unos espacios «beneficiados», los espacios

centrales, es decir Occidente, y un vasto territorio vampirizado por el «desarrollo», las Periferias Sur y Este, que nunca podrán salir de su condición dependiente (histórica, en el caso del Sur, o sobrevenida, en el del Este), pues ésta es la otra cara, obligada, del «desarrollo» de los espacios centrales. El mito del «desarrollo» se desmorona a ojos vista, ya que éste no es sino el sometimiento absoluto de los países periféricos a la lógica del capitalismo global, después de haber sido «liberados» de su subordinación colonial (Sachs, 1996) o del «socialismo real». Para acabar con el «subdesarrollo» periférico es preciso terminar primero, o paralelamente, con el «desarrollo» del centro. En el barco mundial del «desarrollo» cada vez viajan menos pasajeros, mientras que los naufragos de éste se agolpan masivamente a su alrededor. Los naufragos son sobre todo las poblaciones de las Periferias, aunque cada vez más se les unen sectores crecientes de la población de los países centrales. El «desarrollo» y el «progreso» tan sólo generan un planeta de naufragos y desarraigados (Latouche, 1993); o, lo que es lo mismo, «la modernización expulsa más gente de la que integra» (Galeano, 1994).

El capitalismo global ha extendido el ámbito de la economía monetaria de forma extensiva (expansión geográfica) e intensiva (distintas facetas de la actividad humana), alcanzando niveles difícilmente imaginables hace unas décadas. La dependencia del dinero es hoy en día (casi) absoluta a escala planetaria. Un dinero que va suprimiendo la naturaleza social del individuo, y cuya creación y reproducción controlan cada vez más los poderes económicos y financieros, sin prácticamente ningún control político o social. Se nos ha hecho dependientes del dinero para acceder a la satisfacción de nuestras necesidades básicas y para desarrollar nuestras potencialidades humanas y de relación social. Pero al mismo tiempo se hurta a ingentes cantidades de la población mundial el acceso a este preciado bien, ya sea a través de un trabajo asalariado, o autónomo dependiente, o mediante una prestación del Estado. Hoy en día empieza a ser cada vez más la exclusión social que la explotación económica lo que ame-

naza a la humanidad. Es preciso pues salirse del ámbito de la economía monetaria y del mercado para construir otro tipo de sociedad. Además, no queda otra opción. No sólo basta con resistir, es preciso empezar a construir ya, con toda la dificultad que ello conlleva, otro tipo de sociedad dentro de ésta. Algo así dicen los zapatistas, al expresar que no quieren tomar el poder, sino construir un mundo nuevo. Pues la sociedad actual tarde o temprano lo más probable es que se desmorone, como de hecho está ocurriendo ya en distintos países y lugares del mundo, y en numerosos enclaves de las metrópolis del Norte. Y es preciso estar preparados para que el caos hacia el que se desliza el modelo en su caída no nos arrastre inexorablemente.

La progresiva constatación de la inviabilidad de las opciones reformistas del capitalismo global realmente existente es lo que está propiciando la confluencia de las actividades de denuncia, desde perspectivas neokeynesianas³² y anticapitalistas, contra la lógica del mercado mundial y las instituciones que lo impulsan. Llama la atención como a lo largo de los últimos años se han ido decantando en la lucha contra el FMI, el BM o la OMC, las opciones más rupturistas que ponen el énfasis en la desaparición de estos organismos, pues va haciéndose patente la imposibilidad de su transformación para promover la equidad y la sostenibilidad ecológica. Lo mismo se podría decir respecto de las propuestas (trampa) de un gobierno mundial que pudiera controlar la lógica del capitalismo global; pues si la transformación de las actuales estructuras estatales se convierte en una tarea casi imposible en el camino hacia otra sociedad, la posibilidad de que un nuevo entramado institucional planetario —es decir, una especie de gobierno mundial, que se construyera a partir de éstas y otras estructuras supraestatales existentes— pudiera permitir iniciar la transformación hacia un modelo que promoviera la igualdad, en la diversidad, la solidaridad y el equilibrio con el entorno se convierte en un reto sencillamente inimaginable. Sólo será desde fuera de la lógica del ciclo de acumulación, desde

fuera de las estructuras de poder existentes, y desde abajo, no desde arriba, como se pueda transitar hacia un mundo nuevo, si es que antes no nos anega el caos social generalizado, la hipótesis más probable caso de no actuar colectivamente los sujetos sin poder, dominados, explotados y excluidos. «Los individuos desposeídos no tienen otra salida razonable que la de reinventar la totalidad de su mundo» (Encyclopedie des Nuisances, 1989).

En este sentido, todas las experiencias de transformación alternativa de la sociedad (más allá del trabajo asalariado, de nuevas formas de producción y consumo responsable, de formas de vida, de relación interpersonal y de género, y de creación de estructuras comunitarias, de trueque y desarrollo de monedas locales³³...) al margen del mercado y de la lógica patriarcal dominante tienen un gran valor como semillas y polos de referencia de lo que puede llegar a ser una transformación a mayor escala. En ese proceso hay que dar una enorme importancia a la reconstrucción de nuestras mentes, tan colonizadas por el pensamiento occidental dominante, para recomponer nuestro yo escindido, rescatando los valores humanos e incorporando, entre otros valores transformadores, la noción de mesura y el concepto de límite, contra el ansia de dominio, consumo irrefrenable y hedonismo insolidario del mundo occidental. Tarea que no sólo es individual, sino que debe ser sobre todo colectiva o grupal. Se debe recuperar el espacio colectivo como lugar de génesis y reflexión, de elaboración de pensamiento crítico, de superación de la sociedad atomizada y especialmente como lugar de transformación. Esta reconstrucción de los sujetos individuales y colectivos debe permitir la emancipación de nuestro imaginario, de tal forma que, al mismo tiempo, potenciemos nuestra capacidad de participación y autogestión. Es preciso descolonizar nuestro imaginario, individual y colectivo, para poder cambiar verdaderamente el mundo.

La reconstrucción de las estructuras comunitarias, de los nuevos ámbitos de comunidad, se debe producir principalmente a partir de lo local. Lo local, que ha sido sometido

do y desarticulado por el capitalismo global, es necesario en gran medida restaurarlo *ex novo*. Una restauración que posibilite hacer compatible su existencia con el entorno natural en el que forzosamente se debe desarrollar su actividad. La crisis ecológica global sólo podrá enfrentarse reconstruyendo lo local en consonancia con el medio, incrementando su autonomía y autosuficiencia, en la medida de lo posible, y desvinculándose paralelamente de la dependencia del mercado mundial. Además, la crisis energética que se vislumbra en el horizonte, se quiera o no, obligará a caminar en dicha dirección. La recuperación del mundo rural, a través de prácticas agroecológicas (Sevilla Guzmán y Gómez de Molina, 1999) —y el consiguiente freno (y desmontaje) de lo urbano y de la movilidad motorizada— cumplirá un papel trascendental en esta restauración de lo local. Esta recomposición se debe impulsar a partir de la complejidad del mundo actual, recuperando probablemente formas tradicionales de relación de la actividad humana con el medio, que han demostrado a lo largo de la historia su bajo impacto ambiental; pero desde la perspectiva de una sociedad en la que se ha producido un considerable mestizaje y cuyos valores urbano-metropolitanos es preciso transformar profundamente, si bien teniendo en cuenta también las aportaciones positivas que en el camino de la liberación humana se han producido indudablemente en el ámbito de la ciudad.

La reconstrucción de lo local permitirá ir edificando modelos productivos y sociales más descentralizados y autónomos, de carácter diverso y adaptados a las peculiaridades específicas de cada lugar y región del planeta. Modelos que no necesiten de enormes burocracias alienadoras (públicas o privadas) para su gestión, lo que posibilitará ir desmontando y someter a control popular las actuales megaestructuras (empresas transnacionales, grandes instituciones...), así como hacer progresivamente superflua la existencia de los Estados. Modelos que utilicen tecnologías blandas, de pequeña escala, plurales, adaptadas a las necesidades del

ser humano y la naturaleza, y que no estén concebidas para maximizar el beneficio del capital. Ello permitirá la progresiva reapropiación real de los medios productivos y de las estructuras y los procesos de decisión por la población en su conjunto. Modelos, también, que no necesiten del crecimiento económico continuo y del consumo de energía (no renovable) en ascenso para sustentarse, lo que permitirá restaurar el equilibrio con el medio. Modelos que permitan reducir la tendencia actual a maximizar la entropía, basando su funcionamiento en la única fuente de energía inagotable: aquella que proviene del sol. En este sentido, liquidar el actual sistema monetario y financiero internacional, basado en la lógica del interés compuesto y el endeudamiento creciente, es un elemento clave para poder digerir el «crecimiento cero» a escala mundial.

Será preciso también tener en cuenta, en esta reconstrucción de las estructuras comunitarias locales, la ruptura con el pensamiento occidental cuantitativo, parcelario y competitivo. Es imprescindible quebrar dicha racionalidad y aprender asimismo de otras cosmovisiones indígenas y campesinas, superando la minusvaloración que el pensamiento occidental (incluido la mayoría de los discursos emancipadores del siglo XX) ha tenido de otros sujetos y otras culturas. Ello permitirá salirse de la lógica depredadora de ruptura de los ciclos vitales que impregna la dinámica enloquecedora del crecimiento y la acumulación continuos. Para reconstruir lo local bajo otra lógica es urgente empezar ayudando a cerrar (y regenerar) los ciclos vitales locales, «pues la regeneración es la esencia de la vida, y ha sido el principio rector que servía de guía a las sociedades sostenibles. Sin regeneración no puede haber sostenibilidad» (Shiva, 1997); lo cual posibilitará, asimismo, rehacer los tiempos locales, desligándose de la dictadura del tiempo mundial único que impone el funcionamiento del capital a escala planetaria. «Necesitamos cambiar el rumbo de una ciencia/tecnología de la reducción, la manipulación y el dominio, por una ciencia/tecnología del respeto y la coope-

ración que nos acerque a una mejor comprensión de la vida en toda su belleza y complejidad» (Bermejo, 1999).

A nadie se le escapa la enorme dificultad de estas tareas, pues el funcionamiento del propio sistema impide esta reconstrucción de lo local al margen del mercado mundial. Esta actividad es en sí misma antagonista con la lógica dominante; pero su plasmación podría ser una simple fuga personal o colectiva sin conexión con otros procesos antagonistas y de transformación social. De cualquier forma, «nadie se puede salvar sólo, (ya que) es necesaria la sociedad del género humano para ser feliz» (Encyclopedie des Nuisances, 1997). Es aquí donde cobra importancia y perspectiva la necesidad de vincular la transformación de lo local con otras luchas de resistencia y transformación, locales y globales, para reforzarse mutuamente. Es preciso mundializar las resistencias, globalizar las luchas, conseguir un contrapoder ciudadano planetario a la dictadura global del dinero, pues nuestra resistencia tiene que llegar a ser tan transnacional como el capital. Pero ello se debe hacer a partir de lo local. Este necesario equilibrio entre lo local y lo global es fundamental para no caer en una falsa realidad virtual de luchas globales, que se convocan a través del ciberespacio, que no están enraizadas en una verdadera resistencia y transformación local.

En este proceso será necesario profundizar en la construcción de redes internacionales contra el enemigo común: el capitalismo global, que permitan la confluencia de la pluralidad de antagonismos que confrontan las instituciones que lo representan, intentando superar posibles sectarismos. Redes que funcionen como verdaderos ecosistemas, altamente interconectadas, y que al mismo tiempo posibiliten la descentralización y autonomía de las partes, arraigadas y basadas en la diversidad de lo local, que vinculen diferentes identidades, con vocación de sumar voluntades transformadoras, que generen confianza mutua y hagan factible el intercambio enriquecedor y el mestizaje. Su funcionamiento debería propiciar la acción directa no violenta, la

desobediencia civil, el boicot ciudadano, la desocupación del espacio del poder, como vía principal para la emancipación colectiva. En esta dinámica de confluencia debería quedar patente el rechazo a los integristos de cualquier naturaleza, que en muchas ocasiones se enfrentan también con el capitalismo global, así como la denuncia clara de los movimientos de extrema derecha que se oponen, en ocasiones, a la lógica del mercado mundial. Todo ello permitirá la convergencia, en la diversidad, contra el pensamiento único del capitalismo global desde una perspectiva liberadora.³⁴

Por otro lado, la violencia ha sido el instrumento principal al que han recurrido las diferentes estructuras de poder y explotación a lo largo de la historia para imponer su dominio; y en la actualidad es la vía que de forma creciente utiliza el mercado, el Estado y el «desarrollo» para establecer su ley, si fallan los mecanismos «normales» de subordinación y sumisión. La violencia es también el eje común que recorre los distintos comportamientos desordenados, asociales, que propician la desintegración y desestructuración, individual y social, que promueve la expansión del capitalismo global. Es el camino predilecto que utilizan los antimovimientos sociales (fascistas, xenófobos, racistas, integristas...) para impulsar su credo. La forma asimismo en que, en muchas ocasiones, se expresa el dominio patriarcal sobre las mujeres y una componente patológica asociada a los valores y comportamientos masculinos. Y es, igualmente, la senda que, de cara al futuro, nos propone el poder para la resolución de los conflictos en ascenso que provoca el desarrollo del libre mercado mundial. No en vano, es ése uno de los mensajes hegemónicos que promueven los *mass media*, y todo aquello que compone la realidad virtual (p.e., los videojuegos), para que nos insensibilicemos ante ésta y para que nos reagrupemos pasiva y sumisamente, en base al miedo colectivo, en torno a las estructuras de poder que disponen del monopolio legítimo de la violencia. Es preciso romper este círculo infernal, pues en esa dinámica son los sujetos más débiles y despo-

seídos los que tienen todo que perder, y porque entrando en esa espiral nunca podrá salir un mundo nuevo.

Llama la atención la aparición de diferentes tipos de movimientos sociales que a escala mundial cuestionan las distintas expresiones de violencia que promueve la sociedad del capitalismo global. Estas dinámicas son portadoras, a nuestro entender, de un mensaje y una práctica enormemente sugerente, como movimiento de mujeres contra la violencia en EEUU que recientemente, sin impulso institucional, ha logrado sacar a la calle a más de un millón de personas (fundamentalmente mujeres), denunciando la pasividad del Estado y la sociedad ante la proliferación de armas de todo tipo, la violencia indiscriminada que ello implica y los valores que supone; o los movimientos contra la brutalidad policial y contra la pena de muerte en EEUU. El primero de éstos ha tenido un amplio seguimiento en los últimos tiempos ante la expansión creciente de la barbarie policial. El segundo, a pesar de ser más minoritario, está creando, en ocasiones, nuevas expresiones de solidaridad, de gran contenido humano, entre familiares de las víctimas de la violencia y los convictos de ejercerla encarcelados. En Europa occidental el desarrollo de los movimientos antifascistas, antixenófobos y antirracistas («Ningún ser humano es ilegal», campañas contra la existencia de fronteras...) también están poniendo el énfasis, cada vez más, en la crítica de la violencia de la ultraderecha (y del Estado) contra las minorías étnicas, los colectivos de inmigrantes y los marginados, en general.

En la Periferia se asiste asimismo a la expansión de movimientos contra la violencia indiscriminada (y no tan indiscriminada), ante el cáncer que supone su desarrollo exponencial para estas sociedades. Los movimientos ciudadanos contra el auge de la violencia en Colombia o en distintas ciudades en Brasil que denuncian la connivencia entre las estructuras policiales, las mafias y los grupos paramilitares son un buen ejemplo de ello. En distintos lugares del mundo, en el Centro y en la Periferia, se producen también movimientos contra el nuevo auge del militarismo, del

armamentismo y la proliferación de conflictos bélicos; el movimiento de las «mujeres de negro» en Yugoslavia es un ejemplo de ello. Y en muchas partes se va creando, poco a poco, un estado de opinión acerca de la necesidad de actuar contra la violencia en ascenso que sufren las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad y, en especial, en el mundo invisible del hogar. Así como se constata la aparición de distintos movimientos de solidaridad con los presos —las principales víctimas de la violencia institucional de este orden mundial injusto— que se van haciendo de forma imparable, en condiciones infrahumanas, en las prisiones del planeta.

Hoy, más que nunca, es preciso impulsar una reflexión crítica sobre lo que significa la violencia estructural del mundo del capitalismo global, en sus múltiples expresiones; profundizar en el conocimiento de las raíces de la violencia, para no ocultar y desconocer sus causas, con el fin de poder enfrentarlas; y también repensar las formas de lucha y liberación que todavía utilizan la vía armada como medio principal de oposición a la lógica dominante. Las vanguardias armadas se han ido demostrando, en general, como un mecanismo que tiende a imponer la lógica militar en su confrontación con el poder, supeditando a los movimientos sociales a dicha lógica y reforzando en muchas ocasiones a las propias estructuras estatales que dicen combatir, por la legitimación de la violencia estructural del Estado que inducen; sobre todo en un mundo donde el control de los *mass media* está absolutamente en manos del poder. Otra cosa es contemplar la necesidad de la autodefensa, ante la creciente violencia estructural. En este sentido, es ilustrativo el contenido de resistencia de la guerrilla zapatista, el EZLN, y su disposición a actuar no como vanguardia iluminada separada de la sociedad, sino, como ellos mismos dicen, a «mandar obedeciendo». Una concepción radicalmente distinta a la que ha predominado hasta ahora, en general, en los movimientos armados.

Pero indudablemente todas estas ansias de liberación humana son todavía más o menos minoritarias, y la pobla-

ción mundial en su conjunto se encuentra enclaustrada en la jaula de hierro del capitalismo global, sin siquiera tener la capacidad de imaginar que otro mundo es posible. Quizás cuando se haga (aún más) patente, de forma generalizada, que este modelo no tiene futuro o que el (quizás poco) que tiene es aterrador, puedan liberarse nuevas energías de transformación que lleguen a sectores más amplios de población. Tal vez, «el fin de cualquier posibilidad de identificación con el progreso económico determine una ruptura histórica cuya eficacia desmoralizadora ya hemos probado, pero cuyos efectos beneficiosos están por llegar» (Encyclopedie des Nuisances, 1989). Será entonces, a lo mejor, cuando la sociedad se pueda desembarazar del encefalograma plano en el que parece que le ha sumido la dictadura de la imagen de la Aldea Global; y cuando pueda volver a pensar y soñar, abandonando su cómoda pero alienante instalación en la realidad virtual para reconstruir sus conciencias y subjetividades, con el fin de volver a la (dura) realidad para intentar cambiarla. Lo cual permitirá acentuar la ruptura de esta imagen especular, hasta hace poco sin réplica, de la que se había dotado el capitalismo global, profundizando en la brecha que los movimientos antagonistas de fin de siglo ya han abierto y están en trance de ensanchar. Será en ese momento cuando las falsas bellezas virtuales de la postmodernidad se vean confrontadas, en toda su crudeza, con las verdaderas miserias reales que están al otro lado del espejo, desenmascarándose bruscamente «el presente como la culminación de los tiempos» (Subcomandante Marcos, 2000).

Hace poco, en un acto quizás premonitorio, el anuncio de una multinacional nos alertaba de que «el futuro es una idea vieja, [y que había] que inventar el presente», con el fin de que pudiésemos disfrutar de «este falso presente, desembarazado de futuro, viejo horizonte de las existencias serenas de antaño» (Encyclopedie des Nuisances, 1997). El «presente perpetuo» (junto con la pérdida de la memoria histórica) en el que parece que se ha instalado la sociedad del capitalismo global, es un buen indicador de la incapaci-

dad del sistema para ofrecer una idea de futuro, al tiempo que nos incita a no pensar. «La tan cacareada modernidad ha dejado atrás hace tiempo su impulso ascendente y creador para entrar en un ciclo declinante y nihilista» (Saña, 1994). La agonía de esta «civilización» hace tiempo que está en marcha y, a pesar de su arrogancia, sabe (internamente) que su colapso se puede producir «de la noche a la mañana», como le aconteció al Bloque del Este hace algo más de una década, aquejado por un cúmulo de contradicciones internas y presionado también desde Occidente. Las contradicciones y límites a los que se debe enfrentar el capitalismo global, conforme pasa el tiempo, para evitar su colapso son de igual o superior magnitud; pero en esta ocasión, en contraste con lo que ocurrió con la caída del Imperio romano, «los bárbaros» saldrán de dentro, pues ya no hay un «afuera» (Negri y Hardt, 2000).

Esos posibles escenarios de crisis global que —repetimos— de una forma u otra se están dando, se manifestarán prioritariamente en las metrópolis, pues las metrópolis son las «catedrales» del mercado mundial, del «desarrollo» y de la actuación del Estado. Si los tres fallan como resultado de la crisis del capitalismo global, será en ellas donde principalmente se manifieste la quiebra de este modelo. Los espacios metropolitanos son los puntos más frágiles (por su enorme dependencia del exterior y complejidad interna), a pesar de que aparentan ser los más potentes. Las metrópolis se convertirán, en consecuencia, en los espacios «privilegiados» de la crisis del capitalismo global.³⁵

Algo similar ocurrió con Roma en la Antigüedad clásica, una ciudad en torno a un millón de habitantes, con anterioridad al colapso del imperio, y que en pocos años disminuyó bruscamente su población cuando éste quebró, iniciándose un proceso de ruralización que duraría casi mil años. Pero hoy en día no hay una Roma, hay bastante más de trescientas ciudades en el mundo que sobrepasan el millón de habitantes, muchas de ellas alcanzan ya los diez millones, y algunas pocas se sitúan en el entorno de los

veinte millones (NNUU, 1996). Sería pues preciso poder conducir consciente, colectiva y ordenadamente este proceso que muy probablemente se dé, antes o después, pues este modelo es sencillamente insostenible, con el fin de que los «costes» sociales y ambientales sean lo más reducidos posibles. Si no, lo hará posiblemente la Historia con unas consecuencias difíciles imaginar (Fdez. Durán, 1993).

Pero no somos optimistas. La crisis del capitalismo global podría precipitarlo directamente hacia el caos, donde predominaría la ley del más fuerte y donde el ser humano se convertiría en un lobo para con otros congéneres. Sería pues conveniente no llegar a ese punto de bifurcación, porque salir de él, en el corto o medio plazo, constituiría una tarea aún más difícil, si cabe, que transformar la realidad actual de una manera consciente. De cualquier forma, pasaron los tiempos de la visión optimista en el devenir de la historia. Se acabaron las épocas del mesianismo, de los sujetos objetivamente revolucionarios que se ven impelidos a cumplir una misión histórica. Sólo desde una visión profundamente pesimista del devenir de la humanidad, conscientes de las enormes dificultades que habrá que encarar en el futuro, será posible construir un mundo nuevo.

El pensamiento único se está viendo obligado cada vez más a justificarse y hacer frente a la creciente ingobernabilidad (y antagonismo) que el capitalismo global provoca. El viento parece que ya no le sopla de cola. Otra cosa es que nos sople a nosotros. Todavía el viento es racheado (quizás durante bastante tiempo) y nos azota directamente en la cara. Y el parte meteorológico apunta a la aparición de fuertes borrascas y a una aguda caída de las temperaturas. Es preciso pues agruparse, solidariamente, para resistir el frío y darnos calor, haciendo lo posible para que lleguen nuevas primaveras.

Madrid-Pelegrina, septiembre de 2000

Bibliografía

- ARRIGHI, G., HOKINS, T. K., WALLERSTEIN, I.: *Movimientos Antisistémicos*, Akal (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 1999.
- BALADRE: *Viaje al Corazón de la Bestia*, Ed. Virus, Barcelona, 1999.
- BEAUCHARD, Jacques: «Ou Va la Ville». En: *Actions et Recherches Sociales*, nº 1, enero de 1993.
- BERMEJO, Isabel: «Consecuencias Ambientales y Sociales de la Ingeniería Genética». Encuentro Internacional: «La Agricultura y la Alimentación en las Relaciones Sur-Norte», Barcelona, marzo, 1999.
- BP (British Petroleum): *Statistical Review of World Energy*, Ed. Corporate Communications Services, London, 1999.
- BROWN, Lester: «Challenges of the New Century». En: *State of the World*, W. W. Norton & Company, New York-London, 2000.
- CAMDESSUS: «Discurso ante la Asamblea General del FMI y el BM. Septiembre 1999», FMI, Washington, 1999. CEO (2000 a): «Enfrentando el Poder de las Transnacionales» (Declaración de Córdoba). En boletín nº 6 de Corporate Europe Observer, Amsterdam, abril, 2000.
- (2000 b): «European Industry in Seattle». En boletín nº 6 de Corporate Europe Observer, Amsterdam, abril, 2000.
- (2000 c): «World Congress in Budapest: The ICC goes in the Offensive». En boletín nº 7 de CEO (en prensa). Amsterdam, 2000.
- (2000 d): «Davos 2000. New Beginnings for Global Capitalism». En boletín nº 6 de Corporate Europe Observer, Amsterdam, abril, 2000.
- CHOSSUDOVSKY, Michel: «Guerras Financieras». En *Viento Sur*, nº 40, octubre, 1998.
- CLAUDÍN, Fernando: *La Crisis del Movimiento Comunista. De la Komintern al Kominform*, Ed. Ruedo Ibérico,

Colombes, 1970.

DTV: «Atlas Zur Weltgeschichte», DTV, Tomo II, Múnich, 1995.

DEBORD, Guy: Comentarios sobre la Sociedad del Espectáculo, Anagrama, Barcelona, 1990.

DEL RÍO, Sira: *Globalización Económica y Género*, inédito (CAES), Madrid, 2000.

DOUTHWAITE, Richard: *Short Circuit. Strengthening Local Economies for Security in an Unstable World*, A Resurgence Book —Green Books—, Devon, 1996.

ELLIOT, Michael: «The New Radicals» (The Siege of Seattle. Special Report). En: Newsweek, 13-12-1999.

ENCYCLOPÉDIE DES NUISANCES: *Ad Ovo*, Encyclopedie des Nuisances, noviembre, 1989.
— *Observaciones sobre la Parálisis de Diciembre*, Ed. Virus, Barcelona, 1997.

ESTEFANÍA, Joaquín: «O Luchas, o te Callas». En: *El País* (Dominical), 30-4-2000.

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: *La Explosión del Desorden. La Metrópoli como Espacio de la Crisis Global*, Fundamentos, Madrid, 1993.

FINGER, Mathias y KYLCOYNE, James: «Multinationals Organizing to “Save the Global Environment”», International Studies Association, 37 th Annual Convention. San Diego, 1996.

FUKUYAMA, Francis: *The End of History and the Last Man*, The Free Press, New York, 1992.

GALEANO, Eduardo: «Úselo y Tírelo». En: *El País*, 9-4-1994.

GALLEGO-DÍAZ, Soledad: «El Fondo vuelve al Fondo». En: *El País*, 27-5-2000.

GEORGE, Susan: «A Short Story of Neoliberalism: Twenty Years of Elite Economics». En: *Ending Corporate Governance Bulletin Board*, septiembre de 1999.
— «Cómo se Hizo Fracasar la Ronda del Milenio». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), enero de 2000.

GONZÁLEZ REYES, Luis: «El Intervencionismo de los Noventa», inédito (Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica), Madrid, 2000.

GT 2000 + (Group de Transport, 2000 Plus): *Transport in a Fast Changing Europe*, CE, Bruselas, 1993.

HARRIS, Marvin: *Muerte, Sexo y Fecundidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

HUNTINGTON, Samuel P.: *Choque de Civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1997.

LAMARCA, María Jesús: «Ella para Él, Él para el Estado, y los Tres para el Mercado: Globalización y Género». En: *Caleidoscopio*, nº 5, verano de 2000.

LASCH, Christopher: *La Rebelión de las Élites*, Paidós, Barcelona, 1996.

LATOUCHE, Serge: *El Planeta de los Naufragos*, Ed. Acento, Madrid, 1993.

MAIRA RODRÍGUEZ, Antonio: «¡Viva la Libertad! ¡Tolerancia Cero!». En: *El Viejo Topo*, nº 144, octubre de 2000.

MORÁN, Agustín: *Paro, Exclusión y Sindicalismo*, CAES, Madrid, 1995.

NAIR, Samir y LUCAS, Javier: «El Reto de la Inmigración». En: *El País*, 16-8-1997.

NEGRI, Antonio y HARDT, Michael: *Empire*, Harvard University Press, Cambridge-London, 2000.

NNUU: *Plan de Acción Mundial. Hábitat 96*, Naciones Unidas, Nueva York, 1996.

ONE COUNTRY: «El Banco Mundial y las Iglesias». En boletín nº 19 de One Country, septiembre de 1999.
— «Las ONGs se Consolidan como Actores de la Globalización». En boletín nº 22 de One Country, abril de 2000.

PGA (Peoples' Global Action network): «Worldwide Resistance Round Up». En el boletín nº 5 de PGA, Londres, 2000.

PRIETO PÉREZ, Pedro: «Lo Tenemos Crudo». En: *El País*, 6-9-2000.

RAMONEDA, Josep: «Recuperar la Política». En: *El País* (Domingo), 14-11-1999.
— «Entrevista a Oskar Lafontaine. Hay que Reorientar los Mercados Financieros». En: *El País* (Domingo), 28-5-2000.

- RAMONET, Ignacio: «El 2000». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), diciembre de 1999.
- ROMA, Pepa: «Eugene, Capital de la Nueva Contracultura». En: *El País* (Domingo), 12-3-2000.
- SACHS, Wolfgang (editor): *El Diccionario del Desarrollo*, CAM-PRATEC, Lima, 1996.
- SAÑA, Helenio: «La Agonía de la Sociedad Burguesa», Jornadas sobre la Crisis de la Ciudad, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Santa Cruz de Tenerife, marzo de 1994.
- SENNET, Richard: *La Corrosión del Carácter*, Anagrama, Barcelona, 1999.
- SEVILLA GUZMÁN, Eduardo y GÓMEZ DE MOLINA, Manuel: *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*, Ed. La Piqueta, Madrid, 1999.
- SHIVA, Vandana: *Biopiracy: The Plunder of Nature and Knowledge*, The South End Press, Boston, 1997.
- SUBCOMANDANTE MARCOS: «La Derecha Intelectual y el Fascismo Liberal. Desde las montañas del sureste mexicano», México, abril de 2000.
- THE ECONOMIST: «The Real Losers». En: *The Economist*, 11-12-1999.
 — «A Global Disaster». En: *The Economist*, 11-12-1999.
 — «Seattle Comes to Washington». En: *The Economist*, 15-4-2000.
- VERDAGUER, Carlos: «Construir la Revuelta: Contexto y Orígenes de la Internacional Situacionista». En: BIS, n° 25, noviembre de 1999.
- WALLACH, Lori: «El Nuevo “Manifiesto”». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), n° 28, febrero de 1998.
- WB (World Bank): *The State in a Changing World. World Development Report*, World Bank, Oxford University Press, Oxford, 1997.
- WOLFENSOHN, James: «Discurso ante la Asamblea General del FMI y del BM. Septiembre 1999», Banco Mundial, Washington, 1999.

II. El emperador entra desnudo en el nuevo milenio

«Una crisis de legitimidad está arrasando las instituciones claves de la gobernabilidad del sistema económico mundial. Si la legitimidad no se vuelve a reconstruir, es sólo una cuestión de tiempo el que dichas estructuras colapsen, independientemente de lo sólidas que puedan parecer; pues la legitimidad es el cimiento de las estructuras de poder.»

«2000: El Año de la Protesta Mundial contra la Globalización», Walden Bello (*Focus On Trade*, n° 58, enero de 2001)

«Bajo el reino de la economía hay que aprender a vivir sin saber como será el día de mañana, y abandonar la esperanza de que sea mejor. Nada será definitivo pues el propio funcionamiento de la maquinaria de mercado es una destrucción infinita que nunca llega a una forma estable, a un “resultado”. La inestabilidad de todo, la ausencia de la menor seguridad respecto del porvenir, el fin de las ilusiones de una vida con garantías, ahora todo ello yace en el fondo de la existencia ordinaria.»

Observaciones sobre la Parálisis de Diciembre de 1995, Enciclopedia des Nuisances (edición española, editorial Virus)

Al despuntar el siglo XXI, el capitalismo global se enfrenta a una importante crisis de legitimidad que parece que se acelera por momentos. Esta crisis afecta especialmente al conjunto de las principales instituciones encargadas de gestionar (e impulsar) los procesos de globalización económica y financiera: desde las instituciones financieras internacionales —FMI y BM (a lo que han contribuido de manera decisiva las movilizaciones contra la pasada cumbre de Praga)³⁶—; a la presidencia de la principal potencia

del planeta, EEUU, que ha sido elegida en unas condiciones de dudosa legalidad, suscitando una importante contestación interna y una considerable pérdida de lustre internacional; pasando por unas Naciones Unidas que se verán aún más minusvaloradas por la nueva presidencia estadounidense, y que van a ver socavado todavía más su papel, entre muchas otras cuestiones, por el *impasse* que ha significado el fracaso de la Cumbre del Clima en La Haya, lo que tendrá importantes repercusiones en el corto y medio plazo; y llegando a una UE que intenta convertirse en una superpotencia (cimentada en torno al euro) con cada día menos apoyo social interno, y confrontada a un proceso de expansión (al Este) que erosionará sus equilibrios institucionales y derivará, sin lugar a dudas, en un incremento de las tensiones políticas y sociales, lo que contribuirá a un desgaste adicional de su imagen de cara a la opinión pública interna y externa. A este respecto, las pasadas movilizaciones de Niza marcan también un punto de inflexión en el contenido de las actividades de contestación al «proyecto europeo».

Todo ello se produce en un contexto mundial en que se disparan los desequilibrios de todo tipo (económicos, financieros, sociales, político-militares y ambientales), en el que el capitalismo global económico y financiero funciona de una forma cada vez más autista, suscitando un creciente rechazo y despreciando las distintas señales de alarma que indican unas tensiones crecientemente inmanejables y una ingobernabilidad (no antagonista) en ascenso. Como apunta Baudrillard (1993): «Las cosas van cada vez más deprisa a medida que se acercan a su vencimiento, del mismo modo que el agua acelera misteriosamente su fluir en las inmediaciones de la cascada». Nos aproximamos inexorablemente a crisis de proporciones inimaginables. Sobre todo ello intentaremos verter algo de luz a continuación, a partir de lo ya señalado en el texto anterior, con el fin de poder orientar nuestra actividad de resistencia y de transformación emancipadora.

La kafkiana reunión del FMI y del BM en Praga

Tan sólo dos semanas antes de la cumbre del FMI y el BM en Praga, más de 10.000 manifestantes habían impedido el acceso a los participantes del Foro Económico Mundial en Melbourne, en la otra esquina del mundo. Uno de los titulares de prensa lo expresaba gráficamente: «La “globofobia” acorrala al poder financiero en Melbourne. Los anticapitalistas desbordan a la policía ante el Foro Mundial» (*Diario 16*, 12-9-2000). Los delegados del foro quedaron encerrados en el Casino de dicha ciudad, pues los manifestantes bloquearon sus siete vías de acceso, y tan sólo pudieron abandonar el recinto en lanchas de la policía, es decir, por vía marítima.

Que algo así pudiera ocurrir flotaba en el ambiente de la ciudad de Praga, cuando ésta se aprestaba a recibir a los participantes de la 55ª asamblea de las instituciones de Bretton Woods. La primera ciudad de un país del Este que celebraba tan magno acontecimiento, y el único que recientemente había ingresado en la «prestigiosa» OCDE. De hecho, el diario *El País* abría su sección de economía, tan sólo dos días antes del inicio de las sesiones, con un titular a toda página que rezaba: «Acoso al FMI y al Banco Mundial. Once mil policías protegerán la asamblea anual en Praga del movimiento antiglobalización». A pesar de la abrumadora presencia policial, una alta ejecutiva del BM declaraba que: «Es la primera vez que he sentido miedo en los 25 años que llevo viajando por todo el mundo» (*El País*, 24-9-2000). Y el propio presidente, Wolfensohn, reconocía, el día antes de la «Batalla de Praga», que habían perdido la batalla mediática y que habían subestimado la capacidad de protesta contra ambas instituciones. Y afirmaba: «Si siguen repitiendo que el Banco Mundial es la causa de todos los males, la opinión pública se levantará contra nosotros» (*El País*, 25-9-2000). El propio *The Economist* reconocía antes de los acontecimientos que: «La marea de la globalización, con todo lo poderosa que pueda ser, puede retroceder [...] [eso] es lo que hace a los manifestantes —y, más importante, a la canti-

dad de opinión pública que simpatiza con ellos— tan terriblemente peligrosos» (*The Economist*, 24-9-2000).

Al día siguiente, el 26 de septiembre, se confirmaron los peores augurios. Más de 10.000 manifestantes lograron bloquear el centro de conferencias donde se intentaba celebrar la asamblea del FMI y del BM, imposibilitando el desarrollo normal de la reunión y obligando a que, a última hora de la tarde, la policía evacuara a sus 18.000 asistentes en metro, que había sido cerrado al uso público gran parte del día, con el fin de garantizar su seguridad. Por la noche, el concierto-homenaje en la Opera fue suspendido ante el asedio de los manifestantes. Y el día después, ante la ausencia de delegados, pues éstos prefirieron quedarse en sus hoteles por cuestión de seguridad personal, los compungidos presidentes del BM y FMI transmitían a la prensa, ante el estupor y las risas de los periodistas, que las sesiones del encuentro habían acabado un día antes por la eficacia de los trabajos desarrollados. Anunciaron, asimismo, que la próxima asamblea general fuera de Washington (que se desarrolla cada tres años) sería en Dubai (en el 2003), en los Emiratos Árabes Unidos; lugar que posibilita también que la reunión se desarrolle al abrigo de movilizaciones, simplemente porque no están reconocidos los derechos de reunión y manifestación. Y ante las preguntas de los reporteros sobre si habían contemplado la posibilidad de no realizar más asambleas generales ante el rechazo que suscitan (Berlín, Madrid, Washington, Praga), respondían que «todavía» es necesario el encuentro físico, que la interacción personal aún es importante, aunque ya se puedan llevar a cabo reuniones virtuales. Les faltó señalar que todavía estas instituciones tienen un carácter multilateral, y que las asambleas generales son las únicas veces al año (en primavera y en otoño) que al menos se reúnen, formalmente, los representantes de todos los países miembros. Aunque las decisiones principales, por supuesto, se toman en foros más reducidos, si bien necesitan la convalidación formal de la asamblea general.

Resultaba patético constatar cómo el director gerente del FMI, Koehler, declaraba en la rueda de prensa que él «no era un banquero, sino alguien con corazón», al tiempo que intentaba responsabilizar también a los principales Estados de las decisiones del FMI, pues éstas se tomaban con pleno consentimiento de sus socios. Koehler llegó a afirmar que «son las naciones ricas, las que con su cicatería están comprometiendo el futuro del Tercer Mundo, [y acusó a éstas] de no haber realizado los cambios estructurales para que la globalización funcione para todos», compromiso que él personalmente adquiriría. Igualmente, el presidente del BM, Wolfensohn, en la misma línea argumental y para desviar la ola de críticas hacia la institución que preside, manifestaba que los Estados del Norte eran responsables de la no reducción de la deuda externa (sobre todo en relación con los llamados «países pobres altamente endeudados»), de haber disminuido sustancialmente la llamada «ayuda oficial al desarrollo» y de no abrir sus mercados al comercio mundial, lo que estaba derivando en un incremento de la pobreza en todo el planeta (*El País*, 27-9-2000; *Financial Times*, 27-9-2000).

Es más, Wolfensohn llegó a declarar, en un gesto de cara a la galería, que comprendía las motivaciones de los manifestantes, pero no sus métodos, sobre todo la violencia en las calles, hecho que le valió un rapapolvo en el editorial del *Financial Times* (28-9-2000) por su complacencia con los opositores a la globalización. Intentaba, de esta forma, ganarse el apoyo de las ONGs moderadas, con las que había mantenido un encuentro público los días previos a la asamblea general, y de estigmatizar y criminalizar a los grupos «radicales» que piden la disolución del BM y el FMI (*El País*, 28-9-2000). Finalmente, de las declaraciones de ambos se deducía que echaban en falta el avance en el diseño de una nueva arquitectura financiera internacional (por las tensiones y desacuerdos existentes entre sus principales socios) que sometiese definitivamente el papel de los Estados, en la llamada «financiación del desarrollo» y en la resolución de

las crecientes crisis financieras, al dictado del capital transnacional productivo y financiero especulativo.

La línea editorial de los principales medios de comunicación consistió en descalificar las protestas, dado que no podían ocultar ni ningunear sus consecuencias, magnificando el papel jugado por los grupos «radicales» faltos de argumentos —que tan sólo están interesados en la destrucción y violencia—, cuyos miembros provenían de países de «alto nivel de vida», que tenían el dinero suficiente para pagarse un desplazamiento tan caro. Se hablaba del florecimiento reciente del «turismo radical» y se les llegaba a asimilar a *booligangs*, o a terroristas callejeros; en el caso de la prensa española, se mencionaba la participación de miembros de Jarrai en las revueltas.

Poco o nada se mencionaba de la amplitud de las formas de acción directa no violenta, mayoritarias en las protestas habidas, y del importante papel jugado en las movilizaciones por los *Tutte Bianche* de «Ya Basta», provenientes de Italia, que defienden estas formas de acción con métodos muy imaginativos y embutidos en monos blancos; menos aún del carácter autoorganizado, asambleario y altamente democrático de los procesos de toma de decisiones por parte de los manifestantes (lo que contrasta con el funcionamiento del FMI y el BM), de la horizontalidad en sus formas de comunicación, de la ausencia de líderes (que no se echaron en falta), de la importante presencia de mujeres, de las movilizaciones paralelas en ciudades de más de treinta países del mundo y de la dura represión por parte de la policía checa. Ésta había sido pertrechada por EEUU y Alemania, y había contado con la asesoría del FBI y la Europol. Además, el gobierno checo había creado un estado de histeria colectiva ante la llegada de los «vándalos», había prácticamente cerrado el centro a su uso colectivo (el comercio, asustado, había echado el cierre), había clausurado la universidad y había distribuido octavillas entre la población para que ésta siguiera toda orden sin comentarios y ayudara a la policía, alertando para que no se mezclaran con los manifestantes y

avisando de que mirar tenía su riesgo. Se preparaba, pues, el escenario para que la policía pudiera actuar sin contemplaciones en una ciudad prácticamente vacía. El resultado final fue de más de ochocientos detenidos, la inmensa mayoría de ellos checos, y gran número de heridos (Egireun, 2000; MRG, 2000).

Aunque los manifestantes que participaron en las movilizaciones eran en gran medida de fuera de la República checa, la represión, de inusitada dureza,³⁷ se cebó en los autóctonos, quizás con el objetivo de tratar de impedir la expansión de los movimientos antiglobalización en Chequia y, por extensión, en los distintos países del Este, pues probablemente existe el temor a que se pueda extender el cuestionamiento al capitalismo global en una zona del globo que ha sido castigada como ninguna otra, en la última década, tanto por la transición a la economía de mercado como por el propio impacto de los procesos de globalización económica y financiera. De acuerdo con el propio Banco Mundial (2000), el número de pobres se ha multiplicado por veinte en la Europa del Este y la antigua URSS en dicho periodo; si bien la República checa se puede considerar como «el tuerto en el país de los ciegos» dentro de toda esa amplia zona. Aun así, las autoridades checas se aprestaron diligentemente a cumplir el papel de gestores del orden del capitalismo global, para no desmerecer a los ojos de sus principales protagonistas.

A pesar del intento de criminalización y desprestigio de los manifestantes por parte de los principales medios de comunicación, la propia prensa económica y financiera reconocía su impacto en la opinión pública mundial. El diario financiero *Expansión* recogía en su editorial, del «día después» (27-9-2000), que «sería ridículo negar la simpatía de que gozan [las manifestaciones] entre la opinión pública [...] y demuestran una creciente y preocupante impopularidad del capitalismo como organización económica y social». Los principales centros de poder también son conscientes de que parece que se acaba la capacidad de coopta-

ción de los sectores más moderados, y que a pesar del considerable esfuerzo y presupuesto que ha dedicado el BM, en concreto, a tratar de desactivar la contestación social a través de su colaboración con ONGs de desarrollo, hoy la oposición a las instituciones de Bretton Woods demanda mayoritariamente su desmantelamiento, siendo cada vez más minoritarias las posturas reformistas. El propio Wolfensohn reconocía, en la entrevista a *El País* (25-9-2000) ya mencionada, que: «Hemos intentado crear un foro permanente con todos (los movimientos de contestación). Pero resulta difícil. Si alguno acepta, otros le acusan de haberse vendido. ¿A ustedes se les ocurre alguna idea mejor? Ya no sé qué más hacer». Sobran comentarios. Y esto era antes de la «batalla de Praga».

La falta de legitimidad de estas instituciones ha alcanzado, pues, unos rasgos abrumadores, máxime cuando la propia dinámica del capitalismo global hace que su actuación se siga rigiendo por parámetros cada día más antisociales y antiecológicos; y cuando ésta dinámica desborda la propia capacidad de estas instituciones financieras globales de intentar poner un poco de «orden» en el escenario de la globalización económica y financiera. Las crisis financieras se van sucediendo sin descanso afectando a países clave para la gobernabilidad mundial (Argentina, Turquía...) y provocando verdaderos terremotos de desestructuración social y empobrecimiento. La dolarización (inducida) de muchas economías periféricas avanza sin capacidad de contención (Ecuador, El Salvador, Guatemala, Panamá...), generando desastres similares; y el conjunto de los países periféricos profundiza la explotación de sus recursos naturales para orientarlos hacia el mercado mundial, con el fin de conseguir las divisas (fuertes) necesarias para hacer frente a una deuda externa que la globalización económica y financiera, y las propias políticas del FMI y del BM, hacen que siga en constante aumento. Todo ello está generando unas corrientes migratorias Periferia-Centro sin precedentes. Una situación verdaderamente explosiva.

En el horizonte parece que se va dibujando también, de una forma cada vez más nítida, una recesión profunda en la economía estadounidense. Ésta ha logrado hasta ahora actuar de locomotora que ha tirado de la economía mundial, amparada en el auge incontrolado de Wall Street en los noventa, favorecido por la desregulación y especulación financiera global, y generando, eso sí, unos desequilibrios descomunales. El pinchazo de la burbuja financiero-especulativa (en especial de los valores tecnológicos de la hasta ahora radiante «nueva economía») es probable que provoque una depresión mundial de consecuencias sustancialmente más graves que la de los años treinta, pues la economía monetaria alcanza ya a todos los confines de la tierra y los mercados financieros están mucho más interrelacionados e interconectados (en tiempo real) que entonces. El capital además siempre es temeroso, le asusta la inestabilidad, y los nubarrones existentes (escenarios de encarecimiento del petróleo, agudización de la crisis de Oriente Próximo, ingobernabilidad mundial creciente, auge de los procesos antagonistas...) pueden provocar crisis de confianza que precipiten aún más la caída de los mercados de valores, exuberantemente hinchados (como ha advertido Greenspan), evaporándose una riqueza en gran medida ficticia que acabaría afectando de lleno a la «economía real».

El elevadísimo endeudamiento en que han incurrido tanto gran parte de los hogares como las grandes corporaciones, aprovechando el pasado *boom* bursátil, puede ser una trampa mortal cuando Wall Street parece que ha iniciado el declive. Los particulares se han endeudado fuertemente para jugar en bolsa, lo que les reportaba enormes beneficios mientras los valores subían. Las grandes empresas lo han hecho, igualmente, para comprar sus propias acciones y crear «valor para el accionista», así como para comprar otras empresas, dentro de la vorágine de fusiones y adquisiciones que ha sacudido EEUU (al igual que la UE) durante los últimos años. Unos y otros se pueden ver atrapados entre una espiral hacia abajo del precio de los activos que

han comprado y unas muy elevadas deudas que tienen que devolver; lo cual arrastrará a la quiebra a muchas entidades financieras que se han arriesgado en exceso, pues muchas de esas deudas serán incobrables. Ello puede acabar afectando gravemente al dólar y hacer imposible cubrir el fuerte déficit por cuenta corriente estadounidense (el 4,5% de su PIB) (Feito, 2001), que hasta ahora se podía financiar por el flujo de capitales del resto del mundo que acudía a invertir en EEUU, ante la marcha espectacular de su economía y de Wall Street. *The Economist*, en un dossier que analiza el proceso, ya ha sentenciado que: «Se acabó la Fiesta» («The Party is Over», 27-1-2001). En estas circunstancias, y con California a oscuras, ha «accedido» Bush a la Casa Blanca.

Llega George Bush, «El Elegido»

En una situación del capitalismo global que reclama a voces la necesidad de volver a recuperar la legitimidad que éste pierde a ojos vista, pues ningún sistema se ha podido mantener mucho tiempo en la Historia sin dicha legitimidad, la potencia hegemónica del planeta ha «elegido» a George Bush para pilotar esta delicada etapa y ayudar a Alan Greenspan a conseguir un «aterrizaje suave» de la economía estadounidense, que ahuyente el espectro del *crack* financiero. Los mercados financieros saludaron de forma efusiva las primeras noticias que apuntaban a un triunfo de Bush. Era claramente el candidato de Wall Street. Pero rápidamente el marasmo en que se convirtió el culebrón de la designación del nuevo presidente de los EEUU, ha contribuido también a inyectar más inestabilidad en el funcionamiento del «corazón» financiero del mundo. No en vano *The Wall Street Journal*, la voz de dicho «corazón», ante los intentos de Gore (el ganador en votos en el conjunto de la Unión) de que se recontasen las papeletas de Florida, exclamaba indignado que: «En cualquier república bananera, lo que está pasando en estos momentos en

América sería presentado como un golpe de Estado de Gore» (Halimi y Wacquant, 2000).

A *posteriori*, la forma en que se ha inclinado definitivamente la balanza a favor de Bush ha significado un desprestigio de las instituciones principales de una de las democracias más antiguas del planeta, lo que ha hecho que la nueva presidencia nazca con un profundo déficit de legitimidad que va a tener importantes consecuencias internas y externas. Por otro lado, la personalidad de Bush, el programa que defiende, su falta de atadura con los sindicatos (al contrario que la Administración Clinton) y los intereses que le apoyan, lejos de ayudar a cicatrizar las heridas y caminar hacia la recuperación de consensos perdidos, ayudando a reconstruir legitimidades y posibilitando dar «un rostro humano a la globalización» (vana tarea), van a profundizar muy probablemente las tensiones internas y externas, echando más leña al fuego del crecimiento de la ingobernabilidad y el antagonismo. Y el mundo no se puede gobernar como si éste fuera la prisión de Texas.

Internamente, la democracia de EEUU ha sufrido una desacreditación difícilmente recuperable a corto y medio plazo. No sólo por el bochornoso proceso para dirimir al ganador de la contienda electoral, en el que han jugado un papel relevante los principales centros de poder económico y financiero, y por extensión mediático, político y militar, sino porque han quedado meridianamente claras las formas brutales sobre las que descansa la democracia estadounidense: vota algo menos de la mitad de los potenciales electores, y el Estado penal excluye a más de cuatro millones de electores,³⁸ esto es, el 2% del electorado potencial y el 15% del electorado negro masculino (debido a que la población negra representa el 13% del total, pero supone el 50% de la carcelaria) (Halimi, 2000). Por otro lado, la contienda electoral consiste en un gran circo mediático en que dos actores (el resto no cuenta) defienden, con distintas intensidades, los intereses del *establishment*, gastándose sumas enormes proporcionadas por los grandes grupos de presión priva-

dos. Además, por primera vez en muchos años hubo importantes movilizaciones contra las convenciones republicana y demócrata, encargadas de designar a Bush y a Gore, organizadas por los grupos que impulsaron las movilizaciones de Seattle y Washington. Y éstos confluyeron con sectores sindicales, grupos feministas y afroamericanos contra la toma de posesión de Bush, congregando a más de 30.000 manifestantes en las calles de Washington, lo que no ocurría desde los tiempos de la guerra de Vietnam.

El programa de Bush presagia que se incrementarán los conflictos en la sociedad estadounidense. Su defensa de la restricción del derecho al aborto, su alianza con la derecha fundamentalista y ultrarreligiosa, su oposición a la discriminación positiva a favor de las mujeres y las minorías, su postura a favor de la enseñanza privada y la privatización total de las pensiones, su propósito de reducir aún más los impuestos a los ricos, su intención de abrir los santuarios medioambientales de EEUU a la explotación industrial (de empresas mineras, petroleras y madereras), su promoción (sin restricciones) de la libre circulación de mercancías y capitales a escala mundial, su amparo a la venta libre de armas de fuego y su apoyo a ultranza de la pena de muerte definen bien cuál va a ser su proceder futuro y apuntan cuáles pueden ser las consecuencias y las reacciones a esto que se ha venido a llamar «conservadurismo compasivo». Éste consiste en que, en general, lo poco que queda de asistencia social va a ser canalizado por el Estado a través de las iglesias, sinagogas y mezquitas.

En torno al apoyo de un relanzamiento de la economía norteamericana que beneficie a los sectores más favorecidos, se impulsa un programa que ha sido diseñado para hacer frente, casi *manu militari*, a los perdedores de todas estas políticas y a la ingobernabilidad y tensiones sociales que ello va a generar. Después de la práctica liquidación del sistema del *welfare* (con la profunda restricción de las ayudas a pobres e inmigrantes) de la era Clinton, la nueva vuelta de tuerca que supone Bush va a entronizar definitivamente

la política carcelaria y de «tolerancia cero» como sustitución de la política social en EEUU.³⁹ Los más de dos millones de presos que se alcanzaron en 1999 (cifra que se duplicó durante el mandato de Clinton) (*El País*, 16-2-2000) —superando también por primera vez el número de «agricultores» (población activa agraria)— y la subida exponencial en los últimos años de la aplicación de la pena de muerte —uno de cuyos más firmes ejecutores fue Bush— indican claramente el camino a seguir por «El Elegido». Todo ello sazonado por una probable extensión del toque de queda para permanecer en la calle a los más jóvenes, cuando cae la noche, medida que ya se aplica en muchas ciudades de EEUU. Esta es la democracia («EEUU, S.A.») que la potencia hegemónica vende al conjunto del planeta y que tanto admiran nuestros líderes europeos.

Por otro lado, de cara al resto del mundo, las lecciones de democracia que daba EEUU, encabezando las delegaciones de observadores internacionales en los procesos electorales de los países periféricos, han sufrido un serio quebranto. Llamaba la atención la profusión de chistes que se han difundido por todo el planeta, incluyendo EEUU, acerca de la necesidad de que observadores internacionales supervisasen el vodevil de los recuentos de votos de Florida. Y ello en un momento en que la imagen de EEUU se deteriora en las Periferias Sur y Este, pues va quedando meridianamente claro que la globalización económica y financiera que se pregona a todos los niveles beneficia de forma prioritaria al Norte, y principalmente a EEUU, y que las brutales consecuencias de estos procesos las sufren en general los espacios periféricos. La dureza de los planes de «rescate» impuestos por el FMI a los países afectados por la crisis financieras que se inician en 1997 (sudeste asiático primero, Rusia más tarde, Brasil después, Ecuador y Argentina ahora...) se han vinculado en la mayoría de estas zonas con la política exterior estadounidense, pues se saben las estrechas conexiones entre dicha institución, el Departamento del Tesoro de EEUU y Wall Street. Hay un resurgir del

sentimiento antiyanqui en todo el mundo, que no queda circunscrito al mundo árabe y a la gestión de EEUU de la crisis de Oriente Próximo. La elección de Sharon y la inestimable ayuda de Bush harán que se conviertan en realidad las previsiones de la CIA (Retuerto, 2000) de que esta zona se transformará en un polvorín con millones de personas radicalizadas; a lo que contribuirá su estreno con el bombardeo a Irak y la contribución inestimable de su amigo Blair.

Condoleeza Rice, asesora en materia de política exterior del nuevo presidente de EEUU, ya ha advertido que «las convulsiones de la globalización van a producir importantes sacudidas en la política internacional». En este escenario que se perfila, de creciente inestabilidad mundial, parece que los EEUU de Bush sólo piensan intervenir militarmente, de forma directa, cuando estén en juego sus «intereses vitales»,⁴⁰ sin que ello implique que abandone el reforzamiento de EEUU como potencia hegemónica mundial. Su modelo obvio es la Guerra del Golfo, que ganó su padre, y por eso se plantea, p.e., la posibilidad de repatriar sus tropas desplegadas en territorio de la ex Yugoslavia, donde esos intereses no se dan (no hay petróleo, p.e.); al tiempo que va a contribuir a «fortalecer [su] relación y colaboración con las potencias regionales» para que pongan orden en sus respectivas áreas de influencia. Pues no está a favor de unas fuerzas de intervención de las NNUU (más bien la línea de Clinton, fuera del escenario más directo de la OTAN), ya que «es difícil imaginar la maquinaria de las NNUU trabajando con eficacia». Y se apuesta decididamente por la llamada «Defensa Nacional contra Misiles», un costosísimo programa de gasto militar, de alta tecnología aeroespacial, que pretende, en principio, la protección aislada de EEUU contra los llamados «Estados Delincuentes, Irresponsables, o Díscolos» (Corea del Norte, Irak, Libia, Cuba...) (Gardels, 2000). Detrás de este programa está la voluntad de conquista espacial y su relación con el desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación, claves para el impulso (y dominio) de la globalización económica y, especialmente, financiera.

Este programa ha sido criticado por muchas de las potencias europeas, que apuntan a que se crearían importantes tensiones dentro de la OTAN,⁴¹ y ha sido denunciado por Rusia y China que piensan que está diseñado contra ellas. Esto amenaza con llevarse por delante el Tratado ABM, que limita los sistemas de defensa de EEUU y Rusia contra los misiles balísticos. Todo ello, junto con la negativa por parte de EEUU a firmar la paralización de pruebas nucleares, puede provocar un retroceso de las negociaciones START (de reducción de los misiles intercontinentales), un relanzamiento de la carrera de armamentos nucleares y, en general, del gasto militar a escala mundial para mayor beneficio de los distintos complejos militares-industriales —principalmente de EEUU y, en menor medida, de la UE, como se verá más adelante—. En definitiva, se dibuja un escenario internacional en el que EEUU pretende descollar como única superpotencia militar, con un cierto repliegue político hacia dentro, desentendiéndose de la proliferación de conflictos locales (intraestales) característicos del mundo de la postguerra fría —a no ser que estén en juego sus intereses vitales—, dejando que éstos los manejen las distintas potencias regionales alineadas con Washington. De esta forma, EEUU intentará defender sus intereses económicos (¿no vitales?) a través de terceros, sin coste (humano) propio; al tiempo que marginará aún más el papel mediador que podían desempeñar las NNUU. La potencia que impulsó su creación, en 1945, puede llegar a ser la encargada de darle la puntilla, igual que la Alemania nazi hizo con su antecesora, la Sociedad de Naciones, en los años treinta.

Las Naciones Unidas, un enfermo en fase terminal

Las NNUU adquieren un gran prestigio internacional tras la Segunda Guerra Mundial, sobre todo de cara al llamado Tercer Mundo, cuando la avalancha de Estados que se crean tras la descolonización de África y gran parte de Asia irrum-

pe en su seno. Por primera vez en quinientos años la Periferia tenía un peso político propio, que se hacía valer en el seno de la organización, al poder controlar, mediante su voto, las resoluciones de la Asamblea General, donde se aplica el principio de «un país, un voto». Sobre todo en los años en que toma cuerpo y se desarrolla el movimiento de «los no alineados» (desde mediados de los cincuenta a finales de los setenta). Era también el escenario del enfrentamiento diplomático y dialéctico entre los dos grandes protagonistas de la Guerra Fría, y un importante altavoz de los procesos de liberación nacional, de los pueblos oprimidos y de los derechos humanos en general. Máxime tras la aprobación en su seno de la Declaración Universal sobre Derechos Humanos de 1948, que fue factible por la situación geopolítica de la época, tras el enorme drama humano que supuso la conflagración bélica mundial y las perspectivas de liberación que alumbró su conclusión.

La caída del Muro de Berlín, en 1989, le dotó de un nuevo papel y proyección internacional; en especial, tras el desmoronamiento de la URSS y la Guerra del Golfo (que contó con su apoyo), dentro del Nuevo (des)Orden Mundial que inauguró el padre de «El Elegido». Durante la Guerra Fría los conflictos tenían un carácter eminentemente interestatal, y eran gestionados por EEUU y la URSS dentro de sus respectivas áreas de influencia, o bien negociados directamente entre ellas, al margen en general de las NNUU, pues la capacidad de veto de las superpotencias en el Consejo de Seguridad hacía que éste fuera un órgano en gran medida inoperante durante la época del conflicto entre bloques. En los noventa, por lo tanto, en paralelo con la expansión de conflictos intraestatales, característicos de la época de la post-Guerra Fría y del capitalismo global, las NNUU amplían su capacidad de intervención en los conflictos locales y prolifera el despliegue de «cascos azules» en muchas partes del planeta. Al mismo tiempo, los noventa es la década de las grandes cumbres mundiales de las NNUU, que abordan los problemas más candentes del crepúsculo del siglo XX:

Medio Ambiente y Desarrollo (Río de Janeiro, 1992), Derechos Humanos (Viena, 1993), Población y Desarrollo (Cairo, 1994), Desarrollo Social (Copenhague, 1995), Mujer y Desarrollo (Beijing, 1995), Habitat II (Estambul, 1996), Clima (Kyoto, 1997). En todas ellas se promueve una forma de «solventar» los grandes problemas planetarios, dentro del marco de creciente intensificación de los procesos de expansión del capitalismo global, sin poner en ningún caso en cuestión ni sus principios ni sus dinámicas.

Este proceso ya ha dado de sí todo lo que podía, y la capacidad de espectáculo de las cumbres mundiales se ha ido esfumando como por ensalmo, tras constatarse que el reparto de la riqueza que origina el «desarrollo» es cada vez más desigual a nivel mundial, que la brecha Centro-Periferia no hace sino acrecentarse, que la situación de la mujer está experimentando una regresión a escala planetaria, que la esperanza de vida disminuye en amplias zonas del planeta por primera vez en la era moderna,⁴² que los impactos ecológicos del capitalismo global se aceleran, a pesar de que todo se hace en nombre del «desarrollo sostenible», que los derechos humanos son puro papel mojado para la inmensa mayoría de la humanidad, pues éstos son sistemáticamente violados por las políticas del FMI, del BM y de la OMC — aparte de por la inmensa mayoría de los Estados, puesto que los únicos derechos que consagra el actual orden mundial son los derechos (de hierro) del capital—, y que los procesos de urbanización se disparan, en paralelo con (y a causa de) la globalización económica y financiera, generándose unas metrópolis gigantescas, en pleno proceso de descomposición interna, sobre todo en la Periferia.

Por otro lado, la imagen de las NNUU no ha hecho sino erosionarse (y lo hará aún más en el futuro) a partir de que se haya echado en brazos de las empresas transnacionales para solventar sus problemas financieros. En 1998, en el llamado «Diálogo Empresarial de Ginebra», la Cámara de Comercio Internacional (el principal *lobby* de presión del gran capital transnacional productivo y financiero especula-

tivo) selló un pacto con Kofi Annan, en el que éste se comprometía a que las NNUU impulsaran el libre comercio mundial y la libre circulación mundial de capitales, a cambio de que los principales poderes económicos mundiales contribuyesen a solventar los problemas financieros de las NNUU (1998). Este acuerdo fue presentado en la cumbre de Davos, del Foro Económico Mundial de ese mismo año, y se ha ido traduciendo en diferentes acuerdos de colaboración (partenariado) entre las grandes empresas transnacionales y las NNUU a partir de entonces, con el objetivo también de mejorar la imagen de las grandes corporaciones de cara a la opinión pública mundial. Según reconocen las NNUU (1998): «Las empresas están promoviendo el apoyo a las Naciones Unidas, reconociendo que lo único que se logrará si se menoscaba el papel de la Organización, o si su capacidad de actuar se ve limitada por restricciones presupuestarias, será que el mundo esté menos capacitado para enfrentar eficazmente la internacionalización [...] Las Naciones Unidas están ayudando a llevar al sector privado a la mesa de negociaciones para resolver los problemas mundiales, como socios en lugar de como adversarios». ⁴³ Éste fue parte del mensaje, con una retórica edulcorante, que Kofi Annan transmitió al mundo en la llamada Cumbre del Milenio de las NNUU, en septiembre de 2000 (Annan, 2000), al tiempo que se desarrollaban movilizaciones contra esta institución por parte de los grupos «antiglobalización».

Esta cumbre abrió aún más el camino para que las NNUU puedan intervenir por razones humanitarias, con la excusa de ayudar a la defensa de los derechos humanos, a pesar de la reticencia mostrada por algunas potencias regionales periféricas (India, Brasil, China...) (*El País*, 7-9-2000). Esta «injerencia humanitaria» ha sido promovida en los noventa a partir del llamado «efecto CNN», que servía en exclusiva imágenes escalofriantes de conflictos locales, sin analizar sus causas y la responsabilidad en la instigación de los mismos de las dinámicas del capitalismo global, como paso previo a la decisión de intervención en dichas zonas por parte de las

NNUU. Estas intervenciones se deciden en el Consejo de Seguridad, donde el peso de los Estados occidentales (y en concreto de EEUU) es determinante. Mientras tanto, la reforma de las NNUU ha quedado pospuesta, ante la reticencia a ampliar los miembros del Consejo de Seguridad,⁴⁴ dar aún más poder a éste órgano y marginar todavía más el peso de la Asamblea General. Esto sucede en un momento, además, en que el llamado Tercer Mundo ha perdido peso político propio, al haberse evaporado su «unidad» y quedar integrados, de forma individual y absolutamente dependiente, dentro del capitalismo global. No hay consenso todavía para estas reformas que se consideran (o consideraban, hasta hace poco) «necesarias». Por otro lado, la intervención de la OTAN en la ex Yugoslavia, al margen de la legalidad internacional y saltándose a las NNUU, ha certificado el segundo plano en que las potencias occidentales, y en concreto EEUU, quieren colocar a dicha institución. Lo que ha sido un anticipo de la marginación (adicional) a que la quiere someter la nueva presidencia de George Bush. La no firma del Tratado sobre el Tribunal Penal Internacional por parte del «nuevo» EEUU es un rasgo más de esta voluntad y una bofetada a los más de 120 países que ya lo han firmado.

Por otra parte, el fracaso de la Cumbre del Clima en La Haya, tras casi diez años de negociaciones, reafirma aún más estas tendencias. A menos de dos años de cumplirse el décimo aniversario de la Cumbre de Río el balance no puede ser más desolador. El Convenio para la Prevención del Cambio Climático, uno de los principales «resultados» de Río, ha entrado en vía muerta, lo que va a condicionar de forma determinante la cumbre que estaba prevista para celebrar los diez años después de Río. Ningún compromiso concreto de reducción de emisiones para hacer frente a la amenaza (en marcha) del cambio climático, probablemente el mayor problema ambiental que enfrenta el planeta, que está teniendo ya consecuencias sociales devastadoras (Centroamérica, Venezuela, Mozambique, Francia, Bangladesh...). Y las previsiones del último informe de las NNUU son estremecedoras:

se prevé que la temperatura del planeta pueda llegar a crecer hasta casi 6 grados en este siglo (cuando en todo el siglo XX tan sólo aumentó 0,6 grados) y que el nivel del mar pueda subir hasta casi un metro, amenazando la existencia de importantes sectores de la población mundial que habita en las áreas costeras y a sus ricos ecosistemas (IPCC, 2001).

Así pues, ni tan siquiera los más que tímidos compromisos establecidos en Kyoto (reducción del 5,2%, como media, de las emisiones de CO² por parte de los países del Norte) se han podido concretar; a pesar de que se habían establecido diferentes mecanismos de mercado, que abrían importantes perspectivas de negocio, que podían llegar a permitir que alguno de ellos, en concreto EEUU, pudiera cumplir sus compromisos sin ni tan siquiera tener que adoptar ninguna medida interna de reducción de emisiones.⁴⁵ Aun así, EEUU se opuso a firmar el más mínimo acuerdo y la conferencia de La Haya fracasó. Y eso que se suponía que la administración Clinton, y en concreto su vicepresidente Gore, era «más sensible» a los problemas ambientales que el nuevo presidente que ha llegado a la Casa Blanca. Uno de los puntos de conflicto era que se considerasen los llamados sumideros de carbono como una vía de reducción de emisiones; detrás de ello estaban empresas como Monsanto, y los lobbies agrícolas estadounidenses, que pretendían obtener importantes beneficios si se consideraba que los terrenos de cultivo pudieran ser considerados como tales (Sinai, 2001).

De cara a la cumbre de La Haya se organizó una coordinación internacional de grupos de distinto tipo: «Rising Tide» (algo así como «Marea Creciente»), que denunció la gran hipocresía de lo que allí se negociaba, el papel enmascarador que estaban cumpliendo las NNUU al respecto, la primacía del mercado en cuanto a las falsas soluciones que se planteaban y la necesidad de poner en cuestión el modelo de producción y consumo planetario que promueve el capitalismo global. Esta coalición de organizaciones abogaba por unas reducciones drásticas de las emisiones (entre el 60% y el 90% para los países del Norte, los principales responsa-

bles del cambio climático en marcha), el rechazo del llamado comercio de emisiones («no a la privatización del aire») y a la promoción de la energía nuclear (que no emite CO²), los mismos derechos de emisión *per capita* para todo el mundo, el apoyo a la avalancha de refugiados ambientales (deceñas de millones se esperan)⁴⁶ que se producirá en las próximas décadas por la alteración del clima, y el fin de nuevas prospecciones y explotaciones de combustibles fósiles; la única forma válida de proceder, si se quieren reducir las emisiones de CO² a la atmósfera, pues (la vida humana sobre) el planeta no se puede permitir seguir quemando nuevas reservas de combustibles fósiles. Recientemente se ha consolidado una amplia coalición de grupos a escala internacional que exige que el Banco Mundial deje de financiar nuevas prospecciones y explotaciones de combustibles fósiles, las cuales además amenazan los hábitats de muchas comunidades indígenas en todo el mundo y su propia supervivencia.

En cuanto al Convenio de Biodiversidad, otro de los «resultados» de Río, el tiempo y las negociaciones han confirmado los temores que se suscitaban desde un principio; esto es, que lo que se pretendía era establecer las condiciones para que las grandes empresas —químico-farmacéuticas y de biotecnología— del Norte pudieran acceder a los santuarios del Sur donde se alberga la biodiversidad (el Norte hace tiempo que la arrasó), con el fin de apropiarse de su riqueza genética (biopiratería), patentar los productos elaborados a partir de ella y venderlos al conjunto del mundo, amasando enormes beneficios con lo que ahora se denomina el «oro verde». A pesar de ello, las negociaciones también están en un cierto punto muerto, pues los grandes consorcios occidentales esperan que se llegue a aprobar la llamada Ronda del Milenio de la OMC, al margen de la complejidad de las negociaciones que implican la elaboración de convenios dentro del entramado de las NNUU para acceder a esta riqueza sin necesidad de contraprestaciones y controles. EEUU es también uno de los actores que más problemas ha puesto a la firma del Convenio de Biodiversidad.

Respecto al capítulo de la lucha contra la deforestación mundial, el tercer de los elementos que se debatió en Río, que ni siquiera vio la luz verde en su día para que se iniciasen las negociaciones sobre un convenio al respecto, la situación no puede ser más desesperanzadora. Ya en Río, los países con selvas tropicales se negaron —en connivencia con la gran industria maderera— a que estos bosques fueran considerados recursos del mundo, utilizando la demagogia barata de la soberanía sobre sus recursos; y plantearon —en este caso con toda la razón— que por qué no considerar de esta forma también el petróleo. Hoy en día el ritmo de deforestación no sólo no se ha frenado, sino que se ha acelerado, lo que probablemente agudizará el cambio climático en marcha (Brown, 2000). Además, el llamado «acuerdo maderero» (*Logging Agreement*), que se contempla dentro de las negociaciones de la OMC, significará la desregulación de la débil normativa ambiental que algunos países habían erigido para llevar a cabo la explotación maderera con unos criterios más respetuosos con el entorno ecológico. Su objetivo es facilitar el libre comercio mundial en este ámbito, lo que intensificará la destrucción de los bosques (sobre todo vírgenes) a escala mundial. Ello implicará que se hagan realidad, o que empeoren todavía más, las previsiones que ya se manejan hoy en día: «En el año 2010 la cubierta forestal del mundo habrá disminuido en más de un 40% en relación con 1990» (Ramonet, 1998), y tan sólo el 5% del bosque tropical sobrevivirá a mediados del siglo XXI (Raven, 1999).

Por otra parte, y sin querer abordar el conjunto de la problemática ambiental mundial, cabe resaltar el impacto que tendrá la expansión de la ingeniería genética y los alimentos transgénicos. En un momento en que la crisis de la llamada Revolución Verde y sus impactos ecológicos (contaminación, pérdida de biodiversidad, agotamiento de recursos hídricos...) son ya patentes a escala planetaria,⁴⁷ la agricultura transgénica va a significar una intensificación sin precedentes de estos problemas, pues los transgénicos son, por así decir, los más modernos agroquímicos: plantas transgénicas

sobre todo resistentes a herbicidas de la misma empresa (Monsanto, p.e.) y, en segundo lugar, resistentes a insecticidas, o las dos cosas a la vez. Se generará, pues, un nuevo paisaje, una especie de «campo asfaltado». Es decir: «Un vasto terreno repleto de cosechas transgénicas capaces de soportar los pesticidas y herbicidas más poderosos. A su alrededor, sin embargo, no habría nada más. Pájaros, insectos y hasta la más humilde mala hierba (tal y como se conocen) habrían desaparecido víctima de unos productos químicos que acaban con todo excepto con la cosecha misma» (*El País*, 19-2-1999). Aunque muchos de ellos mutarán y se harán resistentes, si bien «la contaminación genética es infinitamente peor que cualquier contaminación química («tradicional»), porque está viva y prolifera» (Sampedro, 2000).

«El coste de las semillas patentadas y las características de los cultivos transgénicos, ventajosas para las grandes explotaciones muy mecanizadas, aumentará la marginación de los pequeños productores y productoras en el suministro de alimentos, poniendo en peligro el medio de subsistencia de cerca de la mitad de la población mundial que todavía vive de la agricultura, y agravando el problema de acceso a los alimentos para los más pobres, en particular las mujeres [...]. Uno de los rasgos definitorios de la vida: la capacidad de reproducirse, de regalar y desparramarse por el mundo, pasa a ser controlado por las transnacionales y manipulado a su antojo en los laboratorios [...]. La era de la ingeniería genética que hoy se quiere imponer es una nueva etapa, la culminación de un proceso de reducción y apropiación (la «última frontera», como se le ha denominado). Por un lado, por su pretensión de reducir los seres vivos a meros agregados de información genética, susceptible de manipulación, y «perfeccionamiento». Por otro, por introducir en el mercado las propias bases de la vida, reduciendo la diversidad de la Naturaleza a «recursos genéticos» apropiables, comprables y vendibles» (Bermejo, 1999). Monsanto hace firmar en los contratos con los agricultores que éstos no utilizarán las semillas en una próxima cosecha.

Las corporaciones que operan en este terreno (agroquímicas, alimentarias, de salud...), en proceso acelerado de fusión, han pasado recientemente a denominarse «industrias (o ciencias) de la vida», cuando en realidad no son otra cosa sino «empresas de la muerte» (Hathaway, 2001). El desarrollo de su actividad «puede provocar la (intensificación de la) desaparición (y alteración) de especies de flora y fauna nativas, originando una grave erosión (y deterioro) de la diversidad biológica [...], convirtiendo a la población mundial en cobayas humanas⁴⁸ y a nuestra insustituible biosfera en un laboratorio de alto riesgo» (Álvaro, 1999). Todo ello hará que se confirmen, y se agraven (por el efecto «Frankenstein» que se ha puesto ya en marcha), los peores pronósticos en cuanto a pérdida y alteración de biodiversidad. De acuerdo con el actual ritmo de desaparición de especies, de aquí al final del siglo XXI habrán desaparecido dos tercios de la biodiversidad del planeta; es decir, la mayor destrucción de especies desde la desaparición de los dinosaurios, hace ahora 65 millones de años, probablemente por el impacto de un enorme meteorito proveniente del espacio exterior (Raven, 1999). En este caso, es el capitalismo global el que tiene el mismo efecto.

Por último, tal y como apunta el informe antes mencionado de la CIA, el agua se convertirá en un bien escaso para la mitad de la humanidad en el 2015, con una población mundial de 7.500 millones de personas para entonces, lo que generará importantes conflictos sociales y político-militares en múltiples lugares del globo, entre otras zonas, en el área de Oriente Próximo (Retuerto, 2000). Las NNUU, junto con el BM, están contribuyendo decisivamente a propiciar el mensaje de que la introducción de este recurso público básico para la vida dentro de la lógica del mercado (a través de la privatización y mercantilización del agua, y de su tarificación «adecuada») ayudará a conservar los recursos hídricos. Éste fue el discurso que impulsaron estas instituciones en la cumbre mundial sobre el agua, que organizaron en marzo de 2000 en La Haya, y uno de los principales objetivos que pretende

afianzar la OMC, con la Ronda del Milenio, en este campo, donde se auguran importantes perspectivas de acumulación y beneficio, pues no en vano el agua ha sido bautizada recientemente como el nuevo «oro azul» (Barlow, 1999).

En definitiva, tanto la Ronda Uruguay del GATT-OMC como la futura Ronda del Milenio lo que están significando ya —y van a acentuar en el futuro— es el desmantelamiento de las pocas restricciones ambientales que a duras penas se habían logrado levantar en los últimos treinta años. De hecho, se están poniendo en cuestión los llamados acuerdos multilaterales medioambientales (sobre la destrucción de la capa de ozono, el comercio de especies protegidas, el comercio de recursos peligrosos...) que con tanto esfuerzo se habían logrado aprobar también dentro del marco de las NNUU. Las NNUU van a llegar, pues, con las manos completamente vacías al «Río más 10»; es decir, con nada que celebrar y mucho que deplorar (incluida su propia actuación), y probablemente con una OMC aún más poderosa que ahora —si se aprueba la Ronda del Milenio—, que arrasará con los ya de por sí débiles diques de regulación ambiental que se habían conseguido levantar ante la lógica depredadora del capitalismo global. Todo ello derivará no sólo en una quiebra de la imagen de las NNUU para hacer frente a la crisis ecológica global, sino también en una deslegitimación adicional de los Estados, en este caso por su incapacidad para hacer frente a los impactos ecológicos en ascenso, como está demostrando en la actualidad la explosión de la crisis de las llamadas «vacas locas» a escala europea.

El rapto de Europa por el capital

En diciembre de 2000 se ha aprobado el Tratado de Niza, que constituye, por el momento, la última piedra de la «Europa» neoliberal que se empieza a construir en los años ochenta. Ésta, por así decirlo, empieza con la creación del

llamado Mercado Único (mediante la aprobación del Acta Única Europea, en 1986) para libre circulación de mercancías, capitales, servicios y personas,⁴⁹ que entraría en pleno vigor en 1993, como paso previo a la creación de la moneda única europea: el euro. Esta decisión se adopta en el Tratado de Maastricht (que se termina de ratificar en 1993), uno de los hitos transcendentales del devenir neoliberal del «proyecto europeo», con el objetivo de que la unión monetaria entrase en vigor a finales de los noventa (1999). Doce de los quince países miembros ya han ingresado en el euro (Grecia lo acaba de hacer a principios de año), y la nueva moneda empezará a circular físicamente a principios del 2002. Más tarde, en 1997, se aprobaría el Tratado de Amsterdam, junto con el llamado Pacto de Estabilidad, para garantizar el rigor presupuestario de una UE que se estructura en torno al poder omnímodo del Banco Central Europeo, con sede en Frankfurt, que funciona sin ningún tipo de control político (ni, por supuesto, social).

La «Europa» que se construye es un proyecto —siempre lo ha sido— de las élites económicas y financieras de la Europa occidental, pero este rasgo se ha acentuado claramente desde la década de los ochenta, cuando desde las instituciones comunitarias se procede, en aplicación de las políticas neoliberales, al paulatino desmontaje del llamado Estado del Bienestar, y a la creciente desregulación del mercado de trabajo; al tiempo que se construye, poco a poco, un nuevo entramado supraestatal (política exterior y de seguridad común —Míster PESC, Euroejército—, y política de justicia e interior común —Europol, Schengen—) que sea funcional con los intereses del capital europeo (y transnacional) en la época del capitalismo global (Fdez. Durán, 1996). En paralelo, surge un creciente «euroescepticismo» o desconfianza pública hacia las instituciones comunitarias, y progresivamente se produce un auge de la contestación antagonista hacia la UE, como uno de los principales actores que impulsa, a escala mundial, el capitalismo global, tal y como se ha expresado recientemente en Niza.

El Tratado de Niza se ha presentado a la llamada opinión pública de forma neutra, como el instrumento que iba a permitir el proceso de ampliación de la UE; pues se decía que una UE con casi 30 miembros —cuando termine el proceso de ampliación— no puede funcionar con la estructura y el proceso de toma de decisiones que había sido diseñado, en un primer momento, para un «proyecto europeo» con seis miembros y que se ha ido adaptando a lo largo de su historia para acoger a los quince actuales; aunque las normas del mercado único (y, por extensión, la dinámica que impone e impondrá aún más en el futuro el euro) afectan ya a todo el denominado «Espacio Económico Europeo», esto es: la UE más Noruega, Islandia y, en gran medida, Suiza. Cabe recordar que Noruega, Islandia y Suiza, antiguos miembros de la EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio), por distintas razones han rechazado o no se han planteado todavía explícitamente formar parte de la Unión, por el rechazo que suscita entre sus poblaciones. En el caso de Noruega su población ha dicho No en dos ocasiones —en los referendums de 1972 y 1995— a su incorporación al «proyecto europeo». De cualquier forma, estos países han aprobado ya las directivas del mercado único, pues Suiza, a pesar de que su población rechazó en 1992 pertenecer al EEE, ha introducido también gran parte de las directivas del MU. Además, en marzo de este año un 77% de los electores suizos votó No a la pertenencia a la UE en un referéndum (*El País*, 5-3-2001).

El proceso de ampliación, que fundamentalmente se proyecta hacia los países del Este y algunos pequeños países mediterráneos (Chipre y Malta), se presenta interesadamente, en su retórica, como la culminación de la creación de un espacio de libertad, democracia, derechos humanos y solidaridad mutua en el viejo continente; con el fin de superar los conflictos que históricamente han assolado este territorio, integrar a los países del Este —que en su día habían quedado separados de la Europa occidental por el «telón de acero» y la Guerra Fría, incorporándolos de forma definitiva

a la economía de mercado— y cicatrizar las heridas que todo ello haya podido ocasionar.

Se señala, también, que la creación de esta «Europa» ampliada va a permitir que la UE proyecte su modelo económico, social y medioambiental a escala internacional, ayudando a dar «un rostro humano a los procesos de globalización»; y que es una de las formas de poder resistir mejor los posibles impactos negativos de ésta y, en especial, los embates de los mercados financieros. De ahí, la necesidad de una moneda única. Asimismo, en Niza, se presentó también, para su aprobación, una Carta de Derechos Fundamentales, con el objetivo de lograr acercar el «proyecto europeo» a la ciudadanía de los Estados miembros. Sin embargo, es preciso desenmascarar las verdaderas razones que se mueven detrás del proyecto de ampliación, las consecuencias que se van a derivar de la «Europa a distintas velocidades» que se dibuja en el Tratado de Niza (y en el que se proyecta para el 2004), la falacia de protección de los derechos fundamentales que se oculta detrás de la carta del mismo nombre, y el papel que la superpotencia europea, en gestación, puede tener a escala mundial.

En realidad, la ampliación al Este supone un incremento notable del área de mercado de la UE. Más de cien millones de nuevos consumidores potenciales, que se sumarán a los 370 millones de la actual UE, pues las personas cuentan hoy como consumidores (y por supuesto, productores), no como ciudadanos; eso sí, esos futuros consumidores tienen una capacidad adquisitiva bastante inferior (tan sólo un tercio) a la media comunitaria de «los quince». Pero el verdadero atractivo de la ampliación es el acceso para las principales fuerzas económicas de la UE a amplios recursos productivos, así como energéticos y naturales, y sobre todo la posibilidad de utilizar una mano de obra cualificada con muy bajo coste laboral y poca capacidad para defender sus derechos, que ofrecen los países del Este. Como ha expresado gráficamente la ERT (European Round Table of Industrialists), un *lobby* de presión donde están presentes la gran

mayoría de las principales transnacionales europeas, las oportunidades que ha abierto la caída del Muro de Berlín y el tránsito hacia el libre mercado de este amplio espacio vienen a ser algo así «como si se hubiera descubierto (de repente) un nuevo “sudeste asiático” en nuestro patio trasero» (CEO, 1997); lo que sin duda contribuirá a una creciente deslocalización productiva a medio plazo (está ocurriendo ya) hacia este vasto espacio geográfico. Todo esto hace que se prevea un muy fuerte incremento de los volúmenes de transporte motorizado con estos países, y que se esté dedicando un importante esfuerzo inversor (auspiciado por el BM, el BERD, el BEI, y que incrementa la deuda externa de dichos Estados) a reforzar las conexiones en materia de infraestructuras, especialmente viarias, con estos territorios (Fdez. Durán, 2000 a).

Además, en un modelo económico (el capitalismo) cuyo funcionamiento interno está basado en la lógica de la acumulación constante y la obtención del máximo beneficio, ningún espacio de mercado es lo suficientemente amplio como para satisfacer de forma estable la necesidad inexorable de crecimiento continuo. El proyecto europeo empezó, como se ha dicho, con seis países miembros, hoy tiene ya quince socios y se plantea la futura admisión de doce países más. Pero también se expande el área de mercado de otras formas que no implican, forzosamente, la admisión de nuevos miembros en las estructuras comunitarias.

Eso es lo que se propone, p.e., con los países de la cuenca sur y este del Mediterráneo. Para esta zona se plantea el caminar de forma progresiva hacia un área de libre comercio, que deberá estar plenamente vigente en el 2010. De esta forma, se conseguirá un acceso más fluido (desarme arancelario) a una considerable demanda adicional para los productos comunitarios en los territorios del sur y este del Mare Nostrum, la capacidad de control de importantes recursos naturales y energéticos por parte del capital europeo en este espacio, la potencial utilización en el mismo de una muy abundante y superbarata mano de obra (en este

caso, no cualificada) para la elaboración de manufacturas intensivas en factor trabajo (textil, calzado, juguete...) —que se están deslocalizando ya (entre ellas empresas españolas) desde el territorio de la UE hacia esta amplia área geográfica— y, sobre todo, la posibilidad de intensificación de la actividad pesquera y agrícola (cítricos, hortalizas, frutales...) de exportación hacia los mercados comunitarios, impulsadas por grandes empresas del sector agroalimentario europeo. Es por ello por lo que se hace enormemente atractiva, para la UE, la profundización de las relaciones comerciales con las otras orillas del Mediterráneo. En el caso de Turquía, se le ha ofrecido la creación de una Unión Aduanera; pero se la mantiene en el limbo en cuanto a su posible integración, a pesar de que es miembro de la OTAN, de su importancia estratégica y de la presión de EEUU al respecto, por sus importantes diferencias político-culturales con los países de la UE, por el rechazo de Grecia, y porque su admisión haría que las fronteras de la UE alcanzasen el Cáucaso y a países como Irán, Irak o Siria. Esto provoca pavor en las cancillerías de muchos países de la UE.

Asimismo, mientras que se desregula absolutamente el marco mundial de relaciones comerciales y de inversión a través de la OMC, se establecen, por parte de la UE, acuerdos de libre comercio e inversión (incorporando aspectos del AMI) con los distintos mercados regionales planetarios, en proceso de consolidación y profundización. De esta manera, la UE estrecha las relaciones comerciales y los flujos de inversión con la APEC en el Pacífico, con Mercosur y México en el Cono sur y Centroamérica —e igual se puede decir que acontece con otras áreas comerciales del globo—, al tiempo que intensifica sus «privilegiadas» relaciones con los países ACP (los países de África, Caribe y Pacífico que fueron colonias francesas). En especial, se avanza de forma paulatina hacia una zona de libre comercio y flujos de inversión entre las dos orillas del Atlántico norte; es decir, entre la UE y EEUU (Canadá), a través de lo que se ha venido a llamar «Partenariado Económico Transatlántico» o «Nuevo Mercado Transatlántico».

En estas negociaciones, junto a la representación institucional, participan directamente representantes de las grandes empresas e instituciones financieras de ambos lados del Atlántico norte (CEO, 1997 y 1999).

Es decir, mientras que la expansión de los mercados hacia otras áreas del planeta no se traduce en una modificación de las instituciones comunitarias; en el caso de los países del Este se ha tomado la decisión explícita de incorporarlos a la estructura de la UE, eso sí, creando, como se verá más adelante, una futura UE a «distintas velocidades». ¿A qué responde esto? ¿Por qué no se han fijado ya unas fronteras definitivas de la UE (como ocurre en el caso de EEUU)? ¿Qué consecuencias puede tener esta indefinición del marco institucional? ¿Cómo puede afectar este proceso a la legitimidad de las instituciones comunitarias? Hay dos razones fundamentales, interrelacionadas, a nuestro entender, en esta decisión. Por un lado, el espacio centroeuropeo de los antiguos países del Este, es un territorio altamente inestable en una «tierra de nadie» entre dos espacios, la UE y Rusia, de considerable poderío militar; aunque uno de ellos, Rusia, una superpotencia militar (y especialmente nuclear), esté en profunda crisis, y casi descomposición interna, como consecuencia de la quiebra de la ex URSS y de la transición a la economía de mercado de sus estructuras. Como ha dicho la nueva asesora en política exterior de Bush, Condoleezza Rice: «el gran peligro de Rusia no es su fuerza, sino su debilidad» (Gardells, 2000).

La otra razón, íntimamente ligada a la anterior, es construir una superpotencia europea, política y militar, que respalde al euro. Detrás de una moneda que se quiere fuerte, y que pretende disputar al dólar su papel de divisa de reserva internacional, siempre hay, o tiene que haber, un poder político y militar asimismo fuerte, para que sea creíble. De ahí los pasos que el «proyecto europeo» está dando en dicha dirección, que el Tratado de Niza confirma y que el futuro Tratado del 2004 pretende culminar. La UE

es hasta ahora una potencia económica de primer rango mundial, pues hay que tener en cuenta que la zona inicial de la moneda única es tan potente como la economía estadounidense (la zona del euro representa aproximadamente el 20% del PIB mundial, y el mercado de eurobonos es el mayor del mundo, por encima del de EEUU); pero la realidad del euro en los intercambios internacionales dista mucho, todavía, de reflejar este peso económico de «Europa». Para ello será necesario, también, construir unos mercados financieros más grandes y más integrados⁵⁰ —pues la UE tiene un mercado financiero distribuido por unas veinte capitales—, lo que requerirá quizás la centralización de la actividad financiera europea en una capital física que desafíe a Nueva York;⁵¹ o bien coordinar de tal forma los mercados financieros comunitarios, que trenzan un único mercado virtual. Algo así está ocurriendo con las diferentes iniciativas de interconexión de las principales plazas financieras europeas.

De esta forma, al incorporar a los países del Este, se pretende apuntalar el poder político y militar de la UE, con el fin de superar el aserto de que «la UE es un gigante económico, un enano político y un gusano militar»; al tiempo que se «intenta» estabilizar y reforzar su flanco oriental, por miedo a lo que ocurra con Rusia. De hecho, algunos de ellos ya han sido incorporados a la estructura de la OTAN (Hungría, República Checa y Polonia) y el resto de ellos llama a sus puertas. Por otro lado, en la «nueva» OTAN las potencias europeas han logrado impulsar la llamada Iniciativa Europea de Defensa, que configura el pilar europeo de la Alianza Atlántica, si bien con una considerable dependencia de EEUU. Y en paralelo, la UE ha aprobado recientemente la creación de una Fuerza Europea de Reacción Rápida (de 60.000 efectivos), que dé credibilidad a su potencial militar, y además ha puesto en común toda la industria europea de defensa, dedicando, adicionalmente, un importante esfuerzo inversor en materia espacial, donde el desfase con EEUU es manifiesto. La Fuerza Europea

de Reacción Rápida tiene que estar operativa para el 2003, justo un año después que la introducción física del euro. De cualquier forma, la existencia en el seno de la UE de países anteriormente neutrales (Suecia, Austria, Finlandia e Irlanda), durante el conflicto entre bloques, y con fuertes sentimientos pacifistas en su población plantea problemas considerables en cuanto a su incorporación definitiva a las estructuras militares europeas.

Sin embargo, la próxima ampliación deja al otro lado de la futura frontera de la UE ampliada, de casi 4.000 km en su frente oriental, a países (parias) como Ucrania y Bielorrusia, aparte de Rusia, lo que generará también tensiones considerables, sobre todo migratorias. Y Bruselas tiene miedo a que los países del Este no puedan garantizar, por sí mismos, la impermeabilidad de su frontera oriental. Además, esta UE ampliada podría despertar susceptibilidades en EEUU y ser percibida como un contrapeso demasiado potente al vínculo atlántico (Bonet, 2000). Al mismo tiempo, esta ambición por la expansión geográfica es un arma de doble filo, pues los países del Este son un territorio enormemente inestable, como ya se ha comentado, de un grado de «desarrollo» muy inferior al resto de la UE y, por consiguiente, de difícil encaje dentro de las actuales estructuras comunitarias —como de hecho ha quedado plasmado en el Tratado de Niza, y como sentenciará el futuro Tratado del 2004—. No podía ser de otra forma. Pero todo ello genera una indefinición sobre el futuro de la Unión Europea que está afectando de lleno al euro. De hecho, su debilidad se explica en gran medida por esta indefinición del proyecto político de la UE, ese objeto político no identificado, como ha manifestado el propio director gerente del FMI, Koehler (Menéndez del Valle, 2000); y está suponiendo —y supondrá aún más en el futuro— un elemento adicional, a los muchos ya existentes, de erosión de la legitimidad y credibilidad de las instituciones comunitarias, otro de los actores claves del capitalismo global.

Niza define una superpotencia «Europa» crecientemente desequilibrada y desigual

En la cumbre de la UE celebrada en Niza se aprueba, pues, el tratado del mismo nombre, se toma el compromiso de impulsar, en 2004, otro tratado para rematar el edificio institucional de la UE y se suscribe la llamada Carta de Derechos Fundamentales. La trascendencia de estos acuerdos es muy importante y, por lo tanto, es preciso analizarlos en detalle para delimitar claramente la UE que están impulsando las principales fuerzas económicas y financieras del viejo continente, que son las que siempre han configurado el devenir del «proyecto europeo».

Detrás de la maraña de aspectos «técnicos» de reforma de la composición de la futura Comisión y de los procesos de toma de decisiones en la UE,⁵² con el fin de hacer más «eficaz» su funcionamiento y sentar las bases que hagan posible la ampliación, se ocultan profundas modificaciones (políticas, económicas y sociales) en cuanto a la estructura de las instituciones comunitarias, y del «proyecto europeo» en su conjunto, de cara al porvenir. Algunas de ellas ya se habían esbozado en el Tratado de Amsterdam, pero se «perfeccionan» en el de Niza y se terminarán de completar en el que se contempla para 2004. El Tratado de Niza no es otra cosa que la sacralización de la llamada «Europa a dos (o más) velocidades», eufemismo que se utiliza para ocultar la creación de una UE crecientemente desigual, con un Centro fuerte y distintas Periferias, en el que el peso de los grandes Estados de la actual UE (y, por supuesto, de los intereses económicos que representan) se ve reforzado (Alemania, Francia, Gran Bretaña, principalmente, Italia en menor medida y, a mayor distancia, el Estado español). Destaca, entre todos ellos, la influencia decisiva que tendrá la RFA en la determinación de las políticas comunitarias. Alemania consigue, en gran medida, ver realizado el interés que la ha guiado a lo largo de todo el siglo XX y que le llevó a embarcarse en dos contiendas bélicas mundiales: dominar el esce-

nario centroeuropeo (ampliando su *lebensraum* o espacio vital) y reafirmar su hegemonía a escala continental.

Pero también el peso de la Comisión Europea y el de su presidente⁵³ salen considerablemente reforzados, especialmente al haber arrancado a los Estados el poder de veto en más de treinta nuevas áreas. El voto por mayoría se ha extendido al comercio de servicios (entre otros, los financieros...) e inversiones, así como a la llamada «propiedad intelectual», dándole unos enormes poderes a la Comisión para negociar en nombre de toda la UE en el seno de la OMC, de cara a la Ronda del Milenio. Hasta ahora no tenía estos poderes, respecto a estos temas, y se veía obligada a compartirlos con los Estados miembros. En estas áreas las decisiones que se adopten son de obligado cumplimiento para todos los países, aunque hayan votado en contra. La unanimidad o la capacidad de veto todavía se mantiene, de forma no clara —por la oposición de Francia—, en salud, cultura y educación. Aun así, y en contra del criterio de la Comisión, se conservan todavía bastantes áreas sometidas a la capacidad de veto por parte de los Estados,⁵⁴ capacidad que en un futuro (probablemente en 2004) se pretende eliminar.

Por otro lado, se consolidan las denominadas (en el argot comunitario) «cooperaciones reforzadas», lo que significa, dicho claramente, abrir el camino para que cristalice una estructura central en la UE (aquella que «avanza más rápido en su integración») y una estructura periférica, que quedaría progresivamente descolgada y que se vería obligada a aceptar, *a posteriori*, las decisiones adoptadas en su día por dicho Centro o a sufrir sus consecuencias. Algo así ha ocurrido ya con el euro (pues sólo doce países participan en el Eurogrupo) y con Schengen, y también con los «avances» que se están produciendo en materia de política militar. Es, en definitiva, lo que los eurócratas llaman la «Europa a dos (o más) velocidades», que se justifica, se dice, porque los «barcos más lentos» no deben condicionar la velocidad de crucero de «los barcos que quieren ir más deprisa». Sería

necesario hacer un análisis en profundidad de la retórica comunitaria, pues ha alcanzado unas cotas de enmascaramiento de la realidad difícilmente superables. Los nuevos países que se incorporen, en especial los del Este, además de los más «euroescépticos» (Dinamarca, Suecia y Gran Bretaña), así como tal vez los ya hoy en día periféricos, en cuanto a peso económico e institucional (como Grecia y Portugal, y quizás España e Irlanda), estarían probablemente en los círculos periféricos; mientras que el resto, es decir, el grueso de los países centrales de la UE, sería el que llevaría a cabo las «cooperaciones reforzadas».

Se acabó pues lo que, en teoría, y formalmente, era el espíritu de la Unión, es decir: «el café para todos». A partir de ahora queda claro, expresado en clave institucional, que dentro de la Unión habrá países de «primera» y países de «segunda» (o de «tercera» y hasta de «cuarta», en el caso de países del Este). Esto se hará aún más nítido con la reforma que se prevé en 2004, como se verá a continuación. De cualquier manera, aunque se ha abierto la Caja de Pandora, se ha abierto sólo, por el momento, de forma todavía limitada. Gran Bretaña, p.e., se ha negado a dar su *placet*, instigada por EEUU, a que se incluya la política de defensa dentro de las «cooperaciones reforzadas». Aunque sí ha quedado clara en política exterior, con el fin de ganar peso institucional en el FMI, BM, G-7, OCDE, NNUU o en el Club de París (donde se negocia la deuda externa pública del «Tercer Mundo»). En todos esos foros la UE hablará con una sola voz, la de los países centrales, y sus principales sectores económicos y financieros, en los temas en los que ya le han cedido (o que ha arrancado a) los Estados sus competencias. De todos modos, todos los países de la Unión participarán de las normas del mercado único, tendrán abiertas sus fronteras a la libre circulación de mercancías, servicios y capitales de la UE, estarán en la órbita del euro (estén integrados en el Eurogrupo o no) y deberán ajustarse, por tanto, a las decisiones que adopte el BCE, independientemente de la situación económica por la que atraviesen.

A pesar de todo, es decir, a pesar de que Niza significa una mayor concentración de poder y capacidad de decisión para la UE, y para la Comisión Europea en concreto, a Prodi, su presidente, le ha sabido a poco, como expresó en su comparecencia ante el Parlamento Europeo para evaluar el tratado. Prodi ha llamado la atención acerca de la capacidad de poder que todavía queda en manos de los gobiernos, se ha quejado de la gran complejidad en el proceso de toma de decisiones —tal y como ha quedado definido en Niza⁵⁵— que, de acuerdo con sus palabras, queriendo satisfacer a todo el mundo corre el riesgo de no funcionar. Y ha planteado claramente que Míster PESC dependa de la Comisión Europea y no del Consejo Europeo (donde están los jefes de Estado y de gobierno de la UE); que debe existir una política económica única a escala de la Unión,⁵⁶ que debería definir la Comisión; que el área del euro debe hablar con una sola voz (no con doce, o con ninguna, como en la actualidad, pues ello es negativo para la imagen del euro de cara a los mercados financieros); y que esa voz única debe estar también bajo la competencia y control de la Comisión (TEAM, 2000).

Es por eso por lo que, entre otras cuestiones, la Comisión y Alemania, fundamentalmente (pues Francia ha dejado hacer) han peleado para que en Niza se tomara la decisión de que es necesario ir más allá y llevar a cabo una reforma institucional de mayor profundidad de cara a 2004. Esta fecha que coincide, *grosso modo*, con las primeras incorporaciones de nuevos países miembros y con la presidencia alemana de la UE. La preparación de ese nuevo tratado no debe partir de una conferencia intergubernamental, como hasta ahora ha ocurrido con los diferentes tratados, sino que su gestación tiene que adoptar otro diseño, con el fin de que los intereses hegemónicos que vehicula primordialmente la Comisión Europea —es decir, las demandas del gran capital productivo y financiero— no se vean condicionados por la visión miope de las estructuras políticas nacionales. Es curioso cómo habló Prodi de las «cooperaciones reforzadas» ante el Parlamento Europeo, diciendo que «la

Comisión utilizará este instrumento para permitir que aquellos países que quieran unir aún más sus destinos para alcanzar grandes objetivos lo puedan hacer» (TEAM, 2000). Todo ello derivará en una pérdida de peso aún mayor de los parlamentos nacionales y de la capacidad individual de actuación de los Estados miembros, siendo un paso más hacia una especie de Estado federal para el núcleo central, que es lo que se pretende lograr con la reforma de 2004.

Las propuestas que ya se han empezado a barajar de cara a 2004 han partido de los actores institucionales principales que operan en el escenario europeo. Suponen un abanico de opciones, pero no tan amplio como se nos quiere hacer creer. En todos ellos se propugna la necesidad de construir una «Europa» superpotencia, que pueda enfrentarse al escenario de la «globalización económica», y también la necesidad de establecer un núcleo central, con mayor densidad institucional, y una (o varias) periferia(s), con reducidas prerrogativas y capacidad de influencia; es decir, fuertemente satelizadas y dependientes de ese núcleo duro central y soportando las dinámicas que establezca el mismo, como todas las periferias. Las propuestas van desde la estructura claramente federal que propone Alemania (a través de su ministro Fischer) para el núcleo central europeo; a la «Europa Unida de Estados, y no unos Estados Unidos de Europa» de Chirac, en donde los Estados-nación europeos (también de su núcleo central) deben conservar más su fuerza e identidad; hasta las propuestas más «soberanistas» de la «Europa» neoliberal de Blair (a cuyo carro también parece que se apunta Aznar, aunque no está del todo claro por la dependencia española, también, de Francia y Alemania), en donde los Estados conservarían «más» competencias en un espacio de mercado absolutamente libre. La visión de la Comisión, no formulada expresamente, ha podido quizás ser expresada por Delors, su antiguo presidente, en el sentido de que el núcleo duro, que se debe reforzar institucionalmente por encima de los Estados-nación, tiene que ser el de los países que ya for-

man parte del euro. En todos estos casos (menos quizás en la propuesta de Gran Bretaña) los «países euroscepticos» y los del Este quedarían directamente fuera de la estructura central de la UE.

En la propuesta alemana se plantea un presidente europeo «fuerte» elegido por sufragio universal, que encabece un gobierno «representativo», con un parlamento bicameral (como en Alemania), para los países de la UE que compongan el núcleo duro. En definitiva, un esquema de carácter federal, que se debería plasmar en una Constitución Europea. Esta propuesta puede llegar a generar problemas de encaje constitucional, pues la UE es una unión de ocho repúblicas y siete monarquías, lo cual presenta problemas para una solución presidencialista tipo EEUU. La solución que propone Chirac tiene un corte más confederal⁵⁷ y pretende tener en cuenta el peso que tienen los Estados-nación en el espacio europeo. De cualquier forma, tanto Francia como Alemania plantean que exista un grupo de cabeza (impulsado por ellos mismos: «países pioneros» en la formulación de Chirac, «centro de gravitación» en la propuesta de Fischer) que impulse el proceso. La creación de este grupo de cabeza se pretende que no requiera de un nuevo tratado, pues ello implicaría la necesidad de su ratificación por todos los países miembros actuales. Al término de todo este proceso la Unión debería quedar estabilizada en sus fronteras y en sus instituciones, debiendo definirse claramente la articulación entre el núcleo central (de mayor densidad institucional), y los países periféricos, que estarían en la Unión pero no formarían parte de dicho núcleo. Delors lo ha dicho gráficamente: «Tendremos una Unión para la Europa ampliada, y una Federación para la vanguardia» (Coughlan, 2000). En definitiva, se consolidará, ya formal y definitivamente, una compleja estructura institucional que sacralizará un centro (con todas las prerrogativas) y una (o unas) periferia(s), que no participarán en la definición del devenir del «proyecto europeo» y que deberán aguantar las decisiones y dinámicas que aquél genere.

A nadie se le escapa que este diseño institucional tendrá profundas repercusiones internas (es decir, en relación con «los quince» Estados miembros actuales) y externas (esto es, respecto a los nuevos países miembros), principalmente en el sentido de que pueden erosionar aún más la imagen y legitimidad de unas instituciones comunitarias, que ya hoy en día gozan de poca aceptación entre la opinión pública de la UE y que ven disminuir su apoyo asimismo en los países del Este. En las últimas elecciones al Parlamento Europeo la participación fue bajísima,⁵⁸ reflejando un creciente alejamiento de la ciudadanía europea respecto de sus instituciones. El desencanto europeísta se vive de forma intensa en la «Europa rica», no sólo en los claramente «euroescépticos» (Gran Bretaña, Suecia y Dinamarca), y se acentúa en los llamados «países de la cohesión» (España, Grecia, Irlanda y Portugal), a pesar del «maná» de recursos comunitarios que por ahora reciben. Y todo ello se produce en una época de relativa bonanza económica. En una encuesta del Eurobarómetro, realizada tras la cumbre de Niza, los resultados no pueden ser más elocuentes. La mayoría de la población europea (el 56%) se declara insatisfecha con la «construcción europea» (sólo el 38% está a favor) y crece el rechazo a la ampliación hacia el Este, sobre todo en los dos países principales, Francia y Alemania (donde sólo el 26% y el 34%, respectivamente, está a favor). También más de la mitad (el 52%) rechaza el euro, siendo masiva la oposición en el país central: Alemania (el 66%). En poco más de un año se ha pasado, en relación al euro, de una cierta euforia a un muy importante desencanto, y eso antes de que empiece a circular físicamente. Por otro lado, más de dos tercios manifiesta su descontento sobre cómo se ha manejado la crisis de las «vacas locas» por la UE, alcanzando en el caso de Alemania al 86% de su población (*El País*, 15-1-2001).⁵⁹

Estos datos reflejan la situación antes de que estallara el escándalo del Síndrome de los Balcanes, es decir, las enfermedades (y muertes) que ha provocado, provoca y provocará la utilización de uranio empobrecido por la Alianza

Atlántica en su guerra contra Yugoslavia. Este escándalo ha afectado de forma considerable la imagen de la OTAN, la UE, los Estados de la Unión y las llamadas «intervenciones humanitarias», así como de las NNUU por su complicidad con los actores implicados (Parsons, 2001). Ha quedado manifiestamente claro la institucionalización de la mentira como forma de proceder de todas estas estructuras y el cinismo de que hacen gala, pues mal se puede defender una causa humanitaria, en este caso la defensa de la población kosovar contra el genocidio de Milosevic, cuando la propia intervención (denominada «guerra limpia», porque en su momento no produjo bajas propias) crea una situación de desastre humano y ecológico que hipotecará el futuro de toda la región.

Los Balcanes son una región que históricamente ha sido altamente inestable, por ser un cruce de caminos de distintos imperios, culturas, religiones y estructuras de poder. En los noventa, las políticas del FMI y la avaricia de algunas potencias europeas (en concreto Alemania) incentivaron el desmembramiento de la antigua Yugoslavia, exacerbando las tensiones étnicas existentes y creando un verdadero volcán en pleno corazón de Europa. La situación en los Balcanes está lejos de haber quedado «resuelta» y pacificada. Se mantiene una calma tensa, con proliferación de conflictos entre las distintas comunidades étnicas, y un proceso generalizado de deterioro, debido al «paisaje» dejado por las guerras, y al alto endeudamiento de las distintas estructuras estatales que se han creado. Este endeudamiento (heredado) se ha intensificado por los conflictos bélicos y va a recrudecerse por el llamado Pacto de Estabilidad para la Europa del Sudeste que han impulsado EEUU y la UE para la zona, junto con los organismos financieros internacionales: BM, FMI, BERD y BEI. El pacto incluye fuertes medidas de ajuste estructural que agravarán la situación social y económica, echando más leña al fuego de la conflictividad reinante. Es por eso por lo que la UE no se plantea en el futuro previsible la incorporación de los países de los Balcanes a sus

estructuras, aunque sí se pretende que tengan sus mercados (y la propiedad de sus recursos) abiertos a la UE y estén en la órbita del euro (Eslovenia y Bosnia ya tienen como moneda oficial el marco). Sólo Eslovenia, por presión directa de Alemania, pasará a formar parte de la UE. El resto será, en general, una especie de protectorado de la UE (sobre todo si las tropas de EEUU abandonan los Balcanes) y un foco de inestabilidad y resentimiento respecto a las estructuras comunitarias, por las políticas que la UE está imponiendo en toda la región.

Los países del Este, un bocado apetitoso que se le puede atragantar a la UE

Por otra parte, en los países del Este el entusiasmo por la incorporación a la UE está bajando también sensiblemente en los últimos tiempos, azuzado asimismo por el retraso en cuanto a su integración (que se les prometió para el 2000). Las políticas de ajuste estructural del FMI, para el pago de la deuda y la transición al libre mercado, y las duras condiciones que tienen que cumplir para adaptar sus economías al llamado «acervo comunitario», presiones que operan en la misma dirección, están en el origen del descenso de su fe «europeísta» y en la economía de mercado. Antes de incorporarse a la UE los países aspirantes tienen que incorporar a su marco legislativo más de 20.000 directivas y regulaciones, sin que se les permita modificar ni una coma. Deberán aceptar además lo ya decidido en Niza, más lo que se apruebe en el llamado Tratado del 2004, que los reduce a la categoría de países claramente periféricos, sin ningún peso en la conducción de la futura UE. Deberán aprobar también la desaparición de sus monedas y aceptar la dictadura monetaria del BCE, cuyas políticas se adaptan a las necesidades de Alemania (y de la antigua área del marco) y, en menor medida, de Francia. De hecho, se convertirán en «colonias» de los intereses europeos occidentales, debiendo abrir a la

dinámica del mercado la propiedad de la tierra y de sus principales recursos productivos y naturales. Y deberán cooperar también en establecer fronteras impermeables con Rusia, Bielorrusia y Ucrania, con las que se han interrelacionado durante siglos. Un nuevo «telón de acero», en este caso levantado por la Europa occidental, en nombre del libre mercado. Es pues una servidumbre política y económica mayor que la que tuvieron con la URSS. La URSS, p.e., nunca les obligó a adoptar el rublo (Coughlan, 2000).

En este amplio espacio, duramente afectado por la transición económica liberal y por la aproximación a la UE, las dos caras de una misma moneda, se advierte ya una aguda crisis de sus instituciones políticas. Las sociedades del Este acuden poco, o muy poco, a las urnas (p.e., 47,6% en Polonia, 50% en Hungría), desconfían de los partidos (un 65% como media no les tiene ningún aprecio) y poseen unos sindicatos enormemente débiles (Gallego-Díaz, 2000). Y eso que tan sólo llevan una década de democracia formal. Esta situación de crisis de legitimidad de los Estados se agudizará muy probablemente en el proceso de incorporación a la UE y una vez dentro de ella, no sólo por lo ya expresado, sino porque el impacto de la entrada en el mercado único y en el euro será muy fuerte. La diferencia de productividad entre el este y el oeste de Europa es muy importante, probablemente de uno a tres, al igual que lo era entre Alemania Occidental y Oriental. Ello hará que cuando se vean obligadas a competir sus empresas, en igualdad de condiciones, con las occidentales, éstas no puedan aguantar y se incrementen sustancialmente el paro, como ocurrió en Alemania Oriental, donde el nivel de paro hoy en día es el doble que en la parte occidental. Ello se agravará aún más por el hecho de que estas sociedades tienen un fuerte componente agrario (el 22% de población activa agraria de media, frente a menos del 5% en la UE); y el impacto de la PAC será traumático, provocando una brusca reducción de su población agrícola (Fdez. Durán, 2000 b). Ambos fenómenos harán que suba el paro de forma muy intensa, por lo que se prevé

un espoleamiento de las corrientes migratorias Este-Oeste, ya hoy en día muy importantes.

Es por eso por lo que Alemania ya ha planteado que los trabajadores del Este tarden más de siete años —a partir de la integración— en disfrutar de la libre circulación, propuesta que ya ha sido rechazada de plano por Polonia. Esta exclusión del espacio Schengen será otro elemento adicional de frustración para sus poblaciones. Además, se les está exigiendo a esos Estados que dediquen un esfuerzo económico muy considerable para reforzar sus fronteras orientales, con el fin de prevenir la inmigración exterior, y para incrementar fuertemente sus presupuestos militares, sobre todo a aquellos que ya son miembros de la OTAN. Ello hará que no tengan capacidad para hacer frente a la problemática social que se derive de esta situación, generándose una pobreza masiva, mayor que la que ya existe hoy en día. Y no podrán contar, como en el caso de la Alemania del Este, con las transferencias masivas de recursos económicos que en su día arbitró Alemania Occidental, donde a pesar de éstos la brecha económica y social entre el Este y el Oeste se mantiene. Se dibuja, por tanto, un escenario en que las principales fuerzas económicas y financieras de la UE pretenden acceder a los mercados del Este, y apropiarse de sus recursos productivos y naturales, desentendiéndose en gran medida de sus consecuencias y haciendo que carguen con la gestión de una ingobernabilidad creciente unos Estados de por sí ya muy débiles, altamente endeudados y poco legitimados. La conflictividad, pues, está servida.

En definitiva, el futuro previsible del llamado «proyecto europeo» no permite pensar que sus instituciones vayan a ganar en legitimidad; es más, ésta se diluirá aún más tanto en el espacio actual de la UE como especialmente en el Este, con importantes consecuencias sobre las garantías de gobernabilidad de todo el conjunto a medio plazo. En el oeste, las tensiones entre países grandes y pequeños, los problemas de representación de los intereses de estos últimos, las propias tensiones en el eje franco-alemán (que se

evidencian ahora respecto al tratado del 2004) por el desequilibrio de poder a favor de Alemania, la creación de un centro y una periferia dentro de la propia UE actual, la falta de un imaginario colectivo común europeo, la amenaza que representa la ampliación al Este para los países receptores de fondos comunitarios⁶⁰ y, en especial, la profundización en las políticas neoliberales (sobre las que se incidirá más adelante) harán que se erosione aún más la imagen de las instituciones comunitarias, pues es desde éstas desde donde se impulsan especialmente dichas políticas. Por otro lado, la incorporación de los países del Este, que goza de poco apoyo social en la actual UE, hará difícilmente manejable una Unión con casi el doble número de miembros que en el presente y con unas diferencias sociales, económicas, políticas y culturales aún mayores que los que se dan hoy en día en su seno.

Las diferencias entre el núcleo central de la UE, es decir, entre la federación que surja del futuro tratado del 2004, y el resto, especialmente los países del Este, y dentro de ellos la segunda tanda de países que se incorporarán (Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia, Lituania y Letonia),⁶¹ los de menor renta entre los países del Este, serán de tal calibre que harán muy difícilmente gestionable y gobernable el conjunto. El secretario general de la CDU alemana, Lammers, lo ha reconocido de forma explícita: «los nuevos socios de la UE serán un riesgo para el proyecto político europeo» (Bonet, 2001). Esto incidirá sobre la legitimidad, arraigo y cohesión de una estructura tan compleja, tan heterogénea y tan desequilibrada, hecho que complicará todavía más la política exterior y de seguridad común; por mucho que se intente dar una apariencia de normalidad democrática con la ampliación del actual Parlamento Europeo a más de setecientos miembros, para incorporar a una institución ya de por sí mastodóntica, de muy poco peso político-institucional y poco apoyo social, a los representantes de los países que ingresen, que en cualquier caso tendrán una presencia marginal (juntos y mucho más por separado) respecto a los de la actual UE.

**Fin de la «Europa» social:
¡Viva la «Europa, S.A.», viva el euro!**

Es por todo ello, quizás, por lo que se ha lanzado a bombo y platillo la Carta de Derechos Fundamentales, que también se ha aprobado en Niza, en un acto de marketing de las instituciones comunitarias hacia la opinión pública europea, pues se ha dicho que su texto se incorporará como preámbulo de la futura Constitución Europea que se pretende aprobar en 2004. Pero en relación con la llamada Carta de Derechos Fundamentales, cabe decir que detrás de su rimbombante título se esconde un instrumento de regresión social: es el famoso doble lenguaje de las instituciones comunitarias. Dicha carta no recoge el derecho al trabajo, ni a un salario justo, así como el derecho a la vivienda, a una pensión o a una renta mínima que permita vivir con dignidad, y pone en peligro las legislaciones sociales europeas más avanzadas. Es decir, en Niza se aprueba una Carta de Derechos Fundamentales sin derechos sociales. El derecho de huelga fue introducido, *in extremis*, ante la presión de la CES (Confederación Europea de Sindicatos) (CEMCC, 2000).

La Carta tampoco recoge los plenos derechos de las minorías étnicas, religiosas o lingüísticas. Además, se incluye la posibilidad de su modificación según el derecho comunitario. Esta posibilidad de recortes se extiende también al conjunto de derechos «cuando respondan a objetivos perseguidos por la Unión». Se recoge el derecho a la vida y al matrimonio, sin mencionar explícitamente el derecho a la contracepción y al aborto o a la separación y el divorcio. En cambio la libre circulación de bienes y capitales se encuentra definida y resaltada en su preámbulo (Robert, 2000). «La Carta es más sobre poder que sobre derechos. Su objetivo real es extender la legislación europea a las áreas más íntimas de nuestras vidas, haciendo depender los derechos humanos de la Corte Europea de Justicia», una institución de la UE (Coughlan, 2000). La única novedad es la prohibición expresa de la clonación humana. Aun así, Juan Pablo II expresó su pesar de que no se

hiciese ninguna referencia a Dios, como fuente suprema de los derechos fundamentales (TEAM, 2000).

La «Europa» neoliberal, como se ha apuntado, se empieza a construir paulatinamente desde los ochenta, se acentúa con Maastricht —y a través de distintas desregulaciones que se dan a lo largo de los noventa—, pero es recientemente, en especial a partir de la cumbre de Lisboa (de marzo de 2000), cuando se crea el marco general para una desregulación feroz del mercado de trabajo y para la transformación del Estado social según la lógica de mercado. Se ha llegado a afirmar que la «Europa» de Blair, lógica continuadora de la Gran Bretaña de Thatcher, empieza en Lisboa. En la capital portuguesa se plantea que es preciso eliminar las políticas «pasivas» de empleo para instrumentar las llamadas políticas «activas», con el fin de hacer frente al problema del paro. Aquí nos volvemos a encontrar, otra vez, con la retórica edulcorante y mistificadora comunitaria para encubrir un asalto salvaje a los derechos laborales y sociales, en nombre de un objetivo «social»: la pretendida eliminación del desempleo. La solución que se propone a los altos niveles de paro es la precariedad masiva, con el objetivo de abaratar el coste de la fuerza de trabajo, y, en concreto, del trabajo más descualificado. Al igual que en EEUU, se pretende sustituir el *welfare* —es decir, derecho a una prestación del Estado sin que exista contraprestación— por *el workfare* —esto es, el beneficiario de la ayuda estatal deberá realizar un trabajo para acceder a ella, sin que exista ni se reconozca ningún derecho—.

En la reunión de octubre de 2000, de la convención encargada de elaborar la Carta de Derechos Fundamentales de la UE, se planteó que los derechos sociales (y particularmente las prestaciones de desempleo, las pensiones, la renta mínima y el derecho a la vivienda) eran «promesas que no se podían mantener en el futuro». Se abogó, pues, por la necesidad de «modernizar» los sistemas de protección social, lo que ha quedado finalmente reflejado en el artículo 137 del Tratado de Niza. En el punto de mira de esta

«modernización» están la privatización de los sistemas de pensiones, la reducción del subsidio de paro, la incorporación de las políticas «activas» de empleo y la progresiva reducción y eliminación de la renta mínima existente en algunos países. En el propio artículo 137 se manifiesta que «es preciso reformar los sistemas de protección social, con el fin de aumentar la incitación de las personas a buscar un empleo, así como las oportunidades de encontrarlo, y de una manera más general, con el objetivo de mejorar el funcionamiento del mercado de trabajo». Sin red de protección social, la población asalariada en paro buscará y aceptará cualquier tipo de trabajo, con el fin de sobrevivir. Se establece, en definitiva, la «Europa» ultraliberal que sacrifica las conquistas sociales y las reglas democráticas para satisfacer a las fuerzas del mercado y de las finanzas. En Niza, también, se ha establecido el estatuto de la «Empresa Europea», que confiere a las empresas transnacionales nuevos derechos, por encima de las legislaciones nacionales, y limita la participación de los trabajadores (CEMCC, 2000; Coughlan, 2000).

La Unión Europea está funcionando como una poderosa máquina para liberalizar, desregular y privatizar desde arriba. Esto, y no otra cosa, como pretenden ilusamente muchos socialdemócratas, sobre todo aquí en el Estado español, es lo que significa el «más Europa». La «Europa social» que se construirá una vez constituida la Unión Económica y Monetaria es simplemente una utopía, y una utopía de mal gusto, pues es precisamente desde las instituciones comunitarias, desde donde se está procediendo a la voladura del llamado Estado social. El capital transnacional productivo y financiero «europeo» (o mejor dicho, que opera en el espacio europeo) está utilizando el creciente poder comunitario para crear un nuevo tipo de Estado (por encima del Estado-nación) que sea funcional a sus intereses en la época del capitalismo global; al tiempo que aborda el desmontaje del llamado Estado del Bienestar, que en una determinada coyuntura histórica se vio obligado a crear a escala del Estado-nación.

Al igual que es otra utopía de mal gusto la «Europa del desarrollo sostenible». En el Tratado de Amsterdam se entronizó el «desarrollo sostenible» como el *leit motiv* que presidiría todas las políticas comunitarias. Pero como la propia Agencia Europea de Medio Ambiente reconoce, las políticas ambientales comunitarias «no son suficientes para avanzar hacia la sostenibilidad [...] Con las medidas adoptadas hasta la fecha no se conseguirá [...] el desarrollo sostenible»; al tiempo que reconoce que el crecimiento económico ha propiciado un deterioro del entorno ecológico prácticamente en todos los terrenos (AEMA, 1995). Las recomendaciones de la Conferencia para un Desarrollo Sostenible (FOEE, 1995) indican que «los cálculos basados en el concepto de “espacio ecológico” —o “huella ecológica”— sugieren que, en general en la UE, debemos reducir nuestro consumo de recursos naturales, en algunos casos hasta un orden de magnitud diez veces menor, equivalente a una reducción del 90% sobre los niveles actuales», para no seguir importando «sostenibilidad» del resto del mundo.

El Tratado de Amsterdam establece que la Comisión Europea puede llegar a bloquear la legislación ambiental de los diferentes Estados miembros que suponga una restricción al mercado único. Asimismo, la gran industria comunitaria está imponiendo un cambio de énfasis en las políticas ambientales. Se hace hincapié en que es preciso abandonar la obligatoriedad de estándares y el intervencionismo estatal para la resolución de conflictos ecológicos, y que se debe caminar hacia «acuerdos voluntarios» con las grandes empresas para reducir los impactos ambientales. Se propugna que es preciso orientar la política ambiental hacia un modelo neoliberal tipo EEUU, crecientemente desregulado, al igual que en materia laboral y social. En definitiva, se apunta que para impulsar el crecimiento económico en la UE, y para poder competir abiertamente en el mercado mundial, es preciso liberar a «Europa» de restricciones sociales y ambientales (EEB, 1996).

Esta «Europa S.A.» es la que han vendido los dirigentes europeos en el Foro Económico Mundial de Davos, de este año, a los representantes del capital transnacional allí reunidos, como alternativa a la recesión en marcha al otro lado del Atlántico. La «Europa S.A.» se autopostula, pues, como el nuevo polo de crecimiento que tire de la economía mundial. Vende su desregulación laboral y social, y muestra como señuelo que ya están en marcha también intensos recortes en los sistemas impositivos y la privatización de los sistemas públicos de pensiones; y que están en ciernes procesos de privatización masiva de la sanidad y educación en el viejo continente. En paralelo, tal y como quedó reflejado en la cumbre de Lisboa, se compromete a crear las condiciones (de inversión, privatización y desregulación) para convertir a la UE en la economía del conocimiento más dinámica del mundo. Lo malo es que esto coincide con el momento en que la llamada «nueva economía» se desinfla a pasos agigantados en todo el Norte, y con una recesión, con epicentro en EEUU, que probablemente afectará a todo el planeta.

Asimismo, «Europa» ofrece las garantías de que el euro ya es una realidad, aunque todavía no circule físicamente hasta el año que viene, y que eso va a permitir desarrollar todas las potencialidades del MU por parte de las grandes empresas que operen en el mercado comunitario. Y de cara a los mercados financieros promete que se impulsarán políticas que sustenten un euro fuerte, con baja inflación, para animar a los grandes fondos de pensiones y de inversión anglosajones a invertir en activos denominados en euros. Para ello se esgrime que están en marcha profundos recortes del gasto social, que permitirán caminar hacia el déficit cero, tal y como obliga el Pacto de Estabilidad, aprobado en Amsterdam; al tiempo que se desregulan aún más los marcos nacionales de sus mercados financieros, creando las condiciones para que se consoliden inversores institucionales (fondos privados de pensiones y de inversión) que operen a escala europea, con el fin de poder competir con los gigantes existentes en este terreno en el mundo anglosajón; y que «se

avanza más rápidamente hacia un mercado financiero europeo completamente integrado», como ha propuesto recientemente Romano Prodi (2001). Aun así, las incertidumbres que pesan sobre el futuro político de la Unión (que estas políticas agravarán) son un obstáculo considerable para hacer del euro un verdadero sustituto del dólar en estos tiempos de tribulación. Pues como decía San Ignacio de Loyola: «En tiempos de tribulación, no hacer mudanzas».

El pleno funcionamiento del euro impulsará una mayor concentración de la población en zonas o regiones urbanas,⁶² a pesar de que la UE es ya el espacio más urbanizado del planeta, y un incremento de las diferencias regionales. La propia Comisión Europea reconoce que el funcionamiento del euro provocará «una aún mayor dualización (y desequilibrio) del territorio de la UE, y un aumento de la marginación de las áreas menos preparadas para esta competencia incrementada [...] Las regiones, ciudades y territorios compiten entre sí para atraer las actividades económicas, empleo, infraestructuras... [...] Y esta competición puede generar una polarización entre “ciudades perdedoras” y “ciudades ganadoras”» (RMOTUE, 1997). Estas apreciaciones las realizaba la Comisión en relación con la actual UE, es fácil pues de extender este razonamiento a toda el área en que funcionará el euro cuando se amplíe la Unión y a los países que estén en la órbita del mismo.

Al mismo tiempo, la posible aparición en el futuro en la «Europa» del euro de las llamadas «crisis asimétricas» (sobre las que ha alertado el Parlamento Europeo), que afecten de manera diferencial a distintos países y en concreto regiones de la Unión, y la no existencia de ningún mecanismo compensatorio a escala de la Unión Económica y Monetaria (UEM) harán que estas crisis sean particularmente graves. El presupuesto comunitario es muy limitado (el 1,27% del PIB comunitario),⁶³ si se compara por ejemplo con el presupuesto federal estadounidense (aproximadamente el 20% de su PIB); y, además, los fondos estructurales o de cohesión no son fondos coyunturales, sino que actúan a medio o largo

plazo. De esta forma, al haber perdido los distintos países las posibilidades de adaptación ante posibles crisis, como el tipo de cambio —que son inamovibles— o los tipos de interés —que los fija el BCE—, sólo les quedará la posibilidad de dejar que actúe el mercado de trabajo, con una caída masiva de salarios o incremento brusco del paro, como única vía de adaptación a la nueva coyuntura. La UEM igualará precios pero no productividades, y las diferencias en este sentido en el espacio comunitario son muy importantes, con lo cual los *shocks* que genere la total implantación de la moneda única pueden llegar a ser muy considerables (Fdez Durán, 2000 b).

Frente a esta «Europa» que se construye para satisfacer, sin ningún tipo de restricciones (sociales, políticas, ambientales...), las ansias de acumulación y beneficio de las élites económicas y financieras, europeas y mundiales, es ante la que se han expresado, después de un proceso de constitución de años, multiplicidad de singularidades y organizaciones que han confluído finalmente en Niza, al igual que se están expresando otros movimientos «antiglobalización» en distintas partes del planeta. La Unión Europea ya ha sido identificada, a pesar de su retórica, como uno de los actores principales del capitalismo global; y diferentes organizaciones, a escala europea, que ponen en cuestión los procesos de «globalización económica», ya han enfilado su proa contra esta institución. Esto va a suponer un elemento adicional de deterioro en la imagen pública de las estructuras comunitarias.

Un poderoso viento fresco que va de Niza a Porto Alegre, pasando por Davos

El 2000 ha llegado a ser caracterizado como el año de la protesta mundial contra la «globalización» (Bello, 2001), pues las movilizaciones contra el capitalismo global se expresaron con gran repercusión en muy diferentes partes del mundo, creándose la conciencia de una creciente confluencia y coor-

dinación, a escala planetaria, de los distintos movimientos «antiglobalización» (muchos de sus principales hitos ya han sido analizados anteriormente). Y hasta la llamada Marcha Mundial de Mujeres del año pasado, que en un principio no tenía un componente claro en este terreno, fue definiéndose poco a poco en este sentido a lo largo de su desarrollo⁶⁴, denunciando la regresión de la situación de la mujer en todo el mundo en paralelo con el avance en los últimos años de los procesos de globalización económica y financiera.

En el escenario europeo la actividad de denuncia y movilización contra la UE en Niza, en diciembre de 2000, estuvo precedida por un hecho muy significativo: el triunfo del No danés en el referéndum sobre el euro, en septiembre. A pesar de que las principales estructuras de poder: económico, político, mediático y hasta sindical, en el país de Hamlet, se definieron a favor de la moneda única, la mayoría del pueblo danés votó No, provocando una verdadera conmoción en las instituciones comunitarias y en los diferentes Estados de la UE. Este hecho va a poner aún más difícil que los otros dos países de la Unión que todavía no han abrazado el euro, Gran Bretaña y Suecia, lo puedan hacer a corto plazo, sin un alto coste político; pues sus gobiernos se han comprometido a adoptar dicha resolución por referéndum, y las últimas encuestas manifiestan un apoyo bajísimo de sus poblaciones a la moneda única (26% en el caso de Suecia, y 21% en el Reino Unido) (*El País*, 9-2-2001). El voto femenino fue clave para este triunfo del No danés, ante el temor de que la implantación del euro arrasara con las conquistas sociales, lo que afectaría de modo especial a las mujeres. Este resultado hizo que las instituciones comunitarias declarasen que, más que nunca, era preciso arbitrar los mecanismos, de «cooperaciones reforzadas», que se iban a aprobar en Niza, para poder avanzar en la integración europea sin la rémora de los países «euroescépticos». Lo cual era un guiño, también, a los mercados financieros para dejar claro que el proyecto político (y militar) que sustente el euro iba a seguir adelante, a pesar de todo.

De cualquier forma, la aprobación del Tratado de Niza, en la cumbre europea que tuvo lugar en dicha ciudad, contó con un importante nivel de rechazo social. Niza ha sido, por el momento, la culminación de un proceso de movilización contra la «Europa» neoliberal que se inicia ya hace varios años.⁶⁵ En Niza tuvo lugar una importante movilización de la CES (Confederación Europea de Sindicatos), que congregó a más de 60.000 manifestantes, el día previo al inicio de la cumbre. Esta movilización fue una especie de ritual «pactado» en relación con el devenir del «proyecto europeo». La CES no cuestiona, en absoluto, las líneas maestras de este proyecto, pues sus dirigentes mantienen estrechas relaciones con la Comisión Europea (y la patronal europea, UNICE), y sus movilizaciones tan sólo escenifican una protesta social que canaliza el descontento dentro de unos límites aceptables para las instituciones comunitarias. Esto le permite (a la CES) presentarse de cara a la opinión pública europea como los legítimos representantes de las inquietudes que suscita el futuro de la UE. La CES, en este sentido, no es como la AFL-CIO estadounidense, donde considerables sectores mantienen ya, desde hace algunos años, una actitud crítica contra el libre comercio y la dinámica de las fuerzas del capitalismo global en EEUU. De cualquier forma, en la movilización de la CES también confluyeron, en gran medida, distintas organizaciones que cuestionan el carácter neoliberal del «proyecto europeo»,⁶⁶ que expresarían principalmente su rechazo al mismo al día siguiente, junto con los grupos de orientación más anticapitalista que acudieron a Niza para intentar bloquear la cumbre.

El día después, más de 7.000 manifestantes fueron firmemente disueltos por la policía, imposibilitando el bloqueo previsto del inicio de la cumbre europea. Previamente las fuerzas de seguridad habían impedido el acceso a Niza de los movimientos de parados, impidiendo la salida de trenes desde distintas ciudades francesas, y habían igualmente paralizado en la frontera un tren con más de mil integrantes de los *Tutte Bianche* de Ya Basta, provenientes de Italia, y otro de

Alemania. El gobierno de la llamada «izquierda plural» de Jospin, con la colaboración estrecha del alcalde de extrema derecha de Niza, había pues suspendido los derechos civiles y las garantías constitucionales, y revocado temporalmente el convenio de Schengen, que permite la libre circulación en el interior de la UE de las ciudadanas y ciudadanos europeos. La magnitud y el contenido de la protesta no pudieron ser silenciados por los medios de comunicación, que reflejaron en sus crónicas que la cumbre europea había sido cuestionada por los grupos «antiglobalización», de la misma forma que previamente lo habían sido las del FMI y el BM, o anteriormente la de la OMC. E igualmente, una vez más, se resaltaba el carácter «vandálico» y violento de la protesta, la falta de argumentos de las organizaciones que participaban en la misma, y el contraste con el carácter cívico de la movilización previa de la CES (Kasius, 2001; ATTAC, 2000).

Sin embargo, la preocupación por la deriva que está adquiriendo la contestación a la UE era patente en los líderes europeos y comunitarios. Una de las resoluciones de Niza fue que en el futuro (a partir de que la UE tenga 18 miembros) todas las cumbres europeas se celebren en Bruselas. Esta decisión, que se presentó a los medios como una concesión a Bélgica para que suscribiera el Tratado de Niza, era también una forma clara de reconocer el temor a la contestación social en las cumbres itinerantes del Consejo Europeo, sobre todo en los países más «euroescépticos»⁶⁷ o en los futuros miembros del Este que ingresen. Y un intento de garantizar un mayor control de la movilización social, pues se sabe de la mayor aceptación social de las instituciones comunitarias en Bélgica, y de la experiencia en la capacidad de manejo de las protestas por parte de Bruselas. Son ya años de experiencia. Por otro lado, la Europol ya ha creado un grupo específico de seguimiento y control de las organizaciones «anarquistas» y anticapitalistas que cuestionan el «proyecto europeo».

Más tarde, en enero de 2001, en la pequeña ciudad de los Alpes suizos, Davos, se volvía a reunir, como lo lleva

haciendo desde 1971, una de las cumbres más exclusivas del capitalismo mundial: el Foro Económico Mundial. Este foro reúne anualmente a más de 2.000 autoproclamados líderes mundiales, de ellos más de 1.000 presidentes de corporaciones transnacionales e instituciones financieras internacionales que pagan, cada uno, más de dos millones de pesetas por poder pasar unos días con «*la crème de la crème*» del capital. Allí es donde, cada año, estos líderes debaten el devenir del capitalismo global y los pasos necesarios a dar para que éste continúe su «marcha triunfal». De este Foro surgió, en su día, entre otras medidas, la necesidad de impulsar la Ronda Uruguay del GATT; y allí fue donde se presentó, como ya se ha indicado, la colaboración suscrita entre las NNUU y la Cámara de Comercio Internacional en 1998. Cada año, también, muchos de los dirigentes políticos de todo el mundo acuden a este cónclave para vender a los representantes del capital mundial las reformas que están acometiendo en sus respectivos países, con el fin de hacer más atractivas las inversiones (y la actividad especulativa) de los allí presentes.

Pero este año el foro se ha tenido que reunir protegido con vallas metálicas y alambres de espinos, y estrechamente vigilado por fuertes contingentes de la policía y el ejército suizo, pues los grupos «antiglobalización» (especialmente de la AGP) habían amenazado con una importante presencia, después de que ya hubieran hecho su aparición en las tres últimas sesiones. Las fuerzas de seguridad habían cortado las carreteras de llegada a Davos, con el fin de controlar el acceso de «falsos» asistentes al Foro, y lo mismo habían hecho con los ferrocarriles, para garantizar que la «chusma» no fuera a entorpecer tan feliz acontecimiento. Esta especie de Estado de sitio era tan patente que quedó reflejado en todos los medios. Uno de los asistentes al foro expresaba la vivencia de esta situación, de encierro y acoso, de manera irónica diciendo que: «era como estar en el Palacio de Invierno esperando la revolución» (Garton Ash, 2001). Ante esta tesitura los organizadores del foro habían elegido un

lema para presidirlo, que pudiera ayudar a bajar la temperatura del rechazo que suscita: «Impulsar el Crecimiento. Reducir las Desigualdades». Se saben observados, y quieren utilizar también la retórica para edulcorar y disimular la verdad de lo que allí se cuece. Y, por eso, al igual que en la pasada edición habían invitado a destacados representantes de ciertos movimientos «antiglobalización» (Vandana Shiva, Martin Kohr, Lori Wallach...) a estar presentes en algunas de las deliberaciones, para dar una cierta impresión de apertura a los críticos del capitalismo global. Todo esto es un delicado juego de ajedrez en el tablero mediático, en donde se miden con suma precisión las piezas a mover, con el fin de conseguir desactivar la imagen de club exclusivo que funciona de manera autista.

De cualquier forma, este año la confusión era la nota predominante en el ambiente del Foro. No se sabía de qué forma va a afectar a la situación mundial el parón de la economía estadounidense ni si éste puede provocar una profunda recesión planetaria. El FMI acudió para echar asimismo un jarro de agua fría, pues rebajó fuertemente las perspectivas de crecimiento mundial. Y el primer ministro de Japón, Yoshiro Mori, vino a explicar la gravedad de las circunstancias por las que atraviesa la economía japonesa desde hace una década, donde se ha «evaporado» una riqueza, en la bolsa y en los activos inmobiliarios, equivalente a dos veces el PIB japonés. Y confirmó que el crecimiento económico no acaba de despuntar, a pesar del fuerte endeudamiento en que ha incurrido el Estado japonés (casi el 150% de su PIB) para impulsarlo, a partir de las recomendaciones del FMI, que se saltó en este caso las recetas neoliberales. Es más, ante la amenaza de entrar otra vez en recesión, lo que precipitaría la posible quiebra de gran parte de su sistema financiero, que ya atraviesa una situación muy delicada, el primer ministro se comprometió, en Davos, a presionar a su banco central para que imprimiera directamente dinero con el fin de revitalizar su economía, pues ya no le queda casi margen para bajar sus tipos de interés que están cercanos a

cero. Es decir, otro de los dogmas del neoliberalismo, la lucha contra la inflación, se tira por la borda ante el temor de una recesión que puede afectar a uno de los pilares de la economía global: Japón, lo que tendría importantes repercusiones en toda la cuenca del Pacífico y también a escala mundial (*El País*, 28-1-2001, *The Economist*, 3-2-2001).

En definitiva, en Davos ha predominado un ambiente en que la élite económica y financiera mundial se encontraba allí reunida «sin brújula y con ansiedad», como ha sido bien definido por algún comentarista (Ortega, 2001). Es decir, sin saber muy bien cómo evitar un derrumbe económico mundial que ya se barrunta,⁶⁸ y con la sensación de acoso de las movilizaciones «antiglobalización» y la paralela erosión de la legitimidad de las instituciones que gestionan (e impulsan) el capitalismo global. Hasta se produjo un ataque informático pirata contra el foro, en el que los *hackers* se hicieron con los muy sensibles datos privados de todos los asistentes, haciéndolos llegar a los medios de comunicación. Además, este año el encuentro de Davos tenía, por primera vez, un competidor importante: un foro antiDavos, el Foro Social Mundial, en la ciudad de Porto Alegre, en Brasil. Desde el hemisferio sur, lo que tenía fuerte carga simbólica, un encuentro que aglutinó a más de 4.700 representantes de una parte importante de los movimientos antiglobalización, bajo el lema «Otro Mundo es Posible», pretendía ejercer de contrapunto de la reunión de los poderosos en Davos.

Una cadena de televisión francesa propuso un teledebate entre representantes de los dos foros, y cosa curiosa (o mejor dicho, no tanto) desde el Foro de Davos se negó la posibilidad de utilizar la sede del encuentro para llevarlo a cabo. La razón que se esgrimió fue que eso sería reconocer y darle proyección mediática al Foro de Porto Alegre. Los cuatro participantes de Davos que tomaron parte en el teledebate lo hicieron, pues, a título puramente personal, y tuvieron que utilizar para ello los locales de una iglesia cercana. Uno de ellos fue el archiconocido especulador internacional George Soros, más dos altos cargos de las NNUU, y

el presidente de ABB (una transnacional sueco-suiza, con gran presencia internacional). Soros llegó a declararse a favor de la implantación de la Tasa Tobin,⁶⁹ y señaló que: «Los que estamos aquí reconocemos el problema [de la creciente pobreza y desigualdad social, pero] ¿Qué más podemos hacer para ayudar a corregir esas injusticias sociales? Destruir el sistema no es la solución» (*El País*, 28-2-2001).

Por otro lado, desde Porto Alegre, los casi cinco mil delegados de movimientos sociales y organizaciones (la mitad de los cuales eran brasileños), de más de 117 países del mundo —incluidos más de 400 parlamentarios nacionales y 240 autoridades locales de distintas ciudades del mundo—, debatían cómo hacer que fuera una realidad el que «Otro Mundo es Posible», el lema central del Foro Social Mundial. Un tiempo para soñar, sin gases lacrimógenos por en medio (Ferrari, 2001); lo que ya se había hecho también en los dos encuentros «Por la Humanidad y contra el Neoliberalismo», impulsados por los zapatistas. La elección de Porto Alegre como ciudad que albergase el foro no había sido casual. Porto Alegre es la capital del estado Río Grande do Sul, en el extremo sur de Brasil, donde gobierna el Partido de los Trabajadores, donde se inició en los ochenta el Movimiento de los Sin Tierra, y en donde desde hace años se lleva a cabo una interesante experiencia de elaboración de los llamados presupuestos (públicos) participativos, en los que participan (valga la redundancia) de manera activa los movimientos sociales y vecinales de dicha ciudad. Río Grande do Sul es también el único estado brasileño que se ha declarado territorio libre de transgénicos, enfrentándose al gobierno central de Cardoso y al Tribunal Supremo de la República. Esta experiencia de colaboración entre las instituciones políticas y los movimientos sociales era quizás el marco idóneo donde podían reunirse una parte importante de los movimientos «antiglobalización». Por así decir, todo aquello que no son las organizaciones que se coordinan a través de la AGP (Acción Global de los Pueblos) (ver primer texto); aunque existen organizaciones que mantienen un pie en ambas coordinadoras⁷⁰.

El encuentro de Porto Alegre fue organizado por distintas redes internacionales «antiglobalización»: ATTAC, grupos y ONGs de la antigua coordinadora mundial contra el AMI, organizaciones de Amigos de la Tierra, el secretariado (y grupos) de las Marchas Europeas contra el Paro..., la campaña Jubileo 2000, el Club de Acreedores de la Deuda Ecológica, la revista *Le Monde Diplomatique*, diferentes organizaciones sindicales del «Tercer Mundo», etc. Lo que quizás pueda distinguir a todas estas redes de lo que pueda ser la AGP es que no tienen un carácter claramente anticapitalista (y antidesarrollista), sino que plantean un funcionamiento diferente, más justo, participativo, transparente, equitativo y sostenible del sistema económico internacional, y, en general, un reforzamiento del papel de los Estados, de su soberanía y de su carácter democrático, para hacer frente a los desmanes del capitalismo global. Eso sí, exigiendo la necesidad de acometer una reforma en profundidad de las instituciones financieras internacionales, el FMI y el BM, así como de la OMC y del actual marco económico y financiero internacional,⁷¹ para que su actuación tenga en cuenta objetivos sociales y medioambientales. Sin embargo, las fronteras de todos estos planteamientos no son precisas y continuamente se están redibujando. De hecho, empiezan a existir voces en su seno que abogan por profundizar en la crisis de legitimidad de todo el sistema, y preconizan la necesidad de dismantelar el FMI, BM y OMC, así como las empresas transnacionales, para caminar hacia un mundo distinto (Bello, 2000). Tal vez ello hace más necesario, hoy en día, abrir procesos de reflexión y debate conjuntos, no sólo de posibles confluencias en las movilizaciones, entre las dos grandes corrientes «antiglobalización» que parece que se van consolidando a escala internacional; es decir, entre lo que se ha reunido en Porto Alegre y lo que más o menos aglutina la AGP.

En Porto Alegre, igualmente, pasaron más cosas. Se llevó a cabo una acción, el mismo día de su inauguración, contra un campo de transgénicos de Monsanto, que protagoniza-

ron representantes de la Confederation Paysanne, con José Bové a la cabeza, junto con miembros del MST brasileño. Esta acción alcanzó una gran repercusión mediática mundial. También se dieron divisiones en su seno sobre la conveniencia de mantener el teledebate con miembros del Foro de Davos, aunque predominó la postura a favor, por el alcance internacional que tendría. Y existieron voces de protesta por la poca representación del movimiento de las comunidades negras e indígenas brasileñas en el comité organizador. La participación de representantes de países africanos fue reducida, así como la de India y Norteamérica, y casi inexistente la de los países del Este, siendo principalmente, por así decir, un encuentro latinoamericano-europeo. El foro significó también un momento importante de encuentro del movimiento popular brasileño y latinoamericano actual, hecho que ha tenido gran repercusión en Brasil y en todo el Cono Sur, lo cual hizo que Cardoso se expresara virulentamente contra el mismo, defendiendo las privatizaciones, las políticas de ajuste y «otras bondades» de la «globalización». Al final no fue posible llegar a una declaración final única, ante la diversidad de posturas existentes, aunque el material de los más de cuatrocientos grupos de trabajo es una aportación de gran interés; pero sí ha habido el compromiso de seguir celebrando próximos «Porto Alegres» en paralelo con las reuniones de Davos (Ferrari, 2001).

Esta decisión, junto al cúmulo de movilizaciones previstas a lo largo de este año contra la «globalización», está inquietando seriamente a los principales albaceas del capitalismo global. Vargas Llosa ha manifestado recientemente, refiriéndose al Foro de Porto Alegre, que oponerse a la «globalización» es como intentar luchar contra la ley de la gravedad (Vargas Llosa, 2001). Se dice pronto, pero en realidad es un reflejo del temor ante el auge de los movimientos que cuestionan directamente el capitalismo global. En el 2001, la lista de movilizaciones coincidentes con los cónclaves de las instituciones que gestionan (o impulsan) la «globalización» es impactante: en marzo contra un encuentro del Foro Econó-

mico Mundial (de Davos) en Cancún; en marzo también contra una conferencia de la OCDE en Nápoles; en abril contra la Cumbre de las Américas en Quebec, donde más de 30 jefes de Estado y de gobierno se reunirán para impulsar la Alianza del Libre Comercio (e inversión) de las Américas, y asimismo, en el mismo mes, en Buenos Aires contra una reunión previa preparatoria de dicha cumbre; en abril, igualmente, ATTAC ha convocado una jornada de acción contra los paraísos fiscales, en la que está previsto el bloqueo de los accesos a Luxemburgo; en junio contra un encuentro del BM en Barcelona; en julio contra la cumbre del G-8 en Génova, que tendrá especial importancia a escala europea; en julio habrá un campamento de denuncia de la política de inmigración de la UE en Tarifa; y en noviembre habrá que ver qué pasa cuando empiece la conferencia de Qatar, donde la OMC pretende volver a impulsar, otra vez, la Ronda del Milenio. Por otro lado, a finales de febrero se producirá la marcha de los zapatistas sobre México D.F., acompañados por un importante contingente de los *Tutte Bianche* de Ya Basta y otros movimientos sociales; en marzo se llevará a cabo un encuentro de la red en proceso de cristalización de AGP-Europa en Milán; y en abril una asamblea mundial, también de la AGP, en Cochabamba.

En suma, las luchas contra el capitalismo global que se han desarrollado en estos últimos años han adquirido un gran relieve internacional, ayudando a romper la imagen especular de inevitabilidad y pretendida «bondad» de la globalización económica y financiera, que generó el pensamiento único a principios de los noventa. Las movilizaciones contra las cumbres de las instituciones que gestionan (e impulsan) la «globalización» han cumplido también un papel trascendental en la deslegitimación de dichas estructuras. Y al mismo tiempo, se ha creado una diversidad de redes de resistencia a la «globalización», que actúan como verdaderos organismos vivos, en constante evolución, generando una fuerte conciencia de solidaridad internacional, un nuevo internacionalismo, y una importante sensación de conexión, de que no se trabaja y se resiste de forma aislada. Lo cual es

un elemento adicional que refuerza las resistencias, dentro de su enorme diversidad, contra el capitalismo global. Las instituciones del capitalismo global tienen miedo al porvenir, han perdido en gran medida el poder de controlarlo y predecirlo. El presidente del Banco Mundial, Wolfensohn, ha afirmado que: «Una de las cosas que pueden desestabilizar a los países desarrollados (ya no sólo a los de la Periferia) son las continuas protestas en todo el mundo, y el que las cifras (de desigualdad en el reparto de la riqueza y extensión de la pobreza) se están volviendo tan apremiantes que corremos un serio riesgo» (*El País*, 23-9-2000).

Pero para no ir sólo de cumbre en cumbre, quizás se debería señalar (como se apuntó en la primera parte del texto) que es preciso profundizar en la repercusión que el capitalismo global está teniendo en las realidades locales, para combatirlo también desde muchos otros ángulos, pues no se debe olvidar que será preciso reforzar las resistencias locales, afianzarse en lo local, como paso no sólo para la resistencia, sino asimismo, y en especial, para la transformación emancipadora. Acumulando fuerzas, generando proyectos y actividades al margen de la lógica del mercado y del capital, construyendo redes comunitarias, poniendo en común reflexiones y debates, rescatando y recreando nuevos valores humanos y solidarios, desocupando espacios del poder, enfrentando los valores, estructuras y comportamientos patriarcales, y otras formas de opresión y discriminación, al tiempo que adquirimos conciencia de nuestras propias miserias. A nadie se le escapa la enorme dificultad de estas tareas, no sólo por su propia complejidad, sino por tener que operar en un entorno crecientemente hostil, tanto por el auge de la ingobernabilidad (no antagonista) a todos los niveles que se está generando, como también por las propias dinámicas que impondrán las estructuras de poder para impulsar su proyecto (lo que está ocurriendo ya). Y todo ello siendo conscientes de que no sólo estamos en una época de cambios profundos, sino que hemos entrado ya, de lleno, en un profundo cambio de época.

Encarando el previsible fin del crecimiento, del progreso y del desarrollo

Muy probablemente estamos entrando en una etapa de fuerte caída del crecimiento económico a escala mundial, que tal vez derive en una recesión planetaria, arrastrando consigo una intensa caída de los precios (deflación) de todo tipo de activos (bursátiles, financieros, inmobiliarios...) y evaporándose una riqueza «ficticia» que se había ido generando en los últimos años, al crecer los precios de éstos bastante por encima de la evolución de la «economía real». Esto afectará al poder adquisitivo de esos aproximadamente quinientos millones de personas en el mundo (ver texto de la primera parte), que con su poder de compra estaban tirando del crecimiento de la economía mundial, y por extensión incidirá en muy amplios sectores sociales a escala planetaria que sobreviven participando en la producción y los servicios que satisfacen las «necesidades» de esa demanda. Tal escenario tendrá muy fuertes repercusiones políticas y sociales, afectando seriamente a la geopolítica mundial. No hay que olvidar que los sectores sociales privilegiados⁷² que hasta ahora se han beneficiado de la «globalización» son sobre los que se sustenta, principalmente, la legitimidad (y estabilidad) de las democracias occidentales. Y es por esto por lo que una recesión-deflación mundial puede afectar de lleno a la gobernabilidad de los Estados del Centro. En el resto del planeta ya se ha intentado apuntar la fuerte crisis de legitimidad y la inestabilidad de sus estructuras estatales, que se puede ver aún más acentuada por la probable recesión-deflación mundial.

Por otro lado, otras circunstancias pueden ayudar a agravar las oscuras tonalidades de este escenario. La nueva coyuntura de encarecimiento de los precios de la energía, en concreto del petróleo, que se verá probablemente agudizada en esta década al cruzarse la curva de la oferta y la demanda a escala mundial (ver texto de la primera parte), puede actuar de freno adicional al crecimiento económico,

así como otros límites ecológicos que se vayan sucediendo en el camino de la necesidad de expansión irrefrenable del actual modelo productivo. Ello permite entender mejor cómo los Estados del Centro afilan sus Fuerzas de Intervención Rápida para garantizar el acceso (de forma militar, si es necesario) a esta fuente básica, el petróleo, de crecimiento de sus economías⁷³ y de la economía mundial. Garantizar los flujos del «oro negro», que provendrán cada vez más de Oriente Medio, es su objetivo.⁷⁴ La inexorable ley de la entropía hará el resto. Es decir, cada día cuesta más en términos energéticos sacar un barril de petróleo, conforme se van agotando los yacimientos más ricos y accesibles, por lo que un mayor encarecimiento de este recurso, a medio plazo, está garantizado.⁷⁵

Mientras tanto, las fuerzas del dinero intentan cada vez más emanciparse no sólo del poder político, sino de la «economía real», pensando que pueden incrementar su poder (y volumen monetario) independientemente del devenir del mundo físico. Se ha llegado a mencionar la posibilidad de crear un mercado bursátil planetario. Pero como está demostrando la actual crisis, la economía financiera está íntimamente ligada a su sustrato material, y ésta no puede tener un funcionamiento independiente o desligado, a medio plazo, de lo que acontece en el mundo de la producción y el consumo. El casino planetario del dinero virtual puede, tal vez, tener los días contados, máxime si entran en crisis los poderes político y militar que sustentan el poder del dinero.

En todo este proceso la crisis de los Estados se profundizará, alcanzando a los Estados centrales (y a estructuras supraestatales como la UE). Ya se empieza a constatar la erosión de su legitimidad por los procesos de privatizaciones de los principales servicios públicos (sanidad, educación, agua, energía, ferrocarril...), allí donde éstos ya se han producido. Y la privatización de las pensiones, donde ésta ya es una realidad (en el mundo anglosajón), va a ser otro elemento de cuestionamiento de estas políticas, en un contexto de caída de los precios de los activos financieros en los

que han invertido los fondos de pensiones. Como decía el Roto en un chiste: ¿pero qué planes de pensiones son éstos que perdemos el poco dinero que podemos ahorrar? Las clases medias de los países centrales, las únicas que, en general, podían suscribir dichos planes de pensiones, van a sufrir en carne propia la volatilidad en cuanto a la garantía de un futuro que se le hace depender del mercado; y son éstas las que votan y sostienen los entramados políticos de las democracias occidentales.

Al mismo tiempo se intenta, como sea, impulsar el crecimiento rebajando la presión fiscal en los Estados centrales. Esta gasolina para echar al fuego del crecimiento durará poco y endeudará aún más a los Estados, lo que repercutirá en la necesidad de un mayor adelgazamiento de lo que queda del Estado social. Además, si la reducción de la fiscalidad constituye un tema popular (a corto plazo), ése no es el caso en lo que se refiere a la reducción de las prestaciones sociales que dichas políticas conllevarán (forzosamente, a medio plazo). Por otro lado, el poder privativo que el Estado mantenía sobre la creación del dinero, y con ello un medio básico para reforzar su propio poder político, ha desaparecido, al haberse hecho dependiente de los intereses del capital financiero, con lo que el margen de maniobra para enfrentar posibles escenarios de crisis, desde una perspectiva «social», es prácticamente inexistente. Y a ello se suma el que el peso de las crecientes crisis financieras que provoca el funcionamiento del casino especulativo planetario se está haciendo recaer también, cada vez más, pues no puede ser de otro modo, sobre los presupuestos de los Estados del Centro, que es donde el FMI, el bombero pirómano, consigue los recursos necesarios para salvaguardar los intereses de las élites financieras. Esto obligará, a su vez, a un recorte aún más profundo del gasto social y a un endeudamiento adicional, sobre todo en tiempos de vacas flacas, cuando la actividad económica decae, pues las megaestructuras estatales también dependen, en cuanto a ingresos fiscales para mantenerse, del crecimiento económico.

No es pues de extrañar «la desafección masiva hacia las estructuras estatales. Por todas partes, quienes veían al Estado como potencia transformadora manifiestan un profundo escepticismo respecto a su capacidad para promover el cambio, incluso para asegurar el orden social» (Wallerstein, 2000). Lo que muy probablemente pone en cuestión la afirmación de que el Estado es todavía un último dique contra la expansión del capitalismo neoliberal. El poder del dinero es tal que hoy en día se dan casos tan curiosos como el de México, que tuvo que pedir créditos internacionales al FMI y otras instituciones para proveerse de un blindaje financiero que garantizase su transición política; es decir, una especie de colchón de seguridad por si se producían ataques especulativos, ante la previsible pérdida del poder del PRI y el ascenso de Fox. Y eso a pesar de que Fox ofreció, previamente, todas las garantías a los inversores internacionales durante su presidencia.

Por otra parte, empiezan ya a aflorar, con fuerza, nuevos tipos de conflictividad social, que están íntimamente ligados con la crisis ecológica, que están repercutiendo de forma importante sobre los propios Estados y que influirán adicionalmente sobre las relaciones Centro-Periferia. Crisis como la de las llamadas «vacas locas» han puesto en pie de guerra a las organizaciones de ganaderos de gran número de los países de la UE, generando importantes conflictos sociales. Lo mismo se puede decir de las subidas de los combustibles que se produjeron al inicio del otoño de 2000, que hicieron que agricultores, pescadores y transportistas (los más afectados directamente) bloqueasen los centros de distribución de combustible, carreteras, puertos y puestos fronterizos, creando importantes tensiones económicas, sociales y políticas; o de las movilizaciones que se han producido con ocasión de grandes desastres de contaminación provocados por accidentes de la minería y el transporte de combustibles (Erika, Galápagos...) en distintos lugares de la geografía europea (y mundial). El caso de Doñana es un buen ejemplo cercano, pero ni mucho menos el único. En esta oca-

sión pescadores y agricultores de la zona vieron cómo su actividad peligraba seriamente, lo que derivó en serios conflictos con las autoridades autonómicas y centrales, e incluso con los mineros que veían el riesgo que corrían sus puestos de trabajo, si se cerraba la mina de Boliden. Por otro lado, el agotamiento de caladeros de pesca, y la política de la UE en dicho sector, está poniendo en cuestión la actividad de gran parte de la flota pesquera española. Y en otro orden de cosas, los conflictos en torno al uso y disponibilidad del agua están proliferando por todo el mundo, así como las revueltas contra su privatización (Bolivia, Ecuador); y desde hace años se han instalado en el territorio español y lo harán con más fuerza en el futuro, máxime si se lleva a cabo el Plan Hidrológico.

Estos botones de muestra, que se repiten cada vez con mayor frecuencia e intensidad, indican que están apareciendo nuevos conflictos sociales que no tienen una relación directa con el conflicto capital-trabajo, que solía ser el eje central de los conflictos durante la historia del capitalismo, sino que responden a las contradicciones que se derivan entre la lógica del modelo productivo y los límites que impone a su desarrollo el entorno natural. En casi todos ellos, por no decir en todos, los afectados se revuelven contra las estructuras estatales para exigir soluciones a sus demandas. Esto acaba derivando en elevados costes que tiene que asumir el Estado, si quiere garantizar la paz social, y en un importante desprestigio del mismo como garante de la gobernabilidad y el «buen funcionamiento» de la sociedad. En el caso de los alimentos transgénicos, la empresa de relaciones públicas (la «famosa» Burson Marsteller) que asesora a la patronal del sector, EuropaBio, ha recomendado explícitamente a las grandes empresas biotecnológicas, que los producen y comercializan, que eviten entrar en debate con las organizaciones de consumidores y ecologistas, y que dejen que sean los políticos los que vendan la «bondad» e «inocuidad» de dichos alimentos (RTS, 1999). Es de prever que las crisis ecológicas y productivas⁷⁶ que se deriven de su cre-

ciente aplicación susciten fuertes reclamaciones hacia los Estados (o las estructuras supraestatales, como la UE), como responsables en última instancia de su llegada al mercado.⁷⁷

La degradación ambiental en ascenso va a resultar cada día más inmanejable, por la creciente extracción y degradación de recursos, y la generación exponencial de residuos de todo tipo que implica la expansión del capitalismo global. Estos procesos están afectando cada vez más a las relaciones Centro-Periferia, pues se intensifica la extracción de recursos de ésta y se la utiliza también, de forma incremental, como sumidero de residuos, sobre todo tóxicos. Pero la degradación ambiental ya no se puede seguir exportando a territorios recónditos, pues éstos simplemente no existen, máxime en el mundo del capitalismo global. Los llamados Contaminantes Orgánicos Persistentes hoy en día pululan por todo el planeta y tienen un elevado impacto tóxico, cuyos efectos serán más patentes a medio y largo plazo. Y en este mundo dominado por el poder del dinero, los países que no tienen nada (o poco) que vender en el mercado global, ofrecen sus territorios para que los países centrales puedan depositar allí sus residuos tóxicos, a cambio de un «puñado de dólares (o de euros)». Rusia acaba de aprobar recientemente, con la inmensa mayoría de la opinión pública en contra, el ofrecerse al mundo entero como cementerio nuclear; bueno, mejor dicho, a aquellos países (principalmente del Norte) con centrales y residuos nucleares que no saben dónde almacenarlos. Estas «bombas de relojería» irán estallando poco a poco (lo están haciendo ya), generando importantes conflictos internos y haciendo que se agudicen las tensiones entre el Centro y las Periferias sur y este.

Por otro lado, y como el mencionado informe de la CIA apunta, «la emigración legal e ilegal, que supera en la actualidad el 15% en más de 50 países, va a seguir creciendo y producirá tensiones políticas y sociales en los países de acogida, incluso cambios de identidad nacional» (Retuerto, 2000). El Norte se blindó contra esta marea incontenible que provocan las dinámicas del capitalismo

global, y que se agudizará como resultado de los impactos ecológicos planetarios. En este terreno también serán los Estados los que tengan que lidiar con esta nueva «conflictividad» que ya está desestabilizando a muchos de ellos, pues crecen las fuerzas xenófobas y racistas que la propia actuación del Estado auspicia,⁷⁸ como forma de conseguir el apoyo social a sus políticas contra la inmigración. En esta vorágine, hasta la propia «izquierda» socialdemócrata de los países centrales coge como bandera propia la lucha contra la inmigración, pues sabe de sus réditos electorales entre la población que vota. Blair marca el camino a seguir dentro de la Tercera Vía de la socialdemocracia, y ésta es una de sus nuevas banderas, junto con la supresión del derecho de asilo —otra es la defensa de la familia—; y recientemente ha planteado una «ley antiterrorista» que califica como terrorista prácticamente cualquier actividad disidente. La derecha tradicional parece que se va quedando sin banderas propias, en este corrimiento hacia la derecha del conjunto de las fuerzas políticas, intentando atrapar el voto de «centro», es decir, el de la población que acude a las urnas.

La derechización de las sociedades es fruto del miedo a la ingobernabilidad creciente de carácter no antagonista que auspicia la expansión del capitalismo global, pero que asimismo es el resultado de las propias estrategias del poder. Dicha ingobernabilidad es fruto de la extensión de comportamientos sociales desordenados: delictivos, patológicos, perversos, desviados..., individuales pero también crecientemente grupales, que se manifiestan muchas veces a través de redes de carácter mafioso que rivalizan, en ocasiones, con el poder del Estado. Gran parte de la expansión de estos comportamientos desordenados se va manifestando con un componente violento en ascenso, en muchos casos de violencia puramente gratuita, que se ejerce sobre los elementos más débiles y marginados de la sociedad: mujeres, minorías étnicas, inmigrantes... Lo cual es un síntoma del grado de deterioro social y mental que han alcanzado nuestras sociedades;

en EEUU uno de cada tres estadounidenses tiene problemas mentales (*El País*, 4-7-2000). Pero también las estructuras de poder han puesto en marcha una estrategia del «divide y vencerás», que auspicia igualmente dichos comportamientos desordenados. El reforzamiento de la estratificación social, la lucha contra la noción de ciudadanía para determinados colectivos sociales (inmigrantes, minorías étnicas...), y para los afectados por la creciente precariedad, la culpabilización de los parados y excluidos de su situación y, en definitiva, la criminalización de los pobres son muestras de una guerra civil molecular que se impulsa desde el poder para conseguir reagrupar a los sectores «normalizados» de la sociedad en torno al mismo, en base al miedo colectivo. El mensaje que se inculca a estos sectores es que los problemas sociales son problemas policiales.

A todos los niveles se intenta imponer la visión (reforzada por el mensaje mediático y virtual) de que la ingobernabilidad en ascenso sólo se puede atajar con un manejo policial, y penal, así como militar del mundo. Esta actitud permite no poner en cuestión las raíces de la creciente ingobernabilidad no antagonista, posibilita la estrategia anteriormente descrita del «divide y vencerás», y le da pie al poder para tener las manos más libres para lidiar a sus anchas con el antagonismo consciente que pone en cuestión las estructuras de poder del capitalismo global. Se asiste a un acusado endurecimiento de los Estados, pues la «cara blanda» de los mismos (el Estado social) tiene que dejar paso a la «cara dura» (el Estado policial y militar), para gestionar la ingobernabilidad. Y esto se quiere hacer, todavía, conservando un cierto ropaje democrático que legitime al Estado de cara a la población integrada, por el momento mayoritaria en los países del Norte. Es más, se presenta como una exigencia democrática, pues la opinión pública, nos dicen, pide mano dura; mientras que probablemente se estudian en la trastienda soluciones totalitarias, por si fallan en algún momento las anteriores, para que siga «progresando» el capitalismo global.

Es por ello, probablemente, por lo que se prepara, desde hace ya años, a la población mundial y, en concreto, a la del Norte, a través de las industrias de producción cultural y del mensaje mediático y virtual, a que la resolución de los conflictos en ascenso se debe realizar mediante ese manejo policial-penal y militar del mundo ya mencionado. A través de todos ellos se difunde el discurso de que la violencia (institucional) es la vía adecuada para encararlos. Se produce también una remitologización del modelo masculino, con el fin de frenar la expansión de la crítica al modelo patriarcal, que había impulsado el movimiento feminista (Muñoz, 1993), y de poner coto a la progresión a las ideologías pacifistas que se habían desarrollado en los ochenta, en un momento en que el modelo necesita operar cada vez más violentamente para intentar controlar el progresivo desorden que su propio despliegue comporta. Es el «vuelve el hombre», o «vuelve el héroe». Los Rocky, Rambo, Terminator, Robocop, etc., se han ido sucediendo a velocidad de vértigo durante los últimos años; al igual que también han ido apareciendo, en menor medida, personajes femeninos, similares, que han ido emulando el comportamiento de los correspondientes nuevos héroes masculinos. En definitiva, nuevos estereotipos que sirvan para moldear modelos simbólicos de referencia, encarnando la necesidad imperiosa de utilizar la violencia (patológica) para imponer el orden, en contextos caracterizados por desastres y convulsiones de distinto signo (la nueva especialidad de Hollywood). Esta profusión de violencia mediática busca insensibilizar a los sujetos ante la violencia real que ejerce el poder para vencer el Mal.

A nadie se le escapa que, con distintas modulaciones, se está intentando imponer un nuevo modelo de relación entre géneros de tipo neopatriarcal, pues es necesario reajustar otra vez el papel de los mismos, poniendo en su sitio el rol de cada uno, para los nuevos escenarios de crisis que se avecinan (Muñoz, 1993). De una forma sutil, en unos casos, y abiertamente manipuladora en otros, los centros hegemónicos parece que actúan a través de la realidad

mediática y virtual para redefinir las relaciones de género. Se difunde la psicopatologización de éstas, introduciendo la violencia y la componente sadomasoquista extrema como componente de las mismas. *Instinto Básico* fue un buen exponente de ello. La violencia gratuita y patológica se incorpora como aditivo principal en las relaciones interpersonales, en general, y afectivo-sexuales, en particular, dentro del mensaje que propaga el discurso mediático. Son la fuerza, la agresión, la competencia, la ley de la selva, y no el intelecto, la reflexión, la cooperación y la solidaridad, los valores que se priman desde la «realidad virtual», ocultando la complejidad de los procesos y resaltando la simpleza de que la violencia institucional, que se debe apoyar sin pestañear, será la encargada de controlar el clima de violencia y desorden generalizado que nos va invadiendo.

Pero esta «solución» para que continúe la expansión irrefrenable del capitalismo global es un callejón sin salida, también, a medio plazo. La razón es que esa vía se convertirá en una pesadísima losa que gravará el funcionamiento de las estructuras estatales. El coste económico de todo ello será ingente, y muy difícil probablemente de mantener en escenarios de reducido o nulo crecimiento, si es que éste no deviene negativo. El coste humano, social y moral huelga comentarlo. Y ya se pudo observar, hace ahora unos diez años, cómo las estructuras totalitarias del Este, cimentadas sobre un enorme gasto policial y militar, se vinieron abajo, de repente, ante la incapacidad de dar respuesta a los anhelos de libertad y a las demandas sociales. Y eso que entonces, como decía Hanna Arendt (1994): «la transformación de las clases en masas (como en el nazismo) y la eliminación paralela de la solidaridad de grupo (fue) la condición *sine qua non* para el dominio total». Pero en el caso de Occidente, a pesar del encefalograma plano en el que han logrado instalar a gran parte de la sociedad, ésa no es ni mucho menos la situación. Todavía late mucha vida en la sociedad, queda dispersa aún una considerable capacidad de reflexión crítica, y existen asimismo amplios rescoldos antagonistas,

en proceso de reconstrucción, que no son nada sencillos de acallar. Le va a resultar muy difícil al poder aplicar soluciones totalitarias, de alto coste político, que por otro lado no serán viables de mantener a medio plazo.

Las fugas que provoca la dinámica del capitalismo global están escapando ya al poder de control y seducción de los instrumentos ideológicos; y dentro de poco hasta se esfumará, probablemente, en gran medida, la capacidad de control de conflictos de la brutal maquinaria represiva que se ha impulsado y que incentiva de forma desesperada el poder. La capacidad de simulación y de espectáculo, a pesar de la potencia de la realidad mediática y virtual, se va diluyendo como un azucarillo en un café, y sólo va quedando la potencialidad de generar miedo colectivo para aglutinar bajo sus estructuras a la población integrada. Población que disminuye por momentos como consecuencia de la propia dinámica del modelo, mientras que aumenta a velocidad de vértigo en torno suyo el universo, amenazante, sobre todo en las Periferias, de excluidos por el proyecto modernizador-globalizador. Es de esperar que esta manifestación cada día más patente de la verdadera realidad logre desvelar la falsedad, hasta ahora sin réplica (Debord, 1990; López Sánchez, 1993), de la «realidad» mediática; y que en este proceso de desenmascaramiento, los diferentes sujetos sociales puedan ir recuperando su capacidad autónoma de pensar y organizarse, para poder reconstruir su futuro sobre las cenizas que va dejando a su paso el proyecto de «progreso» y «desarrollo» que impulsa el capital. El ascenso de la contestación antagonista al capitalismo global es, como se ha apuntado, una potente brisa de aire fresco en este proceso.

Madrid, febrero de 2001

Bibliografía

- AEMA (Agencia Europea de Medio Ambiente): *El Medio Ambiente en Europa*, AEMA, Copenhague, 1995.
- ALTIERI, Miguel: *Principios de Agroecología Aplicables a una Agricultura Familiar Sustentable*, I Seminario Internacional sobre Agroecología, Porto Alegre (Brasil), octubre de 2000; Emater (en prensa), Porto Alegre, 2001.
- ÁLVARO, Gregorio: «La Nueva Alquimia: La Transgénesis». En: *Viento Sur*, nº 45, julio de 1999.
- ARENDRT, Hanna: *Los Orígenes del Sistema Totalitario*, Taurus, Madrid, 1994.
- ATTAC: *Bilan des Manifestations et Initiatives des 6-7 de Decembre a Nice*, ATTAC, París, diciembre de 2000.
- ANNAN, Kofi: «Una Reunión de Trabajo, No una Celebración». En: *El País*, 6-9-2000.
- BANCO MUNDIAL: *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000-2001*, BM, Washington, 2000.
- BARLOW, Maude: «Blue Gold. The Global Water Crisis and the Commodification of the World's Water Supply», International Forum on Globalization, San Francisco, 1999.
- BAUDRILLARD, Jean: *La Ilusión del Fin*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1993.
- BELLO, Walden: «From Melbourne to Prague: The Struggle for a Deglobalized World». *Boletín sobre las Instituciones Financieras Internacionales*, Friends of the Earth International, Amsterdam, octubre de 2000.
- «2000: The Year of Global Protest Against Globalization». En: *Focus on Trade*, nº 58, enero de 2001.
- BERMEJO, Isabel: «Consecuencias Ambientales y Sociales de la Ingeniería Genética», Encuentro Internacional «La Agricultura y la Alimentación en las Relaciones Sur-Norte», Barcelona, marzo de 1999.
- BONET, Pilar: «¿Dónde Están las Fronteras de Europa?». En: *El País*, 10-12-2000.

— «Entrevista con Karl Lammers (Líder de la CDU)». En: *El País*, 26-1-2001.

BROWN, Lester: «Challenges of the New Century». En: *State of the World*, W. W. Norton & Company, New York-London, 2000.

CE (Comisión Europea): *Europa 2000 Plus. Cooperación para la Ordenación del Territorio Europeo*, CE, Bruselas, 1994.

— *European Energy to 2020*, CE, Bruselas, 1995.

CEMCC (Coordination Européenne de les Marches Contre le Chomage): *Nice 2000: Mobilisations aux Marches de l'Europe Sociale*, París, diciembre de 2000.

CEO (Corporate Europe Observer): *Europe Inc. Dangerous Liaisons between EU Institutions and Industry*, A SEED, Amsterdam, 1997.

— *Europe Inc. Regional and Global Restructuring and the Rise of Corporate Power*, Pluto Press, London, 1999.

COUGHLAN, Anthony: *Some Preliminary Criticisms of the Treaty of Nice*, TEAM. Bruselas, diciembre de 2000.

DEBORD, Guy: *Comentarios a la Sociedad del Espectáculo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1990.

EEB (European Environmental Bureau): *Review of the Vth Action Programm*, EEB, Brussels, 1996.

EGIREUN, J.: «De Praga a Niza». En: *Viento Sur*, nº 53, noviembre de 2000.

FEITO, José Luis: «Política Monetaria y Cambio de Ciclo en EEUU». En: *El País*, 15-1-2001.

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: *Contra la Europa del Capital y la Globalización Económica*, Ed. Talasa, Madrid, 1996.

— (2000 a): «Transporte versus Sostenibilidad: Movilidad Motorizada, Globalización Económica y "Proyecto Europeo"». En: Barreno, Pedro (ed.): *La Ciencia en tus Manos*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.

— (2000 b): «Globalización, Territorio y Población». En: *Àgora* (Centre d'Estudis Polítics y Socials), nº 4, 2000.

FERRARI, Sergio: *Foro Social Mundial. Un Balance Imprescindible*, Servicio de Prensa Alternativa, Porto

Alegre (Brasil), enero de 2001.

FOEE (Friends of the Earth Europe): *Recomendaciones de la Conferencia para una Europa Sostenible*, FOEE, Bruselas, 1995.

GALLEGO-DÍAZ, Soledad: «¿Alguien Sabe lo que Piensan en el Este?». En: *El País*, 16-12-2000.

GARDELS, Nathan: «Entrevista a Condoleezza Rice». En: *El País*, 17-12-2000.

GARTON ASH, Timothy: «La Cuestión de Davos». En: *El País*, 5-2-2001.

HALIMI, Serge: «Cuando el Estado Penal Excluye a 4 Millones de Electores». En: *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 2000.

HALIMI, Serge y WACQUANT, Loic: «Democracia a la Americana». En: *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 2000.

HATHAWAY, David: *¿A Quién Interesan los Transgénicos?*, I Seminario Internacional sobre Agroecología, Porto Alegre (Brasil), octubre, 2000; Emater (en prensa), Porto Alegre, 2001.

IPCC (Panel Internacional sobre el Cambio Climático): *Tercer Informe Científico sobre el Cambio Climático*, IPCC/NUU; Nueva York, 2001.

KASIUS: «Las Movilizaciones contra la Globalización se Trasladan a Niza». En: *Molotov*, nº 9, enero de 2001.

LÓPEZ SÁNCHEZ, Pere: «Todos, Mayoría y Minorías en la Barcelona Olímpica. Apuntes para el Gobierno de lo Social en la Ciudad-Empresa». En: *Economía y Sociedad*, nº 9. Madrid, diciembre de 1993.

MENÉNDEZ DEL VALLE, Emilio: «Para Cuando la Ampliación de Europa». En: *El País*, 5-12-2000.

MRG (Mario): «Una Pequeña Victoria Conseguida entre Tod@s». En: *Molotov*, nº 6, octubre, 2000.

MUÑOZ, Blanca: «Medios de Comunicación y Género», Jornadas sobre Espacio y Género, Universidad Carlos III, Getafe, 1993.

NNUU: *Aclarando las Cosas. Algunos Datos sobre las*

Naciones Unidas, Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, Nueva York, 1998.

ORTEGA, Andrés: «Sin Brújula y con Ansiedad». En *El País*, 29-1-2001.

PARSONS, Robert: «Ley del Silencio sobre el Uranio Empobrecido. Las Mentiras de la OTAN Encubiertas por Naciones Unidas». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), febrero de 2001.

PRIETO PÉREZ, Pedro: «Lo Tenemos Crudo». En: *El País*, 6-9-2000.

PRODI, Romano: «Prioridades para el Fomento del Empleo y el Crecimiento Europeo». En: *El País*, 7-2-2001.

RAMONET, Ignacio: «Por el Futuro de la Humanidad». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), abril de 1998.

RAVEN, Peter: «Sólo un Tercio de las Especies Sobrevivirá». En: *El País*, 15-8-1999.

RETUERTO, Ricardo: «El Futuro según la CIA». En: *El País*, 31-12-2000.

RISING TIDE: *Shut Down Climate Talks*, Rising Tide Coalition, Amsterdam, 2000.

RMOTUE (Reunión de Ministros de Ordenación del Territorio de la Unión Europea): *Perspectiva Europea de Ordenación del Territorio*, Nordwijk, junio, 1997.

ROBERT, Anne Cecile: «Una Carta de Derechos Fundamentales Bajo Mínimos». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), diciembre de 2000.

RTS (Reclaim The Streets): *El Lobby de la Industria Biotecnológica Europea Contrata a Agresivos Especialistas en Gestión de Crisis* (Filtración del documento sobre la estrategia de relaciones públicas de EuropaBio), Reclaim The Streets, Londres, 1999.

SAMPEDRO, Javier: «Entrevista a Jeremy Rifkin». En: *El País*, 15-6-2000.

SINAL, Agnes: «El Clima Rehén de los Lobbies Industriales». En: *Le Monde Diplomatique* (edición española), febrero de 2001.

SOROS, George: *La Crisis del Capitalismo Global. La*

Sociedad Abierta en Peligro, Temas de Debate, Madrid, 1999.

TEAM: *The Institutional Reform* («Comparecencias ante el Parlamento Europeo en Relación con la Cumbre de Niza». TEAM. Bruselas, diciembre de 2000.

VARGAS LLOSA, Mario: «¡Abajo la Ley de la Gravedad!». En: *El País*, 5-2-2001.

VERCAMEN, François: «La Cumbre de Niza o la Búsqueda de un Liderazgo de Superpotencia». En: *Viento Sur*, nº 53, noviembre, 2000.

WALLERSTEIN, Immanuel: «¿Qué Era el Tercer Mundo?». En: *Le Monde Diplomatique*, septiembre, 2000.

Notas

1. Una versión de este texto se presentó también en las Jornadas «Hacia una Economía Sostenible», organizadas por Bakeaz en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, y cuyas ponencias han sido publicadas recientemente.
2. En los últimos tiempos se asiste a un incremento generalizado y espectacular de desequilibrios y desordenes interiores de toda clase: depresiones, insomnio, ansiedad, neurosis, anorexias, bulimias, ludopatías... y, recientemente, hasta el enganche y la dependencia de internet.
3. Este porcentaje era del 3% a principios del siglo XIX, del 15% a comienzos del XX y del 33% en 1950 (Beauchard, 1993), y se prevé que alcancen a más del 60% de la población mundial en el 2025 (NNUU, 1996). Asimismo, la globalización, al desarticular las sociedades del Sur y sus mecanismos internos de regulación demográfica, está contribuyendo también a que se dispare su natalidad (Harris, 1991).
4. La guerra franco-prusiana, la lucha interna entre marxistas y bakuninistas, junto con proudhonistas, así como la derrota de la Comuna de París provocan el fin de la Iª Internacional.
5. La IIIª Internacional se crea a partir de la Revolución rusa, como respuesta al marasmo que provocó en el movimiento obrero el apoyo de las direcciones de la Segunda Internacional a sus respectivas burguesías nacionales con ocasión de la Primera Guerra Mundial, rompiendo el internacionalismo. La IIIª Internacional se liquida por Stalin, en 1943, como exigencia de Roosevelt y Churchill antes de abrir el segundo frente en Europa (Claudín, 1970). Por otro lado, en 1938, Trostky impulsa la creación de la IVª Internacional, lo que haría que Stalin orquestase su asesinato en 1940.
6. Entre los cuales el más importante, sin duda alguna, fue el anarquismo español, especialmente en la década de los años treinta, hasta que fue prácticamente aniquilado por el franquismo tras la llamada guerra civil. También el consejismo, de la fallida revolución alemana posterior a la Primera Guerra Mundial, enlaza con estas corrientes.
7. La conferencia de Bandung aglutina principalmente, en un primer momento, a la mayoría de los países africanos y asiáticos que habían roto con el vínculo colonial, más la China comunista y la Yugoslavia de Tito. Más tarde, tras la revolución cubana, se incorporarían algunos países latinoamericanos (Wallerstein, 2000).
8. Hasta el movimiento sufragista, que exigía el voto para las mujeres, se desarrolla en Europa occidental, a caballo entre el siglo XIX y XX,

- en gran medida al margen de los partidos tradicionales de la izquierda, aunque más tarde éstos asumen sus reivindicaciones. Este derecho no se conseguiría en los principales países europeos hasta después de la Gran Guerra, y en Francia hasta 1945. En EEUU los movimientos de mujeres a favor del derecho a voto lograron esta reivindicación a finales del siglo XIX.
9. Cabe resaltar también una cierta influencia ideológica del llamado movimiento situacionista, que llega a crear su propia internacional (1957-1972), uno de cuyos máximos representantes sería Guy Debord (Verdaguer, 1999), y que enlaza con la crítica al Capitalismo de Estado de la URSS iniciada por «Socialismo o Barbarie» en 1949.
10. La globalización financiera se vería incentivada por la desvinculación del dólar respecto del oro (fin del patrón dólar-oro), que Nixon acomete en 1971, y por el fin de los cambios fijos que se completa en 1973. A partir de entonces se asiste a un progresivo predominio de la economía financiero-especulativa sobre la «economía real», que se intensificará en los ochenta y noventa con la creciente desregulación financiera.
11. Lo que es funcional con la Nueva División Internacional del Trabajo; es decir, la creciente deslocalización industrial del Centro hacia la Periferia (Sur), que se intensifica a partir de entonces.
12. Una vez superada, «felizmente», la etapa de los sesenta y, sobre todo, los setenta, en la que había sido preciso recurrir al apoyo de dictaduras militares para yugular las vías propias de «desarrollo», el ascenso de gobiernos de izquierda o la lucha contra los movimientos guerrilleros. En este sentido, el golpe militar de Pinochet (1973) marca un hito y sirve de verdadero banco de pruebas para la aplicación de las políticas neoliberales de los *Chicago Boys*, que más tarde se aplicarían en todo el planeta.
13. Que consolidó la transformación de China hacia un capitalismo *sui generis*, bajo la égida del Partido Comunista. Si bien China hacía años que había iniciado, tras la muerte de Mao, su progresiva apertura e integración en la economía mundo capitalista —bajo el lema, impulsado por el propio Partido Comunista: «Enriquecerse es un deber patriótico»— y tan sólo quedaban residuos marginales como Cuba, Corea del Norte, Mongolia o Libia; y, en otro orden de cosas, Irán o Afganistán.
14. Donde están presentes transnacionales «ecologistas» como Shell, Monsanto, Dupont, Río Tinto, BP..
15. Este movimiento surge a partir de las campañas de acción directa que impulsan grupos ecologistas radicales (Earth First, Alarm UK...) contra la construcción de grandes infraestructuras de transporte y contra la expansión irrefrenable de la movilidad motorizada, confluyendo posteriormente con el movimiento de ocupación urbana y con grupos de defensa de los derechos civiles y ciudadanos.

16. El contenido del AMI se intenta empujar, en la actualidad, a través de diferentes vías. Una, es su inclusión en las negociaciones de la llamada Ronda del Milenio de la OMC (ver más adelante). Otra, es la incorporación de parte de sus contenidos en el llamado Transatlantic Economic Partnership —Partenariado Económico Transatlántico— o nuevo mercado transatlántico entre EEUU y EU, hecho que tendrá una dimensión global por la importancia del área de libre comercio que configuraría y porque el resto de mercados mundiales deberían aceptar estas condiciones si quieren negociar con él; o también en acuerdos como el que se ha establecido entre la UE y México, o como el que se quiere firmar entre la UE y Mercosur. Y una última, es a través de la reforma de las competencias del FMI, ampliando aún más sus cometidos en los temas de inversiones mundiales, más allá de los puramente monetarios. De hecho, en los préstamos que ha estado concediendo a los países del sudeste asiático para «hacer frente» a las consecuencias de las crisis financieras se han incorporado parte de las condiciones del AMI.
17. En estos procesos hay que ser conscientes de que, aun siendo la política el arte de la suma, como dice mi buen amigo Pere, puede haber sumas que resten.
18. Los principales temas que se pretenden incluir en la Ronda del Milenio son: inversiones (incorporando los contenidos del AMI), licitación pública (para abrir el gasto estatal al capital transnacional), competencia, servicios (sanidad, educación, agua...), comercio electrónico, eliminación de barreras «no tarifarias» (legislación nacional y normativas que impidan el libre comercio) y patentes sobre la vida (ampliando lo ya acordado sobre propiedad intelectual en Marrakech). Por otro lado, estaba previsto en la Ronda Uruguay seguir con la desregulación en sectores como agricultura, servicios, propiedad intelectual..., en donde pudieran llegar a incluirse algunos aspectos de la Ronda del Milenio (George, 2000).
19. En las movilizaciones contra la guerra del Vietnam, los sindicatos (AFL-CIO) se posicionaron contra las mismas, apoyando a la policía (Elliot, 1999).
20. La *Fast Track* es una prerrogativa del presidente de Estados Unidos para poder negociar, sin interferencias del Congreso, asuntos internacionales (en el caso que se comenta, los acuerdos de libre comercio en toda América, desde Alaska a Tierra de Fuego). En dicha ocasión el Congreso, presionado por la opinión pública y las movilizaciones, no le concedió a Bill Clinton dicha prerrogativa.
21. Como apuntaría John Zerzan: «En un país donde el derecho al dinero y la propiedad pasa por encima de cualquier otro derecho, es sólo una forma de señalar y defenderse de los que ejercen la verdadera violencia: las multinacionales y la tecnología, que degradan nuestra comida, nuestras aguas y nuestros hábitats, todos los que anteponen su avaricia sobre la vida de millones de personas en el mundo» (Roma, 2000).
22. Después de meses de rifirrafe entre los investigadores públicos y privados (Celera Genomics), se prepara una operación de marketing mundial, sin precedentes, a ambos lados del Atlántico, liderada por Bill Clinton y Tony Blair, junto con los protagonistas públicos y privados de los «descubrimientos», para anunciar al mundo entero el porvenir radiante que nos espera tras la secuenciación del genoma humano.
23. Desastres como Chernobil, Bhopal, Seveso, Exxon Valdez... están derivando, ya desde hace años, en un paulatino y constante deterioro de la imagen, hasta no hace mucho incontestada, del desarrollo de la ciencia y la tecnología.
24. La CIOSL también ha suscrito el *Global Compact* (CEO, 2000 c). No sabemos si recibirá, asimismo, una compensación económica por ello.
25. El AMI, tal y como estaba concebido, permitiría la eliminación de cualquier tipo de restricción estatal a la compra de tierras y recursos naturales, de industrias y servicios de toda índole —incluidos los culturales— y hasta de todo tipo de activos financieros y divisas, y asimismo posibilitaría la supresión de cualquier condicionamiento a la inversión transnacional. Los únicos sectores que quedaban al margen del AMI eran la defensa y la policía.
26. Es decir, condicionar la percepción de una prestación social para los desempleados a la aceptación de cualquier tipo de trabajo, con una remuneración por debajo de la del mercado de trabajo. Ésta es una de las grandes aportaciones del gobernador Giuliani, de Nueva York, que está causando furor en EEUU. Blair lleva un tiempo haciendo algo parecido, continuando el camino emprendido por Thatcher. Y la cumbre de la UE en Lisboa ha marcado ya también la misma dirección para el espacio comunitario.
27. Japón, junto con otros países de la OCDE (Nueva Zelanda, Australia...) de la cuenca del Pacífico, quedan bajo otros esquemas de «protección» y acción militar, en conjunción con EEUU, que no alcanzan ni de lejos el papel preeminente de la OTAN.
28. Piden acceso a los mercados del Centro, recursos financieros y tecnología barata, el 0,7% del PIB de los países del Norte para ayuda al «desarrollo», reducción de la deuda externa, no inclusión de ningún tipo de normativa social, ambiental, laboral mínima mundial de obligado cumplimiento, etc. (*El País*, 11-4-2000).
29. En algún momento entre el 2004 y el 2010 se alcanzará el pico máximo de producción, a partir de ese momento la producción decaerá. La demanda entonces superará a la capacidad de la oferta, provocando un probable brusco encarecimiento del crudo. «No es imaginable la sustitución, en el tiempo que queda, del transporte aéreo, marítimo o

- terrestre, o de la agricultura mecanizada, por las energías eólicas, solar o nuclear, que sólo producen electricidad» (Prieto Pérez, 2000).
30. En gran medida a costa de la pequeña y mediana actividad productiva y de introducir en la esfera de la economía monetaria actividades hasta ahora al margen del mercado.
 31. Que mantienen sus ahorros en divisas fuertes, y en muchos casos en activos e instituciones financieras fuera de sus países, al abrigo de sacudidas financieras en relación con sus monedas respectivas.
 32. Imposibles de materializar hoy, debido a la lógica actual del capitalismo global.
 33. Experiencias de trueque y creación autónoma de monedas locales, que permitan satisfacer las necesidades humanas básicas y desarrollar las potencialidades humanas, individuales y colectivas, al margen de la dictadura que implica las actuales formas de creación de dinero y acceso al mismo. Vía necesaria para una gran parte de la población dependiente que va quedando al margen de la economía monetaria del capitalismo global y para aquella que decida voluntariamente salirse de su dinámica. Éste será uno de los caminos para la reconstrucción de las economías locales, bajo criterios sociales y medioambientales decididos autónoma y colectivamente, fuera de la lógica excluyente y depredadora del mercado mundial y del sistema financiero.
 34. Gran parte de estos planteamientos son los que inspiran el funcionamiento de la red AGP (PGA, 2000).
 35. Signos de ello no faltan. Quizás uno de los más paradigmáticos, por su magnitud, fueron las revueltas sociales en Los Ángeles en 1992. Pero continuamente asistimos a crisis, estallidos sociales y revueltas en las metrópolis del Centro, del Sur y del Este, que nos indican que las metrópolis se transforman en espacios de desorden, crecientemente ingobernables; es decir, en los lugares de máxima entropía social.
 36. La crisis de legitimidad de la OMC ya fue analizada en la primera parte de este trabajo.
 37. Se denunciaron también importantes violaciones de derechos humanos con los detenidos (acosos sexuales, torturas, insultos...).
 38. Se excluye del derecho a voto a la población que está, o ha estado, bajo condena penal.
 39. Convirtiéndose en el sistema de *Welfare* más caro, pues cada preso cuesta al Estado la friolera de 20.000\$ anuales (Halimi, 2000). Claro que también generan importantes perspectivas de negocio.
 40. Bush ha llegado a manifestar que EEUU no puede ser la policía del mundo, y ha criticado a Clinton por implicar a las tropas estadounidenses en Haití o Somalia.
 41. No hay que olvidar que la propia CIA ha manejado, como posible escenario para el 2015, el que la alianza entre EEUU y «Europa» pueda saltar por los aires por cuestiones de seguridad, en su batalla por la

- hegemonía mundial, y que se puedan dar alianzas entre Rusia, India y China frente a Occidente (Retuerto, 2000). Algunas potencias europeas, como Gran Bretaña, intentan apuntarse ahora a este carro para no quedar descolgadas de sus «beneficios».
42. En el África subsahariana y en los países del Este, lo que afecta a más de mil millones de personas.
 43. Y «hasta los bancos con alcance mundial están ayudando al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo a conceder créditos a los pobres para que pongan en marcha sus propias empresas» (NNUU, 1998).
 44. Se había hablado de incorporar como miembros permanentes a Alemania y a Japón, que habían quedado marginados por razones históricas, y de ampliar, también con el estatus de miembros permanentes, a algunas potencias regionales del llamado Tercer Mundo. Se habían mencionado los nombres de Brasil, Nigeria e India, es decir uno por continente; si bien estos candidatos suscitaban problemas regionales, p.e., en el caso de Argentina, por su rivalidad con Brasil, o por parte de Pakistan, por sus conflictos con India.
 45. Tales como el comercio de «permisos de emisión», el mecanismo de «implementación conjunta» o el llamado de «desarrollo limpio». Se intenta crear un nuevo mercado, el del comercio internacional de los permisos de emisión, que va a posibilitar la creación de nuevos productos financieros y de más volumen de crédito. Y los mecanismos de «implementación conjunta» o de «desarrollo limpio» posibilitarán, entre otras cuestiones, subvencionar inversiones en la industria nuclear (que no emite CO₂) en la Periferia sur y este.
 46. Se prevén más de 150 millones de refugiados ambientales para el 2050, debido al cambio climático (inundaciones, sequías y subida del nivel del mar), así como que trescientos millones adicionales pueden llegar a verse afectados por la malaria (R. T., 2000).
 47. Hasta ahora la Revolución Verde ha conseguido una elevada productividad agraria a costa de incrementar el uso exponencial de agua, combustibles fósiles y fertilizantes químicos y sintéticos (provenientes en gran medida del petróleo), y embarcarse en un círculo vicioso de uso de pesticidas y herbicidas químicos para el control artificial de las plagas y las malas hierbas. Como consecuencia de ello, se ha producido una creciente contaminación de los recursos hídricos, los suelos y el aire, así como una pérdida considerable de biodiversidad, al tiempo que un intenso abandono de la población de las áreas rurales. Ello está derivando también en una pérdida de suelo fértil (erosión, toxicidad de los suelos, salinización...) y un agotamiento de los recursos hídricos de muchas zonas, y desde hace años se asiste ya a una pérdida de productividad, requiriéndose cada vez más insumos para conseguir la misma cantidad de producción final; incluidos pesticidas (altamente tóxicos) pues se

está perdiendo la guerra contra las plagas, lo que repercute gravemente sobre la salud humana. Asimismo, la Revolución Verde ha conseguido una creciente dependencia del sector agrícola de las grandes empresas mundiales del sector agroalimentario, sin resolver las raíces del incremento del hambre en el mundo, que se ha intensificado en los últimos 50 años. El «Tercer Mundo» se ha convertido en estos años en exportador de alimentos no básicos, mientras que se ve obligado a importar (y a pagar, en divisas fuertes) alimentos básicos del Norte.

48. Es probable que se incremente la población mundial afectada por alergias de todo tipo y cáncer (que se han disparado en el mundo en paralelo con la Revolución Verde), que quede afectada la capacidad reproductiva de la especie humana (y de muchas otras), así como que se den posibles mutaciones genéticas, cuyo efectos más palpables se vislumbrarán a medio plazo. Esto último es debido a que se introducirán caracteres genéticos ajenos por completo a una especie, por ingeniería genética, entre especies que jamás se habrían cruzado en la naturaleza (Altieri, 2001); si bien estos riesgos son por ahora difíciles de evaluar.
49. Esta «libre» circulación de personas se refiere al movimiento interior entre los países miembros (lo que más tarde se conocería como espacio Schengen, que no afecta a todos los países miembros), mientras se va construyendo paralelamente la llamada «Europa fortaleza» de cara al exterior.
50. En este sentido, la privatización de los sistemas europeos de pensiones pretende generar unos volúmenes de capital privado, a través de fondos de pensiones, de dimensión comunitaria, que puedan competir con los anglosajones, mucho más desarrollados, pues tanto en EEUU (y Canadá) como en Gran Bretaña el proceso privatizador lleva bastante años de adelanto, y han generado unos volúmenes de capital privado que son los que proporcionan la gasolina necesaria para que operen los llamados inversores institucionales (grandes fondos de pensiones y de inversión), de enorme dimensión en el caso del mundo anglosajón, que tienen una proyección mundial.
51. La City de Londres podría ser, pues es uno de los principales centros financieros mundiales, el mayor mercado de cambio de divisas del mundo y el enclave de mayor concentración bancaria del planeta. Sin embargo, el hecho de que Gran Bretaña todavía no haya ingresado en el euro, y los vínculos privilegiados que mantiene con EEUU, hacen que otras plazas financieras europeas la observen con distancia y temor, aunque también con envidia.
52. Son cuatro las cuestiones que abordaba el Tratado de Niza: tamaño de la futura Comisión Europea, redistribución de votos en el Consejo Europeo, recorte del derecho de veto en beneficio del voto por mayoría cualificada, y la ampliación y concreción de las llamadas «cooperaciones reforzadas».
53. El presidente de la Comisión obtiene nuevos poderes, y será designado por mayoría cualificada.
54. El Estado español consiguió que los Fondos de Cohesión y Estructurales —para no perderlos totalmente— no pasaran a la mayoría cualificada hasta el 2007; Alemania que las decisiones sobre inmigración y asilo sigan siendo tomadas por unanimidad, para seguir controlando este «problema» que le puede afectar de lleno; Gran Bretaña ha logrado lo mismo en relación con la política fiscal y social, para no poner en cuestión su modelo ultraliberal, que además favorece claramente a la City (por la opacidad fiscal); y Francia sobre la sanidad, cultura y educación, presionada por una opinión pública crecientemente opuesta a las políticas neoliberales, así como sobre la PAC, que otros Estados quieren cargársela y que no sea financiada por Bruselas.
55. Se plantean tres vías distintas para bloquear una decisión: mayoría cualificada de votos (que han sido modificados para cada país, beneficiando a los grandes), mayoría simple de Estados y que éstos representen al menos el 62% de la población del conjunto de la UE.
56. Hasta ahora existe «tan sólo» lo que se llama Grandes Orientaciones de Política Económica, que define el Ecofin, es decir, la reunión de ministros de economía y finanzas de los quince.
57. La confederación se distingue de la federación y de un Estado unitario por el reducido número de prerrogativas supranacionales: moneda, defensa, política exterior, mantenimiento del orden, ciudadanía... (Vercammen, 2000)
58. En algunos países ni siquiera llegó al 30% (GB el 23% y Holanda el 29,9%). Y en varios de ellos no se alcanzó el 50%, entre ellos los dos principales: Alemania y Francia (Finlandia el 30,1%, Suecia el 38,3%, Portugal el 40,4%, Alemania el 45,2% y Francia el 47%) (*El País*, 15-6-1999).
59. En el caso español, ha bajado sensiblemente el sentimiento «europeísta» en su población. En su seno predominan ya los insatisfechos con la «construcción europea», así como se ha incrementado sustancialmente la falta de aceptación de la moneda europea (48% frente al 41% a favor) (*El País*, 15-1-2001).
60. Cuando se produzca la ampliación al Este los principales países receptores, los llamados «países de la cohesión», dejarán de serlo: primero, porque los Fondos de Cohesión se quieren eliminar para los países que ya están en el euro; y segundo, porque la ampliación bajará la renta media comunitaria, y ello hará que muchas de las regiones objetivo 1, que están en los países de menor renta de la actual UE, no puedan acceder entonces a dichas subvenciones. Y los recortes en la PAC (que implicará la profundización del libre mercado mundial, en el seno de la OMC, en materia agrícola) incidirán en la misma dirección.

61. En la primera tanda probablemente se incorporarían: Polonia, República Checa, Hungría, Estonia, Eslovenia, Chipre y Malta.
62. Las proyecciones auguran pasar del 79% de población urbana a nivel comunitario, a mediados de los noventa, al 83% para el 2005 (CE, 1994).
63. De hecho, en la actualidad el marco presupuestario para el 2000-2006 ya ha estallado por los costes de la guerra contra Yugoslavia, el Pacto de Estabilidad con la Europa del sudeste y la gestión de la crisis de las «vacas locas». Esos costes pueden ser aún más altos si EEUU se retira de los Balcanes. Eso plantea serios interrogantes acerca de cómo será posible, en el futuro, el funcionamiento de una federación con un presupuesto tan limitado.
64. En su declaración final denunciaba las políticas de las instituciones financieras internacionales y su impacto sobre las mujeres, y se definía contra la especulación financiera, a favor de la Tasa Tobin que gravase las transacciones especulativas, por la anulación de la deuda del llamado Tercer Mundo, contra la manipulación genética, etc.
65. En junio de 1992, en la cumbre de Copenhague, se empieza a gestar una contestación al «proyecto europeo», acudiendo al encuentro principalmente grupos nórdicos. En la cumbre de Madrid, de diciembre de 1995, se retoma la coordinación europea tras varios años en que los principales grupos que cuestionan el «proyecto europeo», los nórdicos, se habían volcado en la actividad de los referéndums de acceso de sus distintos países a la UE (Suecia, Noruega, Finlandia y, también, Austria). Pero aparecen también organizaciones de otros países que cuestionan el «proyecto europeo» desde muy diferentes perspectivas (ecologista, feminista, social, antimilitarista, de derechos humanos...) En junio de 1997, más de 50.000 personas acuden, convocadas por las llamadas Marchas Europeas contra el Paro, la Precariedad y la Exclusión Social, a manifestarse contra la «Europa» neoliberal y la aprobación del Tratado de Amsterdam y el Plan de Estabilidad, en la cumbre europea que tiene lugar en dicha ciudad holandesa. Esta manifestación supuso la confluencia final de diferentes marchas, o columnas, que atravesaron el territorio de la UE, desde sus extremos más recónditos, iniciándose algunas de ellas en los espacios limítrofes (Marruecos, la ex Yugoslavia, Polonia). Más tarde, en junio de 1999, una cifra inferior, unas 20.000 personas, concurren en Colonia con ocasión de la cumbre europea en dicha ciudad. Los contenidos se amplían y se incluye asimismo el rechazo al racismo y el apoyo a los inmigrantes y a los «sin papeles», así como un rechazo expreso a la intervención de la OTAN en Yugoslavia. En todo este proceso se va consolidando poco a poco una crítica anticapitalista al «proyecto europeo», y no sólo al carácter neoliberal del mismo, o a la creación de un proyecto supraestatal que pone en cuestión la identidad y la democracia de los Estados-nación.

66. Marchas Europeas contra el Paro, la Precariedad, la Exclusión Social y el Racismo y ATTAC. Aparte de su rechazo al fin de la «Europa Social» que está significando la «Europa S.A.» que se construye, cabe resaltar su reivindicación de una renta básica universal, o ingreso garantizado, sin ningún tipo de discriminación por edad, sexo u origen.
67. De hecho, hay temor a las movilizaciones sociales en Suecia, durante su presidencia de la UE en este semestre, de cara a los dos cumbres previstas: en Estocolmo, en marzo, y en Gotemburgo, en junio.
68. Fuera de las consabidas recetas de impulsar la Ronda del Milenio en la próxima cumbre de Qatar, y la necesidad ineludible de acometer la Nueva Arquitectura Financiera Internacional.
69. Él mismo es consciente de los oscuros nubarrones que se ciernen sobre el capitalismo global, y la urgente necesidad de regular los flujos especulativos. Soros, una vez que ha amasado una verdadera fortuna especulando, pregona ahora la necesidad de poner restricciones al capitalismo especulativo, para que éste no entre en una crisis sistémica. Es decir, para que no se vaya al garete (Soros, 1999)
70. Si bien alguno de los organizadores del Foro de Porto Alegre, como el Movimiento de los Sin Tierra, junto con muchas otras organizaciones de Vía Campesina, principalmente las del «Tercer Mundo», y en concreto las asiáticas, mantiene una presencia activa también en la AGP
71. Esto es, la cancelación de la deuda externa de la Periferia, la eliminación de los programas de ajuste estructural del FMI y BM, la paralización de la Ronda del Milenio, el control del movimiento de los capitales especulativos (con la implantación de la Tasa Tobin), la eliminación de los paraísos fiscales, nuevas reglas del comercio mundial... (Ferrari, 2001).
72. Las élites del Centro y la Periferia, y las clases medias del Centro y lo poco que queda de ellas en las Periferias sur y este.
73. Para el 2020 se acentuará la dependencia energética de la UE respecto de terceros países, pasando su grado de dependencia del 50% actual al 70-75% para dicho horizonte. En el caso del petróleo, el grado de dependencia será considerablemente superior: llegará al 90% (CE, 1995).
74. Hoy en día el 70% del petróleo mundial sale de los países árabes, en el 2010 será el 95% (Prieto Pérez, 2000).
75. En EEUU, en 1950, se necesitaba un barril de petróleo para extraer cincuenta; hoy en día se extraen sólo cinco. Y en el 2005 costará un barril extraer otro; entonces ya no se extraerá más (en EEUU) aunque el barril se pusiese a 1.000 \$ (Prieto Pérez, 2000). Es por eso por lo que Bush busca petróleo en Alaska.
76. Ya se han dado en EEUU crisis productivas en agricultores que han utilizado productos transgénicos, p.e. el algodón transgénico de Monsanto, que se caía de la planta, estropeando la cosecha.

77. En el caso europeo ha sido el Tribunal de Justicia Europeo el que ha obligado a los Estado miembros a retirar la prohibición (de algunos de ellos) de comercialización de alimentos transgénicos. Y el Parlamento Europeo ha ratificado recientemente la decisión (de la Comisión) de eliminar la moratoria, aunque con ciertas salvedades, como la obligación del etiquetado si los alimentos tienen un determinado porcentaje de productos transgénicos.
78. Es de resaltar el incremento o la importancia de las fuerzas políticas xenófobas y racistas en Austria, Noruega, Flandes, Holanda, Dinamarca, Francia y Alemania (especialmente en el este), y a otro nivel también en Italia. En el caso español, los sucesos de El Ejido, entre otros, apuntan también a un auge del racismo, que se puede ver incrementado por la actual Ley de Extranjería que, por otro lado, traslada a la legislación española los acuerdos de la Cumbre Europea de Tampere.

Incomunicado

Tocas una tecla del ordenador y la pantalla te mantiene
[ocupado.

Todos tus problemas tienen solución, cómodamente
[instalado,

y estás muy lejos de la vida real, sabor, dolor, masturbación,
golpeando, corriendo con los riesgos.

Vivir un código humano.

Vives conectado, ser articulado, ser desconectado,

[incomunicado.

Un día de éstos te encontrarán con sobredosis de
información y escrito en la pantalla eliminado.

Vives conectado, ser articulado, ser desconcertado,

[incomunicado.

Aquí es donde la muerte es sólo una palabra:

Eliminado.

Eliminado.

Eliminado.

L.PR (La Polla) *Carne para la picadora*

Directorio del MAM

Andalucía:

Ecologistas en Acción Sevilla
Parque de San Jerónimo
41015 Sevilla
Tel.: 954 904 241
ecologistas.sevilla@nodo50.org

Movimiento contra el Paro,
la Pobreza y la Exclusión
Social
Movimiento Anti-Maastricht
de Málaga/Casa de Iniciativas
C/ Postigo de Arance, 11
29011 Málaga
Tel.: 952 28 57 08
Hersan@nodo50.org

Aragón:

MRG Zaragoza
Ecologistas en Acción
C/ Cantin y Gamboa, 26
50002 Zaragoza
Tel.: 976 39 84 57
308539@eueez.unizar.es

Asturias:

MRG-Asturias (Oviedo,
Gijón) Ecologistas en Acción
C/ El Peso, 8, 2º
33009 Oviedo
Tel.: 985 205 472
valdes@nodo50.org

Canarias:

Acción Ciudadana contra la
Globalización Neoliberal
C/ Diamante, 15, 1º A1
(Municipio: Telde)
35200 Gran Canaria
Tel.: 928 69 90 34
zambraca@cgtrabajosocial.es

Comité Canario de Solidari-
dad con los Pueblos
C/ Pintor José Aguiar, 6
38208 La Laguna (Tenerife)
Tel.: 922 25 07 35
ccsp@eurosur.org

Cantabria:

Colectivo Asaco
C/ Alta, 89, bajo
39010 Santander
Tel.: 94 203 19 57

Castilla - La Mancha:

Asoc. Sociocultural Grupo
Cinco
C/ Jorge Turner, 8
16004 Cuenca
Tel.: 969 23 55 88
grupo5@teleline.es

Castilla y León:

Baladre-Burgos/Bar Zurich
C/ Petronila Casado, 47, bajo

09007 Burgos
Tel.: 947 23 65 29
Kropot68@hotmail.com

Catalunya:

MRG-Catalunya/El Lokal
C/ de la Cera, 1 bis
08001 Barcelona
Tel.: 93 329 06 43
mrg@pangea.org
mrgpremsa@pangea.org
mrggirona@latinmail.com
(MRG-Girona)
busqueta@teleline.es
(MRG-Lleida)
matarranya@hotmail.com
(MRG-Tarragona)
crits@yahogroups.com
(MRG-Terrassa)

Euskadi:

Asamblea contra el TAV
C/ Padre Larroca, 8, bajo
20001 Donostia
Tel.: 943 36 25 42

Berri Otxoak
Apdo. 18
48901 Barakaldo
Tel.: 94 43 88 328

Hemen Eta Munduaren
Hikaateneo
Muelle Ibeni, 1
48006 Bilbo
Tel.: 630 546 782
hemun@nodo50.org

Mugarik Gabe
C/ Zapatería, 31, 1º
31001 Iruña (Navarra)
Tel.: 948 21 08 22
mugarik@nodo50.org

Galicia:

CGT C/ Urzeiz, 81
36204 Vigo
Tel.: 989 643 14 76

La Rioja:

Baladre
C/ San Prudencio, 10, 3º B
26004 Logroño
pioneros@campus.es

Madrid:

CAES
C/ Atocha, 91, 2º
28012 Madrid
Tel.: 91 429 11 19
Caes@nodo50.org

Ecologistas en Acción
(Comisión Internacional)
C/ Marqués de Leganés, 12
28013 Madrid
Tel.: 91 531 23 89
Ecologistas.Madrid@nodo50.org

Movimiento Anti-Maastricht
C/ Campomanes, 13, 2º
28013 Madrid
Tel.: 91 547 42 16
maast@nodo50.org

mrgmadrid@hotmail.com
(MRG-Madrid)

Murcia:

La garba de los mengues
C/ Carril Huerto Quintano,
36, bj
30100 El Puntal (Murcia)
Tel.: 968 24 79 37

País Valencià

CGT
C/ José Reus García, 3
03010 Alicante
Tel.: 965 170 717
sua_cgt_alicante@ctv.es

Corcó
Avda. Selgas, 70, 4, Puerta 8
46800 Xàtiva
Tel.: 655 13 25 84
Javintxu@hotmail.com

Kolektivo de Jóvenes La
Coma
Plaza Benicarló, 10
Barrio de La Coma
46980 Paterna (Valencia)
Tel.: 96 364 20 79

Fin de siglo

Dicen Europa del este... la tierra es redonda y yo no
[entiendo ná.

Te chorizamos algo de plutonio,
la ciencia no cobra y tiene que vivir.
Y dicen cosas sobre el tercer mundo,
para ver pobreza no hay que irse de aquí.
Aquí van a ponernos una enorme valla porque las chabolas
ensucian la visión.
Mi mundo fin de siglo.
Roban ojos a los niños.
La bomba está a tu alcance...
si pagas su precio.
El que mueve la ruleta no te enseñará.
Son «rebeldes» malcriados como sus papás.
Hijos de encargo y el Papa que aborta tras un embarazo
poco deseado.
Y Mari Puri siempre sola en su casa jamás nunca nadie la va
a visitar.
Tomemos algo por nuestros colegas,
por vivos y muertos nos tomamos dos,
y luego hablemos de la arqueología,
la piedra de costo que se nos perdió.

L.P.R. (La Polla) *Bajo presión*

EPÍLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

DIEZ MESES QUE HAN PARECIDO DOS AÑOS

Manolo Sáez Bayona

Noche incierta

«Dónde me lleva la noche incierta
voy en la lancha con las luces apagadas
Llevo un paquete que contiene una sustancia ilegal
ni el que me espera en la orilla es Jesucristo
ni yo soy Pedro el pescador.
Dónde me lleva la noche incierta
con el dinero que me rinda la faria
mejoraré mi situación y la de mi familia
y aunque la tía que me espera no es la virgen
yo también soy hijo de dios
dónde me lleva la noche incierta en mi barquito de motor.»

La Polla (L.P.R.), *Bocas* (diciembre 2001)

A la hora de actualizar el texto anterior que escribí para el libro *Globalización Capitalista, luchas y resistencias*, me planteé que fuesen unas letras producto de entrevistas, charletas... de y entre todas las gentes del Movimiento AntiMaastricht de Málaga y por supuesto de Baladre. Así que me puse manos a la obra, participé en reuniones de evaluación de lo que fue el Encuentro de La Garrotxa (Girona), de preparación de las acciones contra las cumbres de Barna y Génova, pero sobre todo de creación de lo que se ha dado en llamar el Encuentro del Bosque, en Andalucía, de los grupos y gentes que luchan allí contra la globalización capitalista.

Nuestras letras parten de la evaluación de los últimos meses de luchas y búsquedas conjuntas, con sus respectivos momentos estelares (La Garrotxa, Barcelona, Génova, Madrid, El Bosque, Zaragoza...), a la vez que de la reflexión que venimos haciendo en los últimos años sobre cómo comunicarnos/relacionarnos/coordinarnos las gentes que nos oponemos a la Europa del capital y la globalización económica. En esta búsqueda de un texto que cuenta con diferentes aportaciones, hablamos con Cristina, Marisa y Jose de Tenerife; con David, Leticia, Luis... y otras personas del País Valencià; con Rocío, Gustavo... de Madrid; Garbi, Marta, Paquita, Mariano... de Euskadi; Armand, Trini, Guiomar, Josep Manel, Quim... de Cataluña; Luis, Galo, Marta... de Murcia; Bettina, Francisco, Águeda, Alberto, Sito, Luis, Juan y un larguísimo etcétera de Andalucía; Alicia de Valladolid; María, Óskar... de Burgos; Iván, María... de Logroño; Alejandro, Miguel... de Cantabria; Luis... de Zamora, etc. Lo hicimos así por la convicción de que era necesario hacer un esfuerzo por recoger el máximo de opiniones antes de sacar estas letras en forma de artículo del libro que tienes en tus manos. De seguida he de decir que el conjunto de lo escrito es responsabilidad de quien lo firma y que de seguro todo lo que a continuación se expone no ha de ser, no lo es, compartido por todas esas personas que han servido de fuente/base a estas letras.

Pero no contentas con esta recogida de ideas y opiniones, pedimos a Guiomar y Armand que nos hiciesen llegar por escrito unas notas a modo de lluvia de ideas sobre las distintas iniciativas «antiglobalización capitalista» que se han ido sucediendo en los últimos ocho meses. Para rematar el trabajo de recogida nos reunimos en la pastelería más linda de la Tierra, ni más ni menos que en la Panadería Busqueta de Bellpuig (Lleida). Allí, alrededor de unos magníficos dulces, nos sentamos a charlar durante unas horas sobre lo sucedido en los últimos meses, grabando dos largas horas de esta interesantísima tertulia de café, que contó con la presencia de Josep Manel, Salud, Guiomar, Armand y el que firma este

artículo. Han sido varias las veces que he leído los textos recibidos y las cintas de aquella inolvidable tertulia; ahora sólo espero hacer una síntesis de tantas dudas y opiniones, con la intención de que todas nos sigamos preguntando, sin miedo, cómo construir un espacio de encuentro de personas y grupos que luchamos contra la Europa del capital y la globalización económica; cómo hacerlo sin estructuras verticales, fomentando la coordinación horizontal, el apoyo mutuo; desde un desarrollo local y territorial fundamentalmente; incorporando toda la diversidad que existe en lo social, sin ingenuidades suicidas, ni sectarismos destructores de cualquier posible proceso de encuentro. De momento seguimos en la nada, con muchas dudas, planteándonos cómo conseguir el mínimo acuerdo entre el máximo de personas y grupos que nos permita comenzar a sembrar una verdadera semilla, que puede llamarse: coordinación de gentes y grupos «antiglobalización capitalista».

Los trenes de Kosovo

Regresan los trenes cargados de
Pobre gente, pobre,
Ojos que a ninguna parte miran
Vienen de ninguna parte
Y en parte alguna ven su destino.
Regresan los trenes de un mundo que
Imaginábamos muy lejos
Pero nos despierta el traqueteo de
Ruedas y de lobos,
Las tinieblas de un mundo demasiado
Cercano
La tristeza por no haber sabido decir
Basta.
Lloran los trenes vacíos de la
Pobre gente, pobre
Y sin un nombre ni una casa ni un

Fuego donde quemar tanto desespero.
Cuando el dolor no tiene carnet,
No tiene nombre
Se hace dolor de todo y todos
Participamos de él
Todos nos dirigimos hacia el viejo
Exilio,
Si es que el exilio no lo llevamos
En el corazón.
Chirrían los trenes,
¿Cuál es el odio que los empuja?
¿Cuál la rabia que emponzoña tanto amor?
Tal vez nosotros en el andén
Contemplando cómo pasan...
Tal vez nosotros a la máquina
Desde hace tiempo,
Mientras vamos contando los largos
Vagones...
Corren los trenes la luz de la
Pobre gente, pobre
Señala el camino pavoroso y tenaz
De una Europa en plena noche.
Regresan los trenes de un tiempo que
Imaginábamos muy lejos
Y nos despierta el traqueteo de ruedas
Y de lobos,
Las tinieblas de un tiempo demasiado
Cercano,
La vergüenza por no haber dicho basta.

Lluís Llach *Temps de Revoltes*

1. La Garrotxa (Girona): un nuevo encuentro, ¿y ahora qué?

Durante la llamada Semana Santa de 2001 (12 al 15 de abril), distintas personas, colectivos, organizaciones y redes

sociales de todo el Estado español nos reunimos en una casa de colonias en La Garrotxa, a poquitos kilómetros de Banyoles (Girona). El objetivo del encuentro era hablar del papel de la Unión Europea en los procesos de globalización económica.

Para hablar del encuentro de La Garrotxa hemos de retroceder en el tiempo a un año atrás (Semana Santa del año 2000) y situarnos en Málaga, en lo que fue un encuentro estatal del Movimiento Anti-Maastricht, al que acudimos cerca de 300 personas de múltiples y diversos lugares y colectivos de la Península. Allí entre muchas de las propuestas que se discutieron estaba la del futuro del Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica. Teníamos encima de la mesa una propuesta de descentralización del movimiento, apostando por el desarrollo territorial y el trabajo local. De Málaga salimos convencidas de la necesidad de vernos, por lo menos una vez al año, disponiendo de un tiempo suficiente como para poner en común nuestras luchas y búsquedas. Planteándonos responder adecuadamente a la necesidad de relacionarnos entre nosotras y actuar juntas, de manera centralizada o descentralizada, según fuese lo más adecuado en cada momento.

Todas las personas y grupos que estuvimos en Málaga sabíamos que estábamos cerrando una etapa de acercamiento/enunciado de la lucha contra la Europa del capital, que había llegado el momento de hacer un punto y seguido en nuestro camino; dotándonos de nuevas formas de relación y acción, ante la nueva situación que se había creado tras Seattle. Llegaba el momento de definir las luchas «antiglobalización» a nivel local y territorial; a la vez que ir creando ejes sectoriales y transversales de lucha (antimilitarismo, precariedad y exclusión social, contrainformación, género...).

Luego vendría la cumbre del Banco Mundial de Praga y las movilizaciones que se sucedieron, que ponían al descubierto, aún más, la urgencia de concretar la formación de redes de apoyo mutuo, entre personas y grupos que luchamos contra la Europa del capital y la globalización económica. Con las pri-

sas de ir a Praga bajo un paraguas común, desde lo social, nace el MRG de Cataluña, que es suma de grupos y personas que estuvieron en Málaga y nuevas gentes que desean ir a decir NO al Banco Mundial a Praga. En estas condiciones es como los grupos del MRG de Cataluña asumen la organización del encuentro estatal de La Garrotxa, entendiendo que tras un trabajo de localización del espacio y definición de contenidos, todas las personas que acudirían a La Garrotxa harían suyo el encuentro. Así que uno de los objetivos de este encuentro era concretar cómo nos íbamos a relacionar las gentes y grupos «antiglobalización» del Estado español, de manera estable y duradera en el tiempo. Por otro lado, se quería hacer un esfuerzo, entre todas, de formación sobre el papel de la actual Unión Europea en los procesos de globalización económica.

Antes de seguir hemos de asumir todos la responsabilidad de cómo salió el encuentro, dado que hubo dos reuniones previas abiertas y la posibilidad de enviar propuestas de cara al desarrollo del mismo. Asimismo, es de justicia reconocer el importantísimo trabajo que realizaron las gentes del MRG de Cataluña (Terrassa, Girona, Lleida, Barna...); a ellas hemos de agradecer que hiciesen posible la continuidad del movimiento. Dicho esto, eso no excluye que entre todas no fuimos capaces de cubrir todas las necesidades que tenían los grupos antiglobalización y, más en concreto, las de sentar unos mínimos de relación. Lo que luego sucedió es fruto de las circunstancias múltiples y diversas que convergían en ese momento en el llamado «Movimiento Antiglobalización» y de las dificultades que todas evidenciamos durante esos días, de cara a implicarnos/proponer iniciativas que cubriesen las carencias que se sentían y percibían.

La casa de colonias de la Garrotxa, un lugar ubicado en uno de los extremos de la Península, con difícil acceso en transporte público y no fácil localización, fue durante tres días un hervidero de ilusiones, charlas, reuniones temáticas, encuentros y desencuentros (no podía ser de otra manera). Pero después de diez meses de ese encuentro, seguimos sin saber quiénes estuvimos, de dónde veníamos,

a qué grupos/colectivos pertenecíamos...; al igual que perdimos la oportunidad de conocer cuáles eran las motivaciones y expectativas de quienes fuimos, qué esperábamos de todo aquello y, sobre todo, cómo y cuándo nos volveríamos a ver para el mismo fin. Fue una sorpresa ver a 280 personas militantes de subidón, con ganas de hacer, buscar, construir... pero incapaces de concretar una propuesta de mínimos de relación de nuestras luchas locales y territoriales. Al final se impuso el voluntarismo ante el vacío de compromisos en ese terreno, saliendo una comisión de cinco personas voluntarias como responsables de volvernos a ver en Madrid, los días 8 y 9 de septiembre, para decidir cómo actuar ante la presidencia europea del Estado español en el primer semestre de 2002. Y es que quizás el problema fue de explicitación de objetivos, de ir a formarnos sobre las consecuencias de las políticas de la Unión Europea, en lugar de aprovechar más para intercambiar experiencias.

A mucha gente no se nos escapó que ese encuentro estuvo muy mediatizado por el momento de los MRGs de Cataluña y, sobre todo, por lo que luego se llamaría Campaña Barcelona 2001, con su propuesta de contracumbre. De nuevo el calendario del mercado y sus instituciones nos condicionaba, y prevalecía la urgencia de la respuesta al Banco Mundial en el mes de junio a la necesidad de formas claras, mínimas de relación, conocimiento y apoyo duraderas.

Por momentos, en La Garrotxa muchas personas se sintieron como si tuviésemos una amnesia colectiva y nos olvidásemos que desde 1992, pero sobre todo a partir de octubre de 1994, muchas personas y grupos venimos concretando luchas puntuales contra la Europa del capital y la globalización económica. Daba la impresión de que estas luchas habían nacido hacia unas decenas de días. Ello pudo deberse a que se quedaron cortos los espacios de intercambio de experiencias de lucha; seguramente por guiar éstos alrededor de lo sectorial, que implicaba introducciones previas de cómo estaban, en general, estas luchas sectoriales, y un enunciado de las propuestas más importantes en cada

una de ellas. Pero fundamentalmente se hizo corto el tiempo que dedicamos a estos menesteres.

A nadie se le escapa que el llamado movimiento «antiglobalización» llegó al encuentro dividido, con excesivas tensiones entre las personas que durante todos estos años estuvimos buscando caminos que abrieran las puertas de estas luchas a más gentes y grupos. Se diría que el «crecimiento» rápido del movimiento entre el encuentro de Málaga (mayo 2000) y La Garrotxa (abril 2001) posibilitó el nacimiento sistemático de nuevos grupos, en múltiples ciudades y pueblos, que contaban con personas nuevas en estas luchas, en la mayoría de los casos animadas por la gran repercusión mediática de las últimas contracumbres o, simple y llanamente, porque habían encontrado un espacio adecuado a su momento personal de negación de este mundo y de lucha por otra manera de entender la vida. Sea por lo que fuere, de repente nos encontramos con un vacío del pasado; personas y grupos que lo habían configurado se callaban, tomando un papel marginal, de acompañamiento en ese momento. Pero todo eso se hacía desde la serenidad, con la sana intención de abortar cualquier lucha estúpida y suicida por capitanear la nueva nave antiglobalización. Fue mucha la gente que no entendió el total silencio de quienes hasta entonces llevaban un trabajo continuado de estimulación de luchas y creación de grupos, redes... «antiglobalización» en el Estado español.

Por otro lado, el nacimiento de nuevos grupos como ATTAC, que sí tienen una gran preocupación por su propia visualización como espacio de organización «antiglobalización» o por otra globalización, se notó y mucho. Estos grupos tienen otra manera de hacer, que da prioridad a la marca de la casa, y tienen, digamos, una cierta necesidad de proponerse como referente. Así las cosas, vimos cómo el espacio de toma de decisiones sobre el futuro de las relaciones entre grupos y personas de colectivos antiglobalización quedó relegado a una sucesión de relatos cortos y largos sobre próximas cumbres y reuniones internacionales, a la vez que se daban a conocer las redes internacionales existentes. Lo único que salió por los

pelos fue la ya conocida comisión de personas voluntarias que asumían la convocatoria de una próxima reunión en Madrid, los días 8 y 9 de septiembre del 2001.

El que no se llegase a mayores compromisos, o a iniciar un debate de propuestas de cómo relacionarnos, desde la prioridad del trabajo local/territorial, enmarcándolo en lo sectorial/transversal y concretito; pues eso, que la responsabilidad es de todas las personas que allí estuvimos. Eso no evita que muchas personas que evalúan aquel encuentro piensen que no se cumplió uno de los objetivos que más demandaban: el de la relación y coordinación horizontal de luchas.

Bueno es recordar muchas opiniones que coincidían con lo que nos escribía Guiomar sobre la importancia del encuentro humano. Es decir, que cabe resaltar que estos encuentros cumplen un objetivo no siempre explícito: el de punto de encuentro, y por eso es importante no olvidar los momentos más lúdicos: de fiesta...; y que para mucha gente de Cataluña ese encuentro fue una inyección de moral, ya que sirvió para la concreción de algunos proyectos como la del Grupo de las Invisibles. Un grupo que se propuso trabajar la desobediencia civil utilizando una nueva estrategia basada en la filosofía de los «Tute Bianche» de YA Basta, en Italia. El objetivo de este grupo era hacer «visible lo invisible», la invisibilidad de todas aquellas personas excluidas por el sistema. Y para ello la utilización de unos trajes o «monos» blancos para explicar de una manera muy gráfica lo de la invisibilidad. Esta estrategia se puso posteriormente en práctica en las manifestaciones Contra la Campaña del Banco Mundial en Barcelona.

Ante la experiencia de La Garrotxa, Armand nos hacía llegar un texto, cuanto menos curioso e interesante, que encabeza así:

«Nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.»
(Gabriel Celaya)

¿Para qué sirven las jornadas? ¿Para formarnos? ¿No es mejor leer libros sobre el tema que nos interese? Algunos ya

empezamos a estar hartos de escuchar siempre lo mismo a los mismos. ¿No sería necesario establecer niveles de formación que ayudasen a cada cual a escoger el tema y la profundidad que le interesen, que le ayudasen a lo que hace a nivel local dentro de una perspectiva global? Hay personas que descubren el mundo a costa del aburrimiento de las que llevan años en la lucha.

¿Son una excusa para tejer redes? Entonces hagamos encuentros de organización o de coordinación entre los que no desconfiamos de nuestros propósitos. Aunque la distancia dificulte el trabajo continuado.

La propuesta sería organizar jornadas de debate con diferentes grados de conocimiento y encuentros de coordinación donde se organicen campañas conjuntas e intercambios de experiencias reales. Es decir, no podemos limitarnos a hacer ruedas donde se explica escuetamente a qué organizaciones pertenecemos; debemos explicar nuestra vida y milagros para que podamos identificar nuestros recursos y nuestras necesidades. No estoy hablando sólo de intercambios que sirvan al movimiento, sino de redes de ayuda mutua que enriquezcan nuestra vida diaria. Hay que romper esta esquizofrenia que nos convierte en militantes de fin de semana y en usuarios de bancos y supermercados de lunes a viernes.

Estos encuentros sirven precisamente para eso, para encontrarnos. Conocemos a gente y estrechamos lazos efectivos entre conferencia y conferencia. Seguramente para fortalecer una organización sea más importante el sentimiento que la ideología; por eso no sería tan absurda la propuesta de suprimir parte del contenido político de las reuniones y ampliar los espacios que construyan vínculos personales que den continuidad a las protestas y propuestas.

Lo mejor de Girona fue la fiesta y esos actos de autofirmación que nos hacen cantar juntos reconociéndonos como miembros de una misma especie, aunque ni siquiera sepamos las letras de las canciones que han acompañado el viaje de la izquierda radical. Estamos tocando fondo.

2. Barcelona 2001: una odisea invisible

«Quieres identificarnos, tienes un problema.»
(L.P.R.)

Con este título de Armand vamos a iniciar los comentarios sobre lo que fue la Campaña Barcelona 2001, en la que todos los grupos «antiglobalización» diseñamos algún tipo de actividad contra el Banco Mundial y la Europa del capital.

Antes de seguir, comentar el grado de tensión que produjo el introducir este tema en la Panadería Busqueta; de repente salían a la luz multitud de dudas acumuladas, mosqueos y rabia por diferentes situaciones vividas. Se diría que los sentimientos rompieron cualquier intento de análisis de lo vivido, a pesar de los 4 meses transcurridos.

Parece que Barcelona 2001 como experiencia de confluencia de luchas contra las instituciones que sustentan la globalización capitalista sacó a la luz los distintos discursos que cohabitan en el no, en la negación y, por tanto, las maneras tan diferentes de cómo actuar en cada momento.

Barcelona 2001 nace a iniciativa de la Comisión de coordinación del MRG de Cataluña y en su desarrollo va desplazando a quienes iniciaron el parto, hasta el punto de colocarse como acompañantes del mismo. Al parecer, la suma de grupos y sobre todo estructuras potentes a la iniciativa provocó, progresivamente, una lucha por imponer un modelo de respuesta ante la cumbre del Banco Mundial. Por un lado, quienes deseaban una campaña descentralizada y que ayudase a ir creando grupos locales, que ayudase a hacer visible la globalización capitalista en su pueblo o barrio; digamos que deseaban poner nombres a las cosas y definir actuaciones locales/sectoriales/transversales o territoriales. Por otro lado, algunas organizaciones partidistas y sindicales, más bien personas significativas de ellas, que fueron imponiendo un modelo de campaña centrado en una contracumbre que atrajese a los medios de comunicación de masas y que se hiciese eco de algunos contenidos por

muy mínimos que fuesen éstos. En esta lucha de ideas/objetivos y maneras de hacer perdimos un poco todas, pues de repente nacían en «muchas» ciudades del Estado español unas plataformas que, bajo el nombre Barcelona 2001, se planteaban fundamentalmente (salvo algunas excepciones) cómo llevar el máximo de gente a Barcelona en la primera semana del mes de junio.

De repente vivimos la euforia antiglobalización mal entendida, pues se presentaba como lo fundamental el estar presentes en Barna esos días para decir lo terrorista que es el Banco Mundial y el capitalismo en su conjunto. Lo malo es que esa interpretación de cómo se debe entender la lucha «antiglobalización» paralizó las pocas iniciativas locales o territoriales que se enmarcaban dentro de procesos lentos de construcción local/sectorial de lucha contra la Europa del capital; denunciando el encarecimiento de la vivienda y la enorme especulación urbanística, señalando el aumento de la precarización, denunciando la exclusión de las personas diferentes, la situación de las cárceles, el aumento del control social, la locura de los llamados trenes de alta velocidad (AVE), el modelo actual de ciudad como espacios excluyentes... Ante el aluvión de «todas a Barcelona», se consiguió concretar un calendario que incluía un día de acciones descentralizadas «locales», pero todas orientadas a reforzar de alguna manera el hecho de la contracumbre.

Tenemos que pensar una manera de responder a su calendario (el institucional/el mercado) desde nosotras, definiendo una agenda propia de trabajo, que supere el falso conflicto de sólo una manera de hacer es la válida. Se debería conseguir una agenda de trabajo sociopolítico que pueda incluir, sin trabas, estas respuestas más orientadas hacia el espectáculo. Aquí nadie sobra, pero hemos de conseguir acuerdos reales de coexistencia, que frenen la confrontación, la lucha por las banderas y marcas excluyentes.

Hemos de conseguir colocar en su lugar las estructuras de la llamada izquierda política, frenando cualquier tentación de entrar en las luchas puntuales como elefantes en la

cacharrería. Debemos conseguir que se nos respete realmente, teniendo en cuenta nuestros ritmos, nuestros procesos. Por otro lado, nosotras, quienes apostamos por modelos de relación y organización desde lo social, basados en coordinaciones horizontales, de base..., hemos de asumir lo que somos y saber compartir espacios de encuentro con otras gentes/grupos que tengan voluntad de luchar y buscar salidas a la Europa terrorista del capital.

Mucha gente vio en la desconvocatoria de la reunión del Banco Mundial un gran motivo de satisfacción, pero de esa lectura se pasó, en algunos casos, a la de ahora no tiene sentido hacer nada contra..., lo que ponía en evidencia que carecíamos de agenda propia. Recuerdo como Josep Manel hablaba desilusionado de cómo no acudía nadie a los actos que habían previsto en los pueblos de Lleida para hablar de la vida de la gente, sus problemáticas cotidianas y la globalización capitalista. Escucharlo me traía a la cabeza el debate sobre los límites de la lucha local y sectorial, sobre cómo conjugar distintos escenarios de manera cooperativa y no competitiva.

Pero en Barcelona sucedieron tres actividades que en sí mismas merecen unas letras por separado. La contraconferencia de Barna contó con poco tiempo para talleres y con «demasiadas» personalidades mediáticas. Algunas personas apostaron por llevar los grandes nombres para atraer a los focos; lo nefasto de esta iniciativa es que dejó muy poco margen, o casi ninguno, al encuentro de luchas, a los talleres temáticos..., dando prioridad a sacar conclusiones en vez de procurar hacernos las preguntas adecuadas, para intentar resolverlas, de alguna manera, a diario. Los focos fueron más fuertes que las redes, y nos volvimos a quedar sin maneras concretas de relacionarnos las gentes y grupos «antiglobalización». Muchas personas se quejaban de que en bastantes talleres existió una obsesión por sacar un texto final de conclusiones, que en algunos casos traen ya escrito aquellas personas que consideraban fundamental las referidas conclusiones. Pero esto no sucedió en todos los talleres

y hubo experiencias lindas de intercambio de informaciones sobre las luchas en que cada cual participa, poniendo encima de la mesa muchas dudas y preguntas, para ayudar a seguir mejorando nuestro hacer diario.

Otra novedad fue la iniciativa de Las Agencias (laboratorio de experimentación y desarrollo de nuevas formas de trasladar nuestros mensajes a la sociedad; de manera creativa, rompiendo los códigos establecidos; en esta apasionante tarea han participado multitud de personas del mundo de las distintas expresiones artísticas; fueron un soporte importantísimo del conjunto de la Campaña Barcelona 2001 y de otras posteriores), que fueron un foco de desarrollo de experiencias recurrentes e interesantes, sobre la visualización de realidades que deseamos mostrar a la sociedad, desarrollando actuaciones que conseguían una verdadera comunicación con el conjunto de la población. Las Agencias como iniciativa merecerían, como experiencia, que se escribiese un texto sobre su fundamentación, desarrollo, evaluación y futuro; texto que debería ser escrito por las personas que participan en tan interesante experiencia y no por quienes hemos observado con curiosidad y apoyo cómplice sus iniciativas. Os remitiré a quienes desconocéis esta experiencia a un libro publicado por la editorial Virus que lleva por título: *Cómo acabar con el Mal: Manual de guerrilla de la comunicación*; en él podréis encontrar parte de las reflexiones de las que partieron las gentes de Las Agencias de Barcelona, a la vez que podréis reconocer prácticas diversas que en los grupos sociales se vienen desarrollando en los últimos veinte años.

Las Agencias con sus modelos antiglobalización, cartelería, hojas, etc., dieron un aire fresco a las movilizaciones tanto de Barna, como luego en Tarifa y otros lugares del Estado (Xàtiva...). Recordar el autobús multiusos dotado de un montón de recursos (vídeo, pantalla grande, megafonía...) que ayudan a mejorar la rentabilidad de nuestras iniciativas de difusión y comunicación en general con el conjunto de la sociedad.

Mucha gente nos acordamos con cariño de la experiencia de la campaña «50 años bastan» y el Foro las Otras Voces

del Planeta (1994), como una demostración, una más, de que podemos y debemos entendernos entre quienes defendemos distintas formas de responder al capitalismo, para llegar a los mínimos o máximos acuerdos posibles que den paso a respuestas conjuntas. Otra experiencia más cercana fue la campaña por las 35 horas por ley, cómputo semanal y mantenimiento salarial, y la de la renta básica (1999).

Hemos de recordar que nosotras no tenemos el mismo tiempo que el poder. Ellos deciden y ejecutan, actuando sin contemplaciones. Nosotras nos perdemos entre las diferencias, pretendiendo imponer cada cual su bandera.

La tercera cuestión «novedosa» de Barcelona fue la aparición de «las invisibles», que demostraban que andamos en procesos de pruebas y búsquedas, que generan cansancios excesivamente repentinos ante los evidentes fracasos que acumulamos. Al parecer, queremos llegar al máximo de gente, pero no queremos pagar el precio de la superficialidad. Es posible que seamos un pelín irresponsables queriendo, por encima de todo, trascender... Alguno me decía que vivimos en el mundo del ocio, mayoritariamente, y así es como se viven viajes, monos, contracumbres, etc.

Lo dicho, mucho debate ha generado entre nosotras lo sucedido en Barcelona, aunque más si cabe lo que vino después en Génova.

Como en el apartado anterior sobre La Garrotxa, voy a incluir parte del texto enviado por Armand para este libro, y que tiene un doble interés por ser una persona que participó desde el principio en el MRG de Cataluña y en la definición y desarrollo de la Campaña Barcelona 2001. Aquí siguen sus comentarios y testimonios:

En la campaña de junio de 2001 contra el Banco Mundial se encontraron más de 300 colectivos. Entre ellos no estaba el MRG (Moviment de Resistència Global) Catalunya, que no quiso participar en la sopa de letras que plantearon diversos colectivos con ese afán de protagonismo que caracteriza a estos eventos; además, no es un colectivo,

sino que pretende ser un movimiento de movimientos. Pero sí que participó gente del MRG en la campaña a título individual. Lo que pudo parecer un suicidio político en un primer momento, al no tratar de capitalizar el trabajo hecho en Barcelona, resultó ser la demostración de que otra forma de hacer política es posible. Ahora el único referente que hay en Catalunya de coordinación desde la base de las luchas locales que se desarrollan en nuestro territorio es el MRG, en parte por ser el menos virtual y el único que plantea una forma de organización realmente asamblearia. Este movimiento aglutina a personas totalmente diferentes y está sirviendo para actuar de puente entre los grupos más y menos «reformistas». Un ejemplo sería el pacto de no uso de la violencia con «Resistencia Anticapitalista», en virtud del principio de división de espacios; un grupo no puede utilizar una estrategia de lucha en el espacio de otro grupo que usa otra diferente. Aunque hubo personas que no respetaron ese pacto (en parte por la actuación indiscriminada de la policía antidisturbios y por el numeroso grupo de infiltrados que animaban a participar en la destrucción de mobiliario urbano y escaparates) es un primer paso para futuras actuaciones conjuntas.

Hay que destacar en Barcelona el trabajo de dos comisiones que empiezan a ser imprescindibles en cualquier acción: prensa y legal. Gracias a la profesionalidad de quienes realizaron estas labores se pudo tener una cobertura de los medios de comunicación bastante favorable, a pesar de las imágenes de violencia y las declaraciones de determinados cargos políticos (PP, PSOE-PSC y CiU) que intentaron criminalizar el movimiento. Esto tampoco fue posible por la recopilación de numerosas pruebas testimoniales y documentales llevada a cabo por la comisión legal y que luego servirían para presentar la querrela criminal contra la delegada del Gobierno en Catalunya, Julia García Valdecasas. Por lo sucedido en Barcelona y Génova se ha llegado a la conclusión de que estas comisiones no pueden crearse de campaña en campaña, sino que tienen que

ser permanentes. Después de cada campaña quedan causas pendientes que necesitan un seguimiento y un apoyo legal. Lo mismo ocurre con los medios de comunicación, que continúan hablando del tema días después sin que quede un equipo de personas que puedan responder a las acusaciones que vierten los medios sobre nosotros, enviar comunicados de prensa o participar en debates a los que nos inviten.

Tenemos la necesidad y la obligación de poder explicarnos y defendernos. Como se vería más tarde en Génova, la represión acaba de empezar. Aunque la permanencia conlleve el peligro de la burocratización del movimiento, es necesario que haya un trabajo constante y esto requiere que alguien dedique tiempo, conocimientos y experiencia; esto no significa que no se tengan que activar mecanismos de relevo y traspaso de información.

Pero las campañas deben saber terminarse y no crear estructuras como se intentó con Barcelona 2001. Por suerte las maniobras de Izquierda Unida no han surtido efecto. La heterodoxia del movimiento es una buena vacuna contra los que siempre quieren llevar el agua a su molino. Las personas que estuvieron más activas durante la campaña formaban o forman parte ya del MRG, pero todavía hay colectivos que quieren organizarse al margen de nuestro movimiento y no sabemos si es por desconocimiento o mala fe.

En los encuentros y contracumbres hay una gran diversidad de colectivos y personas de diferentes ideologías y generaciones. Ex luchadores de la transición, oenegeros, okupas, anarkas, partidos de la izquierda tradicional al borde de la socialdemocracia, sindicalistas y muchos jóvenes con escasa formación política. Esta riqueza tiene el inconveniente de dificultar la toma de decisiones y una línea de actuación definida, pero a la vez es una ventaja porque somos un movimiento bastante imprevisible y sin dogmas. Nos nutrimos de errores, y en un mundo cambiante los cambios de estrategia continuos nos permiten

ser flexibles y adecuarnos a los nuevos enemigos. De todas formas, en ocasiones, se cuestionan acciones antes de haberlas usado durante suficiente tiempo como para comprobar su ineficacia. Por ejemplo, empezamos a cuestionarnos las manifestaciones contra las reuniones de las instituciones internacionales cuando sólo hace un par de años que hay concentraciones masivas.

Otro tema a analizar son las contracumbres, procesiones de gurus y movimientos de todo el mundo que se limitan a lanzar tópicos antiglobalización para provocar el enardecimiento de las masas. Es necesario crear espacios de reflexión e intercambio de experiencias reales, donde se puedan criticar nuestras propias alternativas a esta fase del capitalismo y no tanto levantar carpas para que vayan desfilando los distintos miembros del circo «globalifóbico», que emocionan más que informan.

Por último, hablaré de «los invisibles» o «monos blancos». Este grupo se formó en Italia para visibilizar el conflicto, para dar voz a los sin voz, trasladando a Europa la máxima zapatista de que detrás del pasamontañas están ustedes y los sin papeles, los parados, en resumen todos los excluidos. En Praga hubo personas del Estado español que los vieron actuar y se interesaron por esta forma de lucha que exponía el cuerpo y pretendía desobedecer a la policía y, encima, no tener que correr tras las cargas de los antidisturbios. Aprendieron sus tácticas de formación y cómo elaborar las protecciones para que el bloqueo o la ocupación de espacios vetados fuera efectiva. Y lo trasladaron a nuestra zona, realizando varios ensayos en Madrid y el último en Barcelona. En esta ciudad se pretendía llegar hasta la Bolsa y, según las condiciones, ocuparla. Las posibilidades fueron nulas, por el amplio despliegue policial y por el reducido número de monos blancos y de manifestantes imprescindible para apoyar los eventuales choques con la policía. Uno de los objetivos, el mediático, se consiguió, puesto que la foto de un grupo de personas acorazadas delante de la bolsa fue portada en varios periódicos.

El objetivo «militar» no pudo realizarse porque en este juego de la «escalada militar» siempre perdemos. No sabemos ni queremos jugar a la violencia; entonces, ¿por qué perdemos el tiempo en estrategias militares carísimas? ¿No podríamos conseguir el mismo efecto sin destinar tanto tiempo y dinero? Máscaras de gas, gafas, petos, rodilleras, escudos... Hemos vuelto a la Edad Media, y a brutos nadie los gana, como se vio en Génova, donde se concentró el mayor número de personas con armadura. La policía actuó con tal violencia que hubo un muerto por disparos efectuados por un «carabiniere» y una mujer en coma al ser arrollada por una furgoneta.

Mucha gente empieza a plantearse el precio que está dispuesta a pagar a cambio de hacer otro mundo posible. Si una característica tiene este movimiento es que no quiere mártires.

3. Viajando en patera de Tarifa a Génova

Después de Barna, alguna gente se fue a Tarifa a encontrarse, a reflexionar, darle vueltas a lo vivido en los últimos meses, y todo en un marco aparentemente adecuado. El título del encuentro era sugerente: «Jaque a la frontera», y quienes nos convocaban era la incipiente red estatal Ninguna persona es ilegal. Era un primer intento de sacar a la luz el problema político de las «muertes» del estrecho, desde el conjunto de grupos que participan en esa red de iniciativas que trabajan con las personas inmigrantes y sus colectivos.

Fue un trabajo arduo, basado en relaciones débiles, entre grupos acabados de nacer, con poca experiencia. Además, la construcción del proyecto procede de personas que se encuentran en espacios de búsqueda y coordinación puntual, más basados en la formación, el acercamiento a los problemas. Así las cosas, Tarifa no podía ser un encuentro de luchas, porque quienes estuvieron participando en ellas, en muchos lugares, no hacían suya la convocatoria. Se diría

que fueron las voluntades de pocas personas las que hicieron posible que nos encontrásemos en aquel camping de Tarifa.

Una no sabe cómo fue, pero como otras personas, nos sentimos con un climilla poco propicio para la escucha, el intercambio, la relación y la comunicación. Las actitudes eran dispares, sobre todo ante el qué hacer; para algunas personas ese jaque a la frontera tenía que ser una sucesión de acciones de visualización y denuncia de la existencia de fronteras para el paso de personas y del cementerio que es el Estrecho. Otras pensaban que la convocatoria era clarísima y que lo que se pretendía era establecer, en un primer encuentro, las bases mínimas de relación entre colectivos y grupos que trabajan estos temas. Luego se añadió el problema de las diferentes culturas políticas y la incapacidad de asumir la diversidad por parte de algunas minorías que querían imponer su lógica de las cosas.

Todo esto sucedía en un escenario surrealista, con inmigrantes llegando a las playas; las redes de apoyo locales (débiles) haciendo su trabajo cotidiano de acogida, al margen del encuentro en sí, como lo estaba la mayoría del pueblo de Tarifa y comunidades cercanas. Pocas veces nos equivocamos tanto en elegir un escenario de encuentro y visualización mínima de una problemática.

Allí veíamos a las gentes de Málaga, Madrid y Barna asumir con paciencia infinita las críticas desmedidas de quienes se sentían frustradas por no tener delante un campo de «guerra abierta» contra el poder establecido. Rescato parte del escrito enviado por Guiomar, cuando hablaba sobre la experiencia del campamento «Jaque a la frontera»:

Me sentí tensa porque no vi que hubiera suficientes espacios para poder hablar los temas con calma e intercambiar experiencias; lo cual también se agravó por el clima de desconfianza que había en algunos momentos debido al temor de que hubiera gente infiltrada, lo cual ponía en peligro, es cierto, algunas de las acciones que se

tenían planteadas. ESO NO QUITA que hubo talleres muy interesantes sobre desobediencia civil, teatro para visualizar el concepto de frontera; intercambio de experiencias sobre cómo se había trabajado el tema de acogida a los inmigrantes ilegales en lo local... (y por último apuntar que yo llegué más tarde y a lo mejor por eso caté que era más difícil comunicarse...)

Ella no fue la única que se sintió tensa durante esos días ante las playas del Estrecho; por momentos, algunas hablábamos de cómo vivirían estas tensiones las amigas alemanas. Aquel clima no era adecuado para tener una relación, comunicación e intercambios necesarios entre personas que trabajan esos temas y quienes nos situamos en la lucha contra la Europa fortaleza. Aunque consuela pensar que aquello pudo terminar muy mal, ante la necesidad de desarrollar el máximo de acciones directas de visualización de algunas personas. Al final, la gente que se lo curró consiguió evitar el fracaso, y al parecer reorientar las relaciones entre grupos y personas interesadas en la lucha cotidiana del colectivo de inmigrantes.

Ahora bien, esperemos que no se convoque en el futuro ningún encuentro de este tipo sin que se den unas mínimas condiciones, que nos ayuden a todas a tener las actitudes adecuadas para el intercambio de luchas/experiencias y la concreción de acciones conjuntas de visualización/denuncia.

Aprovechar para trasladar el reconocimiento a quienes hicieron posible esa iniciativa, aun en tan malas condiciones.

Casi sin tiempo de deshacer las mochilas, algunas personas se fueron a Génova. Allí, en la ciudad italiana, se iban preparando las condiciones para escenificar una de las mayores manifestaciones contra el G-8, el grupo de los siete más uno, de los últimos años. Curiosamente, quienes en su día estaban en el Gobierno italiano (Olivo) y diseñaron la cumbre, ahora, tras perder las elecciones, llegaban a acuerdos con algunos grupos «antiglobalización» locales para el desarrollo de foros, cesión de infraestructuras. El mismísi-

mo Berlusconi llamaba a negociar el desarrollo de las manifestaciones, mientras levantaban muros metálicos alrededor del barrio donde se celebraba la cumbre oficial y no dejaban de llegar policías y militares de toda Italia, para dar una lección más de terrorismo de Estado a los movimientos sociales antagonistas y reformistas.

Aunque intuíamos, preveíamos... que se iba a reprimir con dureza, no pensábamos que llegaría a tanto. Así que cuando Ramón decía que iba a haber muertos, plural, en Génova, algunas pensábamos que era posible, pero en el fondo creíamos que se equivocaría en el uso del plural. Lo cierto es que Ramón acertó, y aquello, por lo que nos cuentan, fue durísimo. Los medios de comunicación jugaban un papel claro de criminalización del movimiento antiglobalización. La estrategia de los invisibles/monos blancos tras Génova queda cuestionada, y aún andamos dando vueltas en nuestras cabezas a cómo salir de la lógica terrorista en que nos han metido los Estados, con sus aparatos represivos superengrasados y dando leña sin oposición suficiente que les pare.

Ante las movilizaciones de Génova, algunos grupos y personas del llamado movimiento «antiglobalización» apostamos por las acciones descentralizadas, locales, sectoriales, territoriales...; pero sólo se dieron cuando llegó la noticia del primer asesinato. Luego llegarían las detenciones masivas, decenas de personas heridas, torturadas, entrada en los locales del Foro antagonista, destrucción de ordenadores y enseres de todo tipo.

La gente que vivió aquello, en su mayoría, no salía del asombro. Guiomar nos hablaba de la inexperiencia ante este tipo de movilizaciones y cómo ella era quien explicaba a la gente de Cataluña que se podían producir torturas en las detenciones, pues eso sucede muy a menudo en el Estado español. La reacción de la gente ante las palabras de Guiomar en los autobuses de ida a Génova era de incredulidad, respondiendo con la duda sobre que eso pudiese quedar impune en caso de que sucediese en unas sociedades

«democráticas» como las nuestras. Incluyo parte del texto en que ella habla de esa experiencia concreta:

Mucha gente que iba en los buses no estaba preparada para lo que les esperaba en Génova. La mayoría de la gente que salió de los buses desde Barcelona proviene de diferentes trayectorias y para muchas es la primera vez que realizan acciones de desobediencia civil de este tipo y sin haber tenido tiempo de prepararse previamente. Otra cosa para reflexionar, pues si no hay trabajo previo, después no se pueden asumir las consecuencias de las acciones porque no se está preparada. Ante la falta de preparación, las circunstancias como se había desarrollado el viaje obligaban a transmitir las cuatro recomendaciones de sentido común a las que la gente respondía de esta manera.

Pues sí, compas, así está el patio, y esa experiencia lo que nos pone al descubierto es el amplio y profundo trabajo de debate, reflexión y análisis, que tenemos que desarrollar con urgencia en los grupos y colectivos que nos enfrentamos a la Europa del capital y la globalización económica. ¿Cómo transmitir la experiencia, intercambiar vivencias, informaciones? ¿Para cuándo construiremos CAJAS DE RESISTENCIA que den respuesta a tanta represión y criminalización? ¿Cómo damos forma real al APOYO MUTUO?

Armand nos envió unas letras sobre sus días en Génova, lo que él vivió y qué le sugieren esa y otras experiencias; por su interés, las incluimos a continuación:

Génova Policial Forum

La inconciencia, al contrario de lo que se pueda pensar, es la cualidad que llena más autocares «antiglobalización». Algunos turistas revolucionarios no saben muy bien a qué van y les parecen exageradas las recomendaciones que les hacen los que repiten vacaciones. La letra con sangre entra y los gases, los detenidos, torturados, desaparecidos, histéricos y atemorizados, dan la razón a aquellos que intentaron expli-

car lo importantes que son los grupos de afinidad y otras técnicas de autoprotección. Los recuentos nos desmoralizan, siempre hay un montón de desaparecidos que no acuden al punto de encuentro, porque se han perdido o se han encontrado a algún colega o se han marchado sin decir nada. La irresponsabilidad rallaría lo cómico si no hubiera un chaval sin identificar con dos tiros en la cabeza y, claro, muchas madres se atribuyen la maternidad y la confusión se desata.

Es una lástima que estas concentraciones de grupos de todo el mundo no sirvan para tejer redes y como amplificador para hacer llegar a todo el planeta nuestra crítica y nuestras propuestas; pero las alternativas quedan abogadas bajo el ruido de las balas y los helicópteros. Y una vez más, pensamos que es el momento de la victoria y hay que asaltar el palacio de invierno con una población atemorizada por el gobierno y frente a unas fuerzas del «orden» dispuestas a todo. Nos creemos estrategias observando la zona de exclusión donde se reúnen los mandatarios, medimos las calles y nos dividimos en marchas que salvaguarden la diversidad y los modos de luchar; pero la policía, que no entiende de matices, nos gasea y aporrea por igual, vayamos rompiendo cristales o colocando flores en la verja de la zona de seguridad.

Si la importancia de un movimiento se midiese por la cantidad de efectivos policiales que destinan los gobiernos para controlarlo, sin duda, empezamos a ser bastante importantes. Pero cuando quieren las reuniones las celebran igualmente. Barcelona fue una victoria pírrica, que tuvo de singular la continuación de las protestas sin estar presente la institución cuestionada; en cambio, en Génova, la cumbre se desarrolló sin molestar a los gobernantes. A pesar de eso, todavía hay algún medio de comunicación que habla de esta ciudad, donde logramos concentrar la mayor manifestación «antiglobalización» y el «Estado de Derecho» mostró uno de sus lados más oscuros, al tratar de asustar a los «activistas» con un exagerado despliegue policial y con el uso de técnicas policiales fascistas.

La cuestión es ahora debatir sobre cuál es la estrategia que debemos seguir. Continuar con los choques directos, que son muy televisivos, pero tienen un coste humano importante; o buscar otras fórmulas que, sin ser mágicas ni trágicas, nos ayuden a desenmascarar a nuestras aparentes democracias y sirvan para ensayar alternativas, educar a la sociedad, ser referentes de lo antagónico, en fin, creen movimiento y poder popular.

Mundo kaótico

Ya no quedan animales. La epidemia se los llevó.
Ya no hay plantas en la Tierra. Los mares están vacíos.

Nada corre y vuela ya.
Sólo las malditas ratas
Y los malditos humanos
quedan para jugar
en la última partida
de los parias de la Tierra.

Esta es la «lucha» final (esto es el final).
¡Sólo millones de ratas, miedo y oscuridad
contra humanos devaluados, hambre y enfermedad!

Buscando la manera
De comerse unos a otros.
Alguien debe morir.
Ya no hay causas ni culpables.
No hay recuerdos ni palabras.
Alguien debe morir.

Últimos depredadores, ¡héroes sin marcha atrás!

¡Una mancha oscura y sucia llega para matar!

Gobiernos y naciones.
Dinero y religiones.
¡Nunca, nunca jamás!
Patrones y currantes.
Banqueros y gendarmes.
¡Nunca, nunca jamás!
Tendencias culturales,

Avaricia e ideales.
¡Todo se olvidará!
No habrá más diferencias
No habrá más clases sociales.

Esto se acabará
¡Sólo millones de ratas, miedo y oscuridad!
Contra humanos devaluados, ¡hambre y enfermedad!
Últimos depredadores, ¡héroes sin marcha atrás!
¡Una mancha oscura y sucia para matar!

Kaótico (*Mundo Kaótico*)

4. Un bosque que no encontramos en Madrid y que nos llevó a Zaragoza

Como comentaba en el punto anterior, en algunos lugares y territorios del Estado español, determinados grupos y personas del llamado movimiento «antiglobalización» estábamos apostando por crear dinámicas de luchas locales y territoriales contra la Europa del capital. Con esa intención, gentes de Andalucía se plantean montar un encuentro andaluz de grupos antiglobalización en el mes de octubre y, a la vez, ir discutiendo qué posición tomar ante la cumbre de final de presidencia Europea, por parte del Estado español, en Sevilla (junio 2002). De alguna manera, el proceso del Bosque (lugar donde luego fue el encuentro andaluz de octubre) no nace de la nada, sino del trabajo del Movimiento AntiMaastricht de Málaga que, con paciencia infinita y mayor perseverancia, venía convocando en Antequera a gentes y grupos andaluces desde otoño del año 2000, con la idea de conocerse, intercambiar experiencias e ir profundizando en el conocimiento mutuo. Eran reuniones de un día, con comida incluida, espaciadas en el tiempo (cada dos meses o tres aproximadamente). A ellas no acudía mucha gente, pero las ausencias se cubrían con el trabajo de Fran y Alberto, unos artistas del mundo de los emilios y el teléfono. De estas reuniones surgió

la idea en Sevilla (MRG) y Cádiz (MRG) de vernos aquellas gentes que acudíamos a estas reuniones de manera tranquila. Tenían claro que deseaban tener un proceso real que les llevase a poder construir en el futuro una coordinación de grupos locales andaluces que luche contra la Europa del capital. Explícitamente, se quería huir de la agenda del poder, de sus cumbres y circos espectaculares. Por ello, en julio y luego en septiembre, se definió cómo ir a Madrid (8 y 9 de septiembre) al encuentro que tuvo lugar en el Centro Social de Orcasitas; se dijo de ir con voluntad de empujar todas las propuestas existentes, pero reiterando la importancia de respetar el proceso de los grupos de base andaluces, que tienen que seguir existiendo tras el mes de julio de 2002, pasada la presidencia europea del Estado español. Así las cosas, se fue a Madrid a pedir respeto y sensatez ante el interesante proceso de confluencia de los grupos de base andaluces.

Posiblemente, la falta de cintura colectiva hizo que en Orcasitas no fuésemos capaces de concretar mínimas relaciones entre territorios y grupos, pero eso es cuestión de otro artículo o de un libro por sí solito. Lo real es que tenemos formas distintas de entender la relación, que todas tenemos derecho a exponer y defender; pero en cuanto alguien quiere imponer su manera de hacer, desde su propia visión de las cosas, a partir de ese momento todo chirría y se desvanece.

El Encuentro del Bosque se ha llevado a cabo, y la asistencia de casi cien personas al mismo abre la posibilidad de nuevas experiencias de relación, coordinación y apoyo mutuo entre grupos y gentes del llamado movimiento antiglobalización andaluz.

En esta línea se mueven las reuniones comarcales y territoriales en el País Valencià o el replanteamiento de los MRGs de Cataluña sobre su futuro. La realidad nos está mostrando unos grupos incipientes, cuasi embrionarios, que desean centrar su trabajo en desvelar a nivel local las consecuencias de la Europa terrorista y de la globalización capitalista. Sacar a la luz la precariedad de nuestras vidas, la criminalización y

la represión asfixiante y en constante aumento, la comida basura que nos venden, el modelo de transporte que imponen, las cárceles como centros de exterminio, la destrucción ambiental... Pero esta búsqueda de cómo dar forma a esos grupos locales y coordinaciones territoriales entra en colisión con el proyecto de crear ahora una estructura estatal para el movimiento, que barajaban algunas personas de organizaciones partidistas y algunos grupos sociales; propuesta a la que, con el paso del tiempo, creando las condiciones adecuadas, será posible dar forma, si todos los grupos y personas vemos esa necesidad, tras mejorar el conocimiento mutuo y ganar en confianza. Personalmente espero, y deseo, que entre todas encontremos una solución adecuada, que ayude a que sumemos todo lo existente y no se excluya a nadie que desee participar y estar presente en este apasionante reto que es desmantelar la globalización capitalista.

En Zaragoza hemos recuperado la ilusión en poder hacer posible, más prontito que tarde, unos mecanismos mínimos de encuentro, entre gentes y grupos antiglobalización de los distintos territorios del Estado español. Los pasados días 23, 24 y 25 de noviembre (2001) nos juntamos en Zaragoza cuatrocientas personas; allí confluíamos por primera vez todas las redes que existen en el conjunto del Estado, y lo hacíamos reconociendo la importancia de ese primer encuentro entre todas, sin exclusiones. Interesante me resultó lo vivido en el área de paro, precariedad y sindicalismo, donde más de cincuenta personas llegamos a acuerdos suficientes como para poner en marcha una mínima práctica común. Así se decidió apoyar la manifestación del 2 de diciembre contra los Presupuestos Generales del Estado y la Globalización Económica, en Madrid. También acordamos organizar una jornada de lucha conjunta a mediados del mes de marzo de 2002... e iniciar un debate en cada territorio, cumbre o foro que se desarrolle en los próximos meses sobre los DERECHOS SOCIALES que debemos exigir hoy, aquí y ahora; comprometiéndonos también en discutir sobre todo ello en Sevilla (junio 2002). Estas propuestas del área temática

de paro, precariedad y sindicalismo se llevaron al plenario y fueron aprobadas. Igualmente, hemos quedado emplazadas en un nuevo encuentro de grupos y gentes del «movimiento antiglobalización» en febrero de 2002 en Andalucía; y nos hemos dotado de un lema común que es: «Contra la Europa del capital y la guerra, globalicemos las luchas y resistencias; otro mundo es posible».

En Zaragoza vimos que el ritmo del proceso conjunto de encuentro de luchas de grupos/colectivos/personas a nivel del Estado español va a ser lento, pues necesita que se vayan consolidando las relaciones entre nosotras, desarrollando la confianza mutua, etc. Para ello, todas hemos de aprender a gestionar nuestras expectativas, relativizar las diferencias y trabajar desde lo común, sin prisas, desde lo posible. Tenemos un interesantísimo camino por recorrer juntas.

Algunas personas y grupos salieron del encuentro de Zaragoza desilusionadas o preocupadas, en realidad desearían un ritmo mayor, llegar a más acuerdos y dar más pasos. A esas compañeras de viaje común, les animaría a seguir creando condiciones para mejorar los próximos encuentros, manteniendo las mejores actitudes posibles, que posibiliten los acuerdos mínimos de apoyo mutuo que todas ansiamos y que, pienso, pueden ser posibles, de seguir así las cosas.

Me gustó mucho el trabajo de los grupos zaragozanos en este encuentro, tanto por el máximo respeto al conjunto de personas y grupos que asistimos, como por su tarea de gestión de todas las actividades que acarrea un encuentro de estas características (espacios adecuados, moderación de plenarios, fiestas nocturnas, alojamientos, manutención, recepción...). Una se fue de Zaragoza con ganas de dar las gracias a todas y cada una de las personas que hicieron posible aquello.

Es posible que mi opinión no coincida con otras, más bien es seguro; pero a mi entender se llegó al máximo posible de acuerdos y entendimientos, asumiendo la diversidad del «movimiento antiglobalización» y lo que eso implica de búsqueda de formas y ritmos adecuados a esta realidad.

Antes de entrar a rematar el texto quiero comentar mi incapacidad para responder a distintas propuestas de modificación de lo que fue un primer borrador que pasé a seis personas cercanas, pues las demandas y observaciones en su mayoría no han sido coincidentes o, cuando lo fueron, implicaba un volver a empezar de nuevo, algo que en estos momentos no podría hacer por diferentes circunstancias (urgencia en la salida de la 3ª edición, ante la falta de libros de la 2ª, carecer de tiempo para rehacer todo el artículo que en su día nació como complementario de otros y como actualización del escrito con anterioridad para el mismo libro...); así que asumo mis limitaciones y espero que en el futuro hagamos posible otro texto.

Tras el 11 de Septiembre, se ha incrementado la criminalización de las luchas anticapitalistas en todo el mundo, eso implica que todas hemos de pensar en cómo actuar en el nuevo escenario. Por ello, nuestro amigo Ramón Fernández Durán va sacar en los próximos días un texto corto sobre lo que implica el nuevo escenario mundial; a ese escrito os remito para discutir juntas cómo responder ante tanto terror y muerte.

Punk

Soy el que nunca existió tú nunca me has visto pero vivo
aquí
soy el rey de la ciudad vivo en la basura de tu caridad
entre la putrefacción busco algo de carne en
descomposición
soy el que quiere gritar que tu sistema no tiene piedad
soy el gusano que va hacia el cadáver de tu sociedad
soy el que entrará dentro de tu ataúd
que nunca tuvo nombre y nunca tuvo cara
el que toda tu vida vivió en tus pesadillas
voy a colarme en tu hogar por las rendijas de tu bienestar
soy el que viene a matar tu tontería y tu falsa moral
soy aquel que ya no cree que somos distintos

y tú eres mejor
soy aquel que dice basta a tu hipocresía sin corazón
soy el que quiere gritar que tu sistema no tiene piedad
soy el gusano que va hacia el cadáver de tu sociedad
soy el que viene a matar tu tontería y tu falsa moral
hoy voy a celebrarte un bonito funeral
y voy a emborracharte de miseria popular.

La Polla (L.P.R.), *Bocas*

Lo dicho en el título de este artículo: han sido diez meses que una tiene la sensación de que hayan transcurrido dos años. Es posible que esta sensación de velocidad, de consumo de acontecimientos sociales, de intensidad en cada uno de ellos..., nos genere esta percepción tan preocupante, pues no es excesivamente saludable que una minoría militante nos lancemos al hiperactivismo, al margen o en paralelo a que en nuestros barrios o pueblos aumente la preocupación por hacerse socio del glorioso equipo de fútbol local o, sencillamente, aumente el consumo de automóviles de lujo y de los otros en nuestros barrios empobrecidos; o que nuestras vecinas se pasen el fin de semana paseando por las grandes superficies y haciendo colas con el coche en la ciudad del cine.

En esta sucesión de entrevistas, que realicé en los dos últimos meses entre gentes de Baladre y compas de búsqueda y lucha cercanas, he visto que es necesario poner límites a nuestros sueños y dejar de flotar en escenarios irreales. Ni lo local es la solución, ni la estructura la salvación... Aquí no existen recetas y cada cual (persona, grupo, territorio...) habrá de experimentar desde sus necesidades e intuiciones; pero no nos olvidemos de evaluar y, a poder ser, de hacerlo en compañía. Mientras resolvemos el qué hacer hoy, cómo y con quién, sugiero que no construyamos reinos de Taifas, cerrándonos en nosotras, aislándonos.

Seguimos sin resolver (aunque en Zaragoza se llegó a acuerdos interesantes puntuales) cómo nos vamos a relacionar y comunicar las gentes y grupos que vivimos y sufrimos

el actual Estado español y nos consideramos dentro de eso que se ha dado en llamar «movimiento antiglobalización». ¿Nos vemos una vez al año?, ¿creamos cajas de resistencia?, ¿concretamos el apoyo mutuo?, ¿determinamos como intercambiamos las informaciones mínimas y básicas de cada cual?

No puedo terminar este texto sin pedir el máximo de solidaridad para con todas las gentes que luchan contra la Europa del capital y, muy en concreto, a modo de símbolo, con las personas de los colectivos del Parke (Alfajar, País Valencià).

La lucha por la dignidad individual y colectiva debe estar muy presente en nuestras actuaciones cotidianas. En estos momentos, en la Plaza de la Paciencia Infinita se está librando una lucha que es de todas —ni más ni menos—; que la gente del Parke está luchando por el derecho a gestionar los recursos públicos, defendiendo su modelo autogestionario de municipalización del servicio de limpieza de su propio barrio. Cualquier muestra de apoyo y aliento será bien recibida en esa acampada que han instalado ante el Ayuntamiento de Alfajar, desde el 6 de septiembre del 2001, y que aún sigue con visos de entrar en el 2002.

Lo que ya no sé es cómo reconocer a Guiomar, Josep Manel y a tantas otras personas sus opiniones y textos que me hicieron llegar: mi más sincero agradecimiento; y espero que todas entiendan por qué he dado prioridad a publicar textos parciales de Armand Simón Llanes, militante del MRG de Lleida y persona entrañable donde las haya que, como podéis leer, envió un texto lleno de ideas, dudas y cargado de mucho sentido común. *Eskerrik asko*, gracias Armand y que todo este esfuerzo colectivo nos sirva para seguir buscando caminos que nos liberen a todas de la globalización capitalista.

Si diez meses nos han parecido dos años, me faltan palabras para contar lo sucedido con las dos ediciones anteriores de este libro; visto y no visto. Gracias a las gentes que lo hayáis adquirido, difundido y utilizado como herramienta

útil para vuestros/nuestros debates cotidianos. Os anunciamos que, si tenemos que reeditar, iremos incluyendo textos cortos que actualicen alguna parte de este libro colectivo.

Andalucía, noviembre de 2001

Glosario

ABM: (siglas en inglés de) Acuerdo sobre Misiles Balísticos
ACP: Países de África, Caribe y Pacífico
AGP: Acción Global de los Pueblos
AMI: Acuerdo Multilateral de Inversiones
APEC: Asian Pacific Economic Community
A SEED: Action for Solidarity Ecology, Equity and Development
BCE: Banco Central Europeo
BERD: Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo
BEI: Banco Europeo de Inversiones
BM: Banco Mundial
BP: British Petroleum
CCI: Cámara de Comercio Internacional
CEO: Corporate Europe Observatory
CES: Conferencia Europa de Sindicatos
CIA: Central Intelligence Agency
CIOSL: Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres
Club de París: Agrupa a los Estados acreedores del Norte
EEUU: Estados Unidos
EFTA: European Free Trade Association (Asociación Europea de Libre Comercio)
ET: Empresa Transnacional
ERT: European Roundtable of Industrialists (Mesa Europea de Industriales)
FEM: Foro Económico Mundial
FMI: Fondo Monetario Internacional
GATT: General Agreement on Tariff and Trade (Acuerdo General de Aranceles y Comercio)
G-7: Grupo de los siete grandes
LETS: Local Exchange Trade System (sistema de trueque local)

MAM: Movimiento Anti-Maastricht y contra la Europa del Capital
Mercosur: Agrupa a Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay
MRG: Movimiento de Resistencia Global
NNUU: Naciones Unidas
OMC: Organización Mundial de Comercio
ONG: Organización No-Gubernamental
PAC: Política agraria común (de la UE)
PAEs: Programas de ajuste estructural
PGA: People's Global Action (= AGP)
OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OPEP: Organización de Países Exportadores de Petróleo
SUD: Solidaires Unitaires Democratiques
TEP: Transatlantic Economic Partnership
TLC: Tratado de Libre Comercio
UE: Unión Europea
UEO: Unión Europea Occidental (el ejército europeo)
UEM: Unión Europea y Monetaria
UNICE: La patronal europea
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
WB: World Banc (= BM)